
MELANIE METZENTHIN
La
Enfermera
del puerto
Una prueba
del destino
MAEVA

PRIMERA PARTE

La época de los sueños

1

Hamburgo, abril de 1913

A MARTHA LE encantaban los domingos, aunque desde el nacimiento de sus hijos se habían terminado los tiempos en los que ella y su marido Paul podían dormir hasta la hora que quisieran. Normalmente era la pequeña Ella la primera que se asomaba, pero esa mañana apareció en el umbral de la puerta del dormitorio Rudolf, de ocho años, que, seguido por su hermano Alfred, de seis, preguntó con impaciencia:

—Papá, ¿nos vamos ya?

Martha se despertó antes que Paul y, en la penumbra, echó un vistazo al despertador.

—Pero si solo son las cinco y media —murmuró—. Es demasiado temprano. Erich ha dicho que vayáis a las diez.

—Volved a la cama, niños —dijo Paul—. Mamá y papá quieren seguir durmiendo.

En lugar de obedecer, Rudolf giró la llave de la luz que estaba en la pared y que regulaba el suministro de gas de la lámpara de techo. Al momento, se iluminó toda la habitación.

Martha suspiró hondo.

—Rudi, apaga la luz ahora mismo… —Se interrumpió. ¿Podía ser cierto que los dos llevaran ya puesta la ropa de domingo, sus trajes de marinero de color azul oscuro? Hasta se habían lavado la cara y se habían peinado con esmero—. Pero si ya estáis listos.

—Sí, mamá, no queremos llegar tarde. —Rudi asintió con firmeza —. Papá, ¿podemos irnos ya?

Paul miró a Rudi muy serio.

—Mamá acaba de deciros que Erich no irá hasta las diez. No pienso quedarme cuatro horas esperando con vosotros en el astillero. Quitaos las chaquetas e id a vuestra habitación. ¡Andando! A las ocho desayunaremos.

—Pero, papá… —remoloneó Rudi.

—Se acabó. Si no desaparecéis de inmediato y volvéis a apagar la luz, hoy no vamos a ninguna parte, ¿está claro?

Rudi apagó la luz enseguida.

—Vamos, Fredi —le dijo a su hermano al oído—. Jugaremos con las maquetas de los barcos que nos ha regalado el tío Heinrich.

Paul respiró aliviado.

—Menos mal que Ella no se ha despertado.

Martha asintió, a pesar de que ya se había desvelado. En ese momento sus pensamientos se remontaron con nostalgia a los tiempos en que los domingos les pertenecían a ellos dos solos. Aquellos días en que dormían cuanto necesitaban y, a continuación, se amaban apasionadamente. Cuando Paul se disponía a darse la vuelta para seguir durmiendo, ella le dio un tierno beso en la mejilla.

—¿No era el príncipe el que despertaba a la Bella Durmiente con un beso? —se burló mientras le guiñaba un ojo.

—Ya que estamos despiertos, podemos aprovechar el tiempo de otra manera —respondió ella con descaro—. ¿O estás cansado?

—Para eso nunca estoy cansado. —La abrazó y empezó a besarla. Al instante, se abrió otra vez la puerta del dormitorio.

—Mamá, tengo sed —dijo Ella.

—Me pregunto cómo los Möller, los vecinos, han conseguido engendrar siete hijos —murmuró Paul, a la vez que soltaba a su mujer —. Si con tres ya no te da tiempo a hacer nada…

Martha se echó a reír.

—En fin, ya no me queda más remedio que levantarme —dijo—. Ven, Ella, te daré un vaso de leche en la cocina.

Martha se sentía muy orgullosa del mobiliario de la cocina, pues no solo tenía una nevera para los alimentos perecederos, sino también un fogón de gas de los más modernos. Mientras que otros se veían obligados a quemar carbón, leña o turba, ella solo necesitaba girar la llave del gas. Estar casada con un ingeniero mecánico que ganaba un buen sueldo tenía sus ventajas.

Después de darle un vaso de leche a su hija, Martha fue al cuarto de baño y encendió el calentador. Solo unas pocas casas de esa zona disponían de un baño propio con agua caliente y un retrete, y muchos inquilinos se conformaban con que en cada piso hubiera un solo inodoro para todos. Poco después de que Martha se mudara, su padre le preguntó si no era poco higiénico que el retrete estuviera dentro del piso. Ella había negado con la cabeza antes de explicarle que la cisterna era mucho más higiénica que cualquier orinal. Pero aun así tuvo que luchar durante una buena temporada contra ese prejuicio.

«¡Un retrete dentro de la vivienda! ¡Vaya una nueva moda! Ese cachivache no lo tenía nadie en el puerto.»

Martha abrió el grifo del agua caliente y comprobó si el calentador ya había cumplido su función. Sí, ya era suficiente. Mientras el agua humeante llenaba la bañera, añadió unas gotas de aceite de lavanda, un lujo del que disfrutaba todos los domingos. Le encantaba acomodarse dentro del agua caliente y entregarse a sus ensoñaciones. Esos momentos eran sagrados para ella; lo sabía toda la familia y ni siquiera Ella la molestaba cuando el olor a lavanda invadía toda la casa, señal de que mamá se encontraba en la bañera.

A las ocho, la familia se sentó a la mesa del desayuno.

Los dos chicos estaban tan emocionados con la excursión que iban a hacer al astillero Vulcan, que no había quien los parara.

—Papá, Rudi me ha dicho que no se dice la Imperator, sino el Imperator. En cambio, el tío Heinrich nos contó que todos los barcos son femeninos.

—Este barco es una excepción, Fredi —le explicó Paul—. El káiser creía que el barco más grande del mundo, que además lleva por nombre Imperator, no podía ser una mujer. Por eso se llama excepcionalmente el Imperator.

—Vaya, ya ves qué poco valora el káiser a las mujeres —comentó Martha, mientras se comía a cucharadas el huevo pasado por agua—. Hasta a los nombres de los barcos les quitan ahora el artículo femenino.

—Bueno, yo creo que se debe solo a sus delirios de grandeza —contestó su marido.

—Eso no se puede decir del káiser —lo reprendió ella. Podrían tener un disgusto si los niños iban contando por ahí que su padre, un socialdemócrata reconocido, tildaba de megalómano al káiser.

—¿Tú cómo llamarías a eso? —continuó Paul impertérrito—. Erich me ha contado que poco antes de la botadura se enteraron de que en Inglaterra estaban construyendo un barco que mediría treinta centímetros más que el Imperator. Por esa razón, el káiser mandó poner a modo de mascarón de proa un águila dorada posada sobre un globo terráqueo, y así el Imperator seguiría siendo el barco más grande del mundo.

—Qué gasto más absurdo por treinta centímetros —opinó Martha a la vez que negaba con la cabeza.

—Casi todos los hombres dan mucha importancia a cada centímetro —observó Paul guiñándole el ojo. Martha pudo contener la risa a duras penas.

—Y ese barco lo vamos a ver hoy, ¿verdad, papá?

—Sí, Rudi. Y Erich me ha prometido que nos dejará subir a los tres a bordo, porque los domingos no hay nadie que se lo pueda prohibir. Luego podremos visitar incluso los grandes camarotes de lujo de primera clase, que normalmente no consiguen ver más que los muy ricos y el personal del barco.

Como Ella, a sus tres años, no mostraba todavía el menor interés por ver un barco, Martha tenía previsto llevarla al río Alster para dar de comer a los cisnes y, más tarde, tomar un helado en el pabellón cercano.

A las nueve y cuarto, Paul no fue capaz de retener por más tiempo a los chicos. Pero justo cuando iban a salir de casa, alguien llamó con fuerza a la puerta.

Era Katrin Schwenke, la mayor de los nueve hijos de la viuda Schwenke, que padecía una enfermedad crónica desde hacía mucho tiempo.

—Perdonen que los moleste en domingo —dijo la chica—, pero mi madre se encuentra muy mal. Apenas reacciona, está ardiendo de fiebre y tengo mucho miedo de que no pueda superarlo. —La mirada suplicante de la chica de trece años, que había perdido a su padre hacía tan solo cuatro meses por un grave accidente en el puerto, le partió el alma a Martha, que lanzó una mirada a Paul.

—De camino al astillero, ¿puedes dejar a Ella en casa de mi padre? —preguntó—. La recogeré en cuanto termine.

Paul asintió y agarró a su hija de la mano.

—Entonces, vámonos ya —dijo—. Volveremos al mediodía.

KARL WESTPHAL, EL padre de Martha, continuaba viviendo en el piso en el que se había criado su hija. Era conocido y querido por todos los niños del barrio, porque desde el grave accidente que le había dejado una pierna anquilosada, se ganaba la vida como organillero y era el orgulloso padre adoptivo de dos monitos. Koko, el mayor, había cumplido para entonces la edad bíblica de diecinueve años y ya no tenía fuerzas para dar sus saltos alegres de antaño. De eso se encargaba desde hacía cuatro años el resuelto mono capuchino Maximilian, que además recogía las monedas que les daba la gente, mientras Koko se sentaba cómodamente en un cestito colocado sobre el organillo.

A sus nietos les entusiasmaban los monitos y les gustaba ir a casa del abuelo. Siempre se alegraban de hacerle una visita, pero aquella mañana, cuando llegaron al piso, se encontraron con la puerta cerrada.

—Karl ha salido hacia Blankenese esta mañana temprano —les dijo

una vecina—. Allí gana un buen dinerito los domingos cuando toca el organillo ante la gente elegante.

—Pues los domingos suele estar en Jungfernstieg a partir de las diez—afirmó Paul.

— Sí, eso era antes. Me ha dicho que ahora hay otros muchos de fuera que vienen a Hamburgo y que ya no se gana tanto allí. Según él, Blankenese está más lejos, pero merece la pena porque el público es más generoso.

Paul dudó un momento. Podría haberle preguntado a la vecina si no le importaba quedarse con Ella hasta que Martha la recogiera, pero no tenía ni idea del tiempo que tardaría su mujer.

—En fin —dijo con resignación—. Hija, como no está el abuelo, te vienes con nosotros a ver el barco grande.

—¿Luego tomaremos también un helado? —preguntó Ella—. Mamá me lo ha prometido.

—De regreso a casa buscaremos al heladero —dijo Paul.

EL IMPERATOR, QUE desde la botadura estaba anclado delante del astillero, se veía a la perfección desde lejos. No solo Paul y sus hijos habían aprovechado el domingo para admirar el gran barco, y en el interior se afanaban en terminar los últimos trabajos. Ellos eran los únicos que tenían permiso para subir a la embarcación, pues el ingeniero Erich Nadler era un antiguo colega de Paul. Ambos habían trabajado juntos en el astillero de Gustav Wolkau, pero hacía unos años que Erich se había trasladado al de Vulcan.

—Creí que solo ibas a traer a los chicos —lo saludó su colega—. ¿No te parece que Ella es un poco pequeña todavía?

—Martha ha tenido una urgencia y no conozco a nadie que se pueda encargar de ella —le explicó Paul—. Pero no te preocupes; mi pequeña princesa sabe cómo hay que portarse, ¿verdad? —Cogió a la niña en brazos.

—Y vosotros dos queréis ver un buque de vapor bien grande, ¿verdad, chicos? —Erich se volvió hacia Rudi y Fredi.

—Sí, papá nos lo prometió el año pasado, el día de la botadura —dijo el mayor con resolución—. Cuando vimos al káiser bautizar el barco.

—Pues venid conmigo, pero no toquéis nada sin preguntar antes.

Ya solo entrar en el barco resultaba una aventura, pues la única escalera para subir a bordo era muy empinada.

—¡Veo nuestra casa! —gritó entusiasmado Fredi cuando llegaron arriba—. ¡Está allí, al fondo!

—¡Yo también quiero verla! —dijo Ella, que desde los brazos de su

padre tenía una buena perspectiva. Este se acercó a sus hijos y se la enseñó.

—Con qué poco os conformáis —dijo Erich riéndose—. Ya veréis cuando lleguemos a la primera clase. Ahí no suele entrar nadie como nosotros. Los camarotes son tan caros que ninguna persona corriente se puede permitir uno con sus ingresos.

Aunque Paul, como ingeniero mecánico, ya había visto algunos barcos, este lujoso buque de pasajeros también era algo nuevo para él, por lo que agradecía que Erich les hubiera facilitado esa visita a él y a los niños.

—Esto es un barco y lo demás son tonterías, ¿eh? Los ingleses tienen mucho que aprender todavía —opinó Erich—. Lo mejor es que empecemos por abajo y vayamos subiendo. Primero os enseñaré las salas de máquinas; después, la tercera clase; de ahí pasaremos a la segunda, y la primera la dejaremos para el final.

Paul y los chicos asintieron, mientras Ella lo miraba todo con los ojos muy abiertos.

Las grandes calderas de vapor del casco del barco impresionaron mucho a los muchachos, que abrumaron a Erich con numerosas preguntas, como por ejemplo cuánto carbón necesitaba un barco como aquel y cuántos hombres tenían que apalearlo para atravesar el mar hasta llegar a América. Erich respondía a todas detalladamente y se alegraba del interés que mostraban los chicos. Ella, en cambio, solo dijo:

—Esto está muy oscuro, papá.

—Cuando arden las calderas, sin embargo, ya no está oscuro. Entonces hay tanta luz y hace tanto calor como en África —le explicó el amigo de su padre—. Pero no temas; enseguida vamos a subir y habrá más luz.

Los camarotes de tercera clase se encontraban en lo más hondo del casco del barco. En cada camarote había dos literas y un lavabo, y cada cama tenía su armarito. Paul se sorprendió de lo bien equipados que estaban los compartimentos. Le acudieron a la memoria otros cuartuchos muy distintos que había visto a lo largo de su carrera profesional.

—No está mal, ¿eh? —dijo Erich, que había sabido interpretar la mirada de Paul—. Esto todavía se lo puede permitir uno. Camas cómodas y una decoración como la de las fondas modestas. Un obrero puede pagarse la travesía a América con la mitad de su salario mensual, pensión completa incluida.

Como los camarotes eran demasiado angostos como para quedarse ahí durante todo el día, la vida cotidiana transcurría en las cubiertas y

en el gran comedor. El mobiliario de aquella sala le recordaba a Paul a los restaurantes económicos del puerto. Con sus sencillas y funcionales mesas y sillas de madera, se correspondía con los gustos y hábitos de la gente que viajaba en tercera.

—Esta es la cubierta de la tercera clase —anunció Erich cuando abandonaron el comedor—. Cuando esté todo listo, pondrán también unas hamacas. La mayor parte de los pasajeros se sentirán aquí a bordo más a gusto que en su propia casa.

—¿Y son todos emigrantes? —preguntó Rudi.

—Claro —respondió Erich—. ¿Crees que la gente pobre puede permitirse veranear en América, cuando el viaje dura ocho días?

—¿Ocho días? —preguntó Fredi con los ojos como platos—. ¿Tanto tiempo?

—¿Te parece mucho? —Erich se echó a reír—. Los antiguos veleros tardaban cuatro semanas. ¿No os lo ha contado vuestro tío, que es capitán de un barco velero?

—Sí, pero él no viaja solo a América —dijo Rudi—, sino también a Brasil y en invierno a Egipto. Una vez estuvo incluso en India.

—Yo también quiero ser capitán algún día —dijo Fredi—. Me gustaría ver mundo.

—Pero serías capitán de un veloz barco de vapor, ¿no? —dijo Erich de buen humor, haciendo en broma un saludo militar.

Luego se dirigieron a la segunda clase. De no haberlo sabido, Paul habría creído que era la zona más lujosa de la nave. Aunque los camarotes tenían unas medidas similares a los de tercera, el equipamiento era mucho mejor. No solo había camarotes de cuatro camas con dos literas, sino también otros destinados solo para dos personas, algunos de los cuales disponían de un sofá y una puerta que conducía al camarote de al lado. El suelo estaba revestido de una moqueta roja.

En los salones y en el comedor de la segunda clase estaban ya ultimando el revestimiento de las paredes. Las sillas y las mesas se amontonaban en los rincones, pero Paul apreció que se trataba de sillas caras forradas de cuero. Las cubiertas también eran más espaciosas que las de tercera. Además de pequeñas tiendas, había incluso una peluquería con su sillón de barbero ya colocado, así como espacio suficiente para diversos juegos y numerosas hamacas.

—Así da gusto viajar, ¿eh? —preguntó Erich.

—Sí, desde luego —afirmó Paul—. Pero ¿cómo puede ser aún más lujosa la primera clase?

—Espera y verás —dijo Erich con una sonrisita—. El 22 de abril tiene que estar todo esto terminado para que el barco pueda ser

inaugurado. En mayo lo estrenará el propio káiser con un breve viaje de prueba, y luego, en junio, tendrá lugar el viaje inaugural hacia Nueva York.

La primera clase los dejó sin respiración. A los niños, incluida Ella, les impresionó la gran escalinata de madera del vestíbulo. De la pared colgaba una pintura al óleo del káiser, de tamaño algo mayor que el natural.

—En mi vida había visto una escalera tan grande —dijo Rudi—. Parece la de un castillo.

—Sí, hemos pretendido que lo parezca. —Erich se rio—. Aquí viaja la nobleza tradicional junto con la más alta nobleza del dinero, la burguesía. Con lo que cuesta el billete completo del viaje en tercera clase, no podrías permitirte en primera ni una comida.

La niña abrió los ojos de par en par.

—¿Tanto comen?

—No, pero nos piden alimentos muy caros.

—¿Y qué es eso tan caro? —preguntó Fredi.

—Probablemente caviar y trufas, acompañados de vinos muy añejos —contestó Paul—. Pero esos platos y caldos no están tan deliciosos; solo los desean porque nadie más puede permitírselos.

—Entonces es que son tontos —dijo Rudi—. Yo prefiero comer lo que está bueno si puedo permitírmelo todo.

—Eres un chico listo —dijo Erich—. Venid, os voy a enseñar la piscina, que es como un sueño.

Por supuesto, todavía no tenía agua, pero de todas maneras era imponente. Poseía unas columnas que recordaban a la Roma antigua y le daban a los visitantes la sensación de estar literalmente sumergidos en el mundo de la Antigüedad.

—¡Es casi tan grande como la piscina municipal! —exclamó Rudi admirado.

—Sí, la nobleza no quiere renunciar a nada, por eso tienen aquí su propia piscina. Pero, chicos, como os he contado, todos esos caprichos les cuestan un dineral. Para un solo viaje vuestro padre y yo tendríamos que trabajar un año entero y ahorrar todo el dinero que ganáramos. Además, tampoco nos llegaría para pagar la comida, y al octavo día en el barco nos quedaríamos sin blanca. ¿Creéis que merecería la pena?

—No —respondió Rudi—. Los ricos deberían viajar en segunda clase, que también es bonita, y el dinero que les sobrara podrían dárselo a los pobres.

—Buena idea. —Erich sonrió con picardía—. Por lo que veo, Paul, has educado a los chicos como unos auténticos socialistas.

—Solo a medias —contestó su amigo riéndose—. Un auténtico socialista reclamaría para todos la tercera clase.

CUANDO FINALIZARON LA visita, Paul se dirigió con los niños a una pequeña heladería del puerto que había abierto hacía unos años un italiano hábil para los negocios. La niña parecía contenta, y mientras Fredi y ella comían tranquilamente el helado a cucharadas, Rudi, excitado todavía, les contaba sus impresiones tras conocer el Imperator, en una verborrea entusiasmada.

Paul sonrió para sus adentros. Así se sentía alguien que lo había conseguido todo en la vida. Tenía un trabajo que le gustaba, una mujer maravillosa, tres hijos sanos y una bonita casa. ¿Qué más se podía pedir? No le importaba que los ricos pudieran permitirse viajes de lujo en la primera clase de un buque transatlántico; él se conformaba con disfrutar con sus hijos los domingos.

2

TODO EL MUNDO saludaba con amabilidad a Martha, que acompañaba a Katrin Schwenke a ver a su madre enferma. La gente del Barrio de los Callejones la conocía y la respetaba, conocedora de su profesionalidad y sensibilidad. Tras el nacimiento de sus hijos, Martha había reanudado su trabajo como enfermera voluntaria del puerto. Allí la necesitaban, pues muchos se resistían a consultar a un médico al no poder reunir el dinero necesario. Sobre todo si vivían en unas condiciones como las de los Schwenke. A Martha, que a su vez se había criado en aquel barrio, la seguían considerando de los suyos y su ayuda era siempre bien recibida. En especial, porque no costaba nada. Martha se alegraba de no tener necesidad de que le pagaran, ya que el sueldo de Paul bastaba para mantener a la familia. De todas formas, su misión no era del todo desinteresada, ya que era la única posibilidad que tenía de seguir trabajando en su profesión siendo una mujer casada, pues las reglas de los hospitales se caracterizaban por su rigidez. Solo las mujeres solteras o las viudas eran formadas y contratadas como enfermeras. Una regla que Martha no había entendido nunca, teniendo en cuenta que las viudas también debían ocuparse de sus propios hijos. Aunque su marido ganase un buen sueldo, una madre casada que saliera a trabajar resultaba sospechosa para la ciudadanía. Sin embargo, si realizaba ese mismo trabajo voluntariamente, se valoraba como una obra de caridad de mucho mérito. Martha nunca había comprendido esa doble moral.

LA FAMILIA DE Katrin vivía en un sótano húmedo en el que nunca entraba la luz. Aunque el Senado llevaba años queriendo demoler los edificios más envejecidos y sustituirlos por casas modernas, muchos residentes estaban a la defensiva. Solo unos pocos podían permitirse pagar las rentas más altas que acarrearía la nueva edificación. Pese a que sus viejos hogares eran unos cuchitriles húmedos, más valía tener un techo ruinoso sobre la cabeza que vivir a la intemperie.

El piso de los Schwenke era un ejemplo especialmente desolador. Además de la cocina, disponía de tres habitaciones minúsculas que más bien parecían trasteros. Cada cuarto tenía unos pequeños tragaluces, pero estaban tan altos que los niños pequeños ni siquiera podían asomarse a ellos. En cualquier caso, lo único que habrían visto sería el sucio empedrado de la calle y las piernas de los transeúntes.

Una de esas diminutas habitaciones servía de dormitorio para la madre; las otras dos eran el dormitorio de los chicos y el de las chicas. Al lado de las literas no había espacio para nada más, de ahí que toda la vida familiar se hiciera en la cocina, en torno al viejo fogón cubierto de hollín que no solo servía para guisar, sino también para calentar un poco la casa. En las paredes resaltaban las manchas de moho y las tablas del suelo no solo estaban desgastadas, sino también podridas en los rincones, donde se acumulaba el agua de condensación que corría por las paredes.

Alrededor de la mesa de la cocina solo cabían seis sillas, de manera que resultaba imposible reunir a los diez miembros de la familia juntos en torno a ella. Martha nunca había entendido por qué precisamente los más pobres eran los que más hijos tenían. Al fin y al cabo, había medios y maneras de prevenir el embarazo, y ella siempre había considerado su deber asesorar a las mujeres sobre este tema. Pero no todas le hacían caso. Martha conocía a la señora Schwenke desde que esta estaba embarazada de su tercer hijo. Tras el nacimiento del pequeño, intentó por primera vez sacar con cuidado el tema de la prevención anticonceptiva, pero la mujer no quiso saber nada de eso. Le daba vergüenza hablar de aquellos asuntos íntimos y decía que tendría los hijos que Dios le diera. Martha había vuelto a sacar el tema ante cada nacimiento, que no hacía más que ampliar la ya numerosa familia, pero siempre sin ningún éxito. Hacía un año del parto de su noveno hijo y la señora Schwenke todavía no se había recuperado por completo. La muerte de su marido le había robado las pocas fuerzas que le quedaban y desde entonces guardaba cama, aunque Martha no sabía con exactitud qué padecimiento físico le producía la debilidad generalizada. Desde el punto de vista orgánico, no había sido capaz de diagnosticarle nada extraño. Más bien le daba la sensación de que a la mujer se le habían quitado las ganas de vivir, pese a tener que cargar con la responsabilidad de criar a sus hijos.

Ese día, cuando Martha entró con Katrin en el dormitorio de la madre, se asustó al ver a la enferma, que había envejecido de un modo considerable en las últimas semanas. Si Martha no hubiera sabido con precisión que la señora Schwenke tenía treinta y dos años, habría imaginado que rondaba los cincuenta y cinco. El enfermizo

color de la piel permitía deducir algún tipo de dolencia hepática.

Además, la señora Schwenke no reaccionaba cuando se le hablaba, lo que su hija atribuía a la fiebre. Martha se acercó a la enferma y vio confirmadas sus sospechas: se trataba del hígado, pues la membrana blanca de los ojos también presentaba una coloración amarilla. Le preguntó a la señora Schwenke si le importaba que la examinara más a fondo, pero esta emitió un ronquido como única respuesta. Martha le levantó el camisón. El cuerpo de la madre de nueve hijos estaba tan desnutrido, que parecía como si la piel amarillenta envolviera los huesos del esqueleto como un viejo pergamino. Le palpó el hígado, bajo el arco costal derecho, y notó que lo tenía muy hinchado.

—Tu madre padece una ictericia grave —le dijo a Katrin al fin—. Eso puede tener muchas causas. La más leve sería una infección, que desaparecería en pocos días. ¿Ha comido marisco últimamente?

Katrin negó con un movimiento de cabeza.

—No, solo puré de avena. Ella dice que no le entra otra cosa porque tiene roto el estómago.

—Pero tus hermanos están todos sanos, ¿no?

Katrin asintió.

—Entonces no es una ictericia infecciosa. Me temo que sea una enfermedad hepática. En tal caso, yo no puedo hacer nada; esos síntomas deben examinarlos en el hospital.

—¿Y cómo nos las vamos a arreglar si a mamá la ingresan en el hospital? —preguntó Katrin desconsolada—. Si no nos llega el dinero ya… Tenemos muchas deudas por comprar al fiado en Lehmanns, que pronto dejará de darnos la leche para Zacharias. Y Zachy necesita su leche, porque mamá hace mucho que no puede darle la suya.

—Lo sé, Katrin. Pero si a tu madre no la trata un médico, podría morir y entonces las cosas empeorarían aún más. Me encargaré de que venga una ambulancia, y mañana te presentas en el consultorio y le pides a mi amiga, la señorita Heymann, unos vales para comida y para la leche. Tenemos una caja de donativos para casos urgentes.

—¿Nos darán también dinero?

—No, solo los vales.

—¿Por qué?

—Así lo decidimos después de haber tenido ciertas malas experiencias en el pasado. Antes ocurría una y otra vez que el dinero no se gastaba en los alimentos necesarios, sino en otras cosas. Y lo que nos importa es que tengáis algo para comer. Todo lo demás puede esperar. —Katrin asintió—. ¿Quieres que les eche también una ojeada a tus hermanos, para ver si están bien?

—Sí, pero no están todos. La mayoría ha salido a jugar fuera. Solo

están Beate y Zachy.

—Pues vamos a ver a los pequeños.

La pequeña Beate había nacido seis semanas antes que Ella, la hija de Martha, pero, mientras que Ella hablaba por los codos y sabía decir a la perfección lo que quería y lo que no quería, Beate en cambio solo era capaz de pronunciar frases sencillas de dos palabras. Además, era más bajita y pesaba menos que Ella, y presentaba signos de malnutrición. El pequeño Zacharias aún seguía en la cuna y, pese a haber cumplido ya un año, no sabía sentarse derecho. También él parecía demasiado pequeño y delgado para su edad. Martha suspiró. Ahora entendía por qué la señora Schwenke se mostraba siempre tan esquiva con ella cuando, en épocas mejores, le había sugerido hacer un chequeo a los niños. Le daba vergüenza que estuvieran desnutridos. Pero ¿por qué? Todos sabían lo pobres que eran; podría haber pedido ayuda. ¿Por qué no lo había hecho?

De repente, Martha sospechó algo peor.

—Dime, Katrin, ¿tu madre bebía de vez en cuando una copita?

—¿Qué clase de copita? —preguntó Katrin.

—¿Algún tipo de aguardiente, quizá?

Katrin se mordió los labios y bajó la mirada.

—¿Eso significa que sí? —insistió enérgicamente Martha. Katrin asintió sin decir una palabra.

—¿También cuando estaba embarazada de Beate y Zacharias?

—No lo sé.

—Katrin, sintiéndolo mucho, Beate y Zachy no están bien y tienen que ir también al hospital. Miden y pesan demasiado poco para su edad. En la Unidad Infantil del hospital público de Eppendorf los mimarán y alimentarán hasta que recobren la salud. Si no son atendidos de inmediato, seguirán estando débiles y enfermizos, y quién sabe si sobrevivirán al próximo invierno.

Para su asombro, esa vez Katrin se mostró enseguida de acuerdo.

—Me parece muy bien no tener que estar pendiente a todas horas de los dos —dijo—. Desde que papá murió y mamá no se levanta de la cama, la verdad es que me siento desbordada con la atención a los más pequeños.

—Te entiendo bien, Katrin. Tienes que pensar también en ti. Y de aquí en adelante no tardes tanto en pedir ayuda; dirígete enseguida a mí o al consultorio de la señorita Heymann.

—Eso haré, señora Studt. ¿Llevamos ahora mismo al hospital a mi madre y a los pequeños?

—Sí, voy a preguntar en la capitanía del puerto si puedo utilizar el teléfono para llamar a una ambulancia. Siempre son muy serviciales y

están dispuestos a ayudar incluso en domingo.

Martha le guiñó un ojo a Katrin para animarla, aunque se preguntaba si le daría tiempo de recoger a Ella antes de comer para hacer la planeada excursión al Alster. Las pocas ambulancias que había solían tardar varias horas en llegar, y hasta ese momento debía quedarse con la familia para asegurarse de que la espera y el traslado fueran exitosos. Aparte de eso, consideraba su deber garantizar la manutención de los otros niños mientras la madre estuviera en el hospital. No podía dejarlo en manos de Katrin, que tan solo tenía trece años, y el familiar más próximo era una tía que vivía en las afueras más alejadas de Hamburgo. Naturalmente, podría haber dispuesto alojar de manera provisional a los niños en un centro de menores, pero entonces habrían separado a los hermanos, y las condiciones de dichos centros a veces eran más lamentables que las de aquella mísera vivienda. Martha suspiró: ¡cuántas dificultades se le habían presentado ese domingo!

LA AMBULANCIA PARA la señora Schwenke y los dos niños pequeños llegó antes de lo esperado, lo que en parte se debía a la buena reputación de la que gozaba Martha en los hospitales públicos. Incluso le habían enviado un coche motorizado para transportar enfermos, un automóvil con la puerta del maletero articulada por la que se podía introducir la camilla del enfermo en el interior del vehículo y dejarla firmemente amarrada.

Katrin puso los ojos como platos. Aunque cada vez se veían con más frecuencia ese tipo de vehículos por las calles, seguían siendo un verdadero lujo, y que precisamente su madre y sus hermanos pudieran viajar en un auténtico automóvil la dejó muy impresionada.

—Pero ¿podemos permitírnoslo? —preguntó insegura.

—No te preocupes por eso; ya lo arreglaremos.

Martha le explicó con brevedad al sanitario lo que ella sospechaba: una grave dolencia hepática de la madre que debía ser diagnosticada cuanto antes, así como malnutrición en el caso de los niños pequeños. Que además albergaba la sospecha de que la señora Schwenke había bebido durante los embarazos, se lo guardó para sí. De una madre enferma se compadecían todos, pero si entraba en juego el alcohol, la compasión se convertía enseguida en desprecio y podrían enviar a la señora Schwenke a un centro de desintoxicación en lugar de averiguar la causa de su dolencia. Además, un hígado enfermo podía tener otras muchas causas. Los parásitos eran muy frecuentes y, a veces, los gruesos quistes que dejaba la tenia equinococo en esa víscera tenían que ser extirpados con gran esfuerzo mediante sangrientas

operaciones.

Una vez que la señora Schwenke y sus dos hijos menores iban camino del hospital, Martha pensó en cómo asegurar la manutención de los otros niños.

Podía recurrir a la guardería de la Asociación de Mujeres, que desde siempre había sido uno de los sueños dorados de Martha. Cuando nació su hijo mayor, Rudolf, en 1905, no vio ninguna razón para limitarse por completo a la vida como esposa y madre. Pero con un lactante era difícil seguir empleada como enfermera del puerto. Aunque Paul ganaba lo suficiente, una buena parte iba destinada a pagar el caro alquiler de su bonita casa, y lo que quedaba, descontando los gastos diarios, lo ahorraban para el futuro de su hijo. Desde luego, no sobraba dinero para contratar a una niñera.

Por aquel entonces, Martha le había contado el problema a su amiga Lida Heymann y las dos mujeres habían llegado a la conclusión de que una guardería sería la solución. De modo que no solo aprovecharon su influencia en la Asociación de Mujeres de Hamburgo, sino también los recursos financieros de Lida para fundar una guardería con arreglo a sus propias ideas. Contaban con algunos buenos modelos, porque cada vez se iban poniendo más de moda ese tipo de centros, pero estas no tenían por finalidad facilitar a las madres la actividad profesional, sino solo ofrecer una educación edificante a los niños antes de que fueran al colegio. Por supuesto, también hubo voces críticas que consideraban reprobable que una madre dejara todos los días a sus hijos pequeños durante varias horas bajo la custodia de otros. Pero eso a Martha no le importaba. Sabía que tenía que dar buen ejemplo para que la consideraran un modelo a seguir. Dos años después, cuando nació Alfred, la guardería se había convertido en una institución reconocida por todos, y muchas madres que debían encargarse del sustento de sus familias acogieron con gratitud esa ayuda. De todas maneras, Martha notó que también ahí se establecían diferencias. La guardería solían utilizarla mujeres que también procuraban limitar el número de hijos, pues querían ofrecer a cada uno de ellos un buen futuro. Mujeres como la señora Schwenke, en cambio, preferían dejar el cuidado de su numerosa prole en manos de sus hijos mayores, como era el caso de Katrin.

—Katrin, quiero que te presentes mañana temprano con tus hermanos en la guardería de la Mühlenstrasse, número 8. Allí recibiréis más apoyo mientras vuestra madre esté en el hospital.

—¿En la guardería? Pero si ahí van solo los niños muy pequeños —dijo Katrin—. Zachy y Beate están ahora en el hospital. Quizá estaría bien para Benjamin y Traudi, pero los demás ya vamos al colegio.

—Lo sé, pero presentaos en la guardería todos antes de ir a clase; así podrán quedarse Benjamin y Traudi, y a los demás, cuando salgáis del colegio y vayáis a recoger a los pequeños, os recibirán unas amables educadoras que os pueden ayudar a resolver problemas. Espero que hasta que recibas y canjees los vales de la señorita Heymann, os den una comida caliente. Yo anunciaré vuestra llegada cuando deje en la guardería a Ella y Fredi mañana por la mañana temprano. ¿Tenéis cena para esta noche?

—Creo que sí.

Después de que Martha hiciera todo cuanto estaba en su mano, se dirigió a buscar a Ella. Ahí se enteró por una vecina de que su padre no estaba en casa y Paul se había llevado también a la pequeña de excursión.

De repente, comprendió que contaría con tiempo libre aquel día. Al principio ni siquiera sabía a qué dedicar aquel inesperado lujo. A menudo había fantaseado con disponer de unas horas para ella sola, pero ahora no tenía claro cómo quería pasar ese tiempo. Los domingos por la mañana nadie esperaba visita, así que, de entrada, descartó reunirse con sus amigas: era probable que la enfermera Carola tuviera que trabajar aquel día y Lida Heymann estaría planeando alguna excursión con su compañera sentimental.

Al pensar en el estilo de vida de esta última, que solo pasaba desapercibido desde hacía años porque a la sociedad moralista le había parecido inimaginable la homosexualidad femenina, le acudió sin querer a la memoria su amiga Milli. Hacía casi quince años que esta había abandonado Hamburgo para labrarse un futuro en América junto a su hija Anna. Se había casado con un influyente banquero neoyorquino con ambiciones políticas, pero se trataba de un matrimonio ficticio que únicamente servía para ocultar al mundo la homosexualidad de él. Por esa misma razón, el marido había reconocido a Anna como su hija biológica. Pese a todo, parecía irles bien, a juzgar por el contenido de las numerosas cartas que recibía de Milli con regularidad. Además, su querida amiga había tenido otros dos hijos. En sus cartas hablaba siempre de «nuestros hijos», presentando como lo más natural del mundo que Lawrence fuera el padre. Pero ¿sería verdad? Aunque a ella no le incumbía ese asunto, Martha le daba vueltas a la idea desde que Milli le había hablado del nacimiento de su primer hijo, Marcus y, dos años después, del de su hija Octavia. Como es natural, no podía hacerle aquellas preguntas por carta. Extrañaba muchísimo a Milli. En todos esos años apenas había pasado un día en el que no hubiera pensado en su amiga.

Y de pronto ya sabía cómo iba a aprovechar el tiempo libre. Se

sentaría en la sala de estar de su casa y volvería a leer con tranquilidad todas las cartas que Milli le había escrito. También podría dedicarse a contemplar de nuevo las numerosas fotos que su amiga le había adjuntado en sus misivas. A continuación, por fin podría escribirle ella, en respuesta a su última carta. Gracias a esa correspondencia habían conservado parte de la confianza y el cariño que se profesaron antaño. Así, Martha esperaba que su amiga no tardara muchos días en responderle.

3

EL LUNES RUDI seguía todavía muy emocionado por la visita al Imperator. No paraba de hablar de las grandes calderas de vapor ni de la suntuosa piscina. Martha respiró aliviada cuando el chico por fin se marchó al colegio, justo antes de mencionarle por tercera vez que la piscina del barco era enorme.

Después de dejar a Fredi y a Ella al cuidado de la encargada de la guardería, la señorita Bach anunció la llegada de los niños de la familia Schwenke.

—No se preocupe —dijo la señorita Bach con su habitual simpatía —. Saciaremos el apetito de estos niños mientras su madre se encuentre en el hospital. Los pequeños pueden quedarse aquí hasta que los recoja su hermana mayor.

—Pero no se olvide de decirle a Katrin cuándo cierra la guardería. Tuve la impresión de que le encantaría despreocuparse por completo de los pequeños. No me gustaría que se olvidara de recogerlos a tiempo.

La señorita Bach asintió.

—Se lo diré.

Martha se despidió y después se encaminó hacia la Oficina Central de Correos, que se hallaba cerca de la nueva Estación Central. En los últimos años habían mejorado muchos aspectos de la ciudad. Todavía recordaba bien los anchos caminos que tenía que recorrer en su juventud. A esas alturas, no solo se había incrementado la red de tranvías, sino que hacía siete años que habían empezado a construir el tren elevado de Hamburgo, que pasaba por los desembarcaderos. Y en el centro de todo se encontraba la Estación Central, un enorme edificio abovedado, muy luminoso, que sustituía a las antiguas estaciones. A Martha le daba pena que para ello hubiese sido necesario el derribo de la antigua Estación de Berlín, pues aquel fastuoso edificio con sus dos torres le había hecho soñar con mucha frecuencia… Una y otra vez había imaginado lo maravilloso que sería

subirse a un tren y viajar hasta Berlín. Sin embargo, aquel deseo había desaparecido para siempre, como tantas otras cosas de su juventud. Entretanto, estaban erigiendo ahí el nuevo mercado. Las obras estaban muy avanzadas y ya era reconocible el estilo arquitectónico de la nueva Estación Central en aquel futuro mercado de Deichtorhalle. Y aunque Martha echaba de menos la estación antigua como emblema de la ciudad, sin duda le gustaba contemplar cómo los nuevos edificios iban transformando poco a poco el perfil urbano. Representaban el futuro de sus sueños: gracias a la técnica moderna, la vida sería mucho más fácil y agradable para los ciudadanos.

LA OFICINA CENTRAL de Correos de Hamburgo era muy espaciosa y, aunque a simple vista no parecía acogedora, Martha conocía por su nombre a casi todos los funcionarios que atendían tras las ventanillas. Encontró sentado tras una de ellas al señor Schneider, que cogió su carta destinada a América.

—Qué suerte la suya —dijo el joven, que por la edad y la estatura habría encajado mejor en el puerto que tras una ventanilla de Correos —. Hoy se espera la llegada de ultramar de un barco con correo, que podrá llevarse enseguida su carta en el viaje de vuelta.

—¡Es usted una auténtica guía andante!

—Es cierto —confirmó el señor Schneider, satisfecho—. De haber sido por mí, seguro que hoy sería marinero, pero mis padres se empeñaron en que me hiciera funcionario al servicio del Estado. —Suspiró—. Si supiera cuánto envidio a su hermano, señora Studt… Ser capitán de un barco velero y cruzar los océanos… Es el sueño de cualquier muchacho, ¿no le parece?

—Sí, mi hermano siempre ha cumplido sus sueños —contestó Martha, mientras pagaba el franqueo—. En cualquier caso, todo tiene su precio. El que siempre es libre, no se asienta en ninguna parte.

—¿Acaso no es el barco el verdadero hogar de un capitán? —preguntó el señor Schneider.

—Y el mar, su novia, lo sé. Pero fundar una familia con una novia tan fría y húmeda resulta bastante difícil —observó Martha guiñándole un ojo antes de despedirse. El señor Schneider se quedó riendo tras su ventanilla.

Cuando Martha abandonó el edificio de Correos, siguió pensando durante un rato en su hermano, pues las palabras del funcionario habían tocado uno de sus puntos débiles. Heinrich tenía ahora treinta y tres años, la mejor edad para fundar su propia familia. Sin embargo, hasta la fecha, el joven no se había parado nunca a meditarlo. Al principio estaba demasiado ocupado con labrarse una buena

reputación. Pero desde hacía cinco años, cuando se sacó el diploma de capitán y comandaba un barco propio, un magnífico velero de cuatro palos llamado Fortuna, apenas atracaba en Hamburgo. Ni siquiera tenía allí un piso en propiedad, sino que se alojaba en casa de su padre cuando pasaba unos días en su ciudad natal. Desde luego, no eran buenas condiciones para fundar una familia. Martha le habló sin rodeos sobre ese asunto en una ocasión, pero Heinrich se limitó a encogerse de hombros.

—Si algún día me caso, tendrá que ser con una mujer que esté dispuesta a acompañarme en los viajes. Alguna ventaja ha de tener que yo sea capitán —había argumentado su hermano medio en broma, pues algunos capitanes se llevaban de viaje a sus esposas e incluso a sus hijos con regularidad—. De lo contrario, ¿cómo voy a ser un buen marido y un buen padre si estoy siempre surcando los mares?

Martha miró el reloj. Ya iba siendo hora de dirigirse al hospital de Eppendorf. Fue hacia el mercado del ayuntamiento y tuvo la suerte de alcanzar un tranvía que llegaba en ese momento y que, tras pasar por la estación de Dammtor y las casas señoriales de Eppendorfer Baum, se detuvo justo delante de la entrada del hospital.

Mientras atravesaba el edificio principal y entraba en el ala del hospital, le acudió sin darse cuenta a la memoria la primera vez que fue allí, cuando tenía quince años y todavía era la pobre «hija del arroyo» del Barrio de los Callejones, un lugar que ahí, en el mundo de la elitista clase media, se miraba con recelo. Qué raro que justo ese día le asaltaran los sentimientos de aquel entonces. ¿Sería porque Katrin Schwenke le recordaba a ella? Por más esperanzas que se pudieran depositar en la modernidad, seguía habiendo demasiados niños a los que el destino no les deparaba una juventud despreocupada. Ella, a diferencia de su amiga, había tenido suerte. En las cartas que había leído el día anterior, Milli hablaba mucho de los viejos tiempos, de su triste infancia, pese a que hacía muchos años que había dejado atrás toda aquella miseria.

LA SEÑORA SCHWENKE se encontraba en la Unidad de Medicina Interna, y aunque el lunes no era día de visita, a Martha la dejaron pasar no solo por su buena fama como enfermera del puerto, sino también porque conocía a la mayoría de las enfermeras y a todos los médicos.

Ese día le tocaba hacer guardia a la enfermera Veronika. Martha sentía simpatía por la joven, que acababa de aprobar el examen el año anterior. Veronika siempre estaba contenta, y su mayor problema era conseguir que sus rebeldes rizos oscuros se sujetaran bien bajo la cofia

que formaba parte de su uniforme.

—Imagino que querrá saber cómo le va a la señora Schwenke —dijo—. El doctor Schlüter la ha examinado esta mañana y opinaba que debería haber ingresado antes.

—¿El doctor Schlüter se ha interesado personalmente por el caso? —preguntó Martha sorprendida. Conocía al médico jefe desde hacía muchos años. Siempre la había apoyado, y con su mujer, que ocupaba un puesto importante en la Asociación de Mujeres, tenía una profunda amistad. Unos años atrás, el médico había cambiado el hospital público de St. Georg por el moderno hospital de Eppendorf, donde había contribuido en gran medida a la ampliación de la Unidad de Medicina Interna.

—Sí, cuando se ha enterado de que la había hospitalizado usted, ha pensado que debía de ser un caso grave y ha querido examinarla él mismo para hacerse una idea.

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho? ¿Es una ictericia contagiosa o sospecha de otras causas?

—Quiere que hablen hoy mismo y me ha pedido que la acompañe a su despacho tan pronto como llegara. Según él, usted vendría hoy sin falta para ver a la señora Schwenke.

Martha sonrió. Qué bien la conocía el doctor Schlüter. Hacía unos años, en el hospital de Eppendorf habría sido impensable que una enfermera voluntaria fuera recibida por un médico jefe. Pero desde que el doctor trabajaba ahí, las cosas habían cambiado mucho. Las experiencias que Martha y el doctor habían vivido juntos en los tiempos del cólera y de la gran huelga habían unido de forma indisoluble a la familia de Martha con la del médico.

Cuando la enfermera Veronika entró en la habitación con Martha, al doctor Schlüter se le iluminó la cara.

—Martha, cómo me alegro de verte. —Le tendió la mano.

—Lo mismo digo, Friedrich —contestó ella. Hacía ya unos años que él le había ofrecido que se tutearan. Al principio, a ella le había resultado difícil dirigirse a él por su nombre de pila, pues siempre lo había considerado como un segundo padre y una persona digna de ser tratada con respeto. Pero como por aquel entonces ya se tuteaba con su mujer, el doctor había insistido en el tuteo:

—De lo contrario, harás que me sienta como un viejo. No querréis excluirme, ¿verdad?

La enfermera Veronika se despidió y el doctor Schlüter ofreció a Martha la silla que había delante del escritorio. A diferencia de su modesto despacho en el hospital público de St. Georg, este otro bien podría haber pertenecido a un director de equipos médicos. El

mobiliario era de madera oscura, las estanterías se encontraban repletas de libros y el macizo escritorio tenía numerosos cajones primorosamente ornamentados; contaba incluso con un teléfono negro.

—La señora Schwenke me preocupa mucho —dijo el doctor Schlüter yendo al grano—. Tiene una cirrosis hepática muy avanzada.

—¿Significa eso que su expectativa de vida está limitada? —preguntó Martha asustada—. ¡Pero si solo ha cumplido treinta y dos años, y tiene nueve hijos!

El doctor Schlüter asintió.

—Eso es justo lo que debe preocuparnos. Supongo, Martha, que intuyes cuál es la causa de la cirrosis, ¿no es cierto? De lo contrario, no habrías mandado traer también a los dos bebés desnutridos.

—Bebe a escondidas —dijo Martha en voz baja—. Desde hace mucho tiempo. También mientras estaba embarazada de los dos más pequeños. Me lo ha contado su hija mayor. La señora Schwenke lo ha mantenido en secreto durante años, pero a los pequeños se les nota. Los hijos de madres alcohólicas suelen ser más pequeños y más atrasados. —Respiró hondo—. ¿Cuánto tiempo le queda?

—Si supera la crisis aguda y en adelante prescinde del alcohol, podría durar unos cuantos años; así al menos los niños habrían pasado lo peor. De todas formas, no creo que en su entorno consiga mantenerse abstemia. Primero tenemos que hacerle una cura de desintoxicación y luego alimentarla con infusiones y una comida nutritiva. Pero con eso solo no basta, pues mucho me temo que, en cuanto se sienta mejor, recurrirá de nuevo a la bebida. En realidad, deberían tratarla en el centro de desintoxicación.

—Pero, entonces, ¿qué va a ser de los niños? —preguntó Martha.

—¿Y qué sería de ellos si la madre muriera? —respondió él con otra cuestión.

Martha miró al doctor.

—No creo que la señora Schwenke ingrese de forma voluntaria en un centro de desintoxicación.

—No, yo tampoco lo creo. Y por eso debemos pensar qué pasos hay que seguir. Su estado de salud y el de sus hijos es lo bastante grave como para incapacitarla y hacerla entrar a la fuerza en un centro de desintoxicación. En ese caso, los niños serían acogidos en un centro de menores.

—Eso es justo lo que me gustaría evitar —contestó Martha—. Tú mismo sabes cómo son esos centros de menores. Los niños un poco mayorcitos podrían superarlo, pero ¿qué será de los pequeños?

El doctor Schlüter hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, y eso no facilita las cosas. Tal vez, si le explicamos con toda claridad las temibles consecuencias que su adicción acarrearía para ella y sus hijos, sea posible convencer a la señora Schwenke de la necesidad de la abstinencia.

Martha suspiró.

—Yo eso lo practiqué durante dos años con mi padre, pero solo dejó el alcohol cuando encontró un nuevo objetivo en la vida. Y me pregunto qué objetivo podría encontrar la señora Schwenke. Desde la muerte de su marido se ha rendido por completo.

—De todas formas, todavía es capaz de conseguir aguardiente.

—Sospecho que se lo manda traer a los niños. Se aprovechará de la rivalidad entre los pequeños usando fórmulas como: «¿Quién quiere a mamá lo suficiente como para hacerle un favor?», y ante esa clase de peticiones, ¿cómo van a oponer resistencia sus pobres hijos?

—¿Y si recurrimos al Ejército de Salvación? —preguntó el doctor Schlüter—. Entonces habría alguien más al cuidado de la familia.

Martha reflexionó por un breve espacio de tiempo.

—¿Por qué no? —dijo después—. Conozco a algunas señoras muy influyentes del Ejército de Salvación. Pero, naturalmente, existe el peligro de que la señora Schwenke les dé con la puerta en las narices.

—Bueno, creo que con la autoridad que me da ser médico jefe sabré convencerla de sus beneficios. ¿Podrías entrar en contacto con el Ejército de Salvación? Estaría bien que una de esas damas se pasara ahora por aquí y apelara a la conciencia de la señora Schwenke. Y a lo mejor nos hace caso si le explicamos que, si no se abstiene cuanto antes del consumo de alcohol, no podrá evitar que se cumplan las amenazas de la incapacitación, su ingreso en un centro de desintoxicación y la pérdida de sus hijos.

—Lo haré con mucho gusto —le prometió Martha.

A continuación, se despidió del doctor Schlüter y fue a ver otra vez a la señora Schwenke. Pero la madre de nueve hijos, que padecía el síndrome de abstinencia, apenas se enteró de su visita. Martha se conformó con darle la mano durante un rato y decirle que su prole estaba bien atendida, aunque desconocía si la señora Schwenke podía entender alguna palabra de cuanto le estaba diciendo.

Mientras Martha se dirigía hacia la salida, decidió emprender otras acciones pertinentes respecto a la situación de la madre enferma y sus hijos. Tomó el tranvía que iba a Altona para llegar al edificio que albergaba la Misión del Náufrago, que se ocupaba de quienes habían naufragado en la sociedad moderna, de los fracasados. Quería exponerle el caso de la señora Schwenke —a quien nadie llamaría «náufraga» en aquel sentido metafórico—, a una enfermera que

trabajaba ahí. Estaba segura de que Bertha Keyser le echaría una mano. Porque, si bien era buena la propuesta del doctor Schlüter, Martha creía que, en este caso, la enfermera Bertha estaba más capacitada que las resueltas oficiales del Ejército de Salvación, que se ocupaban de padres de familia bebedores. La enfermera Bertha era lo que se entendía como una «misionera de calle», tenía un gran corazón y siempre atendía con esmero a las mujeres y los niños que veía en apuros. Era diez años mayor que Martha y había vivido parte de su vida en Inglaterra y en Francia antes de establecerse en Hamburgo. Aunque llevaba poco tiempo en la ciudad, contó pronto con una extensa red de contactos para ayudar a las familias más necesitadas.

Por desgracia, la enfermera había salido. Martha le dejó una nota en la que describía con brevedad el motivo de su consulta, junto al número de teléfono del doctor Schlüter, para que Bertha pudiera dirigirse directamente al médico jefe y acordaran los pasos a seguir. A continuación, emprendió el camino de vuelta a casa, pues todavía debía ocuparse de sus propias obligaciones antes de recoger a los niños de la guardería y de que llegara Paul del trabajo.

DURANTE LAS PRIMERAS horas de la tarde se dedicó a separar y ordenar la ropa sucia, ya que el chico de los recados de la lavandería Berlitz la recogía todos los martes por la mañana para devolverla lavada y planchada el jueves. Antes de que hubiese acabado, llamaron al timbre. Interrumpió su tarea con un suspiro y confió en que no se le presentara otro caso urgente. Abrió la puerta y se estremeció por la sorpresa.

—¡Heinrich! ¡Estás en Hamburgo! ¿Por qué no has escrito?

Él se echó a reír y, todavía en el umbral, la abrazó estrechándola con fuerza. Atrás quedaban los tiempos en que llamaba «hermano pequeño» a ese hombre musculoso y de rubia barba que le sacaba dos cabezas.

—No he tenido ocasión de hacerlo. Pero, a cambio, vas a ser la primera en conocer a mi reciente esposa —le dijo, y entonces Martha cayó en la cuenta de que le acompañaba una mujer delicada de pelo negro y ojos almendrados—. Martha, esta es Li-Ming. Nos hemos casado hace un mes. Sé indulgente con ella; apenas habla alemán todavía.

A continuación le hizo un comentario en chino a su esposa, y Li-Ming tendió sonriente la mano a Martha.

—Me aleglo mucho —dijo.

Martha le dio la mano, pero fue incapaz de responder nada. ¡Heinrich se había casado! Sin decir nada a nadie, a escondidas. ¡Y

encima con una china! Sabía que su hermano había aprendido varios idiomas en sus viajes. Hablaba con fluidez inglés, francés y español. Pero que también supiera chino era una novedad para ella. ¿Desde cuándo viajaba a China? Y ¿cómo había conocido a Li-Ming? ¿Había sido una boda espontánea o tenían una relación desde hacía tiempo? A juzgar por la fluidez que apreciaba en su hermano en el dominio de aquella lengua, debían de conocerse desde hacía mucho. Martha observó más detenidamente a su cuñada. Era tan guapa como una de las muñecas de porcelana que se podían comprar en la sección de juguetes de los nuevos grandes almacenes Hermann Tietz. Llevaba la cara discretamente maquillada y con su largo cabello oscuro se había hecho un moño que iba sujeto con un pasador de nácar. Lucía un vestido de seda azul oscuro de un corte poco habitual para los ojos europeos, que subrayaba su aire extranjero de una manera primorosa y elegante a la vez. Mientras la contemplaba, Martha fue consciente de que Li-Ming era la primera china a la que había tratado en persona. Aunque de vez en cuando veía a algunos hombres asiáticos en el puerto, eran marineros con los que no había tenido una relación directa.

Heinrich carraspeó.

—Bueno, ¿no nos vas a invitar a pasar?

—Oh, sí, perdona. Li-Ming, yo también me alegro mucho de conocerte, aunque reconozco que estoy muy sorprendida de que mi hermano se haya casado sin decirnos nada.

Heinrich tradujo las palabras de Martha. Su esposa sonrió con timidez. Cuando entró en casa, Martha advirtió que caminaba con pasitos muy cortos. Sabía que las madres chinas vendaban a sus hijas los pies desde pequeñas para que no les crecieran, y se preguntaba si andar con esos piececitos sería doloroso o solo agotador.

Los condujo a la sala de estar.

—¿Li-Ming prefiere café o té? —preguntó, recordando que los chinos poseían una rica y variada cultura del té.

—Oh, en eso mi mujer encaja a la perfección conmigo. —Heinrich esbozó una sonrisa—. Li-Ming sabe apreciar el café y, de vez en cuando, también un vaso de cerveza.

—Entonces pondré una cafetera para los tres. Si me hubieses anunciado vuestra visita, os habría hecho también una tarta.

—Justo por eso hemos venido sin avisar. —Heinrich le guiñó el ojo —. No queríamos obligarte a que nos recibieras por todo lo alto.

—¿Y por qué no nos has escrito cuando planeasteis la boda, en lugar de colocarnos ante los hechos consumados?

—Te lo contaré cuando esté listo el café.

Heinrich, que sostenía la mano de Li-Ming, seguía sonriente. A Martha le llamó la atención la amorosa mirada con que lo contemplaba su mujer y confió en que aquel enlace matrimonial no fuera una reacción precipitada ante un enamoramiento. Al fin y al cabo, procedían de mundos muy diferentes, y aunque Li-Ming acompañara a Heinrich en sus viajes, en algún momento tendrían que decidirse por un mundo común en el que criar a sus hijos.

Cuando Martha volvió con el café y sirvió la bebida a su hermano y a Li-Ming, se quedó aguardando intrigada el relato de Heinrich. Pero el capitán, como de costumbre, se regodeó en prolongar la espera de su oyente. Primero bebió un sorbo de café y elogió el aroma, mientras miraba pícaramente por el rabillo del ojo la arruga de impaciencia que se le había formado a Martha en la frente. Por fin se apiadó de su curiosidad y empezó a referirle lo que había sucedido.

4

Nueva York, 1910

SI BIEN ERA cierto que Heinrich amaba el océano y la soledad del mar, disfrutaba todavía más sumergiéndose en el bullicio de las numerosas ciudades portuarias en las que hacía escala con regularidad. En verano eran habituales los grandes puertos del continente americano, en tanto que durante el invierno recorría las ciudades costeras del Mediterráneo. Así llevaba haciéndolo desde que era un simple grumete hasta que acabó convirtiéndose en capitán. Hacía dos años que se había cumplido su gran sueño de estar al mando del Fortuna, un soberbio velero de cuatro palos. Sin embargo, con el éxito llegó también la desilusión, porque para entonces se había vuelto mucho más difícil subsistir con un barco velero en el comercio ultramarino. Los grandes buques de vapor iban suplantando a los veleros poco a poco, pues podían llevar más carga y, pese a ello, eran más rápidos. Muchas compañías mercantiles firmaban de entrada contratos con las grandes compañías navieras de barcos de vapor y solo recurrían a los viejos veleros en caso de extrema necesidad. Para embarcaciones como el Fortuna solo quedaban pequeñas casas comerciales que iban perdiendo terreno frente a las capacidades de las compañías navieras de los buques de vapor. De todos modos, Heinrich contaba con una clientela fija que valoraba su formalidad.

El viernes 17 de junio de 1910 hizo de nuevo escala en el puerto de Nueva York. Una vez despachados los trámites habituales, dejó en manos de su suboficial Olaf la vigilancia de la descarga y emprendió el camino hacia Chinatown. Ya desde grumete había desarrollado una predilección por aquel variopinto barrio y siempre se alegraba cuando los marineros de primera lo llevaban consigo.

La gran diversidad que ofrecía Nueva York fascinaba una y otra vez a Heinrich. Era como un microcosmos que reproducía el mundo entero. Y, en su opinión, Chinatown era la joya más exótica de esa

ciudad. Conocía los establecimientos especializados, las tabernuchas y los fumaderos de opio, pero también los selectos locales turísticos y los grandes palacios de la diversión destinados, sobre todo, a visitantes occidentales que pagaban bien.

Esa noche fue a parar al Loto de Oro, una combinación de casa de comidas y barra americana, donde se mezclaban las costumbres chinas con las occidentales y que era frecuentado sobre todo por clientes que adoraban el ambiente exótico, pero que no estaban dispuestos a renunciar a sus bebidas alcohólicas habituales. La mayoría de los chinos de Chinatown no hablaba inglés, pero allí Heinrich había hecho algunas amistades interesantes e incluso había aprendido algo del idioma, que practicaba una y otra vez con las chicas de alterne. Algunas de ellas, además de conversación, ofrecían otros servicios, pero eran mucho más discretas que las prostitutas de las tabernas del puerto. Proporcionaban siempre a su cliente la sensación de que solo les interesaba él y no su dinero. Y lo hacían tan bien que hasta Heinrich, pese a su experiencia, dudaba a veces entre los gestos auténticos y los simulados.

Sin embargo, la joven que se le acercó ese día era completamente distinta. Lo primero que le llamó la atención fue su manera de andar. Consistía en unos pasitos cortos que Heinrich solo había visto entre las chinas de clase alta con los pies vendados. La mayor parte de las chicas de alterne tenían unos pies completamente normales; muchas de ellas habían nacido en América, pues la inmigración china estaba rigurosamente reglamentada. Aunque los americanos contrataban como culíes a hombres chinos, era casi imposible que las mujeres entraran en América por la vía legal.

Heinrich conocía historias de peligrosos viajes en los que introducían de contrabando novias distinguidas para hombres adinerados. Chinas con unos pies diminutos en forma de loto. Justo igual que esa delicada joven cuya sonrisa fingida no podía ocultar la profunda tristeza de sus ojos. Cuando la mujer se dio cuenta de que Heinrich la miraba con fijeza, bajó los párpados con timidez. También eso se diferenciaba de lo que solían hacer allí las chicas. Por lo general, en la mirada de una mujer podía reconocer enseguida hasta dónde quería llegar. ¿Trabajaba únicamente como chica de alterne que hacía compañía a alguien en público o estaría dispuesta, por más dinero, a acompañar a sus clientes a uno de los cuartos de atrás? En cambio, esa criatura tan frágil parecía sentirse a disgusto solo por permanecer sentada a su lado para animarle a beber con su compañía.

—¿Hablas inglés? —le preguntó en su todavía escaso conocimiento del chino.

Alzó la mirada sorprendida y entonces Heinrich pudo verle bien los ojos, perfectamente torneados y ajustados a los nobles rasgos de la cara, semejantes a la filigrana de una pintura de porcelana. No, sin duda esa mujer no pertenecía al ambiente de un establecimiento como aquel.

—No —respondió ella—. Pero ¿tú hablas mandarín?

—No mucho ni bien —respondió Heinrich—, aunque me gustaría aprender. —Con un movimiento de la mano la invitó a tomar asiento. Ella dudó un momento antes de aceptar la invitación sin dejar de mirarle a los ojos. A Heinrich le pareció que estaba calibrando sus intenciones. ¿Era digno de confianza o querría aprovecharse de su situación? Desde luego, él no quería eso, ni mucho menos.

—Solo me gustaría charlar —dijo—. Practicar el mandarín para hablarlo mejor.

Ella amagó un gesto de asentimiento y Heinrich le preguntó qué quería tomar.

—Té —contestó.

Asintió y pidió un té para ella y un vino de arroz para él.

—Me llamo Heinrich Westphal —se presentó—. Soy alemán.

De nuevo ella hizo un amago de asentimiento.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Li-Ming.

—¿Eres nueva aquí?

—¿Se nota? —respondió ella con otra pregunta.

—Sí, eres distinta.

—Lo siento… Yo… ¿Qué te gustaría en realidad?

—Solo hablar contigo —dijo Heinrich. Resistió entonces el impulso de cogerla de la mano para consolarla, porque seguro que lo habría interpretado mal—. Me pareces… —Buscó las palabras apropiadas— Pareces una dama distinguida de China. ¿Desde cuándo vives en América?

No fue una conversación fácil. Li-Ming era muy tímida, y el conocimiento del chino de Heinrich todavía dejaba mucho que desear. Así, a menudo él le rogaba que le repitiera la última frase, porque se veía obligado a oír de nuevo lo que ella acababa de decirle en su lengua y, al mismo tiempo, sin desanimarse, buscaba las palabras apropiadas para sus respuestas. Pero justo ese esfuerzo nutrió la confianza que Li-Ming depositaba en Heinrich. Supo que, en efecto, la joven procedía de China y había sido introducida de contrabando en el país para convertirse en la concubina de un hombre rico que le triplicaba en edad.

—No se portó bien conmigo —concluyó ella, sin mencionar más

detalles—. Me escapé. Pero no hay trabajo para las chicas como yo. Por eso estoy aquí para hacer compañía a los clientes, nada más. —De nuevo bajó la vista—. Aunque no se me da muy bien. Me exigen más, pero yo no quiero eso. —Un ardiente rubor le iluminó las mejillas nada más pronunciar esas palabras.

—¿No tienes ninguna otra posibilidad? —preguntó Heinrich, visiblemente afectado—. ¿Una familia que te respalde?

Li-Ming negó con un movimiento de cabeza.

—No puedo regresar.

Heinrich pidió más bebidas con el fin de que a Li-Ming no la riñeran por animar poco a la clientela. También la invitó a cenar y, al final de la noche, el dueño del Loto de Oro sin duda quedó satisfecho con la cuenta que le pasó. Como despedida, le dio además cinco dólares a Li-Ming.

—Creo que te vendrán bien —añadió él. Ella lo miró extrañada. Era un dineral. Sabía que, para obtenerlos, un hombre tenía que trabajar una semana en el puerto.

—No puedo aceptarlos —dijo ella con timidez—. Es demasiado.

—Tranquila, cógelos. Me lo puedo permitir —le insistió Heinrich —. Llevo un buen cargamento de vuelta a Hamburgo.

—¿Un buen cargamento?

—Soy capitán y mi barco, el Fortuna, está amarrado en el puerto.

—¿Un barco grande?

—Un velero de cuatro mástiles. —Se paró a pensar si debía mencionarle la capacidad de carga, pero, por una parte, le faltaban las palabras en chino y, por otra, seguro que a Li-Ming no le importarían esos datos técnicos.

—¿Y está en el puerto? —siguió preguntando ella—. Solo he estado una vez allí, cuando llegué, y todo estaba muy oscuro. Había que ser muy precavido, porque no se nos permitía andar por allí.

Pensó ofrecerle visitar su barco, pero descartó enseguida la idea, no fuera a ser que ella sospechara de segundas intenciones, y eso Heinrich no lo quería por nada en el mundo. No era de los que se aprovechaban de la situación apurada de una mujer indefensa.

DESPUÉS DE DESPEDIRSE de Li-Ming y mientras caminaba de vuelta hacia el puerto, no se le quitaba de la cabeza aquella frágil y joven mujer que con tanto afán luchaba por mantener su dignidad. Y se preguntaba si podría haber hecho algo más por ella. Algo más que darle cinco dólares, con los que en realidad solo acallaba su mala conciencia, aunque no tuviera ninguna razón para sentirse culpable de nada.

Siguió pensando en ella cuando entró en el camarote para ocuparse de su papagayo Lora, y aún conservaba su imagen ante los ojos cuando se acostó. Maldita sea, ¿qué le estaba pasando? Si no podía hacer nada por ella, ¿por qué no era capaz de quitársela de la cabeza?

Tras una noche demasiado corta, a la mañana siguiente lo despertaron unos fuertes golpes en la puerta.

—¡Capitán, tienes que ver esto! —gritó el suboficial—. ¡No me lo puedo creer!

Heinrich se levantó de un salto y se puso a toda prisa los pantalones y la camisa.

—¿Se puede saber qué pasa?

—Pues esto —dijo Olaf, señalando con el pulgar por encima de su hombro a la joven que estaba tras él—. Solo habla chino, pero tu nombre lo he entendido bien.

—¿Li-Ming? —exclamó Heinrich extrañado. ¿Cómo diablos había encontrado el Fortuna? ¿Y qué hacía allí?

Esa última pregunta fue exactamente la que le formuló en su idioma. Insegura, ella bajó la mirada casi con vergüenza.

—Quería preguntarte si me llevas contigo.

—¿Llevarte conmigo? —La miró con los ojos abiertos como platos —. ¿A Alemania? ¿Cómo se te ha ocurrido una idea así?

—Creía que… —Li-Ming tragó saliva—. Perdona, he cometido una insensatez. Yo…

Heinrich le hizo una seña a Olaf para que los dejara solos. Luego la condujo a su camarote y le ofreció un asiento.

—Bueno, ahora cuéntame qué ha pasado.

Heinrich tardó un rato en entender bien todo lo que le había contado Li-Ming. Por último, dedujo que el dueño de El Loto de Oro le había dado un ultimátum hacía unas horas. Le exigía que, además de animar a los clientes a consumir bebidas alcohólicas, les ofreciera también su compañía en uno de los cuartos de atrás. Al contarlo, Li-Ming había prorrumpido en un llanto desesperado.

—Eso no puedo hacerlo. ¡Nunca, jamás! No sé qué pasos debo seguir. Tú has sido el primer hombre que me ha tratado bien. A los demás, mi situación no les importaba en absoluto.

«Maldita sea», pensó Heinrich, viendo que ahora el problema de Li-Ming se había convertido también en el suyo. Por supuesto, no podía echarla de allí sin más, pero tampoco le era posible llevársela a Alemania. Ni siquiera tenía los papeles en regla.

—¿Podrías hacer otro trabajo? —preguntó por fin Heinrich.

—Ningún chino decente me contrataría. Le tienen miedo a mi marido. Pero yo no podía quedarme con él.

—¿Por qué no?

Li-Ming tragó saliva.

—No me trataba bien. No pude darle ningún hijo vivo. Me quedé embarazada dos veces, pero las dos veces lo perdí y él me…

—¿Te pegaba?

Ella asintió con la cabeza.

—Mi vida corría peligro.

Heinrich respiró hondo.

—No puedo llevarte a Alemania, pero hablaré con uno de mis socios comerciales para buscarte un empleo como criada en una casa americana, lejos de Chinatown. ¿Estás legalmente casada o solo eres una concubina?

Li-Ming bajó la mirada.

—La cuarta concubina —dijo en voz baja.

—Bien. Entonces, con arreglo a la ley americana, no estás casada y él no tiene ningún derecho sobre ti. Hablaré en tu favor para que obtengas un puesto de trabajo. Pero antes deberíamos desayunar. Seguro que todavía no has comido nada.

En efecto, Heinrich consiguió encontrarle un empleo a Li-Ming en la casa de uno de sus socios. Y después de ver lo contenta que se ponía la joven, zarpó feliz del puerto, aunque con ganas de regresar pronto a Nueva York para volver a verla.

5

—DURANTE LOS AÑOS siguientes visité con regularidad a Li-Ming cuando iba a Nueva York —concluyó Heinrich su relato—. Y llegó un momento en que nos dimos cuenta de que entre nosotros había algo más que pura amistad.

—¿Y por qué no nos lo contaste mucho antes? —preguntó Martha—. ¿Por qué te casaste con ella sin comunicarnos nada?

Li-Ming miró sin entender primero a Martha y luego a Heinrich, que enseguida se lo tradujo antes de proseguir con la narración de los acontecimientos.

—Es probable que lo hubiéramos hecho de otra manera si Li-Ming hubiera tenido los papeles en regla —dijo—. Pero ella era ilegal en América. Además su patrón, el dueño del local, tenía algunos competidores que pretendían denunciarlo y hundirlo en la miseria. La última vez que estuve allí me contó que lo amenazaban con informar a la Oficina de Inmigración por emplear a ilegales en su local. En realidad, la única ilegal era Li-Ming. El patrón, por tanto, no podía seguir teniéndola como empleada. —Heinrich explicó que para entonces ya habían hecho planes de futuro y que ese fue el acicate que los condujo a tomar las riendas del asunto y llevar a cabo las acciones apropiadas—. Yo sabía que, si me casaba con ella y conseguía los papeles a través del consulado alemán, las autoridades americanas ya no tendrían derecho a imponerle nada a Li-Ming. Y, en fin, así fue como nos casamos. Y ahora estamos aquí, en Alemania, tomando café en tu casa.

Aún sostenía la mano de su esposa entre las suyas mientras le traducía las últimas palabras sonriendo amorosamente.

Aunque se trataba de una historia romántica, Martha se sentía incómoda. Era cierto que Heinrich no se había casado con Li-Ming deprisa y corriendo por un capricho, sino que la conocía desde hacía años. Pero ¿y la joven? ¿Amaba de verdad a Heinrich o solo había aprovechado la oportunidad de refugiarse en un matrimonio ventajoso

para ella con un capitán alemán? ¿Qué sabía en realidad su hermano de ella? Li-Ming podría haberle contado cualquier cosa. Lo único seguro era que la había pescado en una especie de prostíbulo. De acuerdo, eso no tenía por qué ser un impedimento; ni quería ni debía echárselo en cara a Li-Ming. No obstante, se preguntaba si una relación así podía perdurar. ¿Había en realidad suficientes puntos en común como para fundar una familia sobre unos cimientos sólidos? Al fin y al cabo, su hermano solo conocía retazos de la vida de su flamante esposa. En su fuero interno, Martha confiaba en que no fuera solo la vena romántica de Heinrich la que le hubiera llevado a dar ese paso.

—¿Y a partir de ahora qué vais a hacer? —preguntó para romper el embarazoso silencio que se había instalado en la sala de estar—. ¿Te llevarás a Li-Ming en tus viajes o vais a alquilar un piso en Hamburgo?

—Todavía no lo sé. Primero quería preguntarle a papá si Li-Ming se puede quedar una temporada en su casa para aprender mejor el alemán. Y a él tampoco le perjudicaría que una mano femenina mantuviera la casa ordenada. Pero para eso todavía hay tiempo; no zarpamos de nuevo hasta dentro de dos semanas.

—¿Tan pronto? —Martha movió la cabeza. ¿De veras podrían solucionar unos recién casados su futuro en solo quince días?—. No sé qué le parecerá a papá tener de repente en su casa a una extraña que apenas habla alemán.

—No te preocupes. Li-Ming es un tesoro y domina el arte de mantenerse con elegancia en un segundo plano. Atenderá a la perfección las necesidades de papá sin incomodarlo.

Heinrich le tradujo sus palabras a su esposa, que asintió con fervor.

—Papá, como mi papá —dijo.

Resultaba conmovedor ver cómo Li-Ming intentaba hablar en alemán para caerle bien a la hermana de su marido. Y de repente Martha comprendió por qué Heinrich se había sentido inmediatamente responsable de aquella mujer. No cabía duda de que se hacía querer. Posiblemente a su padre le convenía tener a alguien que se ocupara de él, pese a que llevaba ya un tiempo haciendo su vida por su cuenta. Pero ya estaba mayor y la pierna lisiada cada vez le daba más quebraderos de cabeza.

—En cualquier caso, tengo curiosidad por saber cómo reacciona papá ante su nuera —afirmó Martha, pensativa.

—¿Quieres acompañarnos? —le preguntó Heinrich—. Pensábamos ir a su casa ahora mismo.

Martha miró la hora.

—Tengo que ir a recoger a los niños a la guardería. Lo siento.

—Entonces no te entretenemos más y vamos a contarle a papá las maravillosas novedades.

Lanzó una mirada a Li-Ming, que dio el último sorbo a su taza de café. Luego se levantaron y se despidieron, dejando a Martha desconcertada.

CON LA LLEGADA de Li-Ming cambiaron ciertos aspectos del día a día de Martha, si bien la mayor parte no tenían nada que ver, de forma explícita, con la joven china. Pero le ocurrió que, sin darse cuenta, comenzó a dividir su tiempo en un antes y un después de Li-Ming, como si la llegada de esta fuera un hito que hubiera introducido un nuevo capítulo en su vida.

Al principio, su padre se había mostrado tan sorprendido como ella cuando Heinrich apareció con su esposa en su casa, pero Li-Ming, gracias a su amabilidad, consiguió granjearse las simpatías de su suegro sin el menor esfuerzo. Además, se esforzaba mucho por conocer las costumbres alemanas y gustarle así más a su nueva familia.

—En China este deseo de adaptación es muy habitual —le explicó Heinrich a su hermana, cuando esta dijo que Li-Ming también podría aportar algo de su propia cultura—. En cuanto la hija abandona a su propia familia, pasa a pertenecer a la familia del marido, cuyos hábitos adopta. Formar parte de nuestra familia es importante para Li-Ming, dado que no tiene cerca a ningún paisano suyo.

—Eso no es del todo cierto —oyeron que decía el padre de Martha, mientras se ocupaba con abnegación de su viejo mono Koko, que últimamente estaba bastante achacoso dada su edad avanzada—. En Altona hay algunas tiendas chinas. Hasta tienen un sitio para que duerman los marineros procedentes de su país.

—Pero serán todos hombres, ¿no? —preguntó Heinrich—. Ahí no puede ir Li-Ming, pues enseguida la tomarían por una casquivana. Lo mismo pasa en Chinatown, donde se encuentran demasiados hombres solos, sin mujeres.

—De todos modos, hay un restaurante chino llamado Chop Suey, que está en el número 18 de la Schmuckstrasse —prosiguió el padre de Martha—. Podríamos ir a comer el próximo fin de semana todos juntos, para que se sienta acogida, como en su casa.

—Veo que te has informado muy bien —comentó Heinrich con una sonrisita.

—Sí, claro. Si tú no te ocupas lo suficiente de las necesidades de tu mujer, tendré que hacerlo yo. —Su padre le guiñó un ojo con complicidad.

—No te preocupes —dijo Heinrich, devolviéndole el guiño—. Hasta ahora Li-Ming no se ha quejado. Me encargaré de reservar una mesa en el Chop Suey. Será una especie de compensación, ya que no hemos festejado nuestra boda.

Los niños tenían tantas ganas de visitar un restaurante exótico en honor de su nueva tía china, que comentaban el tema entusiasmados. Algo parecido les ocurrió a Paul y a Martha… hasta el día en que llegó de América una carta de Milli.

Martha había confiado en que el barco procedente de ultramar, del que le había hablado el señor Schneider en su visita a la Oficina Central de Correos, llevara en el equipaje de vuelta noticias para ella. Pensó que se quedaba sin respiración al tener en sus manos la tan anhelada misiva de Milli. La abrió con precipitación y leyó:

Queridísima Martha:

Hace ya quince años que tuvimos que despedirnos la una de la otra. Me cuesta creer que haya pasado tanto tiempo desde la última vez que nos vimos. Y eso que casi todos los días pienso en ti y, gracias a tus cartas, te siento tan cerca como si no nos separara todo un océano, pues la verdadera amistad se lleva en el corazón. Pero a pesar de todo, el corazón también anhela el verdadero abrazo, que ninguna carta puede sustituir.

¿Te acuerdas de lo que te dije el día que partí hacia este continente: que volveríamos a vernos? Ya sabes que Lawrence es lo bastante adinerado como para pagaros a ti y a Paul un viaje a América. Durante demasiado tiempo han tenido prioridad nuestras obligaciones cotidianas, los niños, el trabajo… Y sé que seguramente Paul no pueda ausentarse de sus obligaciones durante más de un mes. Sin embargo, nada de esto me impide invitaros a la boda de tu ahijada Anna, que tendrá lugar el 27 de junio de 1913. Lawrence ha tenido la maravillosa idea de reservar para Paul, para los niños y para ti unos pasajes en segunda clase para el viaje inaugural del barco alemán Imperator. Tendrías que ver cuánta propaganda hace la compañía naviera, incluso aquí en Nueva York, del «barco más grande del mundo». Lawrence dice que es una señal del destino que el viaje inaugural de una embarcación de tales dimensiones zarpe de la ciudad natal de mi mejor amiga en dirección a Nueva York justo semanas antes de la boda de nuestra hija. Sería maravilloso que pudierais venir. Piénsalo tranquilamente con Paul. Lawrence sabe cómo me gustaría teneros a todos aquí; por eso se ha ofrecido a restituir la pérdida salarial de Paul durante su ausencia del trabajo. Recuerda que

me casé con un hombre rico, y Lawrence no solo se lo puede permitir, sino que además lo haría encantado.

A veces me gustaría que esas maliciosas mujeres que en otro tiempo me miraban con desprecio porque se creían mejores que yo pudieran ver nuestra casa y nuestros numerosos criados. A su lado empalidecen muchas de las lujosas villas de Hamburgo. Naturalmente, el dinero no lo es todo; aquí he encontrado también mi felicidad, pero eso ya te lo contaré cuando nos veamos en persona. Escríbeme pronto dándome tu confirmación y así compraremos los pasajes para el barco; luego os mantendremos informados con ese modernísimo telégrafo de ultramar. ¡Me harías la mujer más feliz del mundo!

Tu amiga,

Milli

Martha leyó la carta hasta tres veces. No cabía duda de que Milli hablaba en serio. El corazón le latía cada vez más aprisa. ¡Viajarían a América en el trayecto inaugural del célebre Imperator! ¡Y, por si fuera poco, en segunda clase! Tenía muy presente el entusiasmo de los niños, que no se cansaban de recordar la visita que hicieron al barco.

Pero antes de sucumbir a una alegría desbordante, procuró calmarse. ¿Aceptaría Paul el ofrecimiento de Lawrence? Pero, aun cuando este le restituyera la pérdida salarial, ¿le dispensaría Wolkau del trabajo durante tanto tiempo? El talento de su marido como ingeniero era muy importante para el astillero. ¿Podrían renunciar a él durante tantos días?

CUANDO PAUL LLEGÓ por la noche a casa, Martha esperó a que los niños se hubieran acostado para enseñarle la carta de Milli. Mientras la leía, Martha vio cómo se le formaba una arruga profunda entre las cejas.

—No te alegras nada —comentó insegura.

Paul respiró hondo y luego dejó la carta encima de la mesa.

—Todo suena maravilloso, Martha. Milli ha pensado en todo y, sin embargo… Por lo que sé, el viaje inaugural está planeado para junio. Rudi tendría que perderse varias semanas de clase en el colegio. Y que a mí me dispensen del trabajo no está nada claro.

—Rudi es un chico inteligente, no le perjudicará faltar unas semanas al colegio. Además, en el viaje a América aprenderá otras cosas importantes que lo ayudarán a salir adelante en la vida. —Mientras hablaba, se le ocurrió una idea atrevida—. ¿No podrías utilizar en Wolkau el mismo argumento en tu favor?

—¿A qué te refieres?

—Pues a que tú también podrías aprovechar el viaje a América para tu profesión y ver qué barcos tienen en el puerto, y si podrían inspirarte para realizar futuros proyectos aquí en Hamburgo. Francamente, Paul, ¿qué astilleros se pueden permitir enviar a uno de sus ingenieros a cruzar el océano para establecer contactos allí? Sobre todo, teniendo en cuenta que además hablas inglés con fluidez. Si a una propuesta agradable se une otra útil, sería casi un desperdicio que no te dejaran viajar a América. Además, Wolkau se ahorraría tus costes salariales, puesto que Lawrence se haría cargo de ellos… Vamos, que mejor negocio no puede hacer el astillero.

Paul miró a Martha con una mezcla de asombro y fascinación.

—Eres única —dijo—. A mí nunca se me habría ocurrido esa idea. Pero ¿qué pasaría si allí no tuviera la posibilidad de echar un vistazo a los barcos?

—Eso podría arreglarlo Milli con la debida antelación. Su marido es una persona muy influyente, y si tiene un invitado de Alemania y quiere enseñarle algo en Nueva York, ¿por qué no iba a entrar también el puerto en sus planes?

Paul asintió despacio con la cabeza.

—Tantearé con cuidado el terreno en Wolkau. Pero no se lo digas a los niños todavía.

—¿Alimentar esperanzas que más adelante podrían quedarse en nada? Eso no lo haría jamás.

—Por otra parte —comentó por último Paul—, nada te impediría viajar a América tú sola con los niños, en caso de que yo no pudiera acompañaros.

Martha lo miró ojiplática.

—Pero si yo no hablo inglés.

—En el barco no te hará ninguna falta, y en Nueva York te recogería Milli en el mismo puerto.

—Vamos a esperar a ver qué opina tu jefe —respondió Martha, pues, aunque apreciaba la confianza que Paul depositaba en ella, la idea de recorrer medio mundo con los niños y sin él la llenaba de espanto.

AL DOMINGO SIGUIENTE llegó por fin el día, tan esperado por los niños, en el que iban a comer al restaurante chino. Esa jornada, por desgracia, empezó con una mala noticia, pues el viejo mono Koko había muerto la noche anterior. Karl Westphal enterró al pequeño a media mañana en un bosquecillo de Blankenese, en presencia de toda su familia.

—Todavía recuerdo bien cómo te lo traje —dijo Heinrich,

acariciando al papagayo Lora, posado en su hombro y adquirido por él en la misma época en Brasil—. Lora siempre se divertía pellizcándole a escondidas en el rabo, procurando no dejar ninguna pluma. —Pese a la tristeza del momento, una leve sonrisa iluminó el rostro de su padre.

—Sí, menuda pandilla de traviesos, pero en comparación contigo, Heinrich, eran de lo más inofensivos. —Guiñó el ojo a su hijo con complicidad.

Li-Ming, que también quería aprender a hablar en el idioma alemán, logró decir con gran esfuerzo:

—En China es venelado el dios mono. La fiesta del dios mono se celebla en el mes de la luna.

—¿Cuándo es el mes de la luna? —preguntó Martha. Li-Ming miró desconcertada a Heinrich.

—En septiembre —contestó este.

A los niños les daba mucha pena que ahora su abuelo solo tuviera al monito Maximilian. Además, era la primera vez que Ella se enfrentaba con la muerte.

—¿No estará Koko ahí muy solito? —le preguntó a su abuelo, cuando este depositó en la fosa el cuerpecillo envuelto en una manta.

—No, Ella. Lo que ves solo es su cuerpo, que estaba enfermo y envejecido, pero ahora ya no lo necesita. Su alma se encuentra donde están todos los monos que conoció antes de venir a acompañarnos a Alemania. Allí no estará solo.

—¿Y dónde está eso? —siguió preguntando Ella—. ¿Podemos ir a visitarlo?

—No, allí solo se puede ir cuando uno se muere y abandona para siempre su cuerpo.

La niña se contentó con la breve explicación, pero Rudi le preguntó:

—¿Y por qué sabes que está allí, abuelo?

—¿Dónde va a estar si no? —contestó Karl—. No solo van al cielo las personas buenas, sino también los animales buenos.

A eso Rudi no supo qué contestar, y resultó extraño para lo curioso e impertinente que podía llegar a ser el muchacho.

—Ahora la comida familiar que hemos planeado va a ser algo así como el convite del funeral de Koko —opinó Heinrich riéndose, mientras emprendían el camino hacia la Schmuckstrasse de Altona—. Pero también me parece estupendo. Como decía Li-Ming, el dios mono es muy venerado en China.

EL RESTAURANTE ERA muy modesto; se notaba con claridad que

ahí comían sobre todo obreros chinos. Li-Ming se alegró mucho de poder hablar en su idioma al pedirle la comida al dueño. Esa vez Heinrich se lo tradujo a los miembros alemanes de la familia.

—Aquí está permitido mancharse y no se considera de mala educación —dijo—. Se come con palillos, por lo que es imposible no ponerse perdido. Cada uno recibe su porción de arroz, pero puede coger de todos los demás platos que se sirven. En los restaurantes distinguidos de Nueva York hay incluso bandejas giratorias para poder llegar con mayor facilidad a los distintos platos, pero aquí tenemos que arreglárnoslas por nuestra cuenta.

Fue una comida muy alegre que duró más de lo habitual porque todos, excepto Heinrich y Li-Ming, tenían grandes dificultades para comer con los palillos. En cualquier caso, la familia al completo se mostró de acuerdo en que la comida estaba riquísima. Pero quienes más se divirtieron fueron los niños. No solo porque por primera vez pudieron ver cómo los mayores se manchaban exactamente igual que ellos, sino también por tener permiso para comer de cualquier plato.

—Ahora sé por qué los chinos están todos tan delgados —dijo el padre de Martha—. Cuando se come con palillos, puedes morirte de hambre incluso tratando de comer cuanto te sea posible, porque todo se cae a la mesa.

—Me encantaría ir alguna vez a China —dijo Rudi—. Tío Heinrich, ¿me llevarás contigo cuando vayas a visitar a la familia de la tía Li-Ming en China?

—Me temo que ya no queda nadie a quien visitar —dijo Heinrich —. Los padres de tu tía murieron, ¿sabes? Y después su hermano se encargó de que ella fuera a América para trabajar allí. Pero cuando seas algo mayor te llevaremos en las vacaciones de verano a Nueva York.

—Eso ya no hará falta —dijo Paul. Lanzó una mirada a Martha, que asintió de manera casi imperceptible, y luego dijo—: Martha recibió hace tres días una carta de América. Su amiga Milli nos invita a los cinco a Nueva York para la boda de su hija Anna, la ahijada de Martha. Y su marido es tan generoso que no solo nos paga la travesía en el Imperator, en segunda clase, sino también mi pérdida salarial. Ayer recibí la autorización de mi jefe. En junio me eximirá del trabajo durante seis semanas, aunque con la condición de que establezca contactos con los constructores navales americanos. Eso significa que, además de ir a la boda, me reuniré con algunos ingenieros americanos para hablar sobre los logros más recientes en materia de construcción de buques.

Silencio.

—¿No decís nada?

Rudi fue el primero que entendió lo que significaba aquello.

—¿Vamos a América, papá? ¿En el Imperator? ¿Todos nosotros?

—Sí —confirmó Paul—. Mamá, Fredi, Ella, tú y yo.

—¿A América? —exclamó ahora también Fredi—. ¿Y veremos indios?

—En Nueva York, no creo —dijo Heinrich.

Fredi parecía decepcionado.

—No le quites la ilusión al niño con tu realismo —le riñó Martha a su hermano—. Seguro que en alguna parte encontraremos indios, si tanto te apetece verlos.

—¿Y cuándo nos vamos? —preguntó Rudi, que a duras penas podía estarse quieto en la silla y no paraba de tamborilear sobre el borde de su plato con los palillos.

—Basta ya —le dijo su padre—. Eso no se hace. El barco zarpará, según las previsiones, el 11 de junio. Así que tendrás que ser muy aplicado, porque te vas a perder varias semanas de clase en el colegio. ¿Puedo confiar en ti, hombrecito?

Rudi asintió con decisión.

—¡Sí, papá! ¡Nos vamos a América! —dijo a continuación—. ¡A América!

Cuando Fredi y Ella se sumaron a los gritos de alegría y también el padre de Martha se dejó llevar por el entusiasmo de sus nietos, Martha suspiró aliviada, pues la vida, que tanta fortaleza le había exigido hasta entonces, le devolvía ahora más regalos de los que nunca hubiera imaginado. Sus hijos tendrían un futuro radiante sin penalidades ni apuros, y ya desde pequeños conseguirían lo que para ella de niña solo habían sido sueños irrealizables.

La vida era sencillamente fantástica.

6

LA ILUSIÓN POR el gran viaje y las ganas de volver a ver a Milli hicieron que Martha pasara los siguientes días flotando en una nube de felicidad, pero al mismo tiempo aquello la llevó a apiadarse aún más de la miseria que veía a su alrededor cuando ejercía su profesión. Aunque muchas personas se beneficiaban de los nuevos tiempos y de las conquistas tecnológicas, seguía habiendo demasiadas familias que vivían como los Schwenke.

La familia Schwenke era la que más la preocupaba, pues la cirrosis hepática de la madre presentaba peor aspecto de lo que se temía el doctor Schlüter. La ictericia no remitía, y las sustancias nocivas que normalmente eran eliminadas por un hígado sano permanecían en el cuerpo y afectaban a la salud mental de la madre. Ya no era capaz de ocuparse de sí misma y menos aún de sus hijos. En los dos más pequeños, que seguían siendo mimados y alimentados en la Unidad Infantil, salían a relucir cada vez más deficiencias y carencias, y Franziska, enfermera jefe de la Unidad Infantil y amiga de Martha, opinaba que, por desgracia, en el mejor de los casos, solo conseguirían salir adelante en una escuela de educación especial.

—Porque si van a un hospicio común —añadió—, se atrofiarán y es probable que de adultos vayan a parar a un manicomio.

En uno de esos tristes días, Martha se encontró con la enfermera Bertha delante de la habitación de la señora Schwenke. La misionera había intentado en vano establecer contacto con la atormentada madre. Para entonces ya sabían todos que el cerebro de la señora Schwenke estaba seriamente dañado por el alcohol. Cada vez que Martha la veía así, le entraban remordimientos de conciencia. ¿Debería habérselo notado antes? Por otra parte, sabía que los alcohólicos se caracterizaban por ser capaces de ocultar su adicción y sus efectos durante mucho tiempo para engañar a los de su entorno. Y, además, en aquello de salvar las apariencias, las mujeres eran más hábiles que los hombres. No obstante, pensaba que tal vez debería

haber prestado más atención.

La enfermera Bertha notó cómo Martha se debatía consigo misma.

—Cuando una persona se rinde, nosotros ya no podemos hacer nada —dijo—. Ahora tenemos que pensar en cómo sacar adelante a los niños.

Martha asintió.

—Me temo que un hospicio sería la ruina para los más pequeños. Son tan débiles e indefensos… ¿Cómo van a abrirse paso en la vida en tales circunstancias?

—Eso es cierto —afirmó la enfermera Bertha—. Sin embargo, hace unas semanas me encontré con el doctor en Teología Martin Hennig, que dirige la Rauhes Haus. ¿Conoce esa institución?

—Solo de oídas, nunca he estado ahí. Es ese hogar eclesiástico del barrio de Horn, que se ocupa de los niños marginados en la sociedad, ¿no? De los que ya han entrado alguna vez en conflicto con la ley. No creo que sea el sitio apropiado para los hijos de la señora Schwenke, dado que todos ellos siguen siendo decentes y honrados.

—Bueno, es cierto que allí hay también chicos que han estado internados en un reformatorio, pero la mayor parte de los niños no han cometido ningún desliz, si exceptuamos a algunos que, hambrientos, han robado para comer. Lo más característico de la Rauhes Haus es que los menores tutelados viven en unidades de tipo familiar. Además, también acogen a niños cuyos padres todavía viven, pero que ya no se encuentran en condiciones de ocuparse de ellos. Allí van al colegio y aprenden a hacer algún trabajo práctico y razonable. Es posible que esta sea la solución ideal para que los nueve hermanos sigan juntos. ¿Quieres que le pregunte al pastor si los podría acoger en un tiempo previsible?

—¿Y qué será de la madre?

—Sea sincera consigo misma, enfermera Martha. ¿Qué otra cosa cabe esperar para la señora Schwenke salvo un manicomio? Dudo que ni siquiera pueda beneficiarse de un centro de desintoxicación en su estado, pues ya no razona como es debido.

Martha tragó saliva. Aunque lo sabía desde hacía tiempo, le dolía oírselo decir a otra persona.

—¿Cree que sería posible que hagamos una visita a la Rauhes Haus?

—Por supuesto —dijo la enfermera Bertha—. ¿Qué le parece hoy mismo? Podríamos ir enseguida. El pastor me ha ofrecido enseñarme la institución. Seríamos bienvenidas en cualquier momento.

Martha miró el reloj. Tenía todavía cuatro horas hasta que Rudi saliera del colegio.

—Con mucho gusto —aceptó sin pensárselo más—. ¿Vamos en tranvía? Es lo más rápido. Podríamos coger la línea 17, que tiene la última parada en Hamm.

—Qué bien se sabe las combinaciones —dijo la enfermera Bertha con una sonrisa.

—Sí, me encanta usar ese medio de transporte. Como de jovencita tenía que hacer largos recorridos a pie, aprecio mucho que ahora haya cada vez más líneas de tranvía.

DESDE LA PARADA de Hamm tuvieron que caminar durante unos diez minutos hasta que llegaron a la Rauhes Haus. Aun hallándose tan cerca del centro de la ciudad, Martha tuvo muy pronto la sensación de estar en el campo. El barrio era como un pueblo. Las casas estaban desperdigadas entre numerosos árboles, olía a establo y a hierba recién segada, y en algún lugar mugían las vacas.

Pasaron por delante del Paulinum, el colegio en el que recibían instrucción tanto los pupilos tutelados de la Rauhes Haus como los niños de los alrededores.

—Qué bonito barrio —exclamó Martha cuando recorrían entre las casitas un estanque en el que nadaban varios patos blancos—. Irradia tanta luz y tanto calor… Esto es otro mundo, difícil de imaginar cuando se viene de la lóbrega oscuridad del viejo Barrio de los Callejones. ¿Sabe dónde podemos encontrar al pastor?

La enfermera Bertha negó con un movimiento de cabeza.

Mientras miraban indecisas a su alrededor, pasó por allí un muchacho joven, de unos dieciséis años, que tiraba de un carro escocés típico de Hamburgo cargado con varios bidones de leche.

—¿Están buscando a alguien? —preguntó solícito—. ¿Puedo ayudarlas?

—Sí, queríamos ver al pastor —respondió Bertha.

—Entonces lo mejor es que vayan ahí. —Señaló un gran edificio de ladrillo rojo que asomaba entre algunos árboles al otro lado del estanque—. Esa es la Wichern Haus, la sede de la Administración. Siempre hay alguien que les podrá informar.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. —El chico se tocó la gorra y siguió andando.

TUVIERON SUERTE. EL secretario responsable de la Administración, un hombre gris que no llamaba la atención, con calvicie, gafas de montura de metal y manguitos, tal y como Martha imaginaba a un contable leal, les explicó que el doctor Hennig estaba reunido, pero que terminaría en unos minutos y luego tendría tiempo

para atenderlas.

Se acababan de sentar en las sillas del pasillo, cuando en el otro extremo se abrió la puerta y el pastor se despidió muy amablemente de una pareja bien vestida. Luego su mirada recayó en las dos mujeres.

—¡Enfermera Bertha, qué alegría! —dijo al reconocerla—. Y veo que hasta trae visita. —Se acercó a las dos.

—Sí, esta es la señora Studt —presentó Bertha a Martha, al tiempo que le daba la mano al pastor—. Trabaja como enfermera voluntaria en el Barrio de los Callejones, en los alrededores del puerto, y ahora mismo está muy preocupada por una viuda gravemente enferma que ya no puede ocuparse de sus nueve hijos. Y entonces he pensado que tal vez usted pueda ayudarnos.

—¿La señora Studt? ¿No será la enfermera Martha, la enfermera del puerto? —El pastor le tendió la mano, sonriente.

—Sí, soy yo —respondió Martha.

—He oído hablar mucho de usted, enfermera Martha. ¿Es que los niños necesitan un nuevo cobijo?

—Todavía viven en el piso de la madre. De momento los estamos atendiendo con la ayuda de la guardería de la Asociación de Mujeres y con los vales de las donaciones de nuestro consultorio. Pero todo apunta a que la madre saldrá del hospital para ingresar directamente en un manicomio. Y cuando suceda eso, como es natural, los niños no podrán quedarse solos en el piso. —Martha miró con fijeza al pastor —. Ha de saber que estos hermanos están muy unidos y el menor solo tiene un año. Ojalá puedan quedarse aquí todos juntos.

El pastor frunció el ceño.

—Vengan a mi despacho, por favor. Así podremos charlar sobre las posibilidades que ofrecemos aquí.

El despacho le recordó a Martha al del doctor Schlüter, con excepción de que en las estanterías no había libros de medicina, sino obras teológicas. De la pared colgaba un cuadro de la Rauhes Haus original. El doctor Hennig percibió que Martha contemplaba la imagen.

—Pues sí, ahí empezó todo, cuando Johann Hinrich Wichern fundó en 1833 la Rauhes Haus como un hogar para chicos de origen humilde y les facilitó una convivencia de tipo familiar. Más tarde también se aceptaron chicas, pero desde hace algunos años se encarga de ellas la fundación Anscharhöhe.

Martha aguzó el oído.

—¿Entonces ustedes no acogen a chicas?

—No, solo a chicos de más de diez años.

Martha miró un momento a Bertha, que parecía igual de sorprendida que ella.

—Eso es muy lamentable, pues la familia en cuestión se compone de chicos y chicas. La mayor tiene trece años y el menor, uno —le explicó Martha.

—En tal caso, las chicas también serían demasiado pequeñas para la Anscharhöhe, que tampoco es el sitio adecuado para ellas. Allí se reconduce por el buen camino a chicas mayores de catorce años que corren peligro de caer en la depravación moral.

—Así pues, solo dos de los chicos serían acogidos por la Rauhes Haus, ¿no?

—Eso es —dijo el pastor.

Martha suspiró.

—Me gustaría tanto ahorrarles la separación a los niños… ¿Se le ocurre alguna otra solución para que pudieran permanecer juntos?

—Como no sea en casa de algún familiar, me temo que no. Lo siento mucho, enfermera Martha. A los dos chicos que cumplen los requisitos de la edad sí podríamos acogerlos como pupilos tutelados, pues es imposible que la madre se haga cargo de los gastos de alojamiento.

—¿Cuánto cuesta, pues, el alojamiento? —preguntó Martha.

—Para un particular no es barato —confesó el pastor—. Los costes ascienden a mil doscientos marcos al trimestre.

Martha estuvo a punto de quedarse sin aire. Taladró con la mirada al doctor Hennig. ¡Cuatrocientos al mes! Un simple obrero no ganaba más de noventa marcos al mes, y Paul, como ingeniero mecánico, llevaba a casa algo más de doscientos marcos.

—¿Puede alguien permitirse pagar esos precios? —preguntó.

—Bueno, cuando se interna a alguien como pupilo tutelado, el erario público se hace cargo de los gastos. A veces son también los hijos de los campesinos ricos los que van por mal camino. Los padres están casi siempre dispuestos a pagar mucho dinero para que vuelvan a ser unas personas decentes. —Miró a Martha fijamente a los ojos—. Los huérfanos pobres solo tienen la posibilidad de ingresar en hospicios públicos, que suelen estar abarrotados.

—En cualquier caso, es un alivio saber que, por lo menos, podrían acoger a dos de los chicos —dijo Martha.

—Hay otra cosa más. —El pastor cruzó las manos a la altura del pecho—. Debería ocuparse de que los niños tengan lo antes posible un tutor que se encargue de todo lo demás. Algunos de nuestros diáconos, que se formaron aquí, en la cofradía, tienen experiencia como tutores. —Abrió el cajón de su escritorio y sacó dos tarjetas de visita blancas

que entregó a Martha.

Martha le dio las gracias y guardó las tarjetas.

—En cuanto hayamos tomado una decisión sobre los dos chicos, se lo comunicaremos —dijo.

LAS DOS MUJERES emprendieron en silencio el camino de vuelta hacia la parada del tranvía. Finalmente, la enfermera Bertha dijo en voz baja:

—Lo siento; me lo había imaginado muy distinto.

—No importa —contestó Martha—. Nada es sencillo en la vida. De todos modos, no entiendo por qué no existe una institución similar femenina. ¿Por qué las chicas tienen que hallarse, a juicio de sus tutores, en un denominado «ambiente de depravación moral» para que se ocupen de ellas? —Disgustada, hizo un movimiento de negación con la cabeza—. ¿Y qué otra cosa significa la expresión «depravación moral», sino que son explotadas por hombres para que satisfagan sus necesidades? De eso no están a salvo ni siquiera en un hospicio.

—¿A qué se refiere? —preguntó la enfermera Bertha—. ¿Es que allí tratan a las chicas de forma inmoral?

—De eso no estoy enterada, pero sé perfectamente que el adiestramiento de los hospicios suele ser tan difícil de soportar, que los niños intentan rehuirlo por todos los medios. Entonces las chicas a veces van a parar a los brazos de un hombre que les promete el gran amor y luego resulta ser un proxeneta.

La enfermera Bertha miró aterrorizada a Martha.

—¿Eso ocurre con frecuencia?

—Por desgracia, sí —dijo Martha—. Atiendo a menudo en el consultorio de mujeres de la señorita Heymann y he hablado con prostitutas que de niñas estuvieron en hospicios. —Bertha abrió los ojos de par en par—. A mí no me importa en absoluto relacionarme con ellas —continuó Martha—, pues estoy al tanto de sus penurias. Y lo que cuentan le pone a una los pelos de punta. Ninguna se mete en ese oficio por gusto; en la mayor parte de los casos, eligen el mal menor porque nuestra sociedad no les da ninguna otra opción. Y no se imagina cuántas mujeres casadas, aparentemente respetables, son obligadas a prostituirse por su propio marido. Esos son los proxenetas más infames, pues ¿cómo va a acusar una mujer a su propio marido? Nadie la creería.

La enfermera Bertha estaba estupefacta.

—Y yo que creía que ya conocía todo el dolor y la miseria de este mundo… —dijo tras un silencio—. Vamos a tratar de organizarnos para que los otros niños de la familia Schwenke no se queden sin

posibilidades.

Martha asintió, pero mucho se temía que la única opción posible para ellos sería, al final, el hospicio.

7

ADEMÁS DE LAS preocupaciones por la familia Schwenke, a Martha también le intranquilizaba pensar en Li-Ming. Por supuesto, quería transmitir a su cuñada la sensación de que era bienvenida y de que Hamburgo sería su nuevo hogar. Pero había gestos que hacían que desconfiara de ella. De lo que mostraba Li-Ming, ¿qué era pura fachada y qué sentimientos auténticos? Martha encontraba especialmente irritante la conducta de su cuñada cuando no entendía bien una palabra o frase, o cuando se le indicaba algún error que había cometido. Cada vez que pasaba eso, estallaba en una sonora y ridícula carcajada. Heinrich afirmaba que en China se disimulaban de ese modo las situaciones embarazosas y que era algo normal, pero aquella explicación no convencía a Martha. Más bien le recordaba a las prostitutas del puerto, a las que veía con regularidad en el consultorio de mujeres. Y ahí estaba el quid de la cuestión.

Martha no dudaba de que Heinrich amaba a Li-Ming, pero ¿amaba Li-Ming también a su hermano? ¿O solo había aprovechado la oportunidad para conseguir una vida mejor? ¿Y si le había contado una historia conmovedora que él, en su ingenuidad, se había creído de inmediato? Al fin y al cabo, Heinrich era un buen partido, sobre todo para una chica de Chinatown que había estado a punto de prostituirse y que, solo gracias a la bondad de aquel capitán de barco, había conseguido salvarse aceptando una actividad tan mal pagada como la de criada. Eso no era ninguna deshonra, pero de todos modos Martha tenía un mal presentimiento.

Quizá a ella no debía incumbirle el matrimonio de su hermano. Ya era mayorcito para saber lo que hacía. Por otra parte, sin embargo, Heinrich esperaba que su familia se ocupara de Li-Ming. Y ese era, según Martha, el mayor problema.

¿Acaso Heinrich no se daba cuenta de lo difícil que le resultaba a su padre soportar las peculiaridades de su exótica nuera? De momento, Karl Westphal se conformaba con hacer ligeras

insinuaciones, pero Martha estaba segura de que tarde o temprano los dos acabarían chocando estrepitosamente si Heinrich seguía ignorando las señales de aviso.

¿Y qué pasaría cuando su hermano se fuera solo de viaje y dejara a su mujer, que apenas hablaba alemán, en casa de su padre? Martha había intentado ya varias veces hablar con Heinrich a solas, pero no era tan sencillo. Posiblemente este intuyera lo que le esperaba, porque siempre aparecía en compañía de Li-Ming y, luego, la mayor parte del tiempo se dedicaba a traducirle la conversación.

Si quería hablar a solas con su hermano, no le quedaba más remedio que buscarle en el barco, donde solía pasar las mañanas planeando su próximo viaje.

Y así fue como Martha, al día siguiente de haber estado con Bertha Keyser en la Rauhes Haus, se propuso mantener la ansiada conversación con él.

El Fortuna tenía su atracadero al otro lado del Elba, en el gran puerto de carga. Esa mañana, después de llevar a Ella y Fredi a la guardería, se puso en camino hacia el Elbtunnel. El túnel le ahorraba el rodeo por los puentes del puerto, así como las prolongadas esperas para coger el transbordador. Para los peatones era gratis, pero los conductores de vehículos tenían que pagar, ya que en el puerto no había suficiente espacio para construir rampas de acceso. En su lugar, habían instalado en las dos salidas del túnel cuatro grandes ascensores eléctricos, que transportaban los vehículos veinticuatro metros hacia abajo.

Siempre le había parecido impresionante lo que era capaz de crear la ingeniería alemana. Cuando Martha llegó al Elbtunnel aquella mañana, vio un automóvil que usaba ese servicio. Así, al bajar por las escaleras, observó cómo el vehículo se introducía por el túnel de baldosas blancas e iluminación eléctrica.

Luego, cuando lo recorrió, se acordó de que Paul había hecho ese trayecto por primera vez con sus dos hijos varones el día de la inauguración, hacía dos años. Martha se había quedado esperando arriba con la pequeña, pues no quería exponerse con el cochecito de la niña a las estrecheces de los ascensores, que en ese día tan especial también admitían peatones. Los chicos estaban entusiasmados con aquella novedad, y ella se había enorgullecido de que sus hijos hubieran asistido en su ciudad natal a la inauguración, por parte del káiser en persona, de semejante obra maestra de la arquitectura y la modernidad. Ahora, mientras recorría el túnel, iba deslizando las manos por las frías baldosas. Todavía le parecía increíble que se hallase debajo del Elba, con barcos que surcaban el río y que pasaban

justo por encima de su cabeza.

En el momento preciso en que llegó al otro lado, se cerraba la puerta del ascensor detrás del automóvil. Martha corrió hacia la escalera de peatones y, desde ahí, contempló cómo el ascensor se ponía en movimiento con el coche. ¡Qué espectáculo más imponente!

El paseo le había subido la moral, como siempre que veía los enormes progresos de su ciudad natal. Aquello la trasladaba directamente al futuro.

Cuando llegó arriba, se dirigió hacia el puerto de carga. De niña iba allí con frecuencia, pues le encantaba ver los barcos y admirar los grandes veleros de cuatro palos, cuando los enormes buques de vapor todavía eran una rareza. A esas alturas, sin embargo, los veleros parecían reliquias del pasado y apenas quedaban ya astilleros que los construyeran.

Ya desde lejos divisó el Fortuna, que era el barco velero más grande y más bonito de los allí anclados. No le extrañaba que Heinrich estuviera tan orgulloso de su nave. Cuarenta años atrás habría sido el barco más grande del puerto, y no una insignificante cáscara de nuez en comparación con los buques de las grandes y poderosas compañías navieras.

—¿Puedo ayudarla? —le preguntó un marinero cuando subió a bordo del Fortuna.

—Soy la hermana del capitán Westphal y quería hablar con mi hermano. ¿Está Heinrich a bordo?

—Sí, está en su camarote. Pero en este momento está ocupado con los papeles.

—Los papeles pueden esperar. Yo no.

—No sé si al capitán le parecerá bien…

—Le parecerá bien. Y si no, me lo dirá a mí en persona, ¿entendido?

El hombre carraspeó.

—Como usted diga. ¿Sabe cómo se va?

—Sí, conozco el barco.

El camarote de Heinrich se encontraba en la popa. No era demasiado grande, pero sí muy acogedor con su revestimiento de madera oscura. En un rincón, la litera estaba tan hábilmente rodeada de armarios empotrados, que parecía incrustada también en la pared del barco. Al otro lado había un escritorio atornillado al suelo y dos sillas, una delante y otra detrás del escritorio. Junto a este se hallaba la percha en la que se posaba el papagayo de Heinrich, Lora, que en ese momento comía pipas de girasol y dejaba caer las cáscaras en un cuenco grande con virutas sujeto al suelo justo bajo la barra donde

estaba posado.

Heinrich estaba examinando unos documentos cuando Martha entró en el camarote.

Al oír sus pasos, alzó la vista.

—Martha, ¿qué haces tú aquí? Creía que estabas ocupada con tus pacientes.

—Quería hablar a solas contigo. —Sin esperar a que él se lo ofreciera, tomó asiento en la otra silla del camarote.

—¿Y de qué se trata?

—De Li-Ming.

Heinrich levantó las cejas.

—¿Te has enfadado con ella?

—No —contestó Martha—. En cualquier caso, no más que contigo.

—¿Conmigo? ¿Qué he hecho yo?

—Involucrarnos a todos en una situación de la que no teníamos noticia alguna. Te casas sin decir nada a nadie y esperas que nos quedemos tan tranquilos.

—Martha, no entiendo a qué te refieres. Ya te he explicado el motivo por el que tuve que casarme con ella. No fue una decisión precipitada. Sabía que la amaba desde hacía mucho tiempo.

—¿Y por qué nunca nos has hablado de ella?

—No ha habido ocasión.

—¿Cómo que no ha habido ocasión? Heinrich, si estabas enamorado, si llevabas ya un tiempo pensando en casarte, ¿por qué no nos dijiste nada ni a papá ni a mí? Sé sincero: ¿es verdad lo que me has contado?

Heinrich frunció el ceño.

—Claro que es verdad, ¿qué te has creído? Y, aunque no lo fuera, qué más da. Li-Ming y yo estamos casados, y si no te gusta, qué le vamos a hacer.

—¿Acaso querías colocarnos ante los hechos consumados y que así no pudiéramos objetar nada?

—¡Qué tontería! ¿Y para eso has venido a robarme el tiempo?

—No, he venido porque quiero saber qué va a pasar cuando la semana que viene emprendas de nuevo un viaje largo. ¿Te llevarás a Li-Ming?

Heinrich suspiró.

—En realidad, quería que me acompañara en todos los viajes, pero ya sabes que se marea en el barco. Yo también tenía una idea distinta. Pero, tal y como están las cosas, se quedará en casa de nuestro padre. Seguro que a papá le sienta muy bien no estar siempre tan solo.

—En eso te equivocas de principio a fin. A papá no le gusta nada

que se quede con él, solo que no se atreve a decírtelo porque se siente obligado a tener una relación cordial con tu mujer. Pero en estos momentos está muy alterado. Tú, que vives en su casa, deberías habérselo notado.

—Lo que pasa es que todo es nuevo para él. Ya se irá acostumbrando.

—¿Y si no se acostumbra? ¿Sabes de qué tengo miedo en realidad? De que acabe hartándose y recaiga en la bebida tan pronto como te hayas marchado.

Bueno, ya había soltado su mayor preocupación.

—¡Papá lleva años sin beber! Además, Li-Ming le cae bien. Tú solo ves fantasmas, Martha.

—Pues pregúntale a papá qué le parece si os vais de su casa y alquiláis un piso.

—Me dirá que no es necesario y que más me valdría ahorrarme ese dinero.

—Si estás tan seguro, pregúntaselo tranquilamente. Has tomado una decisión y te has casado con Li-Ming. Pues ahora asume también la responsabilidad. Como muy tarde, cuando tengáis un hijo, necesitaréis un piso para vosotros solos.

Heinrich respiró hondo.

—¿Has terminado?

—Sí —dijo Martha.

—Bien, pues entonces déjame que siga trabajando.

—¿Hablarás con papá?

—Ya veré.

Martha suspiró y pensó que tanto su hermano como su padre eran adultos. Ella ya había dicho lo que tenía que decir. Más no podía hacer.

8

UNA VEZ POR semana, Martha se reunía con sus amigas de la Asociación de Mujeres en casa del doctor Schlüter y su esposa, Wilhelmina, para tomar un café con una porción de tarta. En las últimas semanas, la conversación había girado una y otra vez en torno al viaje que iba a emprender a América en el Imperator. A veces, a Martha le agobiaban un poco los buenos consejos sobre las costumbres que regían a bordo de un barco tan distinguido, pero en general disfrutaba de que sus amigas compartieran su alegría. Ese día, sin embargo, Martha se sentía triste. Desde que visitó la Rauhes Haus, no se podía quitar de la cabeza a los niños de la familia Schwenke. Quería dejar asegurado por completo su futuro antes de partir, solo así podría emprender libre de toda preocupación el viaje que la llevaría hasta su reencuentro con Milli.

—Es inevitable separar a los niños —concluyó, después de haber descrito la situación—. Dos chicos pueden ir a la Rauhes Haus, pero a los demás solo les queda el hospicio. Me preocupa mucho la suerte del pequeño Zacharias y de su hermana Beate, hasta el punto de que me provoca fuertes dolores de estómago. De momento, siguen en el hospital. Pero están ambos tan débiles, que el hospicio podría acabar con ellos.

Wilhelmina asintió despacio.

—Conozco la situación; me lo ha contado todo Friedrich. De momento están haciendo grandes progresos, pero también él teme que, tras ingresar en el hospicio, pierdan de nuevo todo lo que ahora es mejoría y recuperación para ambos. —Suspiró—. En realidad, Friedrich y yo hemos hablado largo y tendido sobre este triste caso. Y más o menos tenemos una idea que va cobrando forma con respecto a los dos pequeños. —Martha miró expectante a Wilhelmina, que tomó aire y continuó—: Como todas sabéis, tras la muerte de nuestra hijita, a Friedrich y a mí no nos acompañó la suerte a la hora de concebir más hijos. Sin embargo, tenemos una casa grande y nos encantan los

niños. Y por eso hemos pensado que tal vez fuera lo mejor para el pequeño Zacharias y la pequeña Beate si nos esforzamos por adoptarlos.

Tras esa confidencia se hizo un breve silencio, hasta que Lida Heymann y la enfermera Carola irrumpieron en un aplauso espontáneo.

—Esa es una idea maravillosa —dijo Carola—. No me imagino a unos padres mejores para los dos niños.

Martha se mostró un poco más contenida. Conocía a los dos pequeños y sabía que necesitaban muchos más cuidados que unos niños sanos. Y se preguntaba si Wilhelmina no se sentiría desbordada acogiendo a los dos necesitados a la vez.

Wilhelmina notó sus reservas.

—¿Tú qué opinas, Martha?

—Espero que sepas lo que eso significa. Los niños ocuparán la mayor parte de tu tiempo. No podrás seguir llevando a cabo en igual medida todo el trabajo voluntario que has estado prestando hasta ahora.

Wilhelmina removió lentamente la taza de café.

—Eso lo tengo claro. Pero tal vez ha llegado el momento de que, después de todos los años que le he dedicado a la Asociación de Mujeres, cumpla al fin mi sueño más anhelado.

Martha asintió con la cabeza, aunque todavía no estaba convencida del todo.

—Bueno, pues ya solo quedan cinco niños. Un chico y cuatro chicas.

—Katrin ya ha cumplido trece años, ¿no? —preguntó Lida Heymann.

—Sí —afirmó Martha.

—En fin, podría vivir conmigo hasta que terminara el colegio y luego entre las dos veríamos qué oficio podría aprender. Yo me ocuparía de los gastos de su formación profesional.

—¡Qué generoso por tu parte! —dijo Carola—. Da la impresión de que el destino de esos niños que tanto han padecido se enderezará pronto.

—Gracias, Lida —dijo Martha—. Quedan todavía Benjamin, Traudi, Gerda y Flora. Benjamin tiene cinco años, Traudi, seis, y dentro de poco empezará el colegio; Gerda tiene siete años y Flora, nueve.

—Te pareces a un subastador que quiere vender su mercancía —dijo Carola con una sonrisa picarona.

—Así es —respondió Martha—. Me gustaría que todos los niños

estuvieran atendidos y no cejaré hasta haber encontrado una solución para cada uno de ellos.

Wilhelmina suspiró.

—¿No tienen ningún familiar?

—Solo una tía que vive en las afueras de Hamburgo. Que yo sepa, es la cuñada de la señora Schwenke, pero nunca se ha dejado ver.

—¿Qué reparos le pones al hospicio de la Averhoffstrasse? —preguntó Carola—. Hace cinco años que lo han ampliado, porque la casa antigua se había quedado demasiado pequeña.

Martha se miró las manos.

—No me gusta demasiado un hospicio grande en el que viven más de mil niños. ¿Cómo van a encontrar ahí los pequeños el calor de un verdadero hogar?

—Bueno, por lo que nos has contado, tampoco lo han encontrado mientras vivían con su madre.

Martha respiró hondo.

—Está bien. Mañana me pasaré por allí y preguntaré si tienen sitio para Benjamin, Traudi, Gerda y Flora. No parece que haya otra opción.

—¿Y si los niños se niegan? —preguntó Wilhelmina—. ¿Y si no quieren que los separen?

—¿Cuándo se ha interesado nuestra sociedad por lo que desean los niños? —contestó Martha.

EL HOSPICIO DE la Averhoffstrasse, situado en un elegante barrio, causaba buena impresión desde fuera. Era un magnífico edificio moderno de ladrillo rojo con grandes y luminosas ventanas arqueadas y torrecillas ornamentales en el tejado. Los ricos donantes habían querido demostrar a la sociedad que les importaban los huérfanos de su ciudad. La contemplación del edificio tranquilizó un poco a Martha; tal vez sus temores eran injustificados y los niños podían encontrar allí un bonito y nuevo hogar. En cualquier caso, aquella casa sería mejor que el mísero y húmedo sótano en el que vivían. Y, en cierto sentido, Carola tenía razón. Los niños Schwenke llevaban ya un tiempo sin recibir los cuidados y el amor necesarios en su familia. Por otra parte, sin embargo, sabía por experiencia que una humilde vida familiar era mejor que ninguna. Martha se debatía, sumida en aquellos pensamientos, cuando atravesó la suntuosa entrada principal. Incluso encontró un portero que le dio la información necesaria y la envió a secretaría, el departamento responsable de los formalismos necesarios para la acogida.

Una mujer joven con un vestido largo de color oscuro, un corsé

muy ajustado y el pelo bien recogido en un moño se ocupaba en ese momento de clasificar algunas actas.

—Buenos días —dijo Martha—. ¿Podría ayudarme? Soy enfermera y estoy preocupada por una viuda gravemente enferma que tiene nueve hijos, pero debe ingresar en un sanatorio a causa de su mala constitución. Para cinco de sus hijos ya hemos encontrado una casa, pero todavía nos quedan cuatro que necesitan cuanto antes un hogar nuevo.

La joven se volvió hacia ella.

—¿Desea formular una solicitud de admisión para los niños?

—Sí, y también me gustaría echar un vistazo al hospicio para podérselo contar luego a los niños.

—¿Qué edad tienen?

—El menor, cinco años, y la mayor tiene nueve.

—¿No existe la posibilidad de alojarlos en algún sitio como niños de acogida?

—¿Niños de acogida? —preguntó Martha.

—Sí, algunas familias los acogen y, a cambio, reciben una subvención por comida y alojamiento —le explicó la secretaria.

—Por desgracia, no tengo ninguna experiencia en eso. Como le he dicho, soy enfermera, no asistente social, y me enfrento por primera vez a un desafío de estas características.

La secretaria asintió distraída sin dejar de hojear unos formularios.

—Tome —dijo luego, entregándole a Martha cuatro hojas—. Tiene que rellenar una por cada niño. Así podremos comprobar si se dan las condiciones de admisión. Tiene que constar que la madre, en efecto, ya no está capacitada para ocuparse de ellos. De lo contrario, la propia madre tendría que hacerse cargo de los costes de alojamiento.

Martha tragó saliva. Lo mismo que en la Rauhes Haus. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?

—Muchas gracias —dijo, guardando las hojas en el bolso—. ¿Podría hacer ahora una breve visita al hospicio?

—Pregúntele al portero si alguien tiene tiempo de enseñárselo. Yo estoy muy ocupada en este momento. —Y enseguida enterró la nariz en un montón de actas.

El portero, que al menos no era tan desagradable en el trato, envió a Martha al primer piso, donde se hallaba el despacho del director de la institución.

—A esta hora, el señor Petersen suele encargarse de la correspondencia y recibe con agrado cualquier distracción —dijo guiñándole el ojo—. Además, se siente muy orgulloso del hospicio y le gusta enseñárselo a los visitantes interesados.

Martha le dio las gracias y fue hacia la escalera. Mientras subía, iba pasando la mano por la madera oscura y reluciente de la barandilla, mientras pensaba en la tentación que debía de suponer para los niños deslizarse por aquella magnífica rampa. Era una mala costumbre que Rudi había copiado de otros chicos del colegio.

EL DIRECTOR, EN efecto, se alegró mucho de que Martha quisiera ver el hospicio. Una ojeada a las cartas abiertas y a la pila de las que todavía estaban por abrir ante el señor Petersen le bastó a Martha para saber que el portero tenía razón. ¿Quién le escribiría tanto? ¿Habría tantas solicitudes para la admisión de huérfanos, o se trataba de donativos para el hospicio? Por otra parte, el Hospicio Municipal tenía asegurado el respaldo del Estado y de los donativos que hacían las familias ricas de senadores; en ese sentido, su situación era claramente mejor que la de la Rauhes Haus.

—Entiendo muy bien que le disguste la idea de tener que separar a los miembros de una familia —dijo el señor Petersen, después de que Martha le explicara la razón de su visita—, pero, después de que hayamos dado una vuelta por las instalaciones, tal vez reconozca que muchas de las cosas que se dicen sobre la asistencia de los hospicios son solo habladurías. —Se levantó y le sostuvo la puerta abierta—. Aquí los niños tienen una jornada reglamentada —explicó, mientras recorrían el pasillo—. Los despertamos a las cinco y media en verano. Luego tienen que dejar ordenados los dormitorios y las salas de estar. A las siete desayunan, a las ocho es la misa y a las ocho y cuarto van a nuestro colegio. A las diez tienen un recreo largo para tomar el segundo desayuno, luego se reanudan las clases hasta las doce. A esa hora acuden al comedor para almorzar y después los niños tienen tiempo libre para jugar hasta las cuatro, momento en que se les da de merendar; luego pueden seguir jugando hasta las cinco. A esa hora tienen que hacer los deberes. A las siete es la cena, a las siete y media hay una misa vespertina y a las ocho los niños tienen que irse a la cama. A los que todavía no van al colegio se les acuesta a las seis.

—Suena de maravilla —dijo Martha—. De ese modo está garantizado que todos aprendan a comportarse como Dios manda.

—Sí, ese es nuestro objetivo —dijo él, y abrió la puerta que daba a una habitación en la que había diez camas muy bien hechas, cinco a cada lado de un pasillo central. En algunas de las camas había muñecas o animales de peluche, y todas tenían al lado un armarito. A través de las altas ventanas entraba el sol en la sala, iluminándola y sumergiéndola en una luz clara y acogedora.

—Esto no se parece en nada a los oscuros cuchitriles del Barrio de

los Callejones, ¿verdad? —preguntó el señor Petersen. Martha hizo un gesto de asentimiento—. También tenemos unas instalaciones muy modernas y valoramos que todos los niños pasen por la bañera una vez a la semana.

—Eso es realmente progresista y avanzado —elogió Martha—. Los niños pueden estar contentos, desde luego.

—Sí, eso también nos enorgullece mucho. Y también el sitio que hay para jugar en el patio interior. Venga, se lo enseñaré.

De camino hacia abajo, le mostró además el gran comedor, donde en ese momento estaban tomando el segundo desayuno. Los niños se portaban bien; en la mesa se podía hablar, «aunque siempre en un tono de voz mesurado», como recalcó el señor Petersen.

—Al fin y al cabo, no somos un convento con voto de silencio —dijo con una sonrisa de pícaro.

Cuando salieron al patio, Martha advirtió que la casa tenía forma de U, aunque desde la calle no era visible esa característica. Y en el patio interior había un bonito jardín con bancos y columpios.

—Tenía usted razón; me lo había imaginado muy distinto —dijo Martha—. Mucho más lóbrego y desangelado.

—Sí, muchos padres tienden a meterles miedo a sus hijos amenazándolos con el hospicio. Y naturalmente sí existen esos siniestros hospicios de los que tanto se habla. Pero en Hamburgo, desde el principio tuvimos claro que queríamos ofrecerles a los niños un verdadero hogar donde prepararlos para un buen futuro.

—¿Es verdad que aquí los niños solo se pueden quedar hasta que cumplen diez años? Y ¿qué ocurre después?

—Confiamos en haberles proporcionado para entonces una buena familia. Y no echamos a ningún niño; si es necesario, pueden quedarse a vivir aquí hasta que cumplan catorce y hayan comenzado un aprendizaje. Pero no admitimos a niños mayores de diez años, porque eso superaría con creces nuestros recursos.

Por un momento, Martha vio enturbiada la buena impresión que le había causado hasta entonces el hospicio. ¿Por qué no podían ocuparse también de los niños más mayorcitos? ¿Por qué obligaban a que las chicas se pusieran a trabajar de criadas en lugar de promocionarlas con arreglo a sus facultades?

A Martha le acudió a la memoria su amiga Milli, a quien su propio padrastro había obligado a prostituirse a la edad de quince años. Nadie la ayudó a salir de aquella situación dramática. Y, como ya se la consideraba caída en desgracia, ni siquiera la habrían admitido en un hospicio como aquel, sino que habría tenido que ingresar directamente en un correccional público. Por eso prefirió entregarse a

su destino de prostituta. Seguramente habían sido los temores de Milli los que habían influido en su propia imagen de los hospicios y orfanatos.

—En la secretaría me han dicho que aún deben examinar la cuestión de los costes para la admisión de los niños. Son huérfanos de padre y a la madre la ingresarán pronto en un manicomio.

El señor Petersen se quitó las gafas y limpió los cristales con un pañuelo blanco.

—En principio, los huérfanos de padre o madre son admitidos si el progenitor que les queda no está en condiciones de ocuparse de ellos. Así que no se preocupe, señora Studt. Eso se abona con la pensión de orfandad, independientemente de lo baja que esta sea. Los niños han nacido dentro del matrimonio y son de Hamburgo; con eso ya cumplen las condiciones para ser admitidos.

—¿Por qué no admiten a niños nacidos fuera del matrimonio? —preguntó Martha.

—Eso lleva pasando desde hace tiempo. Desde la fundación del hospicio en el siglo XVII ha habido una y otra vez conflictos con la Iglesia sobre quién se responsabiliza de los niños expósitos. La manutención de un niño durante todos esos años cuesta mucho dinero. Los vestimos y les proporcionamos una formación escolar y una buena educación. Si admitiéramos niños ilegítimos de forma gratuita, esto se convertiría enseguida en un refugio de bastardos de prostitutas, que de este modo se librarían de su carga para seguir practicando la prostitución. Si fuera tan fácil deshacerse de los niños no deseados, esas mujerzuelas de mal vivir no tendrían ninguna razón para renunciar a su vida inmoral.

—Pero ¿qué culpa tienen los niños si de repente se quedan huérfanos?

—Hay hospicios de la Iglesia que admiten a esas criaturas. A veces a mí también se me desgarra el corazón, pero si no pusiéramos coto a su debido tiempo, no podríamos mantener el nivel de la educación ética y moral para quienes se han visto de forma inmerecida en apuros.

Martha asintió, pese a no compartir su opinión. Daba la impresión de que nada en la vida tenía una solución fácil.

Por otra parte, su padre y Li-Ming seguían teniendo problemas, porque Heinrich, como cabía esperar, no había hablado con él. ¿Para qué, si era mucho más cómodo hacer como si no pasara nada? De ese modo, poco tiempo después de que visitara el Fortuna se produjo el estallido tan temido por Martha. Su padre se lo contó todo.

Karl Westphal cada vez soportaba menos lo mucho que Li-Ming se

entrometía en todo. Casi tanto como si fuese la señora de la casa.

En cuanto volvía de tocar el organillo, ella quería descalzarlo y lavarle los pies. Al principio, a Karl le hacía gracia, pero acabó sacándolo de quicio. Tampoco le gustaba que ella le preguntara a todas horas si quería tomar té o café. Era una de las pocas frases que Li-Ming sabía decir en alemán. Y cuando él se lo rechazaba, ella trataba de convencerlo como si fuera un niño desobediente.

Heinrich intentó explicárselo a su padre.

—Es que en la cultura de Li-Ming no se acepta un simple rechazo, ¿sabes? Hay que rechazar siempre las cosas varias veces.

—¡Pues haz el favor de decirle a tu mujer que en Alemania es distinto y que deje de echarme la bronca a todas horas! Aquí es suficiente con que diga una vez que no, ¿está claro?

En ese mismo momento, ella se echó a llorar.

Karl suspiró.

—Tu padre me odia, Heinrich —logró decir entre sollozos—. Yo solo quiero hacerlo todo bien.

A Heinrich le costó bastante tranquilizarla de nuevo y explicarle la diferencia entre la cordialidad alemana y la discreción china. Al final, a Karl le dio pena ver a Li-Ming tan fuera de sí e intentó convencerla de que no lo había dicho con mala intención. En cualquier caso, ahora al menos todos tenían claro que las dos mentalidades y temperamentos diferentes no podrían convivir mucho más tiempo bajo el mismo techo. Así que Heinrich decidió llevarse consigo a Li-Ming en el siguiente viaje y ocuparse luego de buscar un piso.

—ME ALEGRO DE que hayas tomado esa determinación —dijo Martha cuando volvió a encontrarse con Heinrich—. ¿Quieres que busquemos un piso adecuado mientras estéis navegando?

—¿Haríais eso por mí? —preguntó él apocado.

—Claro. ¿Has pensado en que tenga un aseo por cada piso o un cuarto de baño propio?

—Depende del precio. No me puedo permitir más de cuarenta marcos al mes.

Martha asintió con la cabeza.

—Estaré alerta. Nuestro piso, entre unas y otras prestaciones, cuesta el doble.

Heinrich silbó entre dientes.

—Una bonita cantidad. Menos mal que Paul tiene un buen sueldo.

—Pues tú eres capitán; creí que también ganabas un sueldo igual de bueno.

Heinrich hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Eso era antes. Los grandes veleros de cuatro palos están siendo suplantados por los modernos buques de vapor, cada día en mayor proporción. Dentro de unos años tendré que ver dónde voy a trabajar, pues los viajes de ultramar ya no aportan tanto como hace tres años. —Suspiró—. Pero no me gustaría enrolarme en un barco de vapor. Eso no es navegación ni es nada. Puede hacerlo cualquiera, con tal de que eche suficientes paladas de carbón en la caldera. En cambio, dejarse llevar por el viento requiere auténtica destreza marinera.

—Y hace que tu mujer se maree. Tal vez deberías cambiarte a un barco moderno, aunque solo sea por Li-Ming.

La mirada de Heinrich se ensombreció.

—Entonces, pese a mi diploma de capitán, debería empezar de nuevo como oficial antes de conseguir mi propio barco. —Suspiró otra vez—. En fin, ya veremos. Como los veleros sigan de capa caída, siempre me podré convertir en navegante fluvial. Así estaría más a menudo en casa.

Eso le hizo reflexionar a Martha. Siempre había sostenido la opinión de que su familia era de las que sabían adaptarse y, por lo tanto, sacar provecho de los nuevos tiempos. Sin embargo, tenía que darle la razón a Heinrich: la época en la que era lucrativo viajar por el mundo como capitán de un velero se acercaba a pasos agigantados a su fin.

9

EL 11 DE junio de 1913, el Imperator zarpó de Cuxhaven en su viaje inaugural con rumbo a Nueva York.

Los niños estaban un poco decepcionados de que el barco no zarpara de Hamburgo y no pudieran despedirse de sus amigos y de su abuelo saludándolos desde la barandilla. Pero, debido a su calado, habían remolcado el Imperator desde Hamburgo hasta Cuxhaven después de que en mayo hubiera encallado durante un intento de maniobra. Y eso había sucedido precisamente el día de su primer viaje, con el mismísimo káiser a bordo. Como no querían arriesgarse de nuevo a un contratiempo de ese tipo, los pasajeros fueron transportados en un pequeño barco de vapor llamado Kehrwieder desde los desembarcaderos de Hamburgo hasta el atracadero de trasatlánticos de Cuxhaven.

Allí se aglomeraron muchos curiosos que querían contemplar el barco más grande del mundo. El atracadero de trasatlánticos estaba adornado con flores y guirnaldas, y una orquesta de instrumentos de viento tocaba Muss i denn zum Städtele hinaus. A Rudi y Fredi se los veía radiantes de alegría. Ya habían olvidado que ninguno de sus amigos podría verlos en ese momento. A Rudi le entraron ganas de lanzarse hacia la escalera de subida a bordo, pero una mirada de advertencia de su madre lo retuvo. Cada dos pasos se paraba y se volvía a saludar a las multitudes del puerto. Fredi iba algo más tranquilo y contenido, y solo saludó cuando llegaron arriba, mientras Ella, en brazos de su padre, disfrutaba de la mejor vista.

Martha respiró aliviada cuando por fin llegaron a la borda con todo su equipaje. Las últimas semanas previas al viaje la habían agotado. No solo reclamaban su atención los niños, que estaban nerviosos y no cesaban de parlotear sobre el mismo tema, sino que además tenía que ocuparse de un montón tareas. Afortunadamente, Paul se había encargado de conseguir los papeles necesarios. Así, por ejemplo, debido al visado, tuvo que solicitar un pasaporte en el que

también estuvieran registrados su esposa y los niños. Gracias a la invitación por escrito del marido de Milli, que era un distinguido ciudadano americano, la concesión del visado no entrañó ninguna dificultad, si bien, a pesar de la agilidad del trámite, Paul tuvo que presentarse dos veces en el consulado americano. Luego, claro está, Martha compró ropa apropiada para la distinguida boda. Nunca había sido de las que tienen abundantes trajes de fiesta colgados en el armario. Solo poseía algunos elegantes y dos vestidos de domingo, que también se ponía en las fiestas y bailes más corrientes, pero no tenía nada que fuera adecuado para un viaje tan lujoso y una boda tan refinada. Había oído decir que en el barco se exigía ir de etiqueta, aunque como pasajeros de segunda clase no fueran a coincidir con los distinguidos viajeros de primera. De manera que, para las ocasiones especiales, encargó a su modista de confianza tres vestidos más, lo que mermó considerablemente los ahorros familiares. Al menos, Paul estuvo de acuerdo con el gasto; al fin y al cabo, sabía que era importante ofrecer una imagen ajustada a un determinado nivel social. Él tenía pensado alquilar un frac para la boda en América.

—En eso los hombres somos más prácticos —había dicho con una sonrisa, mientras acompañaba a Martha a que se hiciera la última prueba en casa de la modista, para admirar su traje verdemar de fiesta —. Pero ese vestido no tiene precio. ¿Te pondrás con él el collar de perlas que te regalé cuando cumpliste treinta años?

Martha asintió.

—Las perlas son el accesorio perfecto para un vestido de un color tan bonito.

Regresó a los vestuarios y, minutos después, apareció con un sencillo pero elegante vestido, ideal para veladas vespertinas.

—Tienes un aspecto encantador —dijo Paul—. Pero estarías igual de encantadora si te pusieras encima un saco de arpillera.

—Cuidado —respondió Martha—. La comparación con el saco de patatas suele venir de hombres que se quejan de lo caros que son los vestidos. Y tú, gracias a Dios, no eres de esos.

Paul parecía indignado.

—No, yo lo digo completamente en serio.

Martha volvió a los vestuarios y le enseñó el tercer vestido, uno tipo camisero, de verano y en color amarillo claro, para pasear de día.

—Pareces el mismísimo sol —dijo Paul—. A bordo del barco, todos se desharán en elogios hacia ti.

AQUELLOS MOMENTOS LE acudieron a Martha a la memoria cuando se dirigieron a su camarote con la esperanza de que hubieran

llegado ya los grandes baúles y pudiera colgar en sus perchas lo antes posible aquellos caros vestidos para que no se arrugaran.

La segunda clase se encontraba en la popa, en las cubiertas que se nombraban con las letras C y D. Martha, que veía por primera vez el barco, se asombró de que fuera aún más bonito y elegante de lo que se había imaginado por la descripción de los niños. La decoración incluso le recordaba a las fotografías de la primera clase de un barco más antiguo que había visto una vez en una revista de viajes.

Como no había camarotes de cinco camas, habían reservado dos que estaban comunicados con una puerta. La única pega era que solo había literas. Martha supo en ese instante que echaría de menos su cómoda cama de matrimonio. El más grande de los dos camarotes estaba equipado para tres personas, pues además de las literas tenía un sofá que por la noche se podía utilizar como cama. Ahí dormiría la pequeña Ella. Paul se había ofrecido a ocupar la cama de arriba, de modo que Martha pudiera ver a la pequeña desde la suya. En las literas de al lado, los dos chicos se peleaban por dormir en la de arriba.

Por último, Paul sugirió que Fredi ocupara la cama de encima de su madre y él la de debajo de Rudi en el otro camarote.

—Más vale que no dejemos a los dos solos por la noche —le había dicho a Martha guiñándole el ojo. Esta se había limitado a asentir. Convenía no perder de vista al travieso Rudi.

Después de que Martha sacara con cuidado los preciosos vestidos nuevos del baúl y los metiera en el armario ropero, fueron a cubierta y esperaron a que el barco hiciera la maniobra de zarpar, que fue anunciada por los bocinazos de las sirenas del barco.

—Sigue pareciéndome increíble —le dijo Martha a Paul, que de nuevo tenía a Ella en brazos para que pudiera mirar por encima de la borda—. Es como un sueño. ¡Nos encontramos en la cubierta del barco más grande del mundo y vamos a América! ¿Cómo nos hemos merecido tanta suerte? —Martha paseó la mirada por la lejanía—. Cuando pienso que de jovencita no podía permitirme ni siquiera unas buenas botas y en invierno iba al hospital con los dedos de los pies casi congelados… Mi padre me talló entonces unos sencillos zuecos de madera que resultaban muy ruidosos, tanto que se burlaban de mí llamándome Martha la Clap-Clap.

—No te preguntes cómo nos hemos merecido esto —dijo Paul—. Limítate a disfrutarlo. Momentos como este no se repetirán jamás. Hay que guardarlos con mimo en el corazón, para no olvidar nunca lo maravillosa que puede ser la vida.

Disfrutar del momento… Sí, eso era justo lo que iba a hacer, fijarse

en todo y no perderse ni el más mínimo detalle de ese gran día: cómo Paul sostenía en brazos a Ella, que contemplaba el ajetreo del muelle con los ojos muy abiertos y saludando nerviosa; cómo Rudi y Fredi competían por ver quién era capaz de gritar más alto y saludar más efusivamente, llenos de ilusión por el gran viaje. Martha se sentía orgullosa de encontrarse en aquella ocasión al otro lado de la borda, de que esa vez el mundo le perteneciera a ella. Y también miró con agradecimiento a la orquesta de música, las guirnaldas, las flores y a toda la gente que daba gritos de júbilo allí abajo. Asimismo, la enorgullecían las grandes obras que eran capaces de hacer los alemanes. Era el mayor barco del mundo. Un buque que aportaría nuevas esperanzas a la navegación, después de que un año antes se hubiera hundido en el viaje inaugural el Titanic, de la línea inglesa White Star. ¿Estarían seguros en el Imperator?

—No te preocupes, Martha —la había tranquilizado Paul—. El Imperator posee ochenta y tres botes salvavidas, cinco veces más que el Titanic.

Además, había cuatro capitanes a bordo del Imperator. Una medida de seguridad que también se había tomado tras la experiencia de la catástrofe británica. No, en cuanto concernía a la seguridad y a la comodidad del viaje, podía estar segura de que el Imperator los llevaría sanos y salvos a su destino; de eso Paul estaba convencido.

CUANDO EL PUERTO quedó fuera del alcance de la vista, los pasajeros se repartieron por las cubiertas. Mientras Martha y Ella probaban las confortables tumbonas, Paul fue con los chicos a explorar lo que había cambiado desde su visita al barco. Entonces, semanas antes de la conclusión definitiva, todavía estaban vacías las tiendas de la cubierta, a excepción de la silla del barbero en la peluquería, que llevaba allí desde su primera visita. Ahora las tiendas exhibían todas las mercancías imaginables. Además, había un quiosco de periódicos que ofrecía un diario editado en el propio barco.

—Lo imprimimos todos los días aquí a bordo —explicó el vendedor con satisfacción cuando Paul compró un ejemplar. Contenía toda la información sobre el viaje inaugural e incluía el programa de entretenimientos—. Además, gracias a la telegrafía de ultramar, estará siempre al tanto de las últimas noticias y no se perderá nada de lo que suceda en el mundo.

—¿Imprimen aquí su propio periódico? —preguntó Rudi asombrado—. Eso no nos lo contó Erich.

—No, no lo hizo. Pero creo que vamos a descubrir muchas sorpresas que no nos mencionó mi amigo, dado que no tuvo más

tiempo para darnos detalles —le contestó Paul mientras enrollaba el periódico y se lo metía bajo la axila.

Lo siguiente que comprobaron los chicos fue que, así como en su primera visita habían podido ver con calma todas las instalaciones para cada clase, ahora las compuertas que había entre las cubiertas estaban herméticamente cerradas. Cada clase permanecía en su propio mundo. Ya entonces Erich les había dicho que el lujo de la primera clase no lo volverían a ver nunca. A cambio, la segunda clase también poseía un gimnasio con aparatos para hacer deporte. Como acababan de zarpar, todavía no había nadie poniéndose en forma en el gimnasio, de modo que pudieron detenerse y contemplarlo todo. Lo que más les fascinó a los dos chicos fue la máquina de remo, que probaron por turnos antes de continuar la ronda. Qué distinto era ver el barco desde el puerto a estar a bordo como pasajero y hacer uso así de las atracciones que ofrecía.

Aunque no tenían acceso a la gran piscina, reservada para la primera clase, por lo menos en segunda había unos elegantes cuartos de baño donde, en caso de necesidad, se podía uno dar un baño en la bañera.

—Eso le gustará a mamá —dijo Paul, mientras observaban los letreros con el horario de apertura.

—Sí —opinó Rudi—, aunque yo preferiría una piscina. Ya tenemos una bañera en casa.

—Cuando recorrimos el barco con Erich, ¿no dijiste que no hacía falta tanto lujo? —le recordó Paul a su hijo.

—Bueno, sí, pero podrían haber abierto la piscina para todos.

Fredi asintió con entusiasmo y preguntó:

—¿Cuándo llegamos a América, papá?

—Dentro de ocho días. Mañana a esta hora haremos escala en Southampton, que está en Inglaterra. Allí subirán más pasajeros a bordo. Y luego continuaremos hacia Francia, a una ciudad llamada Cherbourg, donde embarcarán los últimos viajeros con destino a Nueva York.

—¡Hala! —exclamó Rudi—. ¿Entonces también vamos a Inglaterra y a Francia? ¡Es casi un viaje alrededor del mundo!

—Sí, más o menos veremos medio mundo —dijo Paul—. No debéis olvidar nunca el privilegio que supone que podáis viajar en este barco. Una oportunidad así no se le presenta a casi ningún niño de vuestra edad. Y por eso espero que vuestra conducta a bordo sea intachable. Quiero estar orgulloso de vosotros, ¿entendido?

—¡Sí, papá! —respondieron los dos al unísono.

MIENTRAS LOS CHICOS inspeccionaban el barco con su padre, Martha comprobó que el asistente les podía llevar un helado hasta la tumbona donde descansaban, de modo que pidió uno para la niña y otro para ella.

Poco después, mientras disfrutaban del helado a cucharadas, se acercó una mujer joven que llevaba de la mano a una niña de la edad de Ella.

—Perdone, ¿está libre esta tumbona? —preguntó, mirando la que estaba vacía al lado de Martha.

—Sí, lo está.

—¿Viaja usted también con su hija? —preguntó la joven, que se sentó y cogió a la niña sobre su regazo. La niña lucía unas trenzas muy negras y unos ojos tan oscuros que apenas se distinguía dónde terminaba la pupila y empezaba el iris. A Martha le extrañó, porque no se parecía absolutamente en nada a su madre, que era muy rubia y tenía la tez clara y unos ojos de color azul pálido.

—No, mi marido ha ido a explorar el barco con nuestros dos hijos varones —contestó—. Por cierto, me llamo Martha Studt y esta es mi hija Ella.

—Mucho gusto, mi nombre es Leonore Kouiret y mi hija se llama Malika. Solo viajamos hasta Cherbourg.

—¿Y viaja sola?

La señora Kouiret movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Mi marido ha aceptado un puesto lucrativo en Cherbourg. Malika y yo lo seguimos ahora con una buena parte de los enseres domésticos. Según él, el viaje en el Imperator sería más agradable que un viaje largo en tren, y además aquí cabe mucho mejor nuestro equipaje dentro del amplio espacio de carga.

—No sabía que se podía reservar un pasaje solo hasta Cherbourg —dijo Martha.

—¿Entonces usted viaja hasta Nueva York? —preguntó la señora Kouiret.

—Sí.

—¿Por negocios?

—No, estamos invitados a la boda de mi ahijada. No la veo desde hace quince años, cuando todavía era una niña pequeña, no mucho mayor que mi hija ahora. Su madre me ha mandado fotografías suyas con regularidad, pero, claro, no es lo mismo.

—Debe poseer usted una fortuna si se puede permitir un viaje así con toda la familia solo por una boda.

Martha frunció el ceño. El tono del comentario de la señora Kouiret la desconcertó. Al fin y al cabo, era una impertinencia que

alguien desconocido preguntara por su situación económica.

—Igual que su marido, ¿cierto? —contestó con descaro con otra pregunta.

—Bueno, reconozco que no somos pobres. —La señora Kouiret sonrió—. Mi marido trabaja para una gran entidad bancaria francesa y ha tenido la oportunidad de convertirse en director de un banco en Cherbourg.

—¿Su marido es francés? ¿Hizo la carrera en Alemania?

—Tiene pasaporte francés, pero es argelino —respondió la mujer —. Pensó que sería más sencillo afincarse en una metrópoli alemana como Hamburgo. ¿Sabe usted? En Francia tratan a los argelinos con cierta arrogancia.

—Pero, por lo que veo, no se han cumplido sus expectativas en Alemania. De lo contrario, se habría quedado, ¿no?

—Bueno, no del todo. Es cierto que aquí no lo señalaban como «el argelino», pero como francés tampoco le pusieron las cosas fáciles. En Alemania tienen casi más resentimientos contra los franceses que contra los argelinos. Quizá habría sido más sencillo que hubiera tenido otra nacionalidad, una muy distinta.

Había algo que le molestaba en la manera en que la señora Kouiret le contaba su historia familiar. Martha no sabía qué podría ser, pues solía disfrutar escuchando el relato de las vivencias de gente de otros países.

—Bueno, por lo menos ahora tiene un buen puesto como director de un banco —dijo.

—Sí, es verdad —contestó la señora Kouiret, meciendo a su hija sobre las rodillas—. Y tiene mucha experiencia en negocios de inversión. Así que si necesita asesoramiento acerca de un empréstito exterior lucrativo… —Rebuscó en su bolsito y sacó una tarjeta de visita blanquísima con los bordes dorados.

En ese momento, Martha supo el motivo por el que le había irritado esa mujer. La señora Kouiret quería algo de ella, se le había acercado ex profeso para venderle algo.

—No, gracias —dijo Martha con frialdad—. No nos sobra el dinero como para invertirlo. Pero ahora entiendo por qué su marido le ha sacado un pasaje en el Imperator —atajó la pretensión de la mujer—. Sin duda, la segunda clase es el sitio ideal para establecer contactos y entablar negocios. Los viajeros de primera ya tienen asesores bancarios, y los de tercera son demasiado pobres.

La señora Kouiret miró aturdida a Martha. Se notaba que no estaba acostumbrada a que advirtieran sus verdaderas pretensiones tan pronto.

—Bueno, entonces perdone por haberle robado su tiempo —dijo, y volvió a guardar la tarjeta antes de levantarse apresurada de la tumbona.

—No, no me ha robado nada —contestó Martha—. Su historia me parece muy interesante, pero si va en busca de clientes acaudalados, se ha equivocado de persona. No obstante, cuando quiera, podemos seguir charlando con toda tranquilidad.

La señora Kouiret esbozó una sonrisa forzada.

—Le deseo que pase un buen día, señora Studt. —Luego tomó a su hija de la mano y se marchó.

Más tarde, Martha vio cómo hablaba con un matrimonio mayor que acariciaba fascinado el pelo oscuro de su hija. Evidentemente, quería atraer clientes solventes exhibiendo a su preciosa hijita… como si fuera un perrito adorable. Era increíble.

Martha respiró aliviada cuando, justo entonces, llegó Paul con los chicos. Ni en sueños se le habría ocurrido imaginar todo lo que cabía esperar de un viaje de ese tipo.

10

AL PRINCIPIO, LOS chicos pasaban casi todo el tiempo con su padre en la cubierta para no perderse nada. Así, ya el primer día pudieron vislumbrar a lo lejos la isla de Helgoland, y el asistente les había contado que por la tarde del día siguiente pasarían por los famosos acantilados blancos de Dover. De todas maneras, luego tardarían varias horas en atracar en Southampton.

La cena que servían en segunda clase sorprendió a los niños, pues estaban acostumbrados a cenar bocadillos, mientras que allí ofrecían una comida caliente.

—¿Será porque hemos zarpado después de la comida y nos la traen ahora? —preguntó Fredi la primera noche.

—No —le contestó Paul—. En la segunda clase se sirve una cena caliente, igual que al mediodía. Pero también puedes tomar pan.

—¡Cenaré caliente! —exclamó Rudi—. Hay que comer lo que te traigan a la mesa, ¿no?

A Martha y a Paul les enterneció el entusiasmo de su hijo mayor, mientras que Fredi y Ella prefirieron cenar un bocadillo, tal y como hacían en casa.

A LA PEQUEÑA Ella le costó conciliar el sueño durante aquella primera noche que pasaron en el barco debido al alboroto de sus hermanos. Martha se alegró de haber separado a los dos chicos porque, mientras Fredi se esforzaba por obedecer y dormirse en la cama situada encima de la de su madre, oía cómo Rudi intentaba una y otra vez enredar a su padre en una conversación, con la intención de revivir mediante la narración todas las imágenes que se le habían acumulado en la cabeza. Y eso que, por ser el primer día, les habían dejado quedarse despiertos hasta más tarde de lo acostumbrado. No los mandaron a la cama hasta que también les entró el sueño a sus padres. En parte, porque preferían no perderlos de vista durante aquellas horas en que se acomodaban en su camarote.

—Cuando se hayan habituado a todo, mejorarán las cosas —opinó Paul a la mañana siguiente, cuando fueron juntos a desayunar—. Entonces también podremos dejarlos solos alguna noche. Ya tengo ganas de llevarte al salón de baile con tu nuevo vestido azul oscuro.

—Pues esperemos que hoy Rudi duerma bien después de tantas experiencias nuevas —contestó Martha—. Con Ella y Fredi no tendremos ninguna dificultad. Lástima que no se pueda contratar a una niñera a bordo.

Paul alzó pensativo las cejas.

—Oficialmente no, pero tal vez haya alguien que quiera ganarse un dinero extra. En cuanto tenga ocasión, se lo preguntaré al asistente.

EL DESAYUNO LES reafirmó en la impresión que ya les había causado la cena. Nunca habían comido tan bien como a bordo de aquel barco, y Martha se preguntó qué servirían en primera para superar ese nivel. Pusieron fuentes con los más diversos tipos de panecillos y mermeladas, miel, embutidos, quesos y, por supuesto, huevos cocinados en todas sus variantes: pasados por agua, cocidos, revueltos y fritos. Mientras Fredi y Ella se contenían, Rudi quiso probar todo lo que habían servido, hasta el punto de que Paul le dijo:

—Comes como un pincelero. La gente va a pensar que no eres nuestro hijo, sino que te has metido de polizón en el barco para atiborrarte de comida.

—Qué va, papá. La gente siempre dice que me parezco mucho a ti —contestó Rudi seguro de sí mismo.

Y Fredi preguntó:

—Papá, ¿qué es un pincelero?

—Ah, un pincelero es un fabricante de pinceles que luego va vendiendo su mercancía de puerta en puerta. Eso solo lo hace la gente pobre, que siempre tiene hambre.

—Entonces yo también soy pobre —dedujo Rudi—. Aquí, en el barco, siempre tengo muchísima hambre.

—No tienes hambre, tienes apetito —corrigió Martha—. La verdadera hambre es otra cosa.

—¿Cómo es? —preguntó Rudi.

—Es cuando comes incluso cosas que no te gustan, como el hígado o los nabos.

—Eso es asqueroso —acudió Fredi en ayuda de Rudi—. ¿A quién puede gustarle el hígado?

—A mí —dijo Ella—. Encebollado.

Paul se echó a reír.

—Entonces no soy el único que tiene esa predilección. ¿Quiere

alguien más chocolate?

Los tres niños acercaron las tazas de inmediato. El chocolate era algo que solo tomaban en ocasiones especiales; ahí, en cambio, era una bebida que degustaban cada mañana.

—Yo también voy a ser capitán, como el tío Heinrich —dijo Fredi —. Así habrá siempre chocolate.

—Bueno, no creo que a bordo del Fortuna haya siempre chocolate —le aclaró Martha, mientras se servía otra taza de café. En ese momento se dio cuenta de que los platos de la mesa temblaban ligeramente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó insegura—. ¿Le pasa algo al barco?

Paul no contestó nada, sino que le hizo una seña a uno de los camareros.

—¿Desean algo más? —preguntó el camarero, que con su elegante traje oscuro habría hecho los honores de cualquier restaurante de lujo en tierra.

—No, gracias —dijo Paul—. Pero nos preguntamos si va todo bien en el barco, porque ha temblado la vajilla de repente.

—No se preocupen por eso —dijo el camarero—. Debido a su tamaño, el barco tiende a dar bandazos. A veces, la gente delicada se marea; otros, sin embargo, ni lo notan. Si acaso, se percibe un leve temblor y tintineo de la vajilla. Pero son unos segundos. Verá —prosiguió convincente—, en ocasiones aquí uno hasta se olvida de que va a bordo de un barco por la gran estabilidad que este tiene, no como los antiguos veleros. De todos modos, sigue siendo un barco y de vez en cuando se nota.

—Muchas gracias; nos quedamos más tranquilos —contestó Paul.

—Además, aunque se hunda, tenemos más botes salvavidas que el Titanic. Así que no nos puede pasar nada —dijo Rudi tan entusiasmado, que el camarero no pudo reprimir una sonrisa.

DESPUÉS DE DESAYUNAR, Martha fue a tomar un baño de agua caliente en una de las bañeras de las cabinas, mientras Paul probaba con los niños los juegos de la cubierta y trababa amistad con una señora mayor locamente enamorada de la pequeña Ella. Se llamaba Margret Pelzner y era la viuda de un acomodado comerciante hamburgués. Su hija vivía en Nueva York y se disponía a pasar el verano con ella y a conocer a su nietecita, a la que solo había visto en fotografías.

—Se parece un poco a su hijita. —La señora Pelzner sacó una foto de una niña pequeña con unas trenzas rubias que, en efecto,

recordaban a las de Ella.

—Sus hijos son verdaderamente envidiables —dijo después—. Tienen un padre que se ocupa de ellos y en quien confían. Eso no es lo habitual.

—Pues debería serlo —respondió Paul—. El padre puede no tener siempre tanto tiempo como yo en este viaje, pero ¿hay algo más bonito que ocuparse de la familia?

—No, desde luego que no —admitió la señora Pelzner—. Y, sin embargo, no todos opinan así. A veces creo que me habría gustado que mi marido, y que Dios lo tenga en su gloria, hubiera pensado algo menos en el negocio y un poco más en la familia. Solo trabajaba, hasta que en la flor de la vida un infarto se lo llevó de este mundo. —Tragó saliva—. Por lo menos, no nos ha dejado sin recursos, pero en ocasiones me pregunto si mi hija se habría casado en América si su padre aún hubiera estado vivo. Creo que lo que buscaba era tener seguridad. No me malinterprete; Frederik es un hombre amable y encantador. Pero que mi hija se haya ido a vivir a la otra punta del mundo…

—Por lo menos, tiene usted la posibilidad de ir a visitarla a la otra punta del mundo. Gracias a los avances técnicos y a estos fantásticos barcos, la Tierra se vuelve cada vez más pequeña.

MIENTRAS TANTO, MARTHA disfrutaba del lujo de bañarse en una de las delicadas bañeras de porcelana de Faenza con sales de baño perfumadas. Pero es que además había modernos secadores de pelo eléctricos para que las señoras no tuvieran que salir del baño con el pelo mojado, y por un marco incluso podían ponerse en manos de una peluquera profesional para que les hiciera un bonito peinado.

Como hacía sol y buen tiempo, Martha decidió estrenar el vestido amarillo. Cuando llegó a la cubierta, Paul seguía hablando con la señora Pelzner, de modo que las presentó de inmediato.

—Es usted muy linda —dijo la señora Pelzner—. No me extraña que tenga unos hijos tan guapos, además de bien educados.

A Martha solía darle vergüenza recibir ese tipo de piropos, pero la anciana lo expresó con tal convicción, que sonrió sin querer.

—¿Sabe que esta tarde hay baile en el gran salón? —le preguntó luego a Paul—. Debería ir con su hermosa mujer.

—Me temo que nuestros hijos se aburrirían bastante —dijo Paul.

—Oh, yo me ocuparía de sus encantadores hijos. Así practico para cuando conozca a mi nieta —dijo la señora Pelzner guiñando el ojo.

Paul lanzó a Martha una mirada interrogativa y esta asintió de forma apenas perceptible. A veces el destino le hacía a uno más

regalos de los que jamás se habría atrevido a esperar. Una abuela ensayando: ¿por qué no?

A los niños enseguida les cayó bien aquella mujer, que además resultó ser muy generosa, aunque a Paul le desagradaba que mimara a los niños comprándoles tantos helados. Quiso devolverle el dinero, pero la anciana se negó en redondo.

—Solo se vive una vez, y aunque mi marido eso no lo entendiera, yo disfruto de lo que me brinda cada momento.

Y así fue cómo la señora Pelzner se convirtió en una amiga de la familia; gracias a ella, Martha y Paul disponían de vez en cuando de unas horas para ellos solos.

Por la tarde, todos contemplaron las famosas rocas blancas de Dover, y por la noche se alegraron del magnífico recibimiento que le hicieron al Imperator en el puerto de Southampton. También allí tocaba una orquesta para saludar al barco y para despedir a los pasajeros que desembarcaban.

Al día siguiente llegaron a Cherbourg, donde los recibió la misma escena: una orquesta en el puerto y numerosos curiosos que ofrecían una triunfal bienvenida al barco más grande del mundo y transmitían a sus pasajeros, que contemplaban el espectáculo desde la barandilla, la impresión de ser los protagonistas de un capítulo de la historia moderna. Todos los que iban a bordo se sentían radiantes y llenos de orgullo, en especial los niños. Figuraban entre los que dejaban atrás el último puerto europeo y partían hacia la enaltecida América. Desde ese día solo estarían rodeados por el mar y, si acaso, se cruzarían con algún otro barco en la muy transitada ruta. Pero el Imperator era por sí mismo como una ciudad en la que no tenía cabida la soledad, y ya se habían acostumbrado a los bandazos que daba de vez en cuando, aunque la señora Pelzner opinara que eso no era normal, pues había viajado en otros barcos que, pese a ser más pequeños, aseguraba que no se movían tanto. Paul añadió que el Imperator no estaba del todo equilibrado y se escoraba hacia la izquierda.

—Creo que se debe a las chimeneas —dijo—. En mi opinión, son demasiado altas.

—Lo dice un ingeniero, sin duda —contestó Martha cariñosamente —. Qué pena que no hayas participado en la construcción.

—Si hubiera emprendido el mismo camino que Erich, seguro que habría participado. Pero yo prefiero los barcos pequeños de Wolkau. Ya tengo ganas de saber si el marido de Milli me podrá proporcionar los contactos que necesito en el puerto neoyorquino.

—Lo ha prometido —dijo Martha, acordándose de la última carta que le había escrito Milli.

POR LA NOCHE, después de haber abandonado Cherbourg, Martha estrenó en un baile su segundo precioso vestido nuevo, el de color azul marino. Dado que a bordo había también una tintorería, había decidido llevar allí los vestidos tres días antes de la llegada a Nueva York, con el fin de que estuvieran recién lavados y planchados para los días que iba a pasar con Milli. La idea le hizo sonreír. ¿Quién habría pensado veinte años atrás que algún día, viajando en un barco de lujo, le preocuparían unos vestidos caros cuando fuera a visitar a su amiga? Si alguien se lo hubiera dicho a ellas dos en aquella época, cuando Milli era obligada a prostituirse por su padrastro y Martha trabajaba sin descanso en las barracas del cólera como enfermera auxiliar mal remunerada, le habrían tomado por loco. Pero se habían mantenido perseverantes, no se habían conformado con lamentarse de su infortunio, sino que habían aprovechado cada oportunidad que se les presentaba para mejorar su insoportable situación. Martha, luchando por convertirse en una enfermera profesional, y Milli, haciendo compañía solo a caballeros bien situados. Era como en un cuento, cuando se logran todos los deseos. El cuento se había hecho realidad y así podía continuar hasta el fin de sus días.

11

VIAJAR EN EL Imperator continuó siendo una aventura para los niños, y eso que en el Atlántico no había mucho que ver. En una ocasión oyeron los bocinazos con los que el Imperator saludó al S.S. Saxony, de la línea británica Cunard, y los que este le devolvió. Incluso en un par de ocasiones vieron a lo lejos unos barcos veleros que recordaban al Fortuna de Heinrich, pero que al lado del Imperator parecían los juguetes con los que los chicos se entretenían en la bañera de casa.

El 15 de junio, el barco quedó por primera vez comunicado con las estaciones telegráficas transatlánticas de los dos continentes. El personal de a bordo informó expresamente de ello a los pasajeros.

Los niños estaban muy impresionados de que, desde allí, se pudiera entrar en contacto tanto con Europa como con América, pese a que a su alrededor solo se viera el vasto océano. Al mismo tiempo, Rudi se sentía un poco decepcionado, porque no iban a vislumbrar ningún iceberg durante el viaje. La señora Pelzner le había contado que, en uno de sus trayectos anteriores, el barco había navegado cerca de unos icebergs gigantescos, pero que en el mes de junio la ruta no llegaría hasta tierras tan sureñas.

—Más vale que te alegres —le dijo Martha—. El Titanic se hundió el año pasado porque chocó contra un iceberg, y la mayor parte de los pasajeros se ahogaron.

—Sí, porque no llevaban suficientes botes salvavidas —respondió Rudi como un sabelotodo—. Pero papá ha dicho que nosotros tenemos bastantes más. No puede pasarnos nada. Y me habría gustado tanto ver un iceberg… ¿Crees que viven osos polares encima de los icebergs?

Martha negó con un movimiento de cabeza.

—No, seguro que no. Los icebergs se derriten en el mar y entonces los osos polares se ahogarían, porque no podrían volver a nado hasta la orilla. El Polo Norte está demasiado lejos.

LA ÚLTIMA NOCHE antes de la llegada a América dieron un banquete de gala a bordo del Imperator. Aunque el famoso desfile de camareros y asistentes solo tuvo lugar en primera clase, en segunda también sirvieron una cena magnífica y, de postre, un helado iluminado que llevaron al comedor con la sala completamente a oscuras.

—¡Eso es mejor que cualquier iceberg! —exclamó Rudi tan entusiasmado, que Martha le puso el brazo en el hombro para que bajara la voz antes de que resultara molesto. Fredi y Ella contemplaron el espectáculo mudos y asombrados.

Después de la cena de gala, el matrimonio llevó a los niños a la cama, para participar a continuación en el baile de beneficencia que se daba en favor de las viudas y los huérfanos de los marineros alemanes y americanos.

Fue una noche maravillosa y, al mismo tiempo, el baile más elegante al que habían asistido hasta entonces Martha y Paul.

—Si por mí fuera, este viaje podría continuar hasta la eternidad —susurró ella al oído de su esposo cuando se movían por la pista de baile al compás de los suaves sonidos de un vals. Paul no dijo nada y se limitó a darle a su mujer un tierno beso en la mejilla.

A LA MAÑANA siguiente, los dos chicos fueron corriendo a la cubierta tan pronto como terminaron de desayunar, y de ahí no hubo quien los sacara. No querían perderse por nada del mundo el primer avistamiento de la costa americana en el horizonte. A media mañana pasaron por Sandy Hook, la punta más extrema de Norteamérica, antes de deslizarse hacia la bahía de Nueva York. Las máquinas habían aminorado claramente la velocidad, y el continuo estruendo que los había acompañado durante todo el viaje aumentó un poco su intensidad. El Imperator seguía teniendo una escora apenas perceptible hacia la izquierda, pero eso no impidió que estallara el entusiasmo cuando el barco entró con gran majestuosidad por el puerto de Nueva York. El tráfico marítimo era indescriptible, no se podía comparar con el que había en el puerto de Hamburgo, al que estaban acostumbrados. Además de los grandes vapores marinos y algunos barcos veleros encontraron numerosos vapores fluviales y barcazas que, al lado del Imperator, parecían diminutos. El imponente barco se abría camino con parsimonia por la isla de Bedloe y su famosa Estatua de la Libertad.

Martha vio a un hombre que había montado en la cubierta una gran cámara fotográfica con trípode, a fin de capturar aquellos

instantes para toda la eternidad. Al pasar por la Estatua de la Libertad, el Imperator giró hacia el río Hudson, donde el barco más grande del mundo, entre los gritos de júbilo y el alborozo de la multitud que esperaba su llegada en el puerto, por fin fue amarrado. Antes de que los pasajeros pudieran bajarse, subió a bordo el inspector de pasaportes con numerosos funcionarios de la aduana. Condujeron a los pasajeros de tercera clase y a los de la entrecubierta en botes para ser examinados en el lazareto de cuarentena de la Isla Ellis, mientras que a los de primera y segunda clase los reconoció directamente a bordo el servicio sanitario del puerto.

Como enfermera, Martha se había preguntado cómo sería ese reconocimiento, si sería completo de veras, y no dio crédito cuando entendió que el médico se conformaba con inspeccionar sus carnés de vacunación y con mirarles la garganta a los niños.

—Una medida puramente rutinaria —explicó el médico en inglés, y Paul lo tradujo—. Tenemos nuestro reglamento, pero no esperamos que los pasajeros de primera y segunda clase transmitan epidemias. —Con una sonrisa, le devolvió a Paul los carnés de vacunación.

Al poco rato apareció el inspector de pasaportes con un empleado de la aduana, pero ese formalismo también quedó rápidamente despachado, de modo que pudieron abandonar el barco poco después. A Martha le pareció agradable no tener que seguir preocupándose por el enorme equipaje de viaje, que descargó la tripulación del barco para que más tarde pudieran recogerlo en el puerto.

—Papá, ¿por qué esos hombres de las máquinas fotográficas tienen tarjetas de visita en la cinta del sombrero? —quiso saber Fredi, mientras señalaba a un grupo de hombres con cámaras y blocs de notas que esperaban a que los dejaran subir a bordo.

—Son reporteros y quieren informar a los periódicos americanos sobre la llegada de nuestro barco y preguntar por sus planes y experiencias a los pasajeros de cierto relieve —le explicó Paul—. Y no son tarjetas de visita, sino sus carnés de prensa. Para que todo el mundo sepa quiénes son y les dejen hacer su trabajo.

—¿Qué son los carnés de prensa? —preguntó Rudi.

—Son acreditaciones en las que pone que son reporteros y que no necesitan pasaje para subir al barco.

—Entonces pueden subir tranquilamente a bordo como polizones, ¿no? —siguió preguntando Rudi.

—Sí, pero ¿por qué iban a hacerlo? Este es su trabajo, y si hicieran eso los despedirían.

Paul cogió a Ella en brazos y luego se pusieron a la cola de los que esperaban para desembarcar. Mientras bajaban por la escalera, a

Martha le llamó la atención un hombre vestido con uniforme de chófer que sostenía en lo alto un gran letrero en el que ponía: «Familia Studt de Hamburgo».

—Mira —le dijo a Paul—. Seguro que viene de parte de Milli para recogernos.

Al chófer, que se presentó solo con su nombre de pila, Harrison, lo había enviado efectivamente su amiga Milli. Con unas cuantas frases alemanas aprendidas de memoria, les explicó que los llevaría a casa de la familia Darnell en cuanto se hubiera ocupado de su equipaje. Y les dijo que mientras tanto esperaran en un elegante café con vistas al Imperator, donde se encontrarían con la señora Darnell y sus dos hijos más pequeños.

—¿Cabremos todos en el coche cuando vayamos a casa de la señora Darnell? —preguntó Paul en inglés, y Harrison lo agradeció.

—No, pero la señora ha venido con los niños en su propio coche. Ella valora mucho su independencia y solo utiliza el coche grande para ocasiones especiales. —Una sonrisa que delataba cierta admiración por la señora de la casa iluminó el rostro de Harrison.

A Martha se le escapó un aspaviento. Milli nunca le había contado en las cartas que poseía un automóvil propio. Al parecer, Lawrence era más adinerado aún de lo que creía.

EL MENCIONADO CAFÉ se hallaba justo enfrente, y Martha sintió cómo se le aceleraba el corazón. ¿Reconocería a Milli después de todos esos años? Aunque había recibido fotografías suyas con regularidad, no era lo mismo. Y a sus hijos más pequeños no los conocía.

Cuando entró en el café con Paul y los niños, se les acercó presto un camarero que preguntó si eran la familia Studt. Sin duda ya los esperaban. Paul respondió afirmativamente a la pregunta formulada en inglés y el camarero los acompañó a una mesa grande junto a la ventana, donde estaba sentada una distinguida dama, que lucía un traje elegante de color burdeos, con dos niños que iban también engalanados. La niña llevaba un vestido cuyo corte y color recordaba al de la madre, pero era más ancho de cintura y sin corsé. Con ojos de color avellana, tenía un cabello largo color castaño oscuro que llevaba recogido en dos moñetes.

El chico, rubio, tenía la cara salpicada de numerosas pecas y vestía un traje azul oscuro con los pantalones cortos. Para ser hermanos, no se parecían demasiado. Sin embargo, Martha reconoció los encantadores hoyuelos y la forma de la boca de su amiga en los rasgos de ambos niños.

—Señora Darnell, han llegado sus invitados —dijo el camarero. Milli le dio las gracias asintiendo con una sonrisa, luego se levantó, salió al encuentro de Martha y la abrazó de inmediato con gran emoción. Por más que tuviera ahora el aire de una dama de la alta sociedad, su sonrisa y su cordialidad seguían siendo como Martha recordaba. Milli tenía unos rasgos más maduros y más marcados, como era natural, pero conservaba toda su belleza.

—¡No has cambiado nada en todos estos años, Martha! —exclamó besándola en las dos mejillas.

—Y tú te has convertido en una impresionante y guapísima dama de la alta sociedad —contestó ella con una sonrisa.

A continuación, Milli saludó también a Paul y presentó a sus hijos Marcus y Octavia, que les dieron educadamente la mano, mientras Martha hacía lo propio con su pandilla de traviesos. Marcus tenía once años y Octavia, nueve. Los dos se habían criado en un ambiente bilingüe y hablaban tanto en inglés como en alemán, pasando de un idioma a otro sin esfuerzo alguno. Para su regocijo, Martha comprobó que los dos tenían un alemán con acento hamburgués, como si se hubieran criado en el puerto.

Mientras los mayores tomaban café, a los niños les dieron chocolate. Y a Martha no le extrañó que Rudi fuera el que más hablara tratando de impresionar a Octavia y Marcus con su largo viaje por el océano. Desde la ventana podían ver cómo comenzaban a descargar el Imperator. Además, se les ofrecía la visión del skyline de Nueva York. Las enormes y altas casas eran impresionantes; hasta ese momento solo las conocían por las fotografías.

—¡Son más altas que la iglesia de San Miguel! —constató Rudi asombrado.

—Sí, llegan a rascar el cielo —dijo Marcus—. Por eso se les llama rascacielos.

—¿Y alguna vez se queda una nube del cielo enganchada? —preguntó Ella.

—No —respondió enseguida Rudi, antes de que alguien pudiera adelantársele—. Las nubes son solo vapor de agua; no pueden quedarse enganchadas.

—Eres un hombrecito muy listo —dijo Milli—. ¿Has aprendido eso en el colegio?

—No, me lo ha contado el tío Heinrich —respondió Rudi—. Lo sabe todo sobre el tiempo, las nubes y el mar.

—Claro, por algo es capitán —contestó ella—. Qué pena que nunca haya tenido ocasión de visitarme durante sus estancias en Nueva York. O bien venía por poco tiempo, o bien estábamos nosotros de viaje.

—¿Viajáis mucho? —preguntó Martha.

—A veces acompañamos a Lawrence a Washington, ya que mantiene relaciones estrechas con algunos diputados del Congreso. Lleva ya un tiempo jugando con la idea de presentarse a las elecciones, pero eso hay que sopesarlo con cuidado. Si uno conoce a la gente que hay que conocer, a veces se tiene más influencia ocupando un segundo plano que situándose en el centro de la sala. —Milli bebió un sorbo de café—. Pero no quiero aburrir a los niños con la política.

Antes de que alguien pudiera contestar a esto último, Harrison apareció para anunciarles que el equipaje ya estaba cargado.

—Bien, pues pongámonos en marcha entonces —dijo Milli—. Vosotros vais con Harrison y nosotros iremos en mi coche.

—Harrison mencionó que tienes uno propio. Me he quedado de piedra. De eso nunca me has hablado por carta.

—Bah, tampoco hace tanto tiempo que lo tengo. Como Lawrence viaja muy a menudo por negocios con Harrison, yo quería tener un poco más de independencia. Ya tengo ganas de ir contigo y con Lizzy a dar una vuelta por Nueva York —dijo Milli con los ojos radiantes de alegría.

—¿Y quién es Lizzy?

Milli se echó a reír.

—Así se llama mi coche. Un Ford modelo T, llamado Tin Liz. El coche grande en cambio es un Chevrolet Classic Six; en él cabéis todos con comodidad. Nos vemos, pues, en casa.

Le guiñó el ojo a Martha, igual que solía hacer antes. Parecía que no había pasado el tiempo. Enseguida recuperaron la confianza de siempre.

El Chevrolet, de un color negro reluciente, era un automóvil imponente con asientos de piel corridos delante y detrás. Paul se sentó al lado de Harrison, mientras que Martha y los niños ocuparon el asiento de atrás. Para todos ellos era la primera vez que se subían a un coche y les encantó ir dejando atrás las calles de Nueva York más aprisa incluso que en el tranvía. Desde el automóvil los rascacielos resultaban aún más imponentes, y a Martha le pareció que iban por un desfiladero. ¿Cómo se vería el mundo desde los últimos pisos? Ya solo de pensarlo le entraban mareos.

Hasta Rudi había enmudecido y se conformaba con mirar asombrado por la ventanilla.

De repente alguien tocó la bocina por detrás de ellos y luego fueron testigos de cómo los adelantaba un Cabriolet de color rojo oscuro. Martha tuvo que mirar dos veces hasta reconocer a Milli al volante, que al pasar los saludó con la mano y los adelantó a toda

prisa.

—Es rauda cual centella —opinó Paul, y aunque Martha no podía verle la cara, sabía que sonreía.

LA MANSIÓN DE los Darnell era igual de impresionante que en las fotografías que Milli le había enviado. Entraron por una puerta grandiosa de hierro forjado y descubrieron un jardín del tamaño de un parque. La villa, que se encontraba en el centro de aquel vergel, parecía una versión en miniatura de la famosa Casa Blanca de Washington. Cuando Martha vio tanta suntuosidad, se preguntó por qué un hombre con la fortuna de Lawrence se habría casado con una mujer alemana de dudoso pasado. Seguro que en su país también habría encontrado suficientes mujeres dispuestas a mantener, a cambio de ese lujo, la apariencia de una vida familiar normal. En fin, se lo preguntaría a Milli; estaba segura de que le contestaría con sinceridad, aunque fuera un tema delicado. Así había sido siempre cualquier asunto entre ellas.

Harrison los guio hasta la entrada, donde aguardaba un criado que los condujo al interior. Milli los recibió en el luminoso vestíbulo con baldosas de mármol, cuyo centro lo ocupaba una reproducción creada en el mismo material y de tamaño natural del David de Miguel Ángel.

—Por supuesto, antes que nada, querréis ver vuestras habitaciones y refrescaros un poco. Jeremy os las enseñará y se ocupará del equipaje. Yo os espero en el salón, os veré cuando hayáis terminado.

La escalera que subía al primer piso era tan ancha y espaciosa como el paraíso de un teatro. El criado, Jeremy, los condujo por el pasillo hasta el ala de los invitados y les adjudicó dos dormitorios colindantes: una para los niños con tres camas y una suave alfombra de crespón, en la que había un cajón grande lleno de juguetes que invitaba a la exploración. La habitación reservada para el matrimonio era mayor aún.

Todo el mobiliario era de reluciente caoba. El espacio se hallaba presidido por una enorme cama con dosel rodeada con unos vaporosos y decorativos visillos. Además, había un vestidor y un imponente tocador, cuyo espejo tenía el tamaño de una ventana. Justo enfrente se hallaba el cuarto de baño. La bañera de mármol blanco, empotrada en el suelo, estaba enmarcada por cuatro columnas romanas rematadas por floreros. De la pared colgaba una reproducción de un mosaico romano que mostraba el nacimiento de Venus.

—Ya solo el cuarto de baño es más grande que algún sótano del Barrio de los Callejones, donde viven seis personas —le susurró Martha a Paul.

—Sí —concluyó él—. Así vive la sociedad refinada en el país de las posibilidades infinitas.

—Lawrence debe de ser riquísimo. Por lo menos, ya no tengo mala conciencia de que nos haya pagado el viaje y tu pérdida salarial.

—Milli y Anna se lo merecen, sin duda —dijo Paul—. Ya tengo ganas de ver qué ha sido de ella en todos estos años. Aún la recuerdo como una niña pequeña, más o menos de la edad de Ella ahora, subiendo con su madre a bordo del barco con destino al Nuevo Mundo, con unos ojos abiertos como platos, igual que los tres nuestros cuando embarcamos.

—Enseguida la veremos. ¿Qué vestido crees que me debo poner? ¿El amarillo? Ahora temo no haberme traído suficientes trajes elegantes.

—Estás guapísima así, Martha. Quédate con lo puesto; el vestido amarillo puedes reservarlo para la siguiente recepción.

12

DESPUÉS DE QUE Martha aprovechara el tiempo para refrescarse y para colgar los vestidos en el armario, fueron al salón para saludar al resto de la familia de Milli. La decoración tenía por objetivo impresionar a la gente. Contaba con una chimenea grande, cómodos sillones de piel y mesitas auxiliares de costosa madera tropical taraceada. Martha se fijó en que cada una de las mesas era distinta, y en todas se admiraban imágenes de la mitología romana. Recordando el baño y la estatua del vestíbulo, Martha pensó que Lawrence debía de tener especial predilección por la Antigüedad, además de que no reparaba en gastos a la hora de reproducirla en su hogar. En ese ambiente se podría haber recibido hasta al mismísimo káiser en persona. Aquello no era en absoluto la clase media alta, sino la flor y nata de la sociedad americana. Milli había dado el salto social más grande que podía realizar una mujer procedente de su antiguo círculo.

Milli les presentó a su marido, Lawrence, que les rogó enseguida que lo llamaran por su nombre, no señor Darnell. Martha reconocía su simpática sonrisa por las fotografías. Tenía el pelo castaño oscuro, parecido al de Octavia, y Martha se preguntó si realmente sería su padre.

Sin embargo, Martha jamás habría reconocido a la pequeña Anna de antes, pese a todas las fotos que le había enviado Milli de su ahijada. Era una belleza de cabello rubio oscuro elegantemente recogido solo en parte, lo que le daba un aire travieso al tiempo que femenino. Llevaba un vestido suelto de un tono morado claro que, con arreglo a la última moda, no tenía corsé.

—¡Tía Martha, cuánto me alegro! —dijo abrazándola—. Aunque haya pasado tanto tiempo, nunca me he olvidado de tu aspecto. ¡Y apenas has cambiado!

—No se puede decir lo mismo de ti —contestó Martha, estrechando brevemente a Anna—. Te has convertido en una joven encantadora, y el hombre que ha conquistado tu corazón puede sentirse afortunado.

¿Es él tu prometido? —Martha vio a un hombre elegante de pelo rubio claro y ojos verdes que, de entrada, también le pareció muy agradable. Al mismo tiempo, por el motivo que fuera, le resultaba conocido. ¿Sería por las pecas que se adivinaban en su rostro? Tenía una cara de auténtico pillo… ¿Como Marcus? ¡No, la idea era del todo descabellada!

—No, tía Martha. —Anna se rio—. A mi prometido te lo presentaré en la cena de esta noche. Él es Malcolm Lindale, el mejor amigo de la familia y el secretario de mi padre.

—Desde luego, me he colado en esta familia —contestó Malcolm en un alemán con acento americano, mientras le estrechaba la mano con una jovial sonrisa—. Yo ya trabajaba para Lawrence antes de que se casara con Mildred y, de alguna manera, ahora formo parte del inventario. —Esbozó una sonrisa aún más amplia.

Después de presentar también a Paul y los niños, Lawrence aprovechó la oportunidad para implicar al esposo de Martha en una conversación y preguntarle por su actividad como ingeniero mecánico en la construcción naval. Resultó que Lawrence había invertido algún dinero en acciones de empresas lucrativas, porque tenía mucho interés en los avances de la ingeniería mecánica. Mientras los hombres conversaban y la servidumbre mimaba a los niños con chocolate y pasteles, Milli llevó a Martha y Anna a una pequeña habitación a la que llamó «el salón de las damas».

—Aquí estaremos tranquilas —anunció—. Cuando me mudé a la villa, lo primero que hice fue cambiar de arriba abajo lo que hasta entonces era la casa de un soltero. —Guiñó un ojo a Martha a su manera inimitable.

—¿Os costó mucho adaptaros al principio? —quiso saber Martha —. ¿Cómo lo viviste tú, Anna, lo de instalaros en un mundo tan distinto y conocer a tu futuro padre?

—Fue abrumador, tía Martha. Mi primer recuerdo es que no entendía el idioma, pero todos se esforzaron en que me encontrase bien, y de repente me vi rodeada de tantos juguetes y cosas bonitas que enseguida desapareció mi inseguridad. Llegó un momento en que mi madre se dio cuenta de que empezaba a olvidarme del alemán y, a partir de entonces, tomó las riendas y comenzó a hablarme solo en alemán, pese a que todos los demás lo hacían en inglés. Y cuando llegaron mis hermanos, mi madre hizo algo parecido: solo habla en alemán con nosotros, para que nunca olvidemos esa parte de nuestras raíces.

—Pues sí, sería una pena —confirmó Milli—. Cada idioma que uno conoce es un regalo. El tiempo que llevo aquí lo he aprovechado no

solo para perfeccionar el inglés y el francés, sino también para aprender español.

—Qué lástima que Heinrich nunca haya tenido tiempo de visitarte aquí. Figúrate, a estas alturas domina incluso el chino. —Y entonces les habló a las dos de su cuñada Li-Ming.

Mientras Milli y Anna escuchaban con atención, llamaron a la puerta del salón de las damas y un criado anunció a Jonathan Wellington, el prometido de Anna.

—¿Me perdonáis un momento? —preguntó Anna a su madre y a Martha—. Jonathan y yo queríamos ir a la joyería antes de cenar para probarnos las alianzas. Sé que es una descortesía, porque acabáis de llegar, pero…

—No tienes que justificarte, Anna —dijo Martha—. Hemos venido a celebrar tu boda contigo, así que los preparativos tienen preferencia. Y ya estoy deseando conocer esta noche a tu futuro marido.

—Te caerá bien —dijo Milli—. Es el sueño de cualquier suegra. Atractivo, adinerado, culto y, al mismo tiempo, se esfuerza por complacer a su futura esposa. Pero sabe que no portarse bien con Anna acarrearía graves consecuencias. No quisiera estar en su pellejo si su suegra se irritara con él.

—¡Ay, mamá, qué cosas dices! —Anna movió la cabeza medio sonriendo, medio enfadada, y dejó a las amigas en el salón.

Milli sirvió más café de una jarrita de porcelana de Meissner.

—Bueno, al fin nos hemos quedado a solas y podemos conversar con libertad —dijo mientras tanto—. Supongo que estarás deseando saber qué tipo de relación hay aquí entre unos y otros, ¿no? No se me ha escapado la mirada incisiva que has dirigido a Malcolm.

—Perdona, no quería ser tan indiscreta. Además, tú siempre has sido muy perspicaz.

Milli se llevó la taza a los labios.

—A mí no me puedes ocultar nada. Te conozco demasiado bien.

—¿Les habéis contado a los niños en qué consiste realmente vuestro matrimonio? —preguntó Martha.

—No, claro que no. Eso solo lo sabemos Lawrence, Malcolm y yo.

—¿Es Malcolm…? En fin, es rubio, y de pequeño seguro que tenía la cara llena de pecas…

—¿Te refieres a si es el padre biológico de Marcus? Sí, lo es. Pero con pleno consentimiento de Lawrence.

Martha miró asombrada a su amiga. Aunque esperaba que Milli le contara toda la verdad, le sorprendió esa franqueza directa, sin rodeos.

—La verdad es que me alegro mucho de tener la oportunidad de

explicártelo, al fin y con todo detalle —continuó Milli—. Por carta habría sido difícil. Verás; al principio las cosas no siempre fueron fáciles, pero he sabido extraer lo mejor de la situación. Y a estas alturas puedo afirmar sin dudarlo que mi matrimonio con los dos hombres está en perfecta armonía.

Bebió otro sorbo de café antes de narrarle con detalle a su amiga Martha todo lo que había ocurrido después del 18 de abril de 1898, el día que embarcó con destino a América.

AL PRINCIPIO, A Milli le preocupaba mucho que pudiera llamar la atención al viajar en primera clase. Al fin y al cabo, se había criado en el Barrio de los Callejones, y aunque llevaba mucho tiempo procurando adaptar sus gestos y modales a los de la alta sociedad, no se sentía del todo a gusto. De nada le servían el elegante camarote ni los bonitos vestidos que se había comprado con la generosa cantidad de dinero que Lawrence había puesto a su disposición para la travesía. En el fondo, habría preferido que Lawrence le hubiera facilitado un viaje en segunda clase, pero la posición social de este se lo prohibía. Y Milli temía que, por una conducta impropia, pudiera dejar en ridículo a su futuro marido incluso antes de llegar a América. Al fin y al cabo, sabía bien que la vestimenta y el dinero no bastaban para mantener la apariencia necesaria. Las normas de la alta sociedad exigían algo más que saber qué cubierto se utilizaba para cada plato del menú. Cada acción, cada sonrisa podía tener su propio significado, y Milli tenía miedo de delatarse si no dominaba esas reglas de comportamiento.

Evitó los comedores distinguidos y las grandes aglomeraciones para no llamar la atención. Por suerte, no era la única que actuaba así. Había algunos viajeros solitarios como ella y, por otra parte, no era raro que los pasajeros de primera pidieran que les sirvieran las comidas en el camarote. De todos modos, con el tiempo, Milli comprobó que su preocupación era desmedida. Desde luego, la mayoría de los viajeros de primera se comportaban de manera civilizada y comedida, pero también había quienes eran exactamente lo contrario, los denominados nuevos ricos cuya fortuna había aumentado más deprisa que sus modales. Gente que no dominaba el lenguaje secreto de la élite, pero que tampoco le daba demasiada importancia a esa carencia. Para ellos solo contaba su fortuna. En su mayoría se trataba de americanos. Las mujeres solían ir demasiado pintarrajeadas y se reían escandalosamente, mientras que los hombres carecían de gusto tanto para elegir los trajes como los temas de conversación. La vieja nobleza europea sonreía con amabilidad de cara al exterior, pero para sus adentros arrugaba la nariz.

Por eso se extrañó tanto Milli la primera vez que se dirigió a ella una distinguida señora de cierta edad que estaba encandilada con la pequeña Anna.

—Qué niña más obediente —dijo—. ¿Viajan solas?

—Sí, voy a encontrarme con mi… marido —respondió Milli. Por un momento había pensado hablar de su futuro esposo, pero más valía no revelar demasiado de sí misma—. Nunca he estado en América, pero nos espera con muchas ganas.

—¿Ha montado allí un negocio?

—No, es americano, pero nos conocimos en Alemania, donde estudió la carrera. Proviene de una familia muy distinguida y ahora quiere que nos reunamos con él.

—¿Por qué no las llevó consigo a usted y a la pequeña?

—Hubo diversos motivos, es complicado… ¿Y usted? ¿Viaja acompañada? —La destreza para eludir preguntas desagradables mediante otra pregunta la había perfeccionado desde muy temprano, y en ese momento le vino como anillo al dedo. La anciana se lanzó a hablar a toda prisa. Casi parecía como si hubiera estado esperando a que le preguntaran para poder hablar de sí misma. Por supuesto, no viajaba sola, sino en compañía de su esposo, que tenía negocios que hacer en Nueva York.

—Tengo que advertirle que a nosotros nos costó mucho adaptarnos a la cultura americana. Hay muchas personas decentes, cultas y bien educadas, y estoy segura de que su marido figura entre ellas si ha estudiado en Alemania. Pero por desgracia también hay muchos como esos de ahí. —Señaló con disimulo hacia una familia americana que jugaba en la cubierta y causaba un gran alboroto—. Con esa gente no hay manera. Alardean sin cesar de su riqueza y de sus comercios, quieren ocupar siempre el centro de atención y, sin duda alguna, creen que su compañía resulta de lo más agradable. Se sienten orgullosos del que llaman «el sueño americano».

—¿Se refiere a aquellos cuya riqueza crece con mayor rapidez que su conocimiento de las obligaciones sociales y que incluso se ufanan porque creen que el dinero es lo único que rige el mundo?

—Exacto. Ya veo que nos entendemos.

En ese momento Milli comprendió que no debía preocuparse de su imagen o de la impresión que causaba. Ya se las arreglaría para quedar bien. No sabía si Lawrence era un hombre cultivado o un nuevo rico. En el fondo no conocía nada sobre él, salvo que quería enmascarar su homosexualidad. Dadas sus ambiciones políticas, Milli confiaba en que tuviera un mínimo de cultura, aunque solo fuera por Anna. Por otra parte, cualquier hombre con dinero era mejor que el

arroyo del que ella procedía. Y al menos un homosexual no abusaría jamás de su hija, como había hecho su padrastro con ella.

No obstante, siguió notando cierta inquietud y tensión hasta que el barco atracó en el puerto de Nueva York. Como viajera de primera clase, ni siquiera tenía que desembarcar sola, pues el asistente le comunicó que un criado del señor Darnell la recogería personalmente y se ocuparía de todo lo demás.

Milli lo agradeció, porque de repente se sentía desorientada por completo. ¿Se sentiría uno así cuando al fin alcanzaba su objetivo? Había pasado por la Estatua de la Libertad, había visto el símbolo con el que siempre había soñado, pero, al mismo tiempo, a partir de ese momento, quedaría a merced de unos desconocidos. ¿Había tomado una decisión acertada? Por un momento deseó haberle hecho caso a Moritz. ¿Debería haberse conformado con menos? ¿Tendría que haberse quedado con la gente que amaba y en la que confiaba? Allí se vería obligada a buscar de nuevo personas en las que depositar sus esperanzas. ¿Y si Lawrence Darnell se sentía decepcionado al comprobar que no cumplía sus expectativas y se deshacía de ella, dejándola en la calle con su pequeña? ¿Qué sería entonces de las dos? De pronto fue presa de un pánico tan atroz, que tuvo que respirar hondo varias veces. No, eso no pasaría, él no haría tal crueldad. En cierto sentido, también él se había puesto a merced de ella. Todo iría bien. Y que Lawrence no fuera a recogerla al puerto era normal por completo. ¿Por qué habría de ocuparse él mismo, si contaba con su propio personal?

EL COCHE DE caballos que la esperaba en el puerto era impresionante, pero Milli disimuló su asombro y le dijo a Anna que se portara bien y no dijera nada, pues debían ser discretas y los niños no siempre conocen todas las reglas. Al principio, cuando el carruaje atravesó la puerta de la finca de los Darnell, Milli creyó que cruzaban un hermoso parque, hasta que se dio cuenta de que se encontraba en la finca de su futuro esposo.

¿Por qué demonios un hombre con tan descomunal fortuna mandaba traer de Alemania a una mujer de dudosa reputación? La inseguridad de Milli iba en aumento.

Lawrence Darnell la esperaba en el vestíbulo. Como era igual que en la foto que le había enviado, Milli lo reconoció de inmediato. A su lado había otro hombre que también la miraba con mucho interés.

¿Qué se esperaba de ella? ¿Saludaba primero el hombre a la mujer, o se esperaba que el recién llegado diera el primer paso? Mientras Milli repasaba mentalmente todo lo que sabía sobre buenos modales,

Lawrence se le acercó sonriente y le tendió la mano.

—Mildred, cómo me alegro de saludaros por fin a ti y a Anna.

Gracias a Dios, hablaba alemán. Su voz tenía un tono agradable, y Milli notó un gran alivio.

—Muchas gracias —contestó, y le dio la mano—. Yo también me alegro mucho de estar aquí. Ella es Anna.

Lawrence se puso en cuclillas delante de la niña.

—Bienvenida, Anna —dijo.

—¿Tú eres mi papá? —preguntó la pequeña con los ojos muy abiertos.

El hombre del fondo se rio por lo bajo.

—Sí, soy tu papá —respondió Lawrence sin la menor vacilación. Luego se levantó y presentó a Milli a su acompañante.

—Este es Malcolm Lindale. Mi secretario particular y… Bueno, de eso ya hablaremos más tarde.

—Me alegro mucho —dijo Malcolm también en alemán, aunque con un marcado acento americano—. Desde el principio me sentí fascinado por tu retrato.

—¿Ah, sí? —preguntó Milli, mientras los pensamientos se le agolpaban. ¿Sería el amante de Lawrence?—. ¿Acaso eres un hombre que se deja fascinar por las mujeres? —se le escapó, y enseguida se preguntó por qué no era nunca capaz de contenerse.

Malcolm esbozó una sonrisa y la miró con curiosidad.

—Soy un hombre que se deja fascinar por cualquier criatura hermosa.

—Podremos hablar de todo con calma en cuanto la niñera se ocupe de la pequeña —dijo Lawrence, tocando una campanilla. Al instante apareció una mujer joven—. Elizabeth cuidará de Anna. Es una gobernanta con experiencia y le enseñará su nueva habitación.

Milli se sintió insegura. ¿Podía dejar a su hija en manos de una desconocida? Bueno, al fin y al cabo, sería solo un momento, y ardía en deseos de saber qué esperaban aquellos dos hombres de ella.

Después de que Elizabeth desapareciera con Anna, Lawrence la condujo junto con Malcolm al salón de los caballeros.

—Quiero jugar con las cartas a la vista —dijo Lawrence—. Ya sabes en lo que te has metido. —Milli asintió con la cabeza—. Ya ves lo que puedo ofrecerte: un futuro asegurado para tu hija y para ti como esposa apreciada de un miembro de la clase social más alta. A cambio espero una conducta apropiada, discreción absoluta y la aceptación de nuestro estilo de vida. Te he elegido a ti por diferentes razones. Debido a tu pasado, no conoces la falsa vergüenza. Además, tendrías más que perder que una americana si revelas mi secreto o

intentas arrastrarme a un sucio divorcio. Un hombre con mi patrimonio y mis ambiciones corre ese riesgo. Espero que, además de Anna, tengamos más hijos, tal y como corresponde a una familia normal.

—¿Tuyos o de él? —preguntó Milli, echando una ojeada a Malcolm.

Lawrence carraspeó desconcertado, mientras Malcolm soltaba una carcajada.

—Esta chica no tiene pelos en la lengua.

—Somos, por así decirlo, una gran familia —dijo Lawrence—. Amo a Malcolm, y sus hijos serían mis hijos.

—¿Y si yo no quisiera?

—Los hijos forman parte de un matrimonio —continuó Lawrence —. Si estabas dispuesta a casarte con un hombre desconocido, ¿qué más te da un hombre que otro?

—Eso es cierto —reconoció Milli. Luego se dirigió a Malcolm—. ¿Y a ti te gustan las mujeres?

—A mí me gustan los hombres y las mujeres —dijo él—. Por eso tenía Lawrence tanto interés por incluirme en la decisión. Me enamoré de ti a simple vista, viéndote en la fotografía, y le animé a que se decidiera por ti. Hay razones de sobra. Ante todo, creemos que aceptarás nuestro estilo de vida, que te mostrarás abierta a nuestras peculiaridades. No queremos tener secretos entre nosotros, sino ser una familia armoniosa. ¿Entiendes?

—¿Un matrimonio de tres personas?

—Exacto —confirmó Lawrence—. Aquí tendrás todo lo que anhelas, pero no dirás una palabra sobre nuestros acuerdos. Ni nosotros sobre tu origen.

—Me pregunto quién de nosotros correría más riesgo —dijo Milli pensativa.

—Quizá no deberíamos llamarlo riesgo, puesto que todos salimos ganando. —En las palabras de Malcolm había mucha ternura—. En cierto modo, fundar una familia siempre es un riesgo, ¿no crees? —Ese hombre parecía hablar en serio.

Milli iba sintiendo cada vez más confianza. Sin duda se trataba de una oferta del todo inmoral según las reglas de la sociedad burguesa, pero por otra parte era cierto que todos ellos saldrían beneficiados. Si tenía que acostarse con Lawrence o con Malcolm le daba igual. Este parecía simpático y le gustaba su franqueza. Además, el hecho de tener más hijos le aseguraría su estatus en aquella familia.

—Y ASÍ FUE como con una sola boda, me casé con dos maridos —

concluyó Milli su relato—. Al principio, Lawrence era todavía demasiado reservado, a diferencia de Malcolm, al que enseguida empecé a apreciar como amigo y también como amante. Se preocupaba por mí y me ayudó en todos los sentidos a adaptarme a esa nueva vida. Tardamos algo de tiempo en encontrar cada uno su sitio en este ménage-à-trois, ¿sabes? Después de la boda, yo era al fin y al cabo la esposa, mientras que Malcolm seguía siendo solo el secretario y no tenía la posibilidad de adoptar de manera oficial el papel que deseaba. Y por eso le daba tanta importancia a tener una buena relación conmigo. Porque tenía claro que cuanto más lo estimara yo, más se aseguraría su posición junto a Lawrence, pese a que llevaba ya mucho tiempo con él. Malcolm ha hecho siempre de mediador entre Lawrence y yo… en todos los aspectos. —Milli se rio para sus adentros—. Imagínate, gracias a Malcolm, con el paso del tiempo, Lawrence adquirió el valor suficiente para participar en juegos sexuales. Si eso lo supieran las pudibundas mujeres de la alta sociedad, les daría un patatús.

—¿No lo dirás en serio? —Martha miró a su amiga con los ojos abiertos como platos.

—Ay, Martha, no seas así. De esa manera, Lawrence al final hasta pudo consumar el acto sexual conmigo. Estoy bastante segura de que Octavia es hija suya. ¿No te parece a ti también que es clavada a él?

Martha asintió.

—¿Y estás satisfecha con ese acuerdo? En cierto modo, todo se decidió sin contar contigo.

—Pues sí. Podría haber dicho que no, pero un «no» habría tenido por consecuencia quedarme sola en Nueva York. Y el peligro de volver a caer en el ambiente del que acababa de huir habría sido grande. O hubiera tenido que casarme con alguien menos adinerado que Lawrence y más feo que Malcolm. No, las cosas están bien tal y como están, y aprecio a mis dos hombres. Me proporcionan una sensación de seguridad y puedo confiar en ambos en todos los sentidos, del mismo modo que ellos pueden confiar en mí. Naturalmente, no siempre ha sido sencillo, pero ya me conoces. Tengo mucha capacidad para imponerme. —Sonrió—. Poseo muchos privilegios y libertades con los que las mujeres en Alemania no cuentan ni en sueños.

—Como, por ejemplo, un automóvil propio.

—Entre otras cosas. Puedo hacer lo que me venga en gana con la única condición de que no perjudique la reputación de Lawrence. Pero eso para mí no supone ningún problema. Tampoco busco otro amante; con Malcolm tenemos suficiente los dos, aunque a veces se queje y diga que, de seguir así, acabaremos con él. —Milli guiñó un ojo con

alegría.

—¿Y qué pasa con los niños? ¿Están enterados?

—No, claro que no. Determinados secretos de los mayores no tienen por qué conocerlos los niños. Ni siquiera cuando ya sean adultos. Anna sigue creyéndose la historia que les hemos contado a todos: que Lawrence me conoció en Alemania y quería casarse conmigo, pero mi malvado padre lo impidió hasta que alcancé la mayoría de edad. Les hemos contado que mi padre era un patriota alemán que no quería tener a un americano como yerno, porque para él todos los americanos eran unos advenedizos sin cultura. Incluso hemos conseguido unos documentos falsos que lo describen como un prusiano clasista de la baja nobleza. Eso fue muy divertido, porque todavía hoy hay quien me llama «la princesa alemana caída en desgracia» y me admira por haber dejado atrás la mentalidad estrecha de miras y por ser un ejemplo hasta para las mujeres americanas. Por cierto, hace mucho que soy ciudadana americana.

—¿De verdad? De todo eso no me has hablado nunca por carta.

—Porque para mí no tenía importancia. Yo sigo siendo la misma de siempre, pero como en este mundo no cuenta la persona, sino solo la historia que representa, me he tenido que fabricar una nueva. Y si uno puede inventarse a sí mismo, ¿por qué no elegir el mejor origen posible? Nadie se enterará jamás de dónde procedo en realidad porque, por suerte, Alemania está demasiado lejos.

Martha podía entender que quisiera dejar atrás su verdadero origen. Recordaba con horror a su padrastro, que había obligado a su amiga a meterse en la prostitución cuando todavía era una cría. Por lo menos, el hombre había recibido su justo castigo, pues unos años atrás, después de una pelea con unos tipos siniestros, lo habían encontrado muerto en la zona portuaria. Y la madre de Milli vivía en un sanatorio tras haber perdido la razón por completo en la fase final de la sífilis. No quedaba ningún pariente en Hamburgo que pudiera revelar la verdad sobre ella, por más que alguien se tomara la molestia de hurgar en su pasado.

POR LA NOCHE, Martha conoció al fin a Jonathan, el futuro esposo de Anna, un hombre amable y reservado que parecía idolatrarla y se quedaba absorto escuchándola. Y comprendió a qué se refería Milli cuando hablaba del «yerno ideal». A Anna le resultaría muy fácil dominarlo. Por otra parte, Martha se preguntaba si a la larga no se cansaría de tener un marido supeditado por completo a ella en lugar de un compañero con el que pudiera compartirlo todo. Confiaba en que fuera algo más que un aburrido galán. En cualquier caso, era

rico, de modo que Anna podría permitirse suficientes distracciones. A lo mejor ella daba más importancia a eso que a su relación marital. Martha no pudo evitar pensar en Paul y en sí misma, en la pasión común que los unía: los mismos sueños y objetivos por los que merecía la pena luchar, todo aquello que, en definitiva, constituía la sal de la vida. En la joven pareja, sin embargo, no reconocía nada de eso. Parecían vivir aislados de las preocupaciones reales de la gente, como en una burbuja de lujo y saciedad donde el mayor problema consistía en encontrar los zapatos adecuados para el nuevo vestido.

Y aunque ese estilo de vida impresionaba a Martha, sabía a ciencia cierta que por nada en el mundo se cambiaría por Anna o por Milli. De pronto, agradeció haber llegado a esa conclusión. Paul y ella se las arreglaban para vivir bien en Hamburgo, mejor que otros muchos, pero desde luego a años luz de cómo vivía la high society. A cambio, defendían sus valores e ideales; seguían mordiendo, por así decirlo, el polvo de la calle, y veían dónde hacían falta mejoras de un modo urgente. Día tras día, su vida tenía un sentido.

13

A PESAR DE que en los días previos a la boda hubo de llevarse a cabo toda clase de preparativos, las dos amigas pudieron hacer una excursión con Lizzy por Nueva York.

Martha ya había obtenido una primera impresión del tamaño y la febril actividad de la urbe en su recorrido desde el puerto hasta la finca de los Darnell. Pero cuando circulaba por la ciudad en el Cabriolet descapotable de Milli, el movimiento en las calles neoyorquinas le llamó la atención por un aspecto muy distinto: hasta entonces nunca había visto tantos automóviles. Aunque también ahí seguía habiendo numerosos carruajes de caballos que lentificaban el tráfico moderno, era mayor el número de coches en las amplias avenidas de la ciudad. Además, daban fuertes bocinazos cuando los carruajes no se apartaban a tiempo, a diferencia de lo que ocurría en Hamburgo. Martha admiraba la seguridad con que conducía Milli en medio de tal bullicio.

—Nueva York es sin duda una ciudad americana —le contó Milli durante el trayecto—, pero hay barrios en los que crees que estás en otro país. De Chinatown ya te ha hablado Heinrich, pero también existe un Little Italy, donde solo se oye hablar en italiano y parece que te encuentras en un barrio de Nápoles. Y también se ha establecido aquí una comunidad alemana; es tan grande que hasta imprime sus propios periódicos.

—¿Hay también indios? —preguntó Martha.

—Eso seguro que quieren saberlo tus chicos, ¿no? —Martha asintió—. Pues los pocos que viven en Nueva York no llaman la atención, porque han adoptado la vestimenta y el estilo de vida de los blancos. Ya no lucen plumas en la cabeza. Pero se me ocurre una cosa que a tus hijos les puede divertir. —Frenó y redujo claramente la velocidad—. ¿Ves ese edificio tan alto de allí? —Martha miró hacia donde señalaba Milli—. Es el hotel McAlpin, donde se alojan algunos indios pies negros que han venido a Nueva York desde su reserva en el Oeste. Con

motivo de una exposición, están ataviados con su vestimenta tradicional. Le preguntaré a Malcolm si puede organizar para los niños un encuentro con ellos. De todas formas, no sé cuánto tiempo piensan quedarse los pies negros en Nueva York.

—Qué buena idea. Rudi y Fredi se volverían locos de alegría.

—¿Y Ella no?

—Ella todavía no tiene formada una idea sobre los indios. Solo le parecerían otros americanos más.

Milli se echó a reír.

—Tu Ella es una chica muy lista.

Durante un rato guardaron silencio, mientras Milli seguía conduciendo por las calles hasta que se detuvo ante un rascacielos enorme que se iba estrechando cada vez más hacia arriba, casi como una iglesia con torre, aunque se reconocía con toda claridad que era un edificio de oficinas.

—Este es el edificio más alto del mundo —explicó—. El Woolworth Building. Tiene cincuenta y seis plantas, y en su interior trabajan quince mil personas.

—¿Quince mil? —Martha miró a Milli sin dar crédito. Eso significaba que en aquel edificio cabrían todos los residentes del Barrio de los Callejones hamburgués—. ¿Y todos trabajan ahí?

—Sí —dijo Milli—. Y nosotras dos vamos a subir ahora en ascensor hasta arriba para echar un vistazo a Nueva York desde el balcón de la torre.

—¿Se puede subir así sin más?

—Sí, es posible.

Después de aparcar el coche, Milli amarró del brazo a su amiga y entraron en el edificio. Al ver el vestíbulo, Martha se detuvo emocionada. Era como adentrarse en una catedral. Las altas bóvedas del techo estaban adornadas con cuadrículas de artesonado de color azul y dorado; el suelo y las paredes constaban de losas de mármol de varios colores con incrustaciones azules y doradas. Además, de las paredes colgaban grandes pinturas y mosaicos enmarcados por arcos que llegaban desde el suelo hasta la bóveda del techo. Todo aquello reforzaba la impresión de hallarse en una iglesia, aunque se trataba de alegorías relacionadas con la economía. Mientras Martha parecía que hubiera echado raíces allí intentando no perderse el más mínimo detalle, la señora Darnell recibió saludos respetuosos de varios caballeros que entraban y salían del edificio. Milli respondió a todos con gesto altanero y pronto se dirigió con Martha a uno de los numerosos ascensores atendidos por ascensoristas de piel oscura con uniformes de lacayo rojos.

—Cuando veo ese uniforme me acuerdo siempre de Koko sentado en el organillo. El monito tenía la misma gorra y la misma chaqueta, ¿no te parece? —le susurró Milli a su amiga, que hizo un esfuerzo por contener una carcajada.

—Al mirador —pidió Milli.

—A su servicio, señora Darnell.

—Se nota que eres muy conocida aquí —opinó Martha, que pese a sus rudimentarios conocimientos de inglés pudo seguir esa sencilla conversación.

—Sí, puedo afirmarlo con todo el derecho del mundo.

Martha miró perpleja a su amiga, pero esta se limitó a echar una breve ojeada al ascensorista y no dijo nada más. Eso le extrañó, pues no creía que el empleado entendiera el alemán. En fin, Milli tendría sus motivos. Tal vez perjudicaba su reputación que bromeara en público como una colegiala, independientemente de que alguien entendiera o no el idioma.

En Hamburgo, aparte de los grandes ascensores de vehículos del Elbtunnel, Martha había visto sobre todo los denominados «elevadores de rosario», y solo había utilizado una vez un ascensor con un ascensorista, pero este solo tenía que subir y bajar cuatro plantas en los nuevos grandes almacenes de Tietz an der Alster. Ahí, sin embargo, le dio la impresión de que volaba y notó una leve presión en los oídos. Tres veces se detuvo el ascensor para recoger o dejar que salieran otras personas, hasta que al final llegaron arriba del todo.

Salieron al fin, y después de subir una pequeña escalera, accedieron al balcón del mirador. Otro hombre vestido con un uniforme parecido al del ascensorista se encontraba en la puerta que daba a la plataforma y, tras saludar a Milli también por su nombre, le abrió la puerta.

—¿Vienes aquí con frecuencia? —preguntó Martha.

—Solo cuando tengo invitados. Este mirador les encanta a los visitantes de todo el mundo, pero también es muy conocido entre los suicidas. Por eso hay siempre un vigilante aquí. A nadie le gusta ver que alguien se lanza cincuenta y seis pisos abajo. Eso sin contar con la posibilidad de que le caiga a un transeúnte encima.

—¡Eso es terrible! —Martha miró a Milli horrorizada—. ¿No te compadeces de esas pobres criaturas que no ven ninguna otra salida?

—Mi compasión tiene sus límites cuando esos suicidas ponen en peligro la vida de inocentes. Hace pocos años se produjo un caso trágico, porque uno de ellos cayó encima de una mujer que llevaba a un niño en un cochecito. ¡Murieron los tres en el acto! —Martha vio que a Milli le brillaban los ojos de indignación.

—Qué espanto —dijo en voz baja, comprendiendo a su amiga, que había sido lo bastante fuerte como para salir a flote de una situación lamentable. Milli vivía el sueño americano. Era comprensible que en el país de las posibilidades ilimitadas no sintiera compasión por quienes no eran tan fuertes como ella e incluso arruinaban la vida de los demás.

—Pues sí —convino Milli—. Pero en eso no piensan los suicidas y, por suerte, esos graves accidentes con incautos transeúntes se dan con escasa frecuencia. Saltar desde un rascacielos es en efecto una manera de acabar con uno mismo que goza hoy en día de gran popularidad. Pero basta ya de hablar de un tema como ese. Contemplemos ahora el skyline de Nueva York.

Cruzaron el umbral del mirador y Martha se quedó casi sin respiración. ¡Qué panorámica más espléndida! Se podía ver la ciudad entera, y las personas y los vehículos eran tan diminutos que parecían simples puntitos. Jamás en la vida había estado tan arriba.

—Esto es sencillamente único. Seguro que a Paul y a los niños también les encantaría.

—Por desgracia, los niños no están muy bien vistos en este enorme edificio —dijo Milli, lamentándolo—. Pero si Malcolm consigue organizar un encuentro con los indios en la azotea del McAlpin, desde allí también tendríais una vista grandiosa.

—¿En la azotea?

—Sí, has oído bien. Es que los indios no querían hacer uso de las habitaciones del hotel, sino que han preferido montar sus tiendas de campaña en la azotea. He visto fotografías en el periódico.

—¿Tiendas de campaña en la azotea de un hotel? Qué rarezas hay en esta ciudad.

—Sí, la verdad es que aquí hay de todo. Y cuando digo todo, me refiero realmente a todo. Una riqueza de fábula, pero también una extremada pobreza. Hay algunos barrios en Nueva York que son igual de pobres que el de nuestra niñez. Estuve una vez en uno de ellos con Lawrence. Como es natural, no íbamos solos porque, de lo contrario, nos habrían robado cuanto llevábamos. Aquí el índice de criminalidad es mucho más alto que en Hamburgo, en parte por lo fácil que es hacerse con un arma. En Hamburgo los hombres se lían a puñetazos y tal vez algún cobarde saque un día una navaja; aquí, en cambio, te disparan sin pensárselo dos veces. En general, la línea divisoria entre ricos y pobres es mucho más acusada que la de Hamburgo. Es una situación similar a la que ves en los grandes barcos de pasajeros. Cada uno permanece en su clase, por más que se cuenten una y otra vez historias fabulosas de friegaplatos que se convierten en millonarios.

Pero eso solo ocurre de manera excepcional. La probabilidad de que un friegaplatos se convierta en millonario es aún más pequeña que la de que alguien procedente del Barrio de los Callejones consiga llegar hasta donde me encuentro yo ahora.

A Martha le llamó la atención el visible progreso que había hecho su amiga. Ahora se expresaba mucho mejor que antes y nadie diría que se había criado en aquel mísero barrio, aunque siguiera hablando con acento hamburgués. Elegía tan bien las palabras como cabría esperar de los círculos de la burguesía cultivada de Hamburgo. Milli se comportaba como una auténtica señora.

Permanecieron después en silencio, admirando el skyline de Nueva York desde la plataforma del mirador durante unos momentos. Eran instantes que Martha quería guardar para siempre en la memoria sin olvidarse de nada. De pronto, sus sueños más inverosímiles se habían hecho realidad. La vida era, en el más genuino sentido de la palabra, celestial.

14

Los siguientes días estuvieron llenos de sorpresas y pequeñas aventuras que hicieron disfrutar mucho a Martha y a su familia. Paul tuvo la oportunidad de visitar un astillero americano y conversar con los ingenieros que trabajaban allí. Lawrence lo acompañó, pues, aunque no entendía demasiado sobre la construcción naval, le interesaban tanto las novedades técnicas como las condiciones de trabajo del puerto. Milli le había hablado mucho de la gran huelga de los trabajadores del puerto del año 1896 en Hamburgo, y en su relato aparecía una y otra vez el nombre de Paul. Y entonces llegó a conocimiento de este que Lawrence, un demócrata con ambiciones políticas, había querido conocerlo también por el importante papel que había desempeñado en aquella huelga. Así que después de visitar juntos el astillero, aprovecharon el tiempo para charlar largo y tendido durante el almuerzo. A Paul le asombró el gran interés que mostraba Lawrence por la huelga y simpatizó aún más con el americano. En Hamburgo había experimentado con demasiada frecuencia que las personas del círculo al que pertenecía Lawrence se interesaban por la gente pobre muy rara vez.

AL MISMO TIEMPO, Milli llevó en coche a Martha y Anna a la famosa Quinta Avenida, donde había fastuosas tiendas concatenadas, unas junto a otras, y los grandes almacenes flanqueaban las calles. Al lado de esos comercios, los modernos almacenes de Tietz an der Alster resultaban pequeños. Martha se quedó pasmada por la naturalidad con la que Anna iba de una boutique cara a otra; también entró con ella en una joyería cuyo exagerado escaparate solo era superado por unos precios aún más ostentosos.

Mientras a Anna le mostraban un reloj de pulsera de oro recubierto de brillantes, que costaba más del doble del salario anual de Paul, Martha lanzó a Milli una mirada interrogativa que venía a decir: «¿Te parece bien eso de deleitarse tanto con el lujo sin mirar siquiera el

precio?».

Milli entendió enseguida esa mirada.

—A veces es una carga —le susurró a Martha—. No se trata tanto del lujo como de la conciencia de clase. Quien tenga cierto rango en esta sociedad, ha de mostrarlo también hacia fuera. Si no equipamos a Anna para su boda con lo mejor que podamos permitirnos, se murmuraría que los negocios de Lawrence van mal. Y eso al final saldría mucho más caro que invertir en joyas y relojes de oro, que al fin y al cabo conservan su valor, ¿no crees?

—¿Es Anna también consciente de eso? —contestó su amiga con otro susurro—. Me refiero a que es una mujer joven y alegre que parece tomarse como un regalo todo lo que le ofrece la vida.

—Conoce sus obligaciones, pero también lo disfruta. No tiene muchos recuerdos de su primera infancia en Hamburgo. Estos se limitan a los tiempos en los que iba con tu padre y jugaba con el monito Koko. Cuando cuenta cosas de esa época, se le iluminan los ojos como si hablara del paraíso perdido de la infancia. Ha olvidado que éramos pobres, porque eso para los niños tan pequeños no tiene importancia. Era una niña querida y cada día descubría algo nuevo. Y cuando alcanzó la edad de entender la diferencia entre ricos y pobres, llevaba ya mucho tiempo viviendo en la opulencia. Marcus y Octavia la envidian por haber vivido de niña en Hamburgo y por haber recorrido las calles con tu padre y su organillo junto con el monito. Un mundo que mis dos hijos pequeños solo conocen por los adornados relatos de Anna. De los barrios para pobres no han oído hablar nunca.

—¿Tampoco de los de aquí, en Nueva York?

—En fin, algo habrán oído, aunque no tratemos el tema. Pero nunca han visto ninguno. Sería demasiado peligroso. Ya te he hablado de la cantidad de criminales que hay aquí. La gente como nosotros solo puede ir a esos barrios en compañía de guardaespaldas, y no me atrevo a dejar que mis hijos vayan allí. En América al fracasado le va mucho peor que en Alemania, créeme. Aquí no hay seguro de enfermedad ni rentas de viudedad u orfandad. Cada uno se responsabiliza de sí mismo.

—¿Y qué hacéis para impedirlo?

—Lawrence hace con regularidad donaciones para el Comedor Social y el Ejército de Salvación.

—¿Eso es todo?

Milli miró irritada a Martha.

—¿Qué más podemos hacer? —preguntó—. No se puede esperar de nosotros más que generosos donativos. América no es Alemania, con sus sindicatos y su socialdemocracia. Aquí solo cuenta lo que cada

individuo sea capaz de conseguir. Puede llegar muy arriba o acabar en el arroyo. El Estado no se hace cargo de él; eso los americanos lo verían como una injerencia en su libertad personal. De todas formas, las familias como la nuestra perciben que están obligadas a hacer donaciones y a respaldar a las fundaciones.

—Pero Lawrence es un político. Podría intentar mejorar la situación para todos.

Milli se echó a reír.

—Ya veo, Martha, que no tienes ni idea de cómo funcionan los Estados Unidos. En un país en el que todo el mundo tiene derecho a llevar armas, también tiene el deber de cuidar de sí mismo. Solo los débiles viven del apoyo de los demás.

—Pero eso no es justo.

—Yo lo encuentro muy justo —dijo Milli—. Cada uno se forja su propio destino y todos tienen que hacer sacrificios para alcanzar sus objetivos. Y en mi ejemplo puedes ver que una mujer es capaz de conseguir lo que quiera si está dispuesta a jugárselo todo a cambio. Quien arriesga poco no debe extrañarse de que su suerte sea cada día peor.

Martha guardó silencio. Por un lado, entendía a Milli en su defensa de las condiciones sociales allí, pues al fin y al cabo había luchado duro, pero por otro le dolía que su mejor amiga, debido a su ascenso social, hubiera perdido parte de la compasión que sentía antes por aquellos que no habían sido afortunados. En fin, así funcionaban las cosas y cada uno sacaba sus propias conclusiones de la vida.

CUANDO REGRESARON DEL recorrido por las lujosas tiendas de la avenida más glamurosa del mundo, Malcolm las esperaba con una buena noticia.

—Como tus hijos tienen tantas ganas de ver indios auténticos —dijo—, lo he organizado todo. Mañana después de desayunar iremos al hotel McAlpin, donde los pies negros del Salvaje Oeste han montado sus tiendas de campaña.

Los niños lanzaron gritos de júbilo, y Rudi le preguntó a Marcus, algo mayor que él, que a cuántos indios había conocido ya.

—No lo sé —dijo este, encogiéndose de hombros—. Hace unos años estuvimos en la Costa Oeste y atravesamos una reserva, pero fue bastante aburrido. Una estepa árida y desoladora con unas cuantas casuchas. No me habría gustado vivir allí.

—¿Y no tenían caballos ni tiendas de campaña?

—Caballos sí vi, pero tiendas de campaña no, al menos no por los lugares que visitamos.

Rudi parecía decepcionado, pero Malcolm le volvió a animar con rapidez.

—Los pies negros han venido a Nueva York para una gran exposición. Lucen su vestimenta tradicional y han montado sus tiendas de campaña. Te vas a quedar pasmado, porque indios más auténticos que esos no existen. ¡Te doy mi palabra!

LA VISITA A los indios en la azotea del hotel McAlpin fue una gran aventura para los niños. De todas maneras, les dio pena no poder dirigirse directamente a ellos, que hablaban en su propia lengua y apenas entendían el inglés. Por lo menos, había un intérprete que traducía el idioma de los indios al inglés y luego Paul se lo explicaba a los niños en alemán. A Martha le daba apuro que los molestaran de ese modo, pero a los pies negros parecía no importarles la visita. Contestaban a todas las preguntas con paciencia y además sentían curiosidad por las cosas que les contaban de Alemania. Y así fue como ese inusual encuentro con los indígenas americanos en la azotea de un gran hotel americano se convirtió para los niños en uno de los puntos culminantes de su viaje al país de las grandes oportunidades.

Cuando volvieron a la villa de los Darnell, Rudi preguntó:

—¿No es raro que sean los indígenas y, sin embargo, no conozcan la lengua que se habla aquí?

—Eso se debe a que los blancos irrumpieron en su país y les arrebataron la mayor parte —dijo Paul—. Los conquistadores siempre imponen su lengua a los nativos, y los ingleses son el mayor pueblo colonial del mundo. Por eso se habla el inglés en casi todas partes.

—¿Y por qué nosotros no tenemos tantas colonias como los ingleses? —siguió interrogando Rudi.

—Porque somos alemanes. El Reich alemán es todavía joven; no se fundó hasta 1871. Antes había muchos pequeños países alemanes, pero no una Alemania unida. Ya teníamos bastante con ocuparnos de nosotros mismos. El káiser no prestó atención a las colonias hasta después de que se creara el Reich. Pero ya no quedaba apenas territorio alemán fuera de las fronteras de nuestro país, porque los ingleses lo habían conquistado todo. Os diré que el colonialismo no es un hecho del que uno pueda vanagloriarse. Al fin y al cabo, a las comunidades que llevan viviendo en esas tierras desde siempre se les arrebata su país y se los oprime. Como ocurre aquí con los indios.

—¿Y los negros? —preguntó Fredi—. Aquí también hay muchos negros. ¿También ellos les han quitado a los indios su país?

—No, Fredi —contestó Paul pacientemente—. Los blancos capturaban a los negros en África y los traían aquí para venderlos en

contra de su voluntad. A los esclavos negros los obligaron a trabajar en las vastas plantaciones de algodón que hay en el sur de América.

—¿Y eso está permitido? —preguntó Rudi.

—Ahora ya no, pero antes el más fuerte tenía siempre razón. Ese podía capturar a otro ser humano y exclamar: «Ahora es de mi propiedad.» Y si el capturado quería huir, hasta podía dispararlo para evitar que se escapara. O le cortaba un pie…

Ella se echó a llorar. Martha cogió a su hija en brazos.

—Santo cielo, Paul, no asustes a los niños con esas historias —reprendió a su marido.

—Pero si es la verdad. Por fortuna hoy somos más civilizados. Hace tiempo que esas prácticas están prohibidas tanto en América como en Alemania. Ninguna persona puede ya ser esclavizada por otra.

—Pero de todas maneras no deberías contarles esas historias tan terroríficas. Vamos, Ella, tranquilízate. Son solo viejos cuentos, y las personas que hicieron esas cosas tan malas ya no viven y han ido todas al infierno.

—¡Donde el demonio les corta los pies una y otra vez! —exclamó Rudi con entusiasmo.

Ella prorrumpió en sollozos aún más fuertes.

—Rudi, ¿no te da vergüenza?

—¿Por qué? Está bien que los castiguen y se den cuenta de cómo es eso.

Martha se limitó a negar con la cabeza y se conformó con sostener a Ella en brazos hasta que la pequeña pareció calmarse.

15

POR SUERTE, LA pequeña Ella se libró de tener pesadillas; tan pronto como llegaron a la villa, se distrajo con todas las diversiones disponibles en la fantástica habitación llena de juguetes.

En cambio, Martha notó que, conforme se acercaba el día de la boda, se iba poniendo cada vez más nerviosa. Sabía que con su vestido de baile verdemar causaría buena impresión y no tendría que esconderse del resto de los invitados, pero le parecía que los festejos organizados tenían un aire parecido a los bodorrios de la nobleza, como los que salían en los ecos de sociedad de algunos periódicos que leía con frecuencia de joven. Sin embargo, entre leerlo y participar en uno de ellos había una diferencia abismal, aunque en ese caso «solo» se tratara de la nobleza del dinero americana.

El casamiento por la Iglesia se celebraría en la gran catedral de St. Patrick. Milli ya le había enseñado a Martha la fachada del edificio en su excursión a la Quinta Avenida. Se trataba de la iglesia más grande de Estados Unidos, y aunque a Anna la habían bautizado como evangélico-luterana, la boda se celebraba en la gran catedral católica. Porque, por una parte, su prometido era católico y, por otra, St. Patrick era el lugar más distinguido para unos esponsales. Lawrence se había gastado una buena cantidad en donaciones para que la archidiócesis hiciera la vista gorda ante la celebración de un «matrimonio mixto», pero, al fin y al cabo, Anna era cristiana y con eso bastaba.

Como Paul necesitaba un frac adecuado, el comerciante que los alquilaba fue expresamente a la villa con una selección de diferentes modelos.

—También es posible alquilar vestidos de señora —le explicó Milli a Martha—. Pero ninguna dama lo admitiría con franqueza. Tú sí podrías hacerlo, pero si yo alquilara un vestido, sería un escándalo que daría mucho que hablar. Las críticas serían peores que si hubiesen conocido una noticia tan grave como que maltrato a mi criada, por

ponerte un ejemplo extremo. Las ideas sobre lo que es decente o indecente difieren mucho de las de Alemania.

—Bueno, yo creo que también daría mucho que hablar en mi país que una señora de la alta nobleza alquile un vestido. Pero no te preocupes; mi traje lo he comprado yo.

—¡Y es precioso! Nadie diría que en agosto vas a cumplir treinta y cinco años. Vas a robarle el protagonismo a la mayoría de las mujeres más jóvenes que tú.

—Mientras no les robe el novio, todo irá bien.

LA MAÑANA DE la boda se levantaron muy temprano para arreglarse. Los chicos llevaban trajes oscuros, y Ella resplandecía con un vestidito blanco que le había comprado Milli y, además, con una adorable corona de flores como tocado en el pelo. La niña no se cansaba de mirarse una y otra vez en el espejo.

Martha acudió a la iglesia vestida de azul marino y Paul se puso un elegante traje oscuro. El matrimonio luciría sus mejores galas, esto es, el vestido de baile y el frac, en la gran fiesta prevista para aquella noche.

Pasaron mucho rato discutiendo sobre si el traslado a la iglesia iba a hacerse en coche o en una suntuosa carroza nupcial. El coche era símbolo de estatus, mientras que la carroza representaba la tradición. Al final, Anna optó por una carroza tirada por cuatro caballos blancos, y los invitados que se lo podían permitir fueron en automóvil. A Martha y a su familia los llevó Harrison en el Chevrolet, mientras que Milli, con el estilo que la caracterizaba, incluso vestida de fiesta se sentó al volante de su Lizzy y desterró a su marido y al secretario Malcolm al asiento del copiloto y al trasero.

—Así la alta sociedad tendrá una buena ocasión para cotillear —fue el comentario que hizo Milli guiñando el ojo—. Pero esta vez en sentido favorable. Una mujer que sabe imponerse y se sienta al volante goza aquí de mucho respeto. Eso demuestra una vez más el típico doble rasero americano. En el fondo se debe a que antes aquí escaseaban las mujeres, y ya solo por eso podían permitirse ciertos privilegios. Y si alguna de nosotras se salta con cuidado las reglas del patriarcado, no está mal visto.

«Qué raros son estos americanos», pensaba Martha a menudo esos días. Y seguía admirando cómo había conseguido Milli adaptarse a las circunstancias y, a esas alturas, incluso ocupar un lugar significativo en la sociedad neoyorquina.

LA BODA HABÍA sido ya ensayada el día anterior como si fuera

una obra de teatro. Cada uno sabía dónde tenía que ponerse, sentarse y adónde tenía que dirigirse a continuación.

La ostentosa catedral de mármol blanco y altos arcos góticos era intimidante. De improviso, Martha recordó su boda con Paul en la iglesia de San Miguel de Hamburgo. Aquella vez no ensayaron la ceremonia, sino que recorrieron el camino hasta el altar llenos de ilusión y seguridad en sí mismos. La fiesta posterior a la boda fue un generoso regalo de todos sus amigos. Ninguno de los invitados, ni ellos mismos, pensaba ni por asomo en demostrar nada a nadie.

En la boda de Anna la alegría era algo secundario; lo que más importaba era ofrecer una apariencia perfecta con la que impresionar a todos y demostrar el lugar que ocupaba cada uno en la sociedad. La diversión vendría más tarde, en el gran baile.

Justo cuando Lawrence condujo a su hija al altar y Martha contemplaba admirada el precioso traje de novia blanco con una cola de varios metros de longitud, Ella susurró:

—Mamá, quiero hacer pis.

—¿No puedes esperar un poco, hasta que se hayan casado? —le dijo Martha con voz queda.

La niña negó con un movimiento de cabeza.

Martha se volvió hacia Milli.

—Ella quiere hacer pis. ¿Sabes dónde están los lavabos?

Milli alzó las cejas.

—¿Tan urgente es?

—Sí —dijo Ella, pataleando en el banco de la iglesia.

Milli asintió.

—Si no queda más remedio… —Luego hizo una seña apenas perceptible para que se acercara una mujer joven que pertenecía a la servidumbre, y que se encontraba un poco apartada. Milli le susurró algo y luego le dijo a Ella—: Alice te llevará a los lavabos.

—Yo quiero ir con mamá.

—O vas con Alice o te haces pis encima. Tú eliges —dijo severa Milli.

Ella lanzó una mirada implorante a su madre, pero Martha contuvo la risa y dijo:

—Haz lo que te dicen, Ella. Yo no puedo ausentarme de aquí ni un instante. Tengo que asistir a la ceremonia nupcial de Anna.

Ella se levantó con un sonoro suspiro y siguió a Alice.

El alboroto de la primera fila de bancos no pasó desapercibido, pero los invitados a la boda eran discretos e hicieron como que si no hubiera ocurrido nada. No querían perderse cómo Lawrence entregaba su hija a Jonathan, cómo los novios se hacían los votos matrimoniales

e intercambiaban las alianzas.

Más tarde, cuando la pareja abandonó la iglesia para emprender el viaje a la finca de los Darnell en la carroza de los cuatros caballos blancos, las calles ya estaban llenas de curiosos, exactamente igual que en las bodas de la nobleza que se celebraban en Alemania. De la mano de Jonathan, Anna saludaba feliz a las multitudes. Parecía una princesa de cuentos de hadas. El cochero los ayudó a montarse en el carruaje; Anna iba pendiente de no pisarse la larga cola del vestido, recogida con elegancia por Jonathan antes de subirse él también.

Cuando arrancó la carroza, Martha y su familia se dirigieron de nuevo en el coche con Harrison a la finca de los Darnell, donde tendrían lugar los festejos de la boda. Los demás invitados también fueron al lugar de la celebración en sus automóviles.

A diferencia de los esponsales por la Iglesia, meticulosamente planeados, el baile era alegre y desenfadado. La única etiqueta consistía en las reglas de la indumentaria. Pero tal y como había profetizado Milli, Martha estaba radiante con su vestido verdemar y atrajo tantas miradas de admiración, que Paul se preguntó en broma:

—¿Tendré que ponerme celoso?

—No, todo lo contrario. Más bien son los otros hombres los que pueden ponerse celosos de ti —respondió ella sonriendo—. Al fin y al cabo, eres el hombre al que querré siempre, de aquí a la eternidad.

—¡Igual que yo a ti, mi querida Martha! —dijo él, dándole un beso en la mejilla.

La condujo de nuevo hasta la pista de baile. Martha disfrutaba de cada momento, pues sabía que ese era el evento más elegante al que había asistido hasta entonces y al que seguramente asistiera en toda su vida. Nunca más volvería a frecuentar esos círculos elitistas como si formara parte de ellos. Y el sueño concluiría al cabo de dos días, cuando el Kronprinzessin Cecilie se hiciera a la mar para llevarlos a casa.

Pero todavía se encontraba allí, en la otra punta del mundo, viviendo un cuento de hadas con su mejor amiga, que había hecho realidad todos sus sueños. Y no quería perderse ni un instante.

16

EL VIAJE DE regreso a casa en el Kronprinzessin Cecilie no fue tan espectacular como el de ida. El barco era mucho más pequeño que el Imperator, pero no dejaba de ser un buque de vapor imponente con cuatro chimeneas y una decoración interior similar a la del Imperator. A Martha los camarotes le gustaron incluso más, porque esa vez disponían de una cama de matrimonio, y para Ella había una camita pequeña. Rudi y Fredi solo estaban separados de ellos por una puerta y se comportaron de manera ejemplar. Probablemente porque Paul, para evitar que se pelearan por la cama de arriba, con una manta de lana colgada convirtió la cama de abajo en una especie de cueva. Entonces Rudi, que como hermano mayor se había empeñado en dormir en la cama superior, al final ya no estaba tan seguro de si había acertado en su elección al ver que Fredi corría la manta como si se tratara de una gruesa cortina y desaparecía en su reino.

Martha comprobó aliviada que el Kronprinzessin era mucho más silencioso que el Imperator. Esa constante sensación de que el barco retumbaba, lo que a más de un pasajero le provocaba mareos, había desaparecido por completo. No se percibía ni una leve vibración, de modo que a veces se olvidaba de que iba a bordo de un buque.

El Kronprinzessin Cecilie era igual de rápido que el Imperator y en pocos días los llevó hasta Bremerhaven, el puerto de origen del buque de vapor. Como sucedió en el viaje de ida, esa vez también tuvieron que hacer trasbordo antes de llegar a su destino final, Hamburgo.

Para alborozo de Martha, en el puerto no solo fueron recibidos por su padre, sino también por sus amigas de la Asociación de Mujeres. Se habían congregado para dar la bienvenida a quienes regresaban de un viaje por el mundo. Desde luego, no era lo mismo bajarse de un pequeño barco fluvial que de un gran transatlántico, pero eso no restó en modo alguno alegría al reencuentro. Wilhelmina Schlüter fue la primera en abrazar a Martha, mientras el padre de esta tocaba con el organillo Rolling Home y el monito Maximilian, como su predecesor

Koko, pasaba alegremente la gorra.

—¡Bienvenida a casa! ¡No te imaginas la curiosidad que sentimos todas por saber qué tal ha ido tu viaje! —dijo Wilhelmina.

—Me lo figuro —contestó Martha, antes de abrazar a sus otras amigas y de repartir besos en las mejillas de todas ellas. Solo después se dio cuenta de que Wilhelmina llevaba consigo al pequeño Zacharias en el cochecito y a Beate, que con sus tres añitos cuidaba de su hermanito sintiéndose dichosa de ser la hermana mayor. Daba la impresión de que, durante su ausencia, no había habido ningún problema con la adopción, y los niños, para gran alegría de Martha, parecían llevarse muy bien. Mientras tanto, Paul, sin dejar de sonreír, se mantenía en un segundo plano con sus hijos, hasta que el padre de Martha le dio una fuerte palmada en el hombro para que se animara.

De repente, se plantó delante de Martha un hombre al que no había visto nunca.

—Sucede muy rara vez que alguno de nosotros emprenda un viaje tan largo —le dijo a Martha, quien se lo quedó mirando con un gesto de perplejidad—. Theo Grünspan, del Hamburger Echo —se presentó —. He oído que ha asistido como invitada a una boda de alto copete en Nueva York. Seguro que fue todo un acontecimiento y se codeó con la flor y nata de la sociedad americana. A nuestros lectores les interesa muchísimo, ¿sabe usted?

Martha, que no sabía qué contestar, le lanzó una breve mirada de auxilio a su esposo.

—¿Quieres que me encargue yo? —le susurró este con gran discreción.

—Sí, me encantaría. Ya sabes lo que debes ocultar, ¿verdad?

Paul asintió, pues sabía que el pasado hamburgués de Milli no pintaba nada en la prensa.

—Sí, eso es cierto —le dijo Paul al señor Grünspan—. A la ahijada de mi mujer le ha tocado el gordo en América. Con una gran afluencia de la población neoyorquina, se ha casado en la famosa catedral de St. Patrick con un joven de muy buena familia. Hay algunos periódicos que han dado información al respecto. Si le interesa, en otro momento podríamos enseñarle con mucho gusto esos artículos americanos. Mi mujer los ha coleccionado todos y los ha pegado en un álbum. Nueva York es una ciudad grandiosa.

—¿Le importaría contarme algo acerca de los antecedentes de su ahijada? —le preguntó luego el señor Grünspan a Martha—. Al fin y al cabo, no todo el mundo tiene parientes en América.

—Desde luego que no —dijo Martha con una sonrisa descarada—. Si así fuera, no le interesaría a nadie y usted no se habría tomado la

molestia de esperarnos aquí, ¿no es cierto?

—Exacto. Y por eso creo que usted tendrá una historia apasionante para solaz de nuestros lectores.

—Oh, el especialista en historias apasionantes es mi hijo Rudi. Rudi, ¿quieres contarle al señor Grünspan todo lo que habéis visto?

A Rudi no le hizo falta que se lo pidiera dos veces. Sin embargo, cuando se puso a hablar entusiasmado sobre los pies negros que habían acampado en la azotea del hotel, Grünspan carraspeó y dijo:

—Tienes demasiada imaginación, muchacho.

—Oh, no —acudió Paul en ayuda de su hijo—. Eso fue realmente así; lo vimos todos nosotros. Como le decía, Nueva York es una ciudad grandiosa en la que encuentras lo más insólito, incluso indios acampados en las azoteas de los hoteles. Sobre eso también informaron los periódicos. Mi mujer ha coleccionado también esos artículos. De todos modos, Rudi puede contarle muchas más cosas.

—Pues, en fin… Muchas gracias por hacerme partícipe de sus impresiones. Podrán leer mi artículo mañana en el Hamburger Echo. Adiós. —Dicho lo cual, cerró su cuaderno de notas y desapareció.

—Papá, ¿por qué le ha entrado de repente tanta prisa a ese señor? —preguntó Rudi.

—Porque tienes un talento inimitable para espantar con tu locuacidad a los reporteros pesados —dijo Paul riéndose y acariciando la cabeza de su hijo mayor.

EL GRAN VIAJE americano de la familia Studt siguió siendo durante mucho tiempo el tema de conversación número uno en el barrio. Una y otra vez le pedían a Martha que les contara más detalles sobre el barco más grande del mundo, la Quinta Avenida, los fastuosos esponsales y la alta sociedad neoyorquina. A veces tenía la impresión de que no la llamaban como enfermera para aliviar a quienes padecían alguna dolencia, sino más bien para que les animara con la narración de sus vivencias. Pero los enfermos parecían siempre tan agradecidos y felices cuando escuchaban sus historias, que Martha las calificaba de «medicamento eficaz» y se mostraba siempre dispuesta a «administrárselo». Si ya desde antes era considerada en el barrio como una celebridad local, ahora su fama había crecido más si cabía. El consultorio fundado por Lida Heymann, en el que Martha aconsejaba con regularidad a las mujeres sobre cuestiones sanitarias, también estaba más concurrido de lo habitual. Todas querían ver a Martha Studt, la enfermera que en América frecuentaba los círculos más elitistas, tal y como lo había demostrado el artículo del periódico Hamburger Echo.

El prestigio de Paul también se benefició del viaje a América. Aunque solo había visitado un astillero en Nueva York, ahora se le consideraba un especialista en nuevas técnicas de procedencia americana. Naturalmente, su jefe se sintió muy halagado cuando Paul le explicó que su pequeño astillero, con unos barcos para el puerto de altísimo nivel, no tenía nada que envidiar a la competencia americana, sino todo lo contrario.

Y así transcurrió el verano. Cuando llegó el otoño, la situación se había ido calmando poco a poco, y Paul y Martha ya no se veían incitados a seguir rememorando su viaje a América de continuo y en voz alta. Una vez habituados a la vida cotidiana de siempre, hasta Rudi mencionaba muy de tarde en tarde a los indios pies negros de la azotea del hotel neoyorquino.

AL FIN, HEINRICH había alquilado un piso de tres habitaciones muy cerca de los Studt, pues para entonces Li-Ming estaba embarazada y esperaba que su hijo naciera en abril. Durante los meses anteriores había aprendido a hablar con fluidez el alemán y también se había familiarizado con las peculiaridades del país europeo. Había aprendido, por ejemplo, que la forma de expresarse, que para el oído chino resultaba distante y descortés, en Hamburgo era considerada «dura, pero cordial» y no denigraba al interlocutor, sino todo lo contrario: era una señal de que este inspiraba tanta confianza que no había por qué andarse con remilgos.

Como Li-Ming ya había padecido dos abortos en su primer matrimonio, Heinrich le pidió a Martha que se ocupara de su mujer mientras él estuviera navegando durante un período de tiempo prolongado. Por supuesto, Martha quería satisfacer el deseo de su hermano, pero seguía sin estar segura de las intenciones reales de su cuñada. Aún desconfiaba sobre Li-Ming y la posibilidad de que ese matrimonio fuera solo un instrumento para encontrar una salida a su mísera situación. A eso se añadía que la mujer era muy reservada y no hablaba de sí misma. ¿Sería porque no sabía expresarse mejor en alemán o habría otros motivos? Por más vueltas que le daba Martha, siempre tenía la sensación de que entre ella y su cuñada se alzaba una pared invisible que ni ella ni Li-Ming eran capaces de traspasar.

DÍAS ANTES DE las Navidades de 1913, Martha vio que Li-Ming tenía las piernas muy hinchadas por los edemas. Li-Ming, que temía perder también ese hijo, agradecía que su cuñada la visitara con regularidad, pero esa vez, cuando Martha le preguntó si podía quitarse sus diminutos zapatos para reconocerla, titubeó.

—¿Es necesario? —preguntó insegura.

—Sí, solo puedo examinarte bien las piernas si te quitas los zapatos y las medias.

Un leve rubor iluminó la tez de porcelana de Li-Ming.

—Es indecoroso enseñar los pies descalzos. Incluso al marido.

—Yo soy enfermera, no tu marido —respondió Martha, preguntándose al mismo tiempo si Heinrich no habría visto nunca a su mujer descalza.

No se hacía a la idea de qué aspecto tendrían los pies de Li-Ming sin las vendas. En su cabeza tenía siempre la imagen de unos diminutos pies de niña, si bien la razón le decía que era imposible evitar que los pies crecieran solo por vendarlos. Para eso hacía falta recurrir a métodos más agresivos. De todas formas, no tenía ni idea de la realidad que vería a continuación. Li-Ming se quitó sus minúsculos zapatitos. Cuando se soltó los vendajes, Martha tuvo que morderse la lengua para reprimir un grito de espanto. ¿Cómo demonios podía caminar siquiera con esos pies horriblemente mutilados? Se veía con claridad que de niña le habían partido desde el segundo hasta el quinto dedo de cada pie y, utilizando la violencia, se los habían doblado bajo la planta, de tal modo que los dedos de los pies, ahora planos y entumecidos, se habían convertido en parte de la planta. Además de eso, tenía dislocado el arco plantar, con lo cual Li-Ming solo podía caminar a pasitos cortos sobre los dedos gordos de los pies. Martha se preguntaba si las uñas de los dedos rotos y entumecidos seguían creciendo, y cómo podía cortárselas Li-Ming para evitar que se clavaran cada vez más hondo en lo que quedaba de la planta del pie.

—¿Qué edad tenías cuando te vendaron los pies? —preguntó con compasión.

—Cinco años —respondió Li-Ming en voz baja.

—Te tuvo que hacer muchísimo daño. —Martha acarició con cuidado los dedos lesionados. El arco plantar estaba tan deforme, que ni el mejor cirujano habría podido reparar el destrozo.

—Es la tradición —dijo Li-Ming—. Solo las mujeres de pies pequeños encuentran buenos hombres.

—Pero ¿por qué? —preguntó Martha—. ¿Qué ventaja tiene seguir ese ideal de belleza si convierte a las mujeres en inválidas?

—Significa una buena casa. Las mujeres de pies pequeños no tienen que trabajar; el hombre demuestra así su prosperidad. Los pies vendados suponen una gran esperanza para las familias pobres; de ese modo, las hijas encuentran un marido adinerado. Las madres lo hacen por amor.

—¿Por amor? —Martha miró estupefacta a Li-Ming, pero esta

asintió con energía.

—Por amor. Mi madre lloraba más que yo y tuve que consolarla. Quise soportar los dolores para que mi mamá no llorara y estuviera orgullosa de mí.

—¡Oh, Li-Ming, cómo lo siento!

—No tienes que sentirlo. Mi madre me quería. Si no se hubiera muerto, me habría quedado en China. Pero cuando murió, mi hermano me vendió a América.

—¿Tu hermano te vendió? —preguntó Martha extrañada—. Creía que te obligó a casarte en América.

—Sí, las novias son vendidas. Yo tenía catorce años y el hombre, cincuenta y tres. Él poseía ya cuatro mujeres, y sus hijas eran mayores que yo.

A Martha se le hizo un nudo en la garganta. Heinrich ya había hecho alguna alusión al respecto, pero era muy distinto oírselo contar directamente a Li-Ming.

—Eso no debió de resultarte nada fácil —dijo con precaución.

—No, fue terrible. Yo solo era una concubina, no una esposa, y el hombre se portaba mal. Me odiaba por haber tenido dos abortos. Y me pegaba. Tal vez por eso no sobrevivieron los niños.

Li-Ming lo contaba serena e imperturbable; Martha, en cambio, notó que se enfurecía por ese viejo que no se avergonzaba de maltratar a una chica tan joven y abusar de ella. Y de pronto comprendió por qué Li-Ming no hablaba mucho de su pasado. Toda su vida anterior, como un libro temible, parecía constar de capítulos donde solo se reflejaba el dolor.

—Eso es horrible —dijo Martha en voz baja—. Ninguna mujer debería soportar una cosa así.

—No —confirmó Li-Ming—. Por eso me escapé. Ahora tengo a Heinrich, que es un buen hombre. Aunque no pueda acompañarle en el barco porque me mareo. —Una sonrisa se deslizó por el rostro de Li-Ming, y de repente a Martha le desaparecieron todos sus prejuicios. Con independencia de lo que atrajo a esa mujer china a Heinrich cuando se conocieron, esa tímida sonrisa era sincera, expresaba auténtico afecto y reflejaba el mismo amor que había visto en la mirada de él cuando este se encontraba junto a su esposa.

—Sí, ese es el destino de la mujer de un capitán. Pero como vais a tener un hijo dentro de poco, es mejor que te quedes en Hamburgo mientras tu marido esté navegando. Además, regresará a tiempo para las Navidades.

—¿Crees que va bien el bebé en mi tripa? —preguntó Li-Ming—. ¿No son peligrosas las piernas hinchadas?

—No, son simples edemas, y ahora que te he visto los pies, ya sé a qué se deben. A ti te cuesta estar de pie mucho más que a las otras mujeres y por eso tienes tanta agua retenida en las piernas.

EXAMINAR LOS PIES deformes de Li-Ming y saber algo más sobre su trágico pasado dio mucho que pensar a Martha. Hasta entonces sus pasitos cortos le habían parecido una peculiaridad china, pero ahora veía en ellos la manifestación de una grave minusvalía. Li-Ming estaba más incapacitada que el pequeño Johannes Wagner, que para disgusto de sus padres había nacido con un pie zambo. Martha se ocupaba con regularidad del chico y había ayudado a la familia recomendándoles un zapatero ortopédico que aceptaba el pago a plazos.

¿Supondrían los zapatos ortopédicos una liberación también para Li-Ming? Porque había que tener en cuenta que no era consciente de que sus pies de loto, tan codiciados en China, se consideraban una deformación en Alemania. Para ella era normal, incluso un motivo de satisfacción. Tal vez fuera mejor que siguiera creyendo aquello; al fin y al cabo, había sido educada con esa creencia desde la infancia.

No obstante, a Martha le dolía en el alma imaginarse lo impedida que estaría Li-Ming más adelante con un niño, pues nunca podría ir descalza con su hijo por la playa que formaba la orilla del Elba. Siempre tendría que vigilar que el pequeño torbellino no se le escapara cuando comenzara a corretear, porque le resultaría imposible seguirlo y darle alcance.

Martha exhaló un profundo suspiro. A lo mejor se preocupaba demasiado y la situación no llegara a ser tan dramática.

17

TODA LA FAMILIA celebró las Navidades en casa de Martha y Paul, porque su piso era el más grande. El embarazo de Li-Ming seguía adelante; para entonces ya había superado el momento crítico en el que había perdido a sus hijos anteriores. Heinrich se preocupaba mucho por ella, pero se alegró de llegar a tiempo al puerto de Hamburgo para las fiestas. De su último viaje no solo llevó muchos regalos para cada miembro de su familia, sino también una cuna para el bebé.

—¿Sabías que trae mala suerte comprar ese tipo de cosas antes de que nazca el niño, verdad? —le preguntó Martha en broma, sin atisbo de censura.

—Peor suerte sería que mi hijo no tuviera dónde dormir —respondió Heinrich siguiéndole el juego—. Deberías saber que no creo para nada en las supersticiones.

—¡Y eso que navegas! —exclamó Paul—. Los marineros sois por regla general muy supersticiosos. Sobre lo que decís que os trae buena o mala suerte se podrían escribir decenas de libros.

—Es posible, pero ese tema no va conmigo. Es más bien para gente estrecha de miras que no se fía de sus propias facultades.

En ese momento, el monito saltó a su hombro e intentó tirar de las plumas al papagayo Lora, que llevaba allí tranquilamente posado desde hacía un buen rato. El loro, indignado, pegó un chillido, pero Heinrich se limitó a reírse, porque Karl cogió enseguida al impertinente Maximilian de su hombro y le reprendió con suavidad.

—¡Ponlo encima del mío, abuelo! —pidió Rudi, y Karl cumplió su deseo. Los niños estaban encantados de que el abuelo hubiera llevado consigo a Maximilian, con el que se divertían mucho. De todas maneras, tenían que estar muy atentos para que no saltara sobre el árbol de Navidad, profusamente adornado, y lo derribara, aunque, a decir verdad, la decoración no estaba en peligro, pues al monito le asustaban las velas encendidas.

Y así transcurrió la Nochebuena con una estupenda cena y regalos para todos: juguetes para los niños, ropa y libros para los mayores. Heinrich le había comprado además a Li-Ming una gargantilla de oro con un colgante en forma de la flor del loto, que resultó ser muy del agrado de su esposa.

Al contemplar el minúsculo loto dorado que colgaba del cuello de Li-Ming, Martha no pudo remediar acordarse de sus pies, que en China se denominaban «pies de loto». Aunque no era de su incumbencia, ardía en deseos de averiguar si Heinrich conocía la terrible malformación que padecía su esposa, es decir, si había visto en alguna ocasión sus pies descalzos.

DURANTE EL MES de enero y la primera mitad de febrero, Heinrich permaneció en Hamburgo, porque durante cuatro semanas su barco fue sometido a una meticulosa revisión en dique seco. Li-Ming disfrutaba de su presencia, pero, pese a las apariencias, Martha tenía la sospecha de que algo iba mal en el matrimonio.

Poco antes de partir hacia Egipto a finales de febrero, Heinrich quiso conversar con su hermana y le contó lo que le apesadumbraba.

—Estoy preocupado por Li-Ming —dijo—. En realidad todo va como la seda y, sin embargo, últimamente la noto ausente e irritada. Ya sé que las mujeres embarazadas tienen a menudo antojos, pero tú nunca te ponías tan…

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Martha.

—Todo empezó con la cuna. Cuando en Nochebuena dijiste que eso traía mala suerte, Li-Ming se puso fuera de sí. Más tarde, me recriminó que no me importaba nada su suerte, que solo pensaba en mí y que traería el infortunio a nuestro hogar y a nuestro hijo.

—Lo siento —dijo ella en voz baja a modo de disculpa—. Cuando hice ese comentario, no me acordé de que es muy supersticiosa.

—No te hagas ningún reproche. No es por eso —rehusó enseguida Heinrich—. Al menos, no todo. Fue a ver a un astrólogo en el barrio chino y le leyeron el horóscopo. En eso cree a pie juntillas. Dice que el horóscopo era muy desfavorable y que una gran desgracia caerá sobre nosotros, porque todos los signos apuntan a una catástrofe. He intentado calmarla y le he propuesto que renuncie a dar a luz en casa, que vaya al hospital. Eso también lo rechaza de plano. Según ella, también trae mala suerte que un niño nazca en un hospital en el que solo hay enfermos.

—Qué disparate —dijo Martha—. ¿No le has contado que Anna, la hija de Milli, también nació en ese hospital y es todo lo afortunada que se pueda uno imaginar?

—No —admitió Heinrich—. No me he acordado de eso. —Suspiró —. Tengo la sensación de que ya no me compenetro con ella. Entiende cada día más el alemán, pero creo que es peor, porque sigue interpretando mal muchas cuestiones.

—¡Pero si ha mejorado mucho! —le contradijo Martha—. A estas alturas ya entiende bastante bien el modo en que expresamos nuestra franqueza.

—Eso es solo una parte. —Heinrich suspiró de nuevo—. Creo que le falta una especie de refugio espiritual. Nunca había reflexionado sobre lo que significan para las emigrados de su país todos esos templos de Chinatown. Para mí no eran más que unos edificios exóticos. Y no entiendo nada de sus extraños rituales. En fin, yo ni siquiera voy con regularidad a la iglesia, porque pienso que son patrañas.

—¿Es Li-Ming creyente? —preguntó Martha asombrada—. Es raro que, viéndonos tan a menudo, nunca me haya hablado de su fe. Si he de ser sincera, ni siquiera sé qué religión profesa.

—El taoísmo —dijo Heinrich.

—¿Y qué viene a decir esa religión?

Él se encogió de hombros.

—Es complicado, ni yo mismo lo entiendo del todo. Por un lado, tienen un libro llamado Daodejing que reúne proverbios que, a su vez, requieren de una interpretación. Es una especie de Biblia, pero no en el sentido cristiano. Y luego está también su fe en los cinco elementos naturales: la madera, el fuego, el metal, el agua y la tierra, cuyas propiedades describen las relaciones que hay entre la tierra, el hombre y el cielo. Así, por ejemplo, la madera significa el comienzo, mientras que el agua implica tranquilidad. Cuando nos conocimos, Li-Ming creía que mi barco significaba un nuevo comienzo, porque está construido con madera. Y, como navega por el mar, esperaba tranquilizarse y encontrar al fin un refugio. Por eso me siguió luego tan complaciente y de buena gana. Y yo pensé que para mí sería la mujer perfecta, porque compartía conmigo la pasión por los viajes marinos. Pero, en realidad, todo fue más bien una interpretación errónea, porque se marea en barco y, por ello, el mar le disgusta. Últimamente, Li-Ming busca cada vez más a menudo respuestas en el Daodejing. Y como no sabe interpretar bien los caracteres gráficos, visita con frecuencia a ese astrólogo. Y creo que este ejerce una mala influencia sobre ella. En cualquier caso, está muy cambiada desde que lo consulta.

—¿Y si le pregunto si puedo acompañarla alguna vez para conocer así a ese hombre? —propuso Martha—. Entonces podría hacerme una

idea propia y, de paso, transmitirle que me intereso por su mundo religioso.

—Esa es una buena propuesta —dijo Heinrich—. Si te vas a ocupar así de ella, podré emprender el viaje algo más tranquilo.

MARTHA CUMPLIÓ SU palabra y en los días posteriores a la partida de Heinrich se informó mejor acerca de la religión de Li-Ming. Esta, al principio, se mostró sorprendida cuando ella le hizo preguntas sobre el taoísmo, pero no tardó en alegrarse mucho. Tanto, que le encantó la idea de que su cuñada la acompañara a su siguiente visita al astrólogo.

Martha no tenía ni idea de qué aspecto tendría la casa de un astrólogo chino. Esperaba encontrar planisferios celestes y tal vez también un telescopio para poder observar mejor las estrellas.

Sin embargo, lo primero que comprobó fue que, a diferencia de la ciencia occidental que ella conocía, en la astrología china no importaban tanto las constelaciones o el estudio de los astros, pues el maestro Bai Long recibía a sus clientes en un pequeño sótano situado bajo una lavandería china. No había ninguna ventana y solo lo iluminaban varias lámparas de queroseno. De las paredes colgaban calendarios chinos redondos y algunas láminas. El maestro Bai Long era un hombre flaco ataviado con una especie de camisola gris, un gorro negro y una barba cana muy rala que terminaba en punta y le llegaba hasta el pecho. A Martha le pareció un tanto marchita su cara estrecha y se preguntó qué edad tendría, pues era difícil determinar un número entre los cincuenta y los setenta años.

Li-Ming le había contado que el maestro Bai Long no sabía alemán, así que mantuvo la conversación con él en chino. Aunque Li-Ming hablaba ya un alemán bastante fluido, más que suficiente para desenvolverse en una conversación cotidiana, le resultaba difícil traducir lo que decía el maestro Bai Long.

Por lo menos, Martha entendió que los horóscopos chinos no se orientaban hacia el futuro, sino sobre todo al carácter de las personas y a averiguar si una pareja era compatible. Además se enteró de que ella y Li-Ming, doce años más joven, tenían el mismo signo del zodíaco chino. Las dos habían nacido en el año del tigre. El tigre representaba la pasión, el valor y la ambición luchadora, pero también el cuidado de las personas y el amor a los niños. Martha se extrañó de reconocerse en esas características. Su hermano Heinrich era dragón, uno de los signos del zodíaco chino más poderosos. Por una parte, el dragón era compatible con el tigre, pero como los dos signos exhibían un carácter fuerte, existía el riesgo de una confrontación continua por

el liderazgo. Y ese era justo el problema actual entre Li-Ming y Heinrich, explicó el astrólogo. Así, aconsejó a Li-Ming que refrenara su combatividad y que, en su papel de esposa, se adaptara a las necesidades de su marido para no irritar inútilmente al fogoso dragón.

A Martha le sorprendió la atención con la que su cuñada escuchaba al anciano. ¿Tan arraigado estaba el pensamiento patriarcal entre las mujeres chinas? Sin darse cuenta, le acudieron otra vez a la memoria los pies de Li-Ming. En un país en el que las madres mutilaban a sus hijas para que gustaran a los hombres no debería uno extrañarse de que ocurriera eso.

Por último, Martha preguntó también por el horóscopo de Paul, pues sentía curiosidad por saber si el horóscopo chino le confirmaba que su matrimonio era armonioso.

Paul había nacido en el año del perro y, para alegría de Martha, este armonizaba a la perfección con el tigre. Se decía que quienes tienen el signo del perro mantenían los pies en la tierra y perseguían unos objetivos realistas, pensando siempre, leal como un can, en el bienestar de su familia. Y la pasión del tigre los inspiraba.

Cuando Li-Ming le tradujo aquello, Martha recordó cómo conquistó definitivamente el corazón de Paul. Fue el día en que ella, llena de pasión, había pronunciado un discurso en una tabernita del puerto y, apoyando a Paul, había motivado a los trabajadores para que se pusieran en huelga. La pasión del tigre…

A lo mejor los chinos tenían más sabiduría de lo que ella creía.

Luego le preguntó a Li-Ming sobre cuál era el pronóstico para el futuro, pues Heinrich le había contado que su esposa parecía encontrarse muy alterada por un horóscopo. Sin embargo, se enteró en ese instante de que se trataba de un malentendido. No había sido un horóscopo, sino un oráculo que el maestro Bai Long había consultado para Li-Ming.

—¿Te gustaría conocer tu futuro? —le preguntó su cuñada, mirando con curiosidad a Martha.

—¿Por qué no?

—Solo las personas que no son felices preguntan por el futuro, para así tener esperanzas.

—¿Significa eso que tú no eres feliz?

—No tanto como debiera. —Apoyó una mano en su barriga de embarazada, y de inmediato Martha comprendió lo preocupada que estaba ante la posibilidad de perder también ese hijo.

—Aunque estoy segura de que todo irá bien, tengo curiosidad por saber qué me pronostica el oráculo. —Martha se apartó un mechón de pelo de la cara—. ¿Qué tenemos que hacer para que el maestro Bai

Long me revele el futuro?

—Consultará el libro de los oráculos. ¿Qué quieres saber?

—Qué tal nos irá a todos nosotros este año. Si será un año afortunado.

Li-Ming le tradujo las preguntas al maestro.

Este sacó un libro pesado y una bolsa con monedas. Martha tenía que agitar la bolsa y luego echar las monedas encima de la mesa. El anciano chino ordenó las monedas y luego cogió el libro, que contenía extraños dibujos al trazo muy distintos de los caracteres chinos que Martha había visto hasta entonces.

—El presente es el número ocho —dijo Li-Ming traduciendo las palabras del maestro—. La cohesión. Haz acopio de fuerza. Si te sientes fuerte, asume la responsabilidad. De lo contrario, únete a otro.

Después, el astrólogo interpretó las monedas por segunda vez.

—El futuro es el número veintinueve. Lo inescrutable. De momento es inevitable ponerse en peligro. Si eres sincero, tendrás éxito con lo que hagas.

—¿Y qué significa eso? —interrogó Martha—. ¿Qué peligro es inevitable?

—El oráculo nunca lo dice. La respuesta a esas preguntas solo puedes darla tú.

SEGUNDA PARTE

La época de las luchas

18

EN ABRIL DE 1914, el año del tigre de madera, Li-Ming trajo al mundo un hijo sano. Fue un parto en casa sin complicaciones, y Martha se esforzó por cumplir los deseos de su cuñada, aunque había algunas costumbres chinas que ella, como enfermera, no podía admitir. En China, por ejemplo, era habitual que la madre se quedara en casa todo el mes posterior al alumbramiento, a fin de paliar las consecuencias del parto. En ese primer mes también le estaba prohibido lavarse el pelo. Al principio, Martha intentó convencer a Li-Ming para que hiciera el puerperio a la manera alemana, pero esta se aferraba temerosamente a sus tradiciones. Le explicó a Martha que, si no permanecía ese mes en casa, se arrepentiría más adelante. Entonces, con el tiempo, contraería la «enfermedad del mes» y podrían atormentarla toda clase de achaques, en especial, en las articulaciones y los huesos.

Aquella creencia estaba tan arraigada en la mentalidad de Li-Ming, que Martha no lograba desterrarla con argumentos lógicos, por más que le explicaba que ella, en Alemania, jamás había observado que nadie tuviera más tarde la supuesta «enfermedad del mes».

Heinrich se tomaba con calma las peculiaridades de su mujer y prefería disfrutar de su hijito, que al nacer había pesado en la báscula nada menos que casi cuatro kilos.

—Ahora tenemos a otro tigre en la familia —anunció mirando de reojo a Martha y a Li-Ming.

A la hora de elegir el nombre, el deseo de Heinrich se impuso, ya que su hijo había nacido siendo alemán. Y en vista de sus inconfundibles rasgos asiáticos, con el pelo oscuro y los ojos expresivos y almendrados, el joven padre no deseaba que el chico llamara también la atención por el nombre. De modo que fue llamado Arthur, como el médico y dramaturgo austríaco tan apreciado por Heinrich, Arthur Schnitzler.

—Cuando viaje a China, podrá llamarse allí Ah-Tua —añadió

Heinrich guiñando el ojo. Martha lanzó enseguida una mirada a Li-Ming porque temía que se enfadara, pero, para su sorpresa, su cuñada estalló en una alegre carcajada. En fin, mientras una pareja tuviera el mismo sentido del humor, sobrellevaría cualquier dificultad.

LA PRIMAVERA DEL año 1914 dio paso al verano, y la vida tomó su curso habitual. Martha llenaba los días ocupándose tanto de su familia como de su cuñada y el bebé. Además, atendía como enfermera del puerto a los residentes del Barrio de los Callejones y dos veces a la semana trabajaba en el consultorio de Lida Heymann, donde ayudaba a las mujeres que pasaban apuros. Ya desde su fundación, Martha contaba allí con una sala de consulta propia llena de muebles de otro consultorio que se había disuelto. Casi siempre se trataba de cuestiones de salud o de prevención del embarazo, un tema que numerosas mujeres desconocían y del que recibían con agrado el asesoramiento de Martha. Al principio, había sido atacada por dar ese tipo de información, sobre todo por los denominados «círculos de buenos burgueses», que iban con regularidad a la iglesia. Decían que fomentaba la inmoralidad. Pero ella no se arredraba, sino que siempre aducía que aconsejaba a madres casadas que no se podían permitir una familia más numerosa. En cierta ocasión tuvo un rival especialmente testarudo que le reprochaba que con sus indicaciones apoyaba la prostitución. Martha adujo que las prostitutas no necesitaban ese tipo de asesoramiento, pues ya aprendían esos trucos en el burdel, pero que a una madre de niños pequeños no se le podía exigir que visitara un prostíbulo para enterarse de cómo podía limitar el número de hijos.

—¿No sería mejor la continencia? —respondió irritado el sabelotodo.

—Entonces habría que apelar más bien a los hombres. ¿Acaso no se dice siempre que las mujeres han de cumplir con sus obligaciones conyugales para que los hombres no tengan que frecuentar los burdeles y practicar allí la prostitución? —argumentó Martha con una sonrisa glacial—. ¿Qué es mejor para la moral: que un marido busque a una prostituta o que su esposa utilice medios anticonceptivos y los dos hagan una vida matrimonial plena sin miedo a enfrentarse a grandes dificultades para mantener a su prole?

A continuación, había reinado el silencio.

A Martha le encantaba trabajar en el consultorio. Sobre todo, porque siempre le daba la sensación de que lograba evitar que la miseria y las enfermedades se instalaran en las familias.

Pero también había días lóbregos y tenebrosos en el consultorio.

Como ese caluroso día de verano en que una chica joven llegó llorando. Llevaba un sencillo vestido de color gris claro, que parecía algo usado pero limpio, y estaba tan deshecha, que Martha se sentó frente a ella en silencio. Quería darle tiempo para que pudiera serenarse. Cuando la joven se tranquilizó lo suficiente como para poder hablar, Martha le preguntó primero por su nombre y su edad.

—Agathe Krämling —respondió la chica, mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo blanco—. Tengo dieciséis años y, desde el pasado octubre, servía en casa de la familia Richter.

—¿Servías? —recalcó Martha—. ¿Te despidieron?

Tras un breve titubeo, la chica negó con un movimiento de cabeza.

—Me escapé.

—¿Te escapaste? ¿Qué fue lo que pasó?

—Yo… Eh…

Martha vio cómo las lágrimas volvían a agolparse en los ojos de Agathe, que esta vez, sin embargo, supo contener el llanto.

—Las otras chicas ya me lo habían advertido, pero yo creía que… —Otro sollozo—. Creía que solo eran habladurías.

—¿Qué te contaron las otras chicas?

Enmudecida, Agathe clavó la mirada en sus manos. Tenía los puños cerrados sobre el regazo. También Martha volvió a guardar silencio. Al mismo tiempo, pensaba con rapidez y se imaginó muchas circunstancias. Cuando una chica se escapaba del trabajo, podía ser por diferentes motivos, pero en la mayor parte de los casos se debía a agresiones sexuales cometidas por los señores. Un tema que la sociedad mojigata prefería silenciar, pero con el que ella, por desgracia, tenía que lidiar a menudo.

—Se trata de Manfred —dijo por fin Agathe—. El hijo de los señores. Ha terminado el bachillerato y… —Enmudeció.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó Martha.

Agathe alzó brevemente la vista, luego asintió de modo apenas perceptible y otra vez bajó avergonzada la mirada.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado? —preguntó Martha con delicadeza.

—Me tocó donde no se debe tocar. Y cuando le dije que lo dejara, se limitó a reírse e intentó llevarme a su cama y quitarme la ropa. Yo me defendí hasta que logré soltarme y salir corriendo. Luego me fui a pasar dos días a casa de mi madre, pero ella me dijo que volviera al trabajo, que no tenemos dinero y necesitamos lo que yo gano. Pero yo no quiero volver allí.

Martha respiró hondo. Por una parte, se sintió aliviada porque al menos no se había consumado una violación, que posiblemente habría

tenido sus consecuencias, pero por otra parte estaba iracunda tras escuchar el relato de la chica. No solo por el autor de los hechos, sino también por la madre de Agathe, que esperaba que su hija regresara al lugar de su suplicio.

—¿Qué tipo de ayuda esperas de mí? —preguntó.

—No lo sé. —Agathe miró indefensa a Martha con unos ojos de un azul tan claro que parecían casi transparentes y que la enfermera no había visto nunca en ninguna otra persona—. Ya no sé qué hacer —continuó Agathe, mientras le afloraban de nuevo las lágrimas a los hermosos ojos—. Mi madre ha dicho que, si no vuelvo al trabajo, tampoco podré seguir viviendo con ella. Que ya tiene bastantes hijos como para alimentar una boca más, solo porque soy demasiado tiquismiquis para trabajar y tengo pájaros en la cabeza. Pero eso no es cierto. ¡Claro que quiero trabajar, pero siendo respetada siempre!

—Nadie tiene derecho a tocarte contra tu voluntad —confirmó Martha—. ¿Cuentas con alguna referencia que te ayude a encontrar otro trabajo?

—Terminé la enseñanza primaria. Luego me puse enseguida a trabajar. Mi madre es demasiado pobre como para pagarme el aprendizaje de un oficio.

—¿Hay quizá alguno por el que sientas inclinación? Imagínate que no tuvieras que preocuparte por el dinero que se abona por aprenderlo.

—No lo sé. —De nuevo esa mirada indecisa y desamparada—. Siempre he pensado que seguiré siendo una sirvienta hasta que me case y tenga hijos.

—¿Hay ya algún elegido?

Agathe negó con un movimiento de cabeza.

—Si hubiera alguno, no estaría aquí, pues me habría casado con él porque ya tengo dieciséis años.

Martha asintió en silencio. Era un gran problema que el oficio o la profesión de las mujeres solo se considerara factible en un período de transición hasta el casamiento. Peor aún era el hecho de que muchos empleadores incluso exigían que una mujer renunciara a su profesión en cuanto se casaba.

—Piénsatelo un momento, Agathe. ¿En qué te gustaría trabajar?

—En cualquier cosa. No soy una zángana.

—¿En lo que sea?

—Claro que sí —dijo con decisión.

—Bueno, pues en el hospital de St. Georg están siempre buscando chicas para que ejerzan de auxiliares de enfermería. No necesitas aprendizaje. Y, si eres eficiente, más tarde podrías hacer una

formación profesional como enfermera. Pero para eso antes tienes que demostrar que cuidas bien de los enfermos y que te interesa esa profesión. Ganarás más dinero que como criada y también recibirás la manutención gratis, pero no el alojamiento. ¿Te volvería a acoger tu madre si ganaras dinero?

—Supongo que sí.

—Bien. Entonces redactaré un escrito para que te presentes, por recomendación mía, como auxiliar de enfermería en el hospital St. Georg. En tu mano está, pero desde ahora te digo que es un trabajo duro. Verás sangre y heridas graves. También tendrás que limpiar excrementos y secreciones físicas asquerosas.

Agathe tragó saliva con dificultad.

—¿Y si no sé hacerlo?

—Pues tendrás que aprenderlo —dijo Martha—. De momento no tienes mucho donde elegir. Desde luego, también puedes intentar servir en casa de otra familia, pero los Richter son muy influyentes y desaconsejarán a todos que den empleo a una criada que se ha escapado. Aunque solo sea para que no puedas hablar mal de su hijo. En caso de duda, siempre se le echa la culpa a la chica.

—¡Pero eso es injusto!

—Sí, lo es, pero eso no podemos cambiarlo. Existen cientos de chicas jóvenes que no han estudiado nada y que agradecen servir en casa de una familia pudiente. La única salida es haber concluido una formación que te posibilite ser independiente y asegurarte el sustento. Y si tus padres son demasiado pobres como para pagarte el aprendizaje de un oficio, tienes que elegir entre las profesiones que no lo requieren y con las que puedas ganar dinero enseguida. Las chicas lo tienen mucho más difícil que los chicos. En el fondo, solo puedes escoger entre ser una criada, trabajar en una fábrica o ser auxiliar de enfermería. Y esto último puede servirte de trampolín por si algún día quieres llegar a ser enfermera.

—¿Usted hizo eso, señora Studt?

—Sí, eso fue justo lo que hice. Yo también tuve que abrirme paso y defenderme de algunos hombres agresivos y libidinosos en el hospital. Gracias a Dios, eso ahora ha cambiado. El personal que toque indecorosamente a las auxiliares de enfermería o a las enfermeras es despedido de inmediato. En eso sí hemos avanzado en los últimos años.

—Pues me encantaría intentarlo —dijo Agathe—. Le agradecería mucho que me escribiera una carta de recomendación.

Agathe se marchó más animada y Martha se preguntó por enésima vez cómo se podría proteger de un modo más efectivo a las muchachas

de servicio. Algunas eran afortunadas y trabajaban con buenas familias. Pero los señores siempre podían echarlas a la calle sin previo aviso y por cualquier motivo, sin darles más explicaciones.

CUANDO MARTHA ABANDONÓ el consultorio a última hora de la tarde, oyó a su lado al chico de los periódicos, que voceaba:

—¡Edición extra! ¡El sucesor al trono de Austria muerto a tiros por los anarquistas!

Martha se estremeció.

—Dame un periódico —dijo, entregando al joven una moneda de diez pfennigs.

—Tome usted —dijo él, y siguió voceando el titular—: ¡Últimas noticias! ¡El sucesor al trono de Austria muerto a tiros por los anarquistas!

En realidad, Martha quería ir a recoger a Fredi y a Ella a la guardería, pero regresó a su despacho para leer la edición extra.

«El archiduque Francisco Fernando y su esposa han sido asesinados», leyó.

Atentado con pistola en Sarajevo. Hoy se ha perpetrado en Sarajevo, la capital de Bosnia, un horrible crimen de consecuencias completamente imprevisibles. El sucesor al trono de nuestra aliada Monarquía del Danubio, amigo del káiser Guillermo, ha sido víctima de un atentado junto con su esposa. Un telegrama privado nos dice lo siguiente: «Hoy, a media mañana, muy cerca de la estación, se ha cometido un atentado con pistola contra el archiduque y sucesor al trono Francisco Fernando y su esposa, la duquesa von Hohenberg. El archiduque y la duquesa han muerto. Los autores del crimen han sido detenidos. El káiser ha sido informado al respecto».

Mientras Martha seguía leyendo, llamaron a la puerta. Era Lida.

—Acabo de ver desde la ventana que has comprado la edición extra —dijo su amiga—. ¿Se conocen ya los detalles?

—Míralo tú misma. —Martha le pasó el periódico.

—Es incomprensible, pero al menos han arrestado a los autores del crimen —lamentó Lida—. Al káiser Francisco José le suceden todas las desgracias. Primero se suicida su hijo Rudolfo; más tarde, un anarquista italiano asesina a la emperatriz Isabel… ¡Y ahora esto!

—A mí me dan pena, sobre todo, los hijos de la pareja —dijo Martha—. Han perdido a sus padres, lo cual es más grave que perder a un futuro káiser. Los káiseres van y vienen, mientras que los padres son insustituibles. ¿Qué esperan obtener con eso los autores del

atentado? Sin duda, asesinan a un futuro monarca y conmocionan a la Monarquía del Danubio, pero, al fin y al cabo, no consiguen que cambie nada. Porque reinará el siguiente en la sucesión al trono. Y haciendo uso de esa violencia solo destruyen la reputación de las fuerzas democráticas. Seguro que ahora los partidarios del káiser vuelven a meter en el mismo saco a los socialdemócratas y a los anarquistas.

Lida asintió y dejó el periódico encima de la mesa.

—Espero que eso no desencadene un incendio de rápida propagación —dijo pensativa—. Los Balcanes siempre han sido un polvorín. Un lugar en el que todavía continúa vigente la venganza sangrienta, y donde no existe la civilización tal y como nosotros la conocemos.

CUANDO PAUL LLEGÓ a casa por la noche, ya se había enterado de las últimas noticias.

—Es que el Reich de los Habsburgo es demasiado grande —opinó durante la cena—. Hay demasiadas naciones con lenguas y mentalidades diferentes bajo un solo káiser; eso provoca que brote el anarquismo, que siempre ha dado lugar a sublevaciones. Creo que estamos asistiendo al canto del cisne de un Reich que ha ido creciendo sin mesura. Cuando fallezca el káiser Francisco José, desaparecerá la monarquía de los Habsburgo.

—¿Y qué vendrá después? —preguntó Martha.

—Posiblemente otro káiser, que seguirá haciendo lo mismo durante una temporada, hasta que el Reich se llene de moho y se pudra por dentro. Algo parecido a lo que sucede con el Imperio de los zares. Desde que hace unos años el zar perdió la guerra contra Japón, se han producido reiteradas sublevaciones, pues los campesinos tienen que pagar unos impuestos tan elevados que se ven obligados a pasar hambre. Pero en lugar de atender a las preocupaciones y necesidades de la gente, las sublevaciones han sido sofocadas con una dureza despiadada. En algún momento, el moho provocará que se pudran todas las estructuras y, con un poco de suerte, quizá llegue la hora de la socialdemocracia. Los pueblos se alzarán contra los explotadores y reivindicarán sus derechos.

—¿De verdad puedes imaginarte a revolucionarios austríacos? —preguntó Martha— ¿O alemanes? Aquí la mayor parte de la gente sigue guardando lealtad al káiser, porque no se pone en duda la autoridad.

—Mientras la autoridad no le dé a uno motivo para ponerla en duda, tienes razón. Aunque hay algunas cosas del káiser que me

molestan, sin embargo, todavía no ha cometido un error tan grave como para que compense correr el riesgo de una revolución. Solo se hace revolucionario el que no tiene nada que perder. Todos los demás, sobre todo la gente como nosotros —dijo guiñando un ojo a Martha—, prefieren intentarlo con una evolución política y unos cambios paulatinos que beneficien a todos. Y, dado que a la población de la Monarquía del Danubio le sigue yendo bien, también superará esta crisis. Créeme: tan pronto como el káiser nombre un nuevo sucesor al trono, nadie volverá a hablar de ello.

19

SE PERCIBÍA QUE algo había cambiado ese verano, pues el recuerdo del atentado en la lejana Sarajevo no acababa de desvanecerse, pese a que los autores del crimen ya habían sido condenados hacía tiempo. En lugar de darse por satisfecho con su castigo, el Gobierno austríaco exigía ahora registros policiales en Serbia, la tierra natal del asesino, si bien el crimen se había cometido en Bosnia. De repente, Serbia era el enemigo, el nido de los nefastos anarquistas.

A Martha le asustaba sobre todo que muchos escritores famosos echaran de menos una guerra reflejada en los periódicos, como si esta fuera una tormenta purificadora tras una bochornosa noche de verano. A diferencia de ellos, los socialdemócratas convocaban manifestaciones por el fin de la crisis belicista. En Berlín, la capital, miles de personas se echaron a las calles reivindicando la paz, y también en Hamburgo hubo movilizaciones. Martha y sus amigas no solo participaban con regularidad en las manifestaciones, sino que, además, las organizaron en varias ocasiones.

—¿Cómo puede ser que escritores y dramaturgos de la talla de Thomas Mann o Alfred Kerr anhelen una guerra? —opinó Wilhelmina Schlüter una cálida noche de julio, después de invitar a sus amigas a casa tras una manifestación por la paz.

—Posiblemente porque tienen una idea romántica del heroísmo —contestó Lida Heymann—. Ninguno de ellos ha estado nunca en el frente; solo conocen la literatura de aventuras y las epopeyas, en las que se glorifica la muerte por la patria. Por otra parte —dijo, suspirando y dando un sorbo a la taza de café—, la guerra recaerá, como siempre, sobre la clase obrera. Las élites distinguidas poseen rangos de oficiales, mientras las tropas luchan en los combates hasta la extenuación.

—¿Creéis de verdad que nos amenaza una guerra? —preguntó Martha temerosa.

—Hay demasiadas personas influyentes que están a favor de una guerra —dijo Wilhelmina suspirando—. ¿A quién le va a interesar la voz de simples ciudadanos que se manifiestan por la paz? Tú misma has leído los eufóricos artículos de los periódicos tildando de apátridas a los participantes.

—Sí, y eso es lo que no me cabe en la cabeza. Paul me decía el otro día que desear la paz y el bienestar para la tierra natal da testimonio de un gran amor a la patria. ¿Para qué sirve una guerra? Al final, siempre habrá perdedores y todos los bandos tendrán que lamentar muertes innecesarias.

—Que Dios te oiga, Martha —dijo Lida—. Por desgracia, ahora mismo muchos hombres jóvenes, y de todas las clases sociales, creen que el servicio en el frente les va a abrir la puerta a un futuro mejor. Quieren cubrirse de gloria y luchar por el honor de su patria. Mientras haya personas que esperan obtener ventajas de una guerra, no venceremos jamás a esa hidra.

EL SÁBADO 25 de julio, Martha y Paul aprovecharon la tarde soleada para ir con sus hijos a tomar un helado al nuevo Pabellón del Alster. Martha deseaba ir desde hacía unas semanas, cuando se había inaugurado el pabellón, pero los acontecimientos de los últimos días se lo habían impedido. A la preocupación por una amenaza de guerra se añadían las pequeñas inquietudes de la vida cotidiana. Así, la joven Agathe Krämling había resultado ser un caso complicado. Tan solo dos semanas después de que iniciara su actividad como auxiliar de enfermería, volvió a presentarse en el consultorio para contarle entre lágrimas que no estaba dispuesta a soportar durante más tiempo ese trabajo. Le afectaban demasiado el sufrimiento y la miseria de las personas ingresadas en el hospital. Sin embargo, en aquella ocasión Martha tenía la sospecha de que eran lágrimas de cocodrilo. Sobre todo cuando Agathe se quejó con cara de repugnancia del duro trabajo, dejando entrever que vaciar orinales y cuñas era indigno de ella.

—¿Y qué esperas ahora de mí? —preguntó Martha. En parte, comprendía que Agathe se agobiara con la exigente y penosa tarea en el hospital, pero ella había tenido que pasar por lo mismo. Y si ella lo había conseguido con catorce años, Agathe, siendo dos años mayor, también podría lograrlo.

—No sabría decirle —dijo Agathe insegura—. ¿No puede proporcionarme un trabajo mejor?

—¿Y qué entiendes tú por un trabajo mejor?

Agathe bajó la mirada.

—No lo sé.

Martha observó pensativa a la chica.

—No es tan sencillo. Tu madre no se puede permitir pagarte el aprendizaje de un oficio, y ahí yo no puedo intervenir. Ya no quieres seguir siendo una criada, y el empleo como auxiliar de enfermería tampoco te gusta. Otras opciones serían trabajar como mano de obra no cualificada en una fábrica o en el campo como moza mesonera. Yo no puedo obrar milagros. ¿Cómo voy a saber lo que te gusta si no lo sabes ni tú misma?

Agathe tragó saliva.

—Pero, entonces, ¿qué hago? Tiene que ayudarme, esa es su obligación. ¡No querrá que acabe en el arroyo!

Este mal tono incriminatorio y exigente irritó a Martha.

—Hija mía, yo no estoy obligada a nada en absoluto —dijo con mayor aspereza de la pretendida—. Yo trabajo voluntariamente para ayudar a muchas personas, pero solo proporciono los medios, los salvavidas. Claro que no quiero que acabes en el arroyo. Pero tendrás que buscar un trabajo decente o casarte, porque de lo contrario acabarás justo ahí, en el arroyo. Tú misma eres la primera que debe desear que cambie tu situación. Es así de sencillo.

—¡Claro que quiero! —exclamó Agathe.

—¿Qué quieres?

—Trabajar.

—¿En qué?

—En un trabajo decente en el que nadie me toque sin mi consentimiento y donde no tenga que estar siempre rodeada de enfermos y de porquería.

—Entonces descríbeme qué te gustaría hacer.

Agathe miró otra vez a Martha con sus ojos azules como el agua, pero no dijo nada.

Martha esperó un rato, pero la chica permaneció muda.

—¿No se te ocurre nada?

Agathe bajó la vista.

—En cuanto sepas lo que quieres, podré ayudarte a alcanzar tu objetivo. Hasta entonces no puedo hacer nada más por ti.

—Pero… pero entonces, ¿qué va a ser de mí? Mi madre me echará de casa si no gano dinero, y al hospital no puedo volver.

—Pues entonces tal vez deberías buscar trabajo en una fábrica.

—Pero eso es trabajo para hombres.

Martha lanzó una mirada al techo.

—Hay muchísimas mujeres que trabajan en las fábricas porque allí no se requiere fuerza, sino destreza y perseverancia. Podrías

presentarte en la fábrica de margarina Voss. Es nueva y allí trabajan también muchas mujeres.

—¿Dónde está eso?

—En Barmbek, cerca de la Habichtstrasse.

—¿En Barmbek? —Agathe abrió mucho los ojos—. ¡Eso está lejísimos! ¿Cómo voy a ir hasta allí todos los días?

Martha respiró hondo para no mostrar su enfado.

—Podrías, por ejemplo, coger el tranvía.

—Pero eso cuesta dinero y en la fábrica no se gana tanto, ¿o sí? ¿No hay algo más cerca, a donde pueda ir a pie?

—Sí, también podrías intentarlo como camarera de habitaciones en uno de los hoteles del puerto, o bien presentarte como camarera en uno de los numerosos restaurantes.

—Pero en esos sitios los hombres lanzan miradas deshonestas a las chicas. Eso no lo quiero.

Martha estaba a punto de perder la paciencia.

—Bueno, Agathe —dijo en consecuencia, y se levantó—. Creo que ya es suficiente. Si siempre encuentras razones por las que no quieres hacer determinados trabajos, no puedo ayudarte. Te he mencionado varias posibilidades. Si pones un poco de empeño, encontrarás una salida. Pero has de tener la firme voluntad de ganarte el sustento por tu cuenta. Y yo no veo esa voluntad.

—¡Todo habría sido distinto si Manfred no me hubiera engañado! —exclamó Agathe, y de repente se echó a llorar. Normalmente a Martha le conmovía ver que alguien prorrumpía en llanto en su presencia, pero a esas alturas ya recelaba de Agathe.

—¿Te refieres a Manfred Richter? Creí que te había tocado sin tu consentimiento.

—Bueno, sí. Dijo que se casaría conmigo si me portaba bien con él, pero luego… Luego se enteró su padre, y Manfred lo negó todo.

Martha pensaba hasta ese instante que no podría irritarse más, pero eso ya le pareció el colmo.

—Me has contado que el joven intentó violarte y que por eso te escapaste —le respondió airada.

—¡Sí, me escapé, porque después no quería casarse conmigo! —sollozó Agathe.

—Pues eso puede ser una seducción y simulación de falsos hechos, ¡pero un intento de violación es algo completamente distinto! —gritó Martha—. Ahora entiendo por qué tu madre es tan dura contigo. Te ha calado, sabe que tienes pájaros en la cabeza. Créeme, Agathe, los hijos de los señores nunca se casan con una criada, te cuenten lo que te cuenten. Solo quieren llevarte a la cama, y si te dejan embarazada,

puedes estar contenta si te pagan la manutención. Pero la mayoría de ellos despiden a la criada, y muchas de esas pobres criaturas acaban haciéndose prostitutas. Tú todavía tienes la posibilidad de buscar un trabajo decoroso o a un hombre decente dentro de tu círculo social. Pero el sueño de una despreocupada vida de princesa gracias a casarte con un caballero distinguido, quítatelo cuanto antes de la cabeza.

Agathe abandonó el consultorio en silencio y con la cabeza baja. Martha no la retuvo.

DE ESA CONVERSACIÓN se acordó Martha cuando la camarera del nuevo Pabellón del Alster les trajo las copas de helado. Las chicas del Barrio de los Callejones también tenían la posibilidad de ejercer profesiones dignas, pero estas siempre iban asociadas a un trabajo exigente. Martha se preguntaba cuántas horas trabajaría a diario la joven camarera que les sirvió el helado y qué imperiosa necesidad tendría de las propinas. Por eso se sintió agradecida cuando Paul le dejó una cantidad generosa.

El ambiente del nuevo Pabellón del Alster recordaba al del Imperator: estuco, columnas, arañas de cristal, espejos y palmeras. La vida podía ser hermosa de veras, pero las personas se la complicaban demasiado. Unas veces a pequeña escala, como en el caso de Agathe, y otras en gran medida, como en la política y su ruido de sables.

—¡Novedades sobre la guerra! ¿Ataca Rusia? —Los gritos del joven vendedor de periódicos sacaron a Martha de sus pensamientos.

Paul se levantó.

—Voy a comprar uno —dijo, y al poco rato volvió con la edición vespertina del Hamburger Nachrichten. La mirada de Martha recayó en los titulares:

«Entre la guerra y la paz.»

—¿Y qué pone? —le preguntó a Paul, que nada más entrar abrió el periódico y se puso a leer.

—Habla de Rusia —respondió, y leyó en voz alta—: «En esta etapa de tensión y expectación, los ojos de toda Europa se dirigen hacia Rusia. ¿Aconsejará que Belgrado entre en razón o respaldará a los serbios frente a Austria-Hungría?».

—¿Qué significa eso, papá? —preguntó Rudi—. ¿Nos van a atacar los rusos? Entonces, ¿tendrás que luchar tú también? Mi amigo Martin dice que su padre está deseando enrolarse voluntariamente si hay guerra.

—Todavía no significa nada —dijo Paul—. Ya sabéis que el sucesor al trono de Austria ha sido asesinado por un anarquista serbio. Por esa razón, el Gobierno austríaco le ha pedido al Gobierno de Belgrado que

deje en sus manos la investigación para el esclarecimiento de las causas del crimen. Pero los serbios no están de acuerdo: opinan que sería una pérdida de su libertad estatal si permitieran que Austria se encargara de hacer tareas policiales en su país solo porque el autor fuera serbio, ya que el atentado no se cometió en Serbia. Austria, en cambio, exige el derecho de realizar esa investigación y, de lo contrario, amenaza con la invasión. Sin embargo, Serbia es aliada de Rusia. Si Austria invadiera Serbia, provocaría, en realidad, una guerra con Rusia. En esas circunstancias, la guerra también afectaría a Alemania, porque somos aliados de Austria. —Martha vio que a Rudi se le formaba una arruga en el entrecejo, idéntica a la que veía en su esposo cuando escuchaba con atención, y no pudo evitar sonreír—. En el oeste, Francia amenaza con vengarse por la derrota de 1871 contra nuestro país —continuó Paul impertérrito—. Inglaterra, por el contrario, nos considera la competencia, ya que el káiser ha ampliado nuestra marina y, por lo tanto, le disputa a los ingleses el dominio de los mares. Posiblemente, Inglaterra podría aprovechar una guerra entre Alemania, Rusia y Francia para enfrentarse también a los alemanes. Entonces quedaríamos rodeados de enemigos y tendríamos una contienda en todos los frentes. Pero no se sabe lo que pasará. Todavía tenemos la esperanza de que los rusos convenzan a los serbios de que acepten las condiciones austríacas. En tal caso, no habrá guerra.

Rudi miró a su padre asombrado, con los ojos muy abiertos y, con toda la sabiduría de sus nueve años, dijo:

—Si un serbio ha asesinado al sucesor del trono austríaco, tienen que castigarlo. Entonces es normal que los austríacos quieran que su policía lo busque en Serbia, ¿no? ¿Por qué se oponen los serbios?

—Al autor del atentado ya lo han detenido, Rudi. Pero los austríacos creen que en Serbia hay una organización criminal anarquista y quieren desmantelarla.

—Pero eso también está bien, ¿no crees? Si allí hay más criminales, deben ser castigados también.

—Papá, ¿tú también tendrás que ir a la guerra? —preguntó Fredi antes de que su padre pudiera responder a la pregunta de su hermano mayor.

Paul dejó el periódico a un lado.

—Todavía no estamos en guerra y yo soy demasiado mayor para que me llamen a filas, al menos en un principio. Solo me reclamarían si esta se prolongara en el tiempo. Pero eso no le interesa a nadie. Dejad de preocuparos y disfrutad del helado. Y mañana domingo iremos todos juntos al gran parque HH de Stellingen.

—¡Yujuuu! —gritaron los niños, tan alto que los clientes de las mesas cercanas se volvieron irritados hacia ellos y Martha tuvo que llevarse un dedo a los labios con rapidez para mandarlos callar.

El parque HH, que debía su nombre a las iniciales de su propietario Hugo Haase, era un parque de atracciones en el que había tiovivos eléctricos. Pero su reclamo estrella era una montaña rusa velocísima, compuesta de vías en forma de ocho, que recorría un paisaje de valles y montañas. Los niños llevaban un tiempo deseando hacer una excursión al parque, pero las entradas eran muy caras y Paul había mantenido siempre la posición de que solo llevaría allí a su familia por algún motivo especial. El temor ante una amenaza de guerra pudo ser la causa de que se le ocurriera de forma espontánea esa idea. Al fin y al cabo, la mejor manera de dejar a un lado el miedo era contrarrestarlo con experiencias que proporcionaran alegría.

20

EL PARQUE DE Hugo Haase recibía a los visitantes con una puerta muy alta que parecía decorada a la manera de un templo griego y también de un arco del triunfo, en una mezcla peculiar. Era de color blanco, con relieves inspirados en el arte de la Antigüedad clásica y unas columnas muy estilizadas. Ante ella se alzaban varias astas que enarbolaban, alternativamente, la bandera de Hamburgo y la de Alemania. Los niños miraron ilusionados la fabulosa entrada al mundo de la diversión, del que tanto habían oído hablar.

Después de que Paul pagara las cinco entradas para su familia, los dejaron atravesar la puerta. La contemplación de ese país de las maravillas los dejó a todos boquiabiertos, incluso a Martha. Lo primero que le llamó la atención fue un gigantesco telón de fondo de una montaña, delante del cual un tren abierto recorría zumbando valles y montañas. Era la famosa montaña rusa en forma de ocho, en la que solo se montaban los más valientes. Dado que la familia Studt se componía exclusivamente de padres e hijos valientes, la visita al parque HH tuvo que inaugurarse con un viaje en ese tren.

—Si alguno se marea y le dan náuseas, no importa demasiado; al fin y al cabo, todavía no hemos almorzado —dijo Paul con su característico pragmatismo, y les guiñó el ojo.

Aunque todavía era temprano, ya se había formado una cola delante de la montaña rusa. Pero como en el tren cabían treinta personas a la vez, pues constaba de tres vagones, cada uno de ellos con cinco filas de asientos para dos, no tuvieron que esperar mucho.

—En realidad, la nena es todavía demasiado pequeña —dijo el encargado mirando a Ella, justo cuando iban a subir a la atracción.

—¿Y si la sujeto con fuerza sobre mi regazo? —preguntó Paul.

—Bueno, usted es un hombre fuerte; no pasará nada.

Los dos chicos tomaron asiento delante en el primer vagón, mientras Martha, Paul y Ella accedieron al de atrás.

Pronto empezó la aventura. Aunque el tren no iba más deprisa que

un tranvía corriente, las curvas cerradas, los ochos y el continuo subir y bajar provocaban un cosquilleo en la tripa de los viajeros que daba lugar a fuertes gritos de júbilo. Incluso las señoras más soberbias se convertían allí en alegres chiquillas. Ella y su padre competían por ver quién lanzaba más chillidos, como los chicos, que iban delante, y hasta Martha notó una incontenible sensación de felicidad. Enseguida le acudió a la memoria el velocísimo viaje que hizo con Milli en su Cabriolet. También entonces se había sentido feliz, pero aquello era algo completamente distinto. El parque de atracciones HH aseguraba la diversión en todos los sentidos.

—¡Ha estado genial! —dijo Rudi cuando se apearon—. ¿Nos montamos otra vez?

—Sí, pero no ahora, será mejor como remate final —dijo Paul—. Ahora vamos a ver qué más sorpresas hay por aquí.

Y realmente había muchas. Además de tiovivos con caballitos de madera y coches de bomberos, disfrutaron de una atracción de autos donde lo divertido era chocar unos con otros. Otra consistía en un enorme tobogán acuático por el que el visitante se deslizaba montado en unos botes pequeños hasta caer en una gran piscina.

—Pero tengan cuidado —dijo el encargado, cuando se subieron—. Más vale que sienten a los chicos delante, que es donde más salpica el agua, porque a ellos les dará igual.

—No se preocupe; de todas maneras, los chicos van siempre a la cabeza —dijo Paul, y a Rudi y Fredi les dio la risa.

El recorrido del tobogán acuático era más rápido aún que la montaña rusa. Martha cerró los ojos un momento y para cuando los abrió ya habían llegado a la piscina. Los dos hermanos no cesaban de vocear con entusiasmo, pese a que tenían los trajes de domingo tan empapados como si hubieran estado bajo la lluvia sin paraguas. Por suerte, hacía calor y enseguida se les secaron por completo las salpicaduras.

—¿Qué tal si vamos a comer algo? —preguntó Martha—. Allí detrás hay un bonito restaurante con vistas a la montaña rusa.

—¡Ay, sí, tengo un hambre canina! —gritó Rudi.

—Tú siempre tienes hambre —dijo Paul, acariciando cariñosamente la cabeza de su hijo mayor.

LA EXCURSIÓN AL parque HH fue para los niños una experiencia inolvidable que rememoraban de continuo en sus conversaciones. Su madre se alegraba mucho de haber disfrutado con su familia de esos momentos de despreocupación y felicidad, pues la situación política mundial se agravaba cada vez más y le preocupaba el futuro.

Ya al día siguiente, los periódicos informaron de que el káiser había interrumpido su viaje a Nordland, pues parte de la flota británica había sido movilizada. La sensación de encontrarse rodeados de enemigos era cada día más angustiosa.

El 28 de julio, Austria declaró la guerra a Serbia, pero al mismo tiempo el periódico socialdemócrata Hamburger Echo convocó una protesta contra la incitación a la guerra. La resonancia que tuvo aquella convocatoria fue abrumadora, y Martha y Paul también participaron en la gran manifestación, mientras los niños se quedaron a cargo de Li-Ming, que esperaba que Heinrich regresara pronto de su viaje a América.

Ese martes, todo Hamburgo se llenó de socialdemócratas que se manifestaban a favor de la paz. Por desgracia, llovía a cántaros. Martha iba pegada a Paul, cuyo paraguas cubría a los dos en medio de la multitud, aunque pronto tuvieron los zapatos llenos de agua. Algunos abandonaron el itinerario por el mal tiempo, pero Martha y Paul soportaron el aguacero, figurando así entre los que mencionaba el Hamburger Echo:

Una numerosa e incalculable multitud abarrotó las calles y las plazas y resistió, pese a la lluvia torrencial, hasta que la unánime aprobación de las ponencias y de la resolución puso el punto final a la convocatoria y todos, sin incidentes, regresaron a sus casas. Qué diferencia entre esta manifestación y la de la chusma nacionalista que, incitada últimamente por músicos de café pagados y por ediciones extra de periódicos sensacionalistas, ha sido arrastrada hacia un absoluto delirio chovinista.

A última hora de la tarde, cuando ya estaban descansando en la sala de estar, dijo Paul:

—Algunos camaradas me han preguntado antes si los acompaño mañana a la sala asamblearia de la empresa de transbordadores de Sagebiel, en Blankenese. Allí se van a reunir los belicistas para dar un mitin patriótico. No queremos dejar que eso suceda sin intentar al menos convencerlos con argumentos. Pero no me extrañaría que se desatara la violencia.

Martha respiró hondo.

—¿Dejan ir a las mujeres?

—¿Quieres venir tú también?

Martha asintió con la cabeza.

—A veces la presencia de mujeres apacigua a los hombres airados. Y, si no, siempre contaré con tu protección. Pero no me pienso quedar

aquí, en casa. Quiero hacer todo lo necesario para poner freno a esta locura, y, aunque no lo consigamos, al menos podré decirme a mí misma que lo he intentado.

—Sabía que me había casado con una mujer estupenda. Gracias, Martha, por estar siempre de mi lado. —Y la besó con dulzura.

EL ACTO EN la empresa de transbordadores de Sagebiel fue un asunto puramente patriótico en el que los nacionalistas hablaron sobre la amenaza a la patria por fuerzas extranjeras sin dar cabida a voces críticas. Martha y Paul se sentaron al fondo, mientras dos amigos de Paul intentaban una y otra vez hacerse oír con comentarios críticos, haciendo lo posible por explicar a los oyentes que una guerra solo traería consigo sufrimiento y penurias para todos.

Cuando el ruido y los insultos a los rusos, los franceses e incluso a los ingleses alcanzó un volumen casi insoportable, Paul se levantó.

—¿Recuerda todavía alguien cómo los británicos y otros numerosos trabajadores de los puertos europeos nos apoyaron hace dieciocho años durante la Gran Huelga? —gritó—. Entonces la cuestión no eran las naciones, sino el bienestar de las personas. Y el bienestar de la gente nunca se ha logrado a través de la violencia de las armas, sino solo mediante una colaboración que traspase las fronteras entre los países.

—¡Vaya, uno de los apátridas que se oponen a la ley y el orden predicando la unión de los proletarios de todos los países! —gritó el orador al que había interrumpido Paul—. ¡Esa huelga fue una rebelión contra el orden, y los ingleses os apoyaron a los agitadores para debilitar al Reich alemán!

—¡Claro que sí! —vocearon varios hombres—. ¡Los socialdemócratas sois el enemigo interno! ¡Pactáis con el enemigo exterior y hasta venderíais a vuestra propia abuela con tal de conseguir vuestros objetivos políticos!

Cuando alguien dio un viva en honor al káiser, todos los allí presentes se pusieron de pie, mientras Paul volvió a sentarse en un gesto ostensible junto a Martha y sus camaradas, que también permanecieron sentados.

Aquello ya fue el colmo para los acalorados ánimos de quienes se denominaban patriotas. Al instante, unos hombres arremetieron contra Paul y sus amigos, para echarlos a puñetazos de la sala asamblearia. Martha se interpuso y recibió un golpe en la cara que iba dirigido a su esposo. Le pegaron en la barbilla con tanta violencia, que cayó al suelo y lo último que oyó fue el grito furioso de Paul cuando se abalanzó contra el agresor.

Martha volvió en sí cuando ya había intervenido la policía para poner orden.

—¿Estás un poco mejor? —le preguntó Paul, poniéndole un paño húmedo en la barbilla.

—Sí, estoy bien —dijo Martha, y se incorporó.

El hecho de que los patriotas se hubieran atrevido a pegar a una mujer, evitó que hubiera denuncias contra los socialdemócratas, y al día siguiente el Hamburger Fremdenblatt criticó la conducta de los patriotas: «Que los perturbadores que permanecieron sentados durante la aclamación del káiser fueran obligados a abandonar la sala, es comprensible. Pero que algunos la emprendieran a puñetazos con ellos está, sin duda, fuera de lugar, teniendo en cuenta la gravedad de la situación actual».

MARTHA LUCÍA LA visible herida en la barbilla con orgullo, y a cuantos se lo preguntaban les contaba que los denominados patriotas no anhelaban la guerra para proteger a la patria. Lo único que querían era desplegar una violencia desenfrenada, pues ni siquiera tenían reparo en derribar al suelo a respetables madres alemanas solo porque estas defendían la paz.

Pero al final, sus desvelos no sirvieron de nada. El 31 de julio, el káiser proclamó el estado de «peligro inminente de guerra» y los soldados desfilaron por todo Hamburgo. A la cabeza iba un oficial a caballo que se detenía en el mercado del ayuntamiento y en otras plazas públicas para dar lectura a un decreto imperial sobre la proclamación del estado de guerra.

Martha se enteró de la infausta noticia en el consultorio y, a continuación, anuló todas las citas que tenía pendientes y corrió hacia la casa de Li-Ming, que le abrió la puerta con Arthur en brazos.

—¿Tan temprano? —preguntó esta extrañada.

—Sí, es importante. —Martha entró—. El káiser ha proclamado el estado de guerra. Tenemos que actuar a toda velocidad y sacar de la Caja de Ahorros todo el dinero que podamos, y comprar también comestibles.

Li-Ming miró a Martha asustada.

—¿Tengo que coger la libreta de ahorro?

—Sí. Y saca todo lo que puedas. En caso de que nos obliguen a hacer empréstitos de guerra, no deben encontrarnos ningún dinero —dijo Martha—. Y, si racionan los alimentos, quiero tener desde ahora los suficientes en casa, ¡y tú también deberías hacer lo mismo!

Li-Ming asintió, dejó al pequeño Arthur en su cochecito, cogió la libreta de ahorro de Heinrich y siguió a Martha.

Al parecer, muchos hamburgueses habían tenido la misma idea, pues tanto en la Caja de Ahorros como en las tiendas de comestibles se habían formado largas colas. Martha no recordaba ninguna hilera de personas en la Caja de Ahorros que hubiera llegado nunca hasta la calle. Confió en que hubiera suficiente dinero en el banco hasta que les tocara su turno.

Cuando por fin llegaron a la ventanilla, Martha quiso sacar los seiscientos marcos que Paul y ella habían ahorrado a lo largo de los años para el futuro de sus hijos, pero el empleado de la ventanilla le dijo que el pago, debido a la gran afluencia de gente, quedaba limitado a cien marcos. Martha refunfuñó para sus adentros, aunque, por otra parte, lo comprendía. En los próximos días intentaría hacerse con el resto del dinero.

Li-Ming no tuvo ese problema, dado que Heinrich solo contaba con setenta marcos en la libreta de ahorro.

A continuación, fueron a la tienda de comestibles y compraron latas de conserva, arroz, legumbres, harina y azúcar. Ambas metieron la compra en el cochecito de Arthur, empujado por Li-Ming, mientras Martha llevaba al niño en brazos, ya que a su cuñada, con los pies vendados, le resultaba más fácil empujar el cochecito que sostener durante mucho tiempo al niño.

—¿Va a estallar la guerra? —preguntó Li-Ming con temor—. ¿Qué será entonces de Heinrich? ¿Volverá?

—Claro que volverá —dijo Martha—. Es capitán de un barco mercante; no está en la marina de guerra.

PAUL SE SINTIÓ aliviado al comprobar que Martha y Li-Ming ya habían hecho acopio de provisiones para varias semanas. Él llevó el sobre de la paga directamente a casa, sin pasar por la Caja de Ahorros. Más valía guardar el dinero donde nadie podría obligarlos a hacer empréstitos de guerra ni a congelar las cuentas.

El 1 de agosto Francia se movilizó y hubo rumores de ataques aéreos rusos y franceses en territorio alemán. A las 17.00 horas, el Reich alemán anunció a su vez la movilización de sus tropas. En vista de la inminente situación de amenaza por la movilización de toda Europa, el Hamburger Echo publicó lo siguiente:

Según todos los indicios, Alemania se encuentra hoy en vísperas de una guerra defensiva contra el criminal zarismo. Lo que en este momento de máximo peligro puede proteger a nuestro país y su cultura es sobre todo una cosa: la unión incondicional de todas aquellas fuerzas que deseen sinceramente el bienestar del pueblo.

El domingo, 2 de agosto, Martha leyó en la edición matinal del periódico un informe sobre la movilización alemana. Al mismo tiempo, percibía sorprendida que en el espíritu de la mentalidad patriótica se fomentaba una germanización de la lengua y ya no se utilizaban préstamos franceses como trottoir y chaiselongue, sino que un alemán verdaderamente patriota tenía que decir «acera» y «sofá».

—En ese caso, siempre hemos sido unos auténticos patriotas —opinó Paul, pero su sonrisa parecía forzada. Estaba muy preocupado.

También se hacía evidente la angustia de Martha, sobre todo cuando leyó, momentos después, que un médico francés, con la ayuda de dos oficiales disfrazados, había intentado envenenar con bacilos del cólera una fuente en Metz. De inmediato le acudió a la mente la epidemia de cólera del verano de 1892, y la enfermera se preguntó cuánto habría de verdad en esa historia. En cualquier caso, la noticia provocó mucha inquietud, y el resurgimiento del odio al histórico enemigo francés, que recurría a unos métodos tan inhumanos.

El 4 de agosto, Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania por la ocupación de Bélgica. El canciller del Reich Bethmann-Hollweg declaró que la ocupación de Bélgica había sido en legítima defensa, y el káiser Guillermo exclamó: «Yo no conozco ya partidos. ¡Solo conozco a los alemanes!».

A continuación, el Reichstag o Parlamento autorizó con los votos del Partido Socialdemócrata Alemán créditos de guerra superiores a 5,3 mil millones de marcos imperiales, una suma que a Martha le producía mareos. ¡Destinaban tanto dinero solo para la guerra! ¡Qué cantidad de cosas se podrían haber hecho con esa cantidad en beneficio de la población más pobre! Por otra parte, Martha se debatía esos días en un mar de dudas. Estaban en entredicho sus propias ideas. La declaración de guerra de los ingleses obligaba a Alemania a tener que defenderse. En el fondo se trataba de algo similar a lo que había dicho Paul: muchas fuerzas políticas extranjeras estaban interesadas en debilitar y dañar a Alemania. ¿Cuál era ahora su obligación? ¿Podía uno manifestarse con buena conciencia por la paz, cuando estaban siendo atacados desde fuera? ¿No equivalía eso a una inmediata capitulación?

Ya no había respuestas sencillas a todas las preguntas que la asaltaban.

21

LA DECLARACIÓN DE guerra por parte de Inglaterra fue un punto de inflexión. A partir de ese momento la población ya no albergaba ninguna duda. El Reich se hallaba efectivamente rodeado de enemigos. Rusia, Francia e Inglaterra se habían opuesto a la alianza de Austria-Hungría y Alemania. La guerra amenazaba por todas las fronteras.

Para asombro de Martha, no reinaba el miedo entre la gente, sino una ilusión generalizada. Numerosos hombres jóvenes se enrolaban de forma voluntaria, y algunos que habían aprobado la instrucción militar básica se ponían a disposición del ejército como reservistas. Como todavía había suficientes voluntarios, nadie era llamado a filas, y eso la tranquilizó. Antes de iniciar la carrera de Ingeniería Mecánica, Paul había prestado el servicio militar básico, por lo que su nombre estaba en las listas de los reservistas. Tenía la esperanza de que la guerra terminara pronto, pues los mayores de cuarenta años no eran los primeros en ser llamados a filas; pero también confiaba, por otra parte, en que el astillero de Gustav Wolkau fuera considerada una empresa importante para la guerra y, por consiguiente, no se pudiera prescindir de ningún ingeniero.

De todas maneras, era de los pocos que adoptaban esa postura, pues parecía como si hubiera un virus en el aire que llevaba a los hombres a un auténtico paroxismo bélico. Ahora que los estaban atacando desde el exterior y que parecían amenazados por todos los flancos, se presentaban voluntarios cada vez mayores que desatendían así sus obligaciones familiares. Martha no podía entenderlo. Sin duda, para algunos trabajadores del puerto la paga era una mejora, y las familias de los soldados recibían asistencia por parte del Estado cuando estaban necesitadas, pero ¿qué pasaría si el padre volviera de la guerra mutilado o si no regresara?

Sin embargo, durante esos primeros días la muerte era solo una imagen abstracta de las leyendas heroicas, en las que morir por la

patria se consideraba la coronación de una vida valerosa. Cada vez oía con más frecuencia cómo hombres jóvenes ilustrados citaban la Ilíada de Homero y se comparaban con Aquiles, que tenía la opción de elegir entre una vida breve y significativa o una existencia larga e insignificante. No contemplaban siquiera la posibilidad de que un hombre también podía tener una vida tan breve como insignificante.

Aunque la guerra todavía parecía muy lejana, pronto se empezaron a notar las primeras consecuencias en Hamburgo. Los británicos impusieron un bloqueo marítimo y declararon zona de guerra todo el mar del Norte. Poco después del inicio de la guerra, Heinrich consiguió con mucho esfuerzo llevar el Fortuna con su carga hasta el puerto de su ciudad.

—Los ingleses no tienen ningún reparo en detener a los barcos neutrales y registrarlos, pese a que eso va contra el derecho internacional —dijo Heinrich amargado—. Y si alguien procedente de los Estados neutrales quiere comerciar con nosotros, le confiscan la mercancía. ¡No podemos permitir que eso ocurra!

Martha vio los ojos brillantes llenos de ira de su hermano.

—¿Y qué vas a hacer para impedirlo?

Heinrich se puso de pie.

—Ahora ha llegado mi hora, Martha. En tiempos de paz, los barcos veleros estuvieron a punto de perder la justificación de su existencia. Todo el mundo apostaba solo por los buques de vapor. Ahora, en cambio, puede ser una ventaja que el barco sea pequeño y pase desapercibido. Estoy en contacto con la marina de guerra y pienso colaborar para romper el bloqueo.

Martha se quedó ojiplática.

—¿Eso no es peligroso?

—Qué va. Conseguimos unos cuantos letreros intercambiables con nombres de barcos y banderas falsas, y en cuanto nos acerquemos a la zona peligrosa, convertiré el Fortuna en un velero sueco. Ahora estamos reformando la bodega de carga para que esta quede dividida en dos. Las mercancías no comprometedoras con destino a un supuesto puerto de Suecia serán almacenadas a la vista; debajo habrá un doble fondo donde irán las mercancías realmente importantes para la guerra.

—¡Pero si no hablas sueco!

—No, pero mi suboficial es bilingüe, pues su madre es sueca. —Heinrich sonrió—. Él hará el papel de capitán cuando nos registren los ingleses. A Lora tendré que dejarlo con Li-Ming. Ese papagayo tan parlanchín habla demasiado en alemán. —Heinrich esbozó una sonrisa aún más amplia.

—¿Y si te desenmascaran? ¿Qué pasará entonces?

—Entonces nos arrestarán y nos internarán en algún sitio hasta que termine la guerra. Pero el riesgo merece la pena; además, eso no pasará. Ya me he ocupado de conseguir acreditaciones suecas auténticas para la tripulación. Los británicos procurarán no discutir con los marineros de una nave neutral que lleva mercancías a su propia patria sin comerciar con Alemania.

—¿Y no piensas en Li-Ming y en Arthur?

—Claro que sí, pienso todo el rato en ellos. No quiero que padezcan hambre ni necesidades. Y por eso tengo que hacerlo.

LI-MING SE INQUIETÓ al enterarse del plan de Heinrich, pero no puso ningún reparo, porque al mismo tiempo se alegraba de que no tuviera que ir a la marina de guerra. Un capitán de un barco mercante que hacía contrabando de mercancías cerca de los enemigos no era tan peligroso como un hombre en un buque de guerra o en uno de los modernos submarinos. Desde ese punto de vista, Li-Ming tenía razón. De este modo Heinrich se libraría de que lo llamaran a filas para el servicio en el frente.

El padre de Martha estaba muy orgulloso de su hijo, sobre todo cuando, unas semanas más tarde, regresó por primera vez a Hamburgo con la bodega del barco llena de comestibles y de material necesario para la guerra.

De hecho, los alimentos y el carbón se habían convertido en un bien escaso. Aunque el Reich alemán disponía de su denominado granero, que consistía en grandes yacimientos de carbón en la Prusia Oriental y en Silesia, el aprovisionamiento de la maquinaria de guerra y de las tropas combatientes tenían preferencia, y así todas las mercancías procedentes del este iban al frente ruso.

Los precios subían sin cesar, y mientras los ciudadanos pudientes refunfuñaban, pero poseían lo suficiente para vivir, las familias pobres del Barrio de los Callejones pasaban hambre. Sobre todo, las muy numerosas, cuyos padres estaban en el frente.

La Asociación de Mujeres podía contribuir con lo que parecía solo una gota en el océano, y por eso Martha agradeció poder reanudar su amistad con la misionera de calle Bertha Keyser. La enfermera Bertha se había propuesto como objetivo ayudar a los niños abandonados. No le importaba hacer largas excursiones con sus pupilos a zonas rurales para mendigar alimentos a los campesinos. Durante la época de la cosecha todavía podían contar con un surtido de donativos, pero en invierno nadie tenía nada que regalar, aunque las Navidades estuvieran ya a la vuelta de la esquina.

Martha recordaba bien que, al principio de la guerra, la gente estaba convencida de que para las Navidades todo habría terminado. Lo que sucedió, sin embargo, fue más bien todo lo contrario: la contienda se recrudeció. Las tropas alemanas, pese a los éxitos iniciales, habían quedado estancadas en tierra de nadie, entre Bélgica y Francia; la guerra en el este también iba para largo, y los ingleses intentaban que la población muriese de hambre por medio de su bloqueo marítimo.

Al menos, Martha y su familia tuvieron alimentos en Navidades, pues pocos días antes de la Nochebuena, Heinrich había regresado por segunda vez a Hamburgo tras un viaje de bloqueo coronado por el éxito, llevando a bordo suficiente comida, y hasta un ganso, para todos ellos.

Cuando la gran familia se reunió para celebrar la Nochebuena en casa de Martha y Paul, a Heinrich lo asediaron a preguntas sus sobrinos, que estaban deseosos de que les refiriese sus aventuras.

—¿Es de verdad tan peligroso? —preguntó Rudi—. ¿Es verdad que los ingleses han minado el mar del Norte? ¿Has visto alguna vez cómo explota una de esas minas?

—Bah, los ingleses tropiezan una y otra vez con su propio clasismo, porque son demasiado refinados como para aprender lenguas extranjeras. Ni siquiera reconocen la diferencia entre el habla coloquial hamburguesa y el sueco, pese a que mi suboficial Olaf se esfuerza mucho por hablar en su idioma con acento sueco cuando pasamos por los puestos de control. Hay diferentes tácticas para romper sus bloqueos. Los barcos rápidos intentan evitarlos, pero nunca se sabe con precisión dónde están las minas. Todavía no me ha tocado ver explotar ninguna, pero sí he visto el daño que pueden causar. Es probable que el Fortuna quedara destrozado, mientras que un gran buque de vapor a lo mejor no se hunde si cierra a su debido tiempo los mamparos y no es alcanzado de lleno. Nosotros tenemos una táctica muy distinta. Cuando divisamos un punto de control británico, enseguida ponemos rumbo a los ingleses y les preguntamos descaradamente qué es lo que quieren. Al fin y al cabo, navegamos con una bandera sueca. Y un velero tan pequeño, tan indefenso y sin armas, ni siquiera los preocupa. Y tampoco recelan, pues somos nosotros mismos quienes nos dirigimos a ellos. Espero que dentro de poco tiempo ya nos conozcan y se limiten a dejarnos pasar haciéndonos señas.

—Eso suena muy fácil —opinó Paul—. Creía que los ingleses eran más listos.

—Bueno, si eso lo hicieran todos, quizá se olieran algo, pero la

mayoría procura evitar los puntos de control. La última vez, el inspector inglés incluso llegó a advertirnos de los alemanes que navegan con una bandera falsa. Decía que él los reconocería de inmediato, porque a los alemanes les falta esa jovial camaradería que reina en la marina sueca. Por supuesto, Olaf le dio enseguida la razón y, luego, todos nos echamos a reír.

—¿Y cuándo tienes que volver a marcharte? —preguntó Martha.

—Como muy pronto, a finales de febrero; antes sería demasiado arriesgado, porque entonces hasta el inglés más estúpido desconfiaría de por qué un país neutral envía en pleno invierno un velero de cuatro palos hacia la zona de guerra.

—¿Y luego qué harás durante tanto tiempo? —preguntó Rudi.

—Planes para los siguientes viajes. Todo debe ser minuciosamente preparado: qué mercancías de guerra en concreto hacen falta, dónde puedo obtenerlas y cómo las podremos traer a Hamburgo de la manera más discreta posible. La vuelta a casa a través del bloqueo es una cosa, pero antes tenemos que llegar a los puertos de destino, donde compramos las mercancías. Durante el viaje siempre cambiamos varias veces de identidad.

Esa Nochebuena, Heinrich siguió narrándoles sus aventuras en el mar, y cuantos más detalles contaba, más tranquila se sentía Martha. Hasta Li-Ming, que se alegraba de que su esposo se quedara en casa durante las semanas más frías del invierno y la ayudara con el niño, parecía muy satisfecha de sus hazañas de capitán.

22

EN LA PRIMAVERA de 1915, la guerra perdió definitivamente la aureola de una gran aventura, pues para entonces las noticias de los caídos formaban parte de la vida cotidiana y había corrido la voz de que la muerte por la patria no era dulce ni honrosa, sino que estaba llena de dolor y amargura.

A veces Martha tenía la sensación de que las familias cuyos sustentadores regresaban mutilados de la guerra, eran las más afectadas. La pensión de invalidez rara vez llegaba para asegurarse el sustento, y con bastante frecuencia aquellos hombres, desesperados, caían en el alcoholismo, padecían una depresión o incluso se volvían violentos.

Los que mejor se recuperaban eran los que solo habían perdido una pierna. La protésica había avanzado mucho, y si les quedaba suficiente muñón en la pierna, los hombres podían andar con una prótesis de la rodilla al tobillo casi con total normalidad. Más grave era cuando había que amputar por encima de la rodilla. Por la calle cada vez se veían más hombres con una sola pierna que llevaban el muñón del muslo envuelto en una de las perneras del pantalón y avanzaban con muletas a duras penas.Tampoco servía de nada a esas alturas de la contienda que a los niños les dieran en el colegio «vacaciones por la victoria» cada vez que el ejército conseguía algún éxito, por muy insignificante que este fuera.

La campaña de Francia seguía estancada. Había informes sobre heroicos combates aéreos en donde los pilotos rivales de los biplanos se consideraban a sí mismos como «jinetes de los aires», solo para acabar disparándose y matándose los unos a los otros. Martha leyó en el periódico un artículo sobre cañones de tan gran calibre, que disparando una sola bala podían destruir casas enteras desde varios kilómetros de distancia. Ciudades francesas habían sido víctimas de tales ataques, por lo que la enfermera agradecía que la guerra no estallara ante la puerta de su casa. Por más que el gas y el carbón

estuvieran racionados y por muchas colas que tuvieran que hacer para obtener alimentos, al menos no tenían por qué temer que los bombardeos los dejaran sin techo.

En los primeros meses del año 1915, Martha se ocupó sobre todo de los soldados que volvían heridos de la guerra y que, después de que les dieran de alta en los lazaretos, seguían necesitando apoyo y cuidados médicos. Las heridas mal curadas requerían a menudo un tratamiento quirúrgico, lo que dio lugar a que Martha, por primera vez desde su despido del hospital Eppendorf, volviera a ver con regularidad al doctor Liebknecht, a quien informaba sobre sus pacientes en régimen ambulatorio. Para entonces el cirujano era médico jefe interino de la clínica de cirugía y guardaba muy buen recuerdo de Martha. En su día, había lamentado mucho que ella tuviera que abandonar el hospital, pero no había tenido la suficiente influencia para evitarlo. En aquella época la había reemplazado su enemiga acérrima Auguste Feldbehn, una enfermera de quirófano que, por desgracia, seguía trabajando allí. Pero a Martha no le gustaba quejarse. Entre Auguste y ella reinaba desde hacía muchos años un armisticio, y estaba convencida de que su oponente tenía mucho interés por mantenerlo. Cuando se veían, se limitaban a saludarse con cortesía y a intercambiar la información necesaria acerca de los pacientes.

CUANDO LOS SOLDADOS que volvían de la guerra gravemente heridos eran hombres a los que Martha no conocía de antes, todo le resultaba en cierto modo tolerable. El mayor desafío, sin embargo, lo experimentó unos meses más tarde, durante un verano demasiado caluroso en Hamburgo, cuando una noche se encontró en el buzón una carta de Joseph Kellermann.

Se extrañó de que Joseph la escribiera, porque solo lo conocía de vista. En los últimos años se había convertido en uno de los personajes más destacados del mundo del hampa hamburgués. Poseía varios establecimientos de diversión en el barrio de St. Pauli, desde elegantes salas de baile hasta burdeles de mala fama. Aparte de eso, regentaba un comercio activo con fotografías eróticas y tomas cinematográficas indecorosas, actividad que estaba prohibida. Pero Joseph había comprado mediante la extorsión o el soborno a los necesarios funcionarios influyentes de la policía hamburguesa, de modo que nadie lo molestaba en sus oscuros negocios, a los que durante los primeros meses de la guerra se había añadido el mercado negro con los artículos racionados. Martha siempre había recelado de Joseph; en cambio, con su hermano pequeño, Moritz, le unía una amistad de

muchos años. Moritz era, en muchos sentidos, lo contrario a él, pues, aunque también se había criado como hijo del dueño de un prostíbulo, tras una breve carrera como «gorila» en St. Pauli, se había despedido de ese ambiente y se había alistado en el ejército, donde había llegado a obtener el rango de sargento mayor. Desde entonces, Martha lo había visto con escasa frecuencia.

¿Qué querría Joseph de ella? Abrió la carta y la leyó:

Querida Martha:

Me dirijo a ti para saber si puedes hacerme un gran favor. Hace tres meses, mi hermano Moritz fue gravemente herido en el frente por un lanzallamas. Las quemaduras presentaban tanta gravedad, que ha perdido el brazo y la pierna derechos. Por suerte, tiene la cara intacta. Durante mucho tiempo no sabíamos si iba a sobrevivir a las graves quemaduras, pero es de constitución fuerte. Hace una semana lo trajeron de vuelta a Hamburgo en una ambulancia de heridos. Sigue necesitando morfina, porque las quemaduras todavía no se le han curado del todo, pero le he adjudicado en mi casa una bonita habitación, donde tiene todo cuanto necesita. La cuestión es que Moritz ha perdido las ganas de vivir. Me ha suplicado que ponga fin a su sufrimiento; hasta ese punto llegan sus penas… no solo del cuerpo, sino también del alma. Pese a todo lo que le ha ocurrido, espero que se recupere y la vida vuelva a tener un sentido para él. El dinero no es un problema; puedo pagarle todo lo que necesite. Tú lo conoces desde hace años y sabes cómo es mejor que nadie. Además, eres una magnífica enfermera. Por eso te pido que te ocupes de él. Porque si alguien es capaz de darle nuevos ánimos para seguir viviendo, esa eres tú. Como sé que tus servicios son muy codiciados en estos tiempos tan difíciles, has de saber que, por supuesto, te proporcionaré todos los bienes que en la actualidad son tan escasos y difíciles de conseguir, con los que podrás ayudar tanto a tu propia familia como a quienes más quieras.

¿Podrías venir mañana a mi casa para hablar del resto de asuntos y hacer una primera visita a Moritz?

Atentamente,

Joseph Kellermann

«¡Oh, Dios mío! —se dijo Martha—. ¿Qué te ha pasado, Moritz?» Le acudió a la mente el día en que Milli se lo presentó. Fue en el año del cólera. Ella acababa de empezar a trabajar como auxiliar de enfermería; aún era joven y tímida. De ahí que no supiera defenderse de las agresiones sexuales de un enfermero jefe. Cuando se lo contó a

Milli, esta le pidió a su amigo y admirador Moritz que le enseñara a Martha cómo podía una mujer defenderse eficazmente de un acosador. Resultó ser un buen maestro, pues el enfermero jefe tuvo que pagar su siguiente agresión con los testículos doloridos y la autoestima por los suelos.

JOSEPH KELLERMANN VIVÍA en una villa que había comprado hacía solo tres años. En toda la ciudad era conocido como una autoridad en St. Pauli, pero como nadie podía demostrar sus irregularidades, sus distinguidos vecinos tenían que soportar a regañadientes que viviera a su lado un sospechoso advenedizo que ganaba dinero con el afán de diversión y la inmoralidad que reinaban en el puerto.

Martha llevaba mucho tiempo sin ver a Joseph. En aquella época no llamaba la atención entre los hombres del puerto; iba vestido como ellos. Ese día, sin embargo, cuando la criada la condujo hasta su despacho, enseguida se dio cuenta de que había renunciado a sus viejos círculos sociales. Al menos, de cara al exterior, pues en lugar de la sencilla camisa de marinero, ahora lucía un elegante traje de color gris marengo con el que habría encajado sin problemas en un grupo de distinguidos senadores.

—Gracias por haber venido tan pronto —dijo Joseph, mientras salía a su encuentro tendiéndole la mano.

—Por supuesto que he acudido en cuanto he podido —contestó Martha—. Tu carta me ha dejado conmocionada. ¿Cómo está Moritz? ¿Sabe que me has escrito?

Joseph negó con un movimiento de cabeza.

—Está destrozado, lleno de tedio vital, y no quiere ver a nadie. Pero sobre todo creo que no quiere que nadie lo vea así. —Joseph tragó saliva, y Martha notó lo mucho que le importaba la suerte de su hermano.

—Entonces, ¿le parecerá bien que lo visite yo? —preguntó Martha con voz queda.

—¿Acaso les parece bien a los niños que les pongan la inyección de una vacuna? —contestó Joseph, retórico—. Hay medicinas eficaces que son dolorosas y desagradables, pero que, sin embargo, surten su efecto.

—Una parábola interesante —constató Martha—. Antes no hablabas de una manera tan refinada.

—No es mía. Es una cita de nuestro médico de cabecera, el doctor Bogner.

—No lo conozco. ¿Tiene la consulta por aquí cerca?

Joseph asintió por toda respuesta.

—Ven, te acompaño a ver a Moritz.

Moritz ocupaba una habitación espaciosa en la planta baja que tenía una ventana grande con vistas al Elba y a los barcos que pasaban por allí. Del gramófono pegado a la pared salía una música a un volumen casi inaudible.

A primera vista no se reconocía la grave lesión de Moritz, ya que el edredón de la cama tapaba su cuerpo mutilado. Cuando oyó que alguien entraba en su habitación, abrió los ojos y levantó la cabeza. Seguía siendo un hombre atractivo, pese a que su mirada resultaba vacía y cansada.

—¿Martha? —preguntó—. ¿Se puede saber qué haces aquí? Le tengo dicho a Joseph que no deje entrar a nadie. No deberías haber venido.

—¿Por qué no? —dijo Martha, acercando una silla hasta la cama —. ¿No crees que los amigos están para ayudarse en tiempos difíciles? —Se sentó y lanzó una breve mirada a Joseph, que abandonó la habitación.

—Ya no hay ayuda que valga —dijo Moritz con un hilo de voz—. Mi vida se ha acabado.

Martha le cogió la mano.

—He venido para traerte de nuevo a la vida —dijo—. Siempre queda la esperanza.

—¿Te ha contado Joseph cómo estoy? —Sacó del edredón el muñón vendado del brazo derecho—. ¿Ves esto? Y de mi pierna derecha tampoco queda mucho. Al disponer de un solo brazo, ni siquiera puedo andar con muletas, y si no tomo morfina con regularidad, me duele todo el cuerpo. Es como si ya estuviera muerto.

—¿Y qué me dices de eso? —Martha señaló la silla de ruedas que había en un rincón de la habitación—. Con ese vehículo puedes moverte también fuera de la cama.

—Si tengo a alguien que me empuje. —Moritz respiró con dificultad—. Ya no puedo hacer nada solo, Martha. Estoy completamente incapacitado. Soy un inválido en un mundo colmado de dolores. Esto ya no es vida y nadie puede hacer nada por mí.

—Dale a tu cuerpo un poco de tiempo. Joseph me ha dicho que las heridas todavía no están curadas del todo. Seguro que poco a poco va remitiendo el dolor y entonces sacarás fuerzas para moverte.

—¿Cómo? ¡Si ya solo soy un medio hombre!

—En estos tiempos hay muchos hombres inválidos —dijo Martha —. Es espantoso, pero también da lugar a que los médicos estén trabajando en nuevos métodos quirúrgicos y en prótesis más

perfeccionadas. Hace unas semanas, el doctor Liebknecht me enseñó una prótesis que puede sustituir a un brazo. Por supuesto, no en toda su funcionalidad, pero donde debería estar la mano hay unas tenazas prensoras, lo que ya de por sí supone un gran alivio. ¿Cuánto te ha quedado de la pierna?

—Míralo tú misma. —Moritz le soltó la mano y apartó la colcha con la mano izquierda. El muñón llegaba hasta donde normalmente empezaba la articulación de la rodilla.

—¿Puedo abrir el vendaje?

Moritz asintió.

Con mucho cuidado, Martha dejó a la vista el muñón de la pierna. El tejido era de un rojo intenso y estaba cicatrizado, pero algunas partes aún seguían humedecidas. Aunque el muñón tenía un tamaño lo bastante grande como para poner una prótesis, la carne llagada y la piel destrozada imposibilitaban de momento el ajuste de la misma.

—El doctor Liebknecht me ha contado que en el hospital de Eppendorf están ensayando, en los casos de graves lesiones cutáneas, poner en las zonas dañadas piel sana de otras partes del cuerpo. A eso lo llaman trasplante de piel. En algunos casos ha sido posible colocar después una prótesis. ¿Me permitirías consultárselo al doctor?

—No servirá de nada.

—Bueno, aunque no sirva de nada, tampoco te puede perjudicar, ¿no crees? Solo puedes salir ganando. O bien el doctor Liebknecht confirma tus dudas, o bien diagnostica que quizá se pueda hacer algo. En tu mano está. Si el dinero no supone ningún problema, como dice Joseph, podrás recuperar sin la menor duda parte de tu movilidad. Y entonces se te brindará un mundo fuera de esta habitación.

—No obstante, seguiría siendo un inválido inútil.

—Eso habría que verlo. Desde luego, ya no volverás al ejército como sargento mayor, pero tu inteligencia no ha sufrido daño alguno. Tal vez puedas ser de utilidad para un trabajo de escritorio en la Administración militar. Además, serías un ejemplo para otros que están en una situación parecida a la tuya. No tienes ni idea de la cantidad de posibilidades que hay de volver a darle un sentido a tu vida, Moritz. Y, si tú lo deseas de veras, yo te ayudaré a conseguirlo.

—¿Y si todas esas esperanzas se van al traste? —preguntó él en voz baja—. ¿Y si ya no sirvo para nada y los dolores siguen siendo insoportables sin medicamentos?

—Siempre queda la esperanza, Moritz. Y yo estaré siempre ahí para mantenerla viva en tu corazón. No estás solo. Haz un esfuerzo y al menos permite que te examine el doctor Liebknecht.

Moritz cerró los ojos y, por un momento, Martha temió que dijera

que no, pero luego pareció cambiar de opinión.

—Está bien —dijo—. Lo intentaré.

23

EL CIRUJANO SE mostró dispuesto a hacerle una visita a Moritz en su casa, pese a que normalmente eso no figuraba entre sus costumbres. Por otra parte, el doctor Liebknecht trataba en aquellos momentos de crear una nueva especialidad de cirugía plástica y tratamiento protésico de los lisiados en la guerra; además, en unos tiempos tan difíciles, no venía mal contentar a una personalidad tan influyente como Joseph Kellermann.

Martha se hallaba presente cuando el doctor examinó por primera vez a Moritz en su habitación. El gesto escéptico de su rostro cuando inspeccionó las heridas no auguraba nada bueno. El muñón del brazo y de la pierna parecían inflamados y humedecidos; asimismo, el médico comprobó que Moritz tenía muchas quemaduras en el flanco derecho.

—Es un milagro que haya sobrevivido —fue su dictamen.

—Me encontraba un poco apartado —dijo Moritz en voz baja—. Los camaradas que estaban en medio del rayo de fuego murieron en escasos minutos. Nunca olvidaré los alaridos ni lo que vi. Tampoco mi mano, completamente carbonizada. Me revolqué por el suelo antes de perder la consciencia. Tal vez fue eso lo que me salvó la vida.

Durante unos momentos nadie dijo nada; pensar en lo que Moritz había vivido los dejó sin palabras. Y Martha se preguntó de nuevo cómo podían ser tan crueles las personas. Matar a alguien de un disparo era una cosa, pero ¿quemarle con un lanzallamas? Hacía falta ser muy sádico para idear una cosa así. Esa guerra carecía por completo de la honrosa lucha cuerpo a cuerpo entre dos hombres. Ya solo se trataba de aniquilar al enemigo, ya fuera con fuego, con gas o con granadas. Martha había tenido también ocasión de ver víctimas del gas, de las que se ocupaba el doctor Schlüter. Hombres cuya piel y pulmones estaban abrasados y que padecían incontables dolores y molestias. El doctor Schlüter se había interesado desde siempre por las enfermedades pulmonares y, sobre todo, por combatir la tuberculosis,

y ahora se había especializado en la abrasión de los pulmones por el gas mostaza. En la mayor parte de los casos, sin embargo, las lesiones internas eran tan graves que no se podía hacer nada. Casi todos los pacientes fallecían en pocas semanas, después de toser expulsando jirones de sus pulmones destruidos y de respirar con mucha dificultad.

Cuando Martha pensaba en esos hombres, se preguntaba quién tendría peor suerte: si Moritz con su minusvalía y los horribles recuerdos del fuego y la muerte, o los que regresaban para morir en breve. ¿Acaso era siempre estar vivo la mejor opción? En cuanto a Moritz, haría todo cuanto estuviera en su mano por animarlo a seguir con vida.

—Ha perdido una gran parte de piel sana —dijo por último el doctor Liebknecht—. Esa piel no es viable y la cicatriz está muy retraída y engrosada. Además, el tejido está hipersensible al tacto y muy friable. Si colocásemos una prótesis en estas condiciones, el muñón se descarnaría enseguida por muy bien revestido que estuviera.

—Así que no tiene ningún sentido —dijo Moritz suspirando.

—Existe una posibilidad —dijo el doctor Liebknecht—, pero no puedo darle ninguna garantía de éxito, ya que todavía nos encontramos muy al inicio de las investigaciones médicas. Podría extraer partes de piel sana del muslo izquierdo y de la pared abdominal, y trasplantarlos a los muñones del brazo y de la pierna derechos. Si todo se adhiere bien, entonces se podrían poner las prótesis. En el mejor de los casos, aprendería a caminar de nuevo o bien valiéndose de muletas o incluso solo con un bastón. Y podríamos sustituir la mano derecha por unas tenazas prensoras. Su manejo requiere habituación, pero para los movimientos motrices gruesos sería suficiente.

—Y si no sale bien, ¿tendré más heridas todavía en el cuerpo?

—Ese es el riesgo. Pero es una apuesta que podría merecer la pena.

—¿Ha tenido alguna vez éxito con una operación así?

—Dos veces. Si lo desea, puedo presentarle a los hombres.

—¿Y cuántas veces ha salido mal?

—Siete veces. Cuando se añaden infecciones y el tejido es rechazado, no se puede hacer nada.

—O sea, que ha salido mal con mayor frecuencia.

—Bueno, quizá le llene de esperanza saber que fueron las dos últimas operaciones las que salieron bien. Fui capaz de resolver algunos de los problemas que en los primeros experimentos condujeron al fracaso.

—Entonces me convertiría en su conejillo de indias, ¿no es así?

—En cierto modo sí, dado que aún no existe una terapia

establecida para una lesión tan grave.

Moritz apartó la mirada del doctor Liebknecht y la dirigió a Martha.

—¿Qué opinas tú?

—Yo te aconsejaría intentarlo. Saldrías ganando; no tienes nada que perder. Si no haces nada, todo seguirá como está. Pero, si pruebas, tal vez tengas la posibilidad de volver a andar algún día. Eso te compensaría cualquier pequeña lesión cutánea en la mitad sana del cuerpo.

—Tienes razón; la verdad es que no queda mucho de mí —contestó él con amargura.

—Sabes bien que no lo decía en ese sentido.

AL FINAL, MORITZ decidió arriesgarse a que lo operaran. Ya al día siguiente, el doctor Liebknecht mandó que lo ingresaran en el hospital de Eppendorf. De todas formas, Moritz puso una condición.

—Mientras me cortan por aquí y por allá, me gustaría que estuvieras presente —dijo.

—Sabes que ya no trabajo allí como enfermera —respondió Martha—. Y nunca es conveniente que alguien que tiene un vínculo personal con el paciente asista a la operación.

—Pues cuando dispararon a Paul, sí asististe a la operación —insistió Moritz.

—Porque antes no lo sabía. Llegó a la mesa de operaciones como un caso urgente. Esto es distinto.

—¿O sea, que no quieres?

Martha respiró hondo. Si era sincera consigo misma, después de tantos años como enfermera del puerto, nada deseaba más que hallarse de nuevo en el quirófano.

—Está bien —dijo—. Le preguntaré al doctor Liebknecht si no tiene ningún inconveniente.

Como era de esperar, este no puso ninguna objeción, pero Auguste Feldbehn, que llevaba años siendo la enfermera principal de quirófano, le manifestó su descontento a la enfermera jefe.

En consecuencia, esta misma citó a Martha. Su superior había obtenido la plaza en el hospital de Eppendorf mucho después de su despido, y solo conocía la vieja historia de oídas. En su caso, Martha no sabía si esa falta de información sería una ventaja o un inconveniente.

La enfermera Edelgard la recibió amablemente en su despacho. Lo primero que le llamó la atención a Martha fue que los recios muebles oscuros, que adornaban el despacho de la enfermera Hedwig hacía

más de veinte años, habían sido sustituidos por otros más delicados y de una madera más clara. Ahora la habitación parecía más grande, menos agobiante a como la recordaba. Pero eso a lo mejor no se debía tan solo al mobiliario, sino a que había dejado de ser la quinceañera tímida y asustadiza de entonces. Martha disfrutaba de una fama excelente; ya no era una simple candidata, por lo que esperaba un respeto mutuo en la conversación. Le gustó que la enfermera jefe tuviera su misma edad.

En efecto, cuando Martha tomó asiento frente a ella, fue Edelgard la que le pareció falta de confianza.

—Me alegro de que por fin nos conozcamos en persona, señora Studt —dijo—. He oído hablar mucho de usted, pero ya sabe cómo son estas cosas; cuando se ocupa un puesto como el mío hay mucho que hacer.

—No solo en un puesto como el suyo —respondió Martha sonriendo—. Yo también me alegro mucho de que por fin nos conozcamos. Ha pasado mucho tiempo desde que entró como sucesora de la enfermera Hedwig.

—Es cierto. He oído que usted sigue en contacto con los médicos de este hospital y también con sus antiguas compañeras enfermeras.

—Así es. Valoro mucho conservar las viejas amistades. Y también valoro hablar con franqueza. Probablemente esté enterada de mis rencillas con la enfermera Auguste. Pues bien, desde hace años reina entre nosotras un… llamémoslo armisticio. Cada una se mantiene en su territorio. Ahora, sin embargo, debido a la petición de un buen amigo, me veo obligada a invadir el territorio de Auguste, pues el paciente Moritz Kellermann quiere que esté presente durante la operación que le van a practicar. Seguro que ya ha oído hablar del caso…

La enfermera Edelgard asintió.

—Entiendo muy bien que quiera estar al lado de un amigo tan gravemente herido. Por otra parte, usted no invade el territorio de nadie. La enfermera Auguste es una enfermera como otra cualquiera y no está en posesión de unos derechos extraordinarios. Solo yo decido sobre el lugar que deben ocupar las enfermeras. Tal vez haya llegado a sus oídos que algunas de las enfermeras más jóvenes y aventureras, por amor a la patria, se han presentado de forma voluntaria en los lazaretos del frente. Por eso han quedado aquí algunos huecos que debemos rellenar. De ahí que no solo sea una concesión por mi parte si le permito trabajar en el quirófano, sino que además su ayuda nos sacaría de apuros. Las enfermeras con experiencia son ahora un artículo tan escaso como los comestibles.

Mientras la enfermera Edelgard pronunciaba aquellas palabras, a Martha se le ocurrió una idea.

—¿Qué le parece si vengo dos días a la semana para trabajar como enfermera de quirófano? Soy una mujer casada, es cierto, pero tal y como están los tiempos, deberíamos saltarnos unas costumbres tan anticuadas.

—¿Lo haría como voluntaria? —preguntó la enfermera Edelgard.

Martha dudó un momento; luego negó con un movimiento de cabeza.

—No. Lo de la operación de Moritz Kellermann sí, pero si usted acepta mi oferta, espero recibir por esos dos días a la semana el sueldo que le corresponde a una enfermera. Cualquier otra cosa iría en contra de mi conciencia social; al fin y al cabo, las enfermeras de aquí dependen de lo que ganan y no deberían ser suplantadas por voluntarias.

—Usted no suplantaría a nadie. Sería solo un refuerzo.

—Acaba de decirme que están en apuros porque tienen pocas enfermeras. He puesto mi mano de obra como voluntaria al servicio de los pobres del Barrio de los Callejones. En cambio, un hospital tan próspero y prestigioso como este debería estar capacitado para pagarme como es debido.

—Pero está casada; ya tiene el sustento asegurado.

—¿Es por ese motivo menos valioso mi trabajo ? —respondió Martha—. Cuando una hija soltera de buena familia trabaja como enfermera y más tarde hereda la fortuna de su padre, ¿tampoco recibe entonces un salario porque ya tiene el sustento asegurado?

La enfermera Edelgard no encontró ninguna respuesta a esas cuestiones.

—Hablaré sobre este asunto con la Administración del hospital —dijo finalmente—. Es usted muy aguda y sagaz, señora Studt. Creo que su vuelta supondría un enriquecimiento para la sección quirúrgica.

«A VECES LA vida toma extraños derroteros», pensó Martha cuando más tarde abandonó el despacho de la enfermera jefe. Si Auguste no se hubiera quejado, a la enfermera Edelgard no se le habría ocurrido citarla en su despacho y nunca habría tenido la oportunidad de hablar de una vuelta al quirófano. Hace tiempo perdió el empleo por la maldad de Auguste, y ahora era precisamente esa maldad la que le facilitaba el regreso. Martha consideraba aquello como la vuelta al hogar.

24

LA ENFERMERA EDELGARD le ofreció una contratación con un horario de trabajo de dos días a la semana antes de lo que esperaba Martha, antes incluso de que operaran a Moritz. Aunque ya lo habían ingresado, el trasplante requería una minuciosa preparación. El doctor Liebknecht se tomó su tiempo; quería asegurarse de que los muñones estuvieran lo bastante curados como para desbridar el tejido lesionado y así poder colocar luego la piel sana en su sitio.

A Moritz le dieron una habitación individual en el ala privada; su hermano se hizo cargo de los gastos de inmediato. De todos modos, el doctor le habría asignado en cualquier caso una habitación individual, pues ahí era más fácil cumplir con las prescripciones higiénicas que en una sala grande, y lo principal en un trasplante de piel era evitar una infección por agentes patógenos.

La perspectiva de volver a estar con regularidad en el quirófano tenía a Martha muy animada. Había conseguido compaginar todo lo que más quería y valoraba. A partir de ese momento ganaría su propio dinero y, al mismo tiempo, podría seguir ayudando a la gente del puerto y a las mujeres en el consultorio.

Paul se alegró mucho por ella y, como marido, firmó lleno de orgullo el contrato de trabajo de su mujer. Mientras Martha veía cómo estampaba su rúbrica, dijo:

—Este es el siguiente paso por el que tiene que luchar el movimiento feminista.

—¿Por el derecho al trabajo? —preguntó Paul.

—No, por el derecho de una esposa a firmar ella misma sus contratos de trabajo y no seguir dependiendo de la buena voluntad del esposo. Francamente, es una vergüenza que una mujer casada necesite siempre el consentimiento de su marido, como si fuera menor de edad.

—Ya sabes que yo nunca me opondría.

—Sí, Paul. Por eso me casé contigo, entre otras cosas. Pero ¿qué te parecería si necesitaras para todo mi consentimiento oficial y yo

pudiera rescindir tu contrato de trabajo en contra de tu voluntad?

—Tienes razón —reconoció él—. Todavía falta mucho por hacer, pero de momento deberías disfrutar de tu pequeña victoria. Ya eres otra vez una auténtica enfermera de quirófano, aunque estés casada. —Martha asintió feliz con la cabeza—. Oye, ¿sabes cuándo se espera que regrese Heinrich? —cambió luego Paul de tema—. Lleva ya mucho tiempo fuera, ¿no?

—Ni idea —contestó Martha—. Tendríamos que preguntárselo a Li-Ming. Aunque no creo que ella sepa mucho más; al fin y al cabo, las rutas de Heinrich son clandestinas.

—Hoy he oído decir a unos compañeros que los ingleses van a ampliar el bloqueo marítimo. Esperemos que Heinrich siga teniendo la misma suerte que hasta ahora.

Martha asintió y, al mismo tiempo, se enfadó porque Paul, sin darse cuenta, hubiera sembrado la preocupación por la suerte de Heinrich en su corazón. Estaba en lo cierto, su hermano había partido a finales de mayo. Por otra parte, no se podían comparar los viajes en época de guerra con los viajes comerciales que el capitán hacía en tiempos de paz. Heinrich era listo; no se dejaría atrapar así como así.

POR SUERTE, EL nuevo trabajo como enfermera de quirófano, también llamada enfermera instrumentista, distrajo a Martha de sus preocupaciones. Con el tiempo uno se acostumbraba a todo: a hacer colas, a pasar hambre y a los quebraderos de cabeza que daban los amigos y los familiares. Sorprendentemente, los negocios de su padre como organillero, junto con el monito Maximilian, iban mejor que antes de la guerra. Al principio, Martha temía que su padre no fuera capaz de mantenerse por su propia cuenta, pero Karl Westphal era lo bastante avispado como para tocar, además de las habituales canciones de moda, marchas militares, a las que recurría con motivo de los éxitos del ejército alemán. Y el hecho de que le hubiera confeccionado a Maximilian un uniforme gris y le hubiera enseñado a ondear la bandera de la guerra, abría los corazones y los monederos de los alemanes amantes de la patria.

LOS PREPARATIVOS PARA la operación de Moritz avanzaban a buen ritmo. El mayor problema consistía en encontrar las partes apropiadas del cuerpo de las que poder quitar la piel sana sin que fueran dañadas. El doctor Liebknecht comenzaría con el trasplante de piel al muñón del muslo; si el resultado era satisfactorio, se podría colocar una prótesis y, con ella, Moritz sería capaz de caminar de nuevo. Las tenazas prensoras como sustitución del brazo, en cambio,

no revestían de tanta importancia.

El paciente seguía sintiéndose inseguro y destrozado, pero estaba dispuesto, gracias en parte al consuelo que le proporcionaba Martha, a que le hicieran todo lo necesario para que fuese un éxito.

El doctor meditó mucho cómo extraer del muslo sano un trozo de piel que fuera, por un lado, apropiado para el trasplante, pero que al mismo tiempo estuviera alejado de la incisión, de modo que la herida resultante no fuera excesivamente grande. Al final optó por una incisión en espiral. Cuando quiso explicarle a Moritz lo que tenía previsto hacer, este rehusó la explicación.

—Haga lo que considere conveniente, doctor, porque yo de eso no entiendo nada —dijo resignado.

HABÍAN TRANSCURRIDO CASI veinte años, y Martha se debatía entre el miedo y la ilusión el día en que volvió a pisar el quirófano. Notó, claro, algunos cambios. Así, por ejemplo, la mesa de operaciones era más moderna. Pero los instrumentos quirúrgicos, que ella debía pasar al cirujano, y los movimientos necesarios y precisos para dárselos, seguían siendo los mismos. En cuanto se puso junto a la mesa de operaciones, tuvo la sensación de que nunca se había ido de allí. Enseguida le acudieron a la memoria las preferencias del doctor Liebknecht. El cirujano, al darse cuenta, se lo tomó con asombro y agrado. Luego se dispuso a extraer el primer trozo de piel del muslo sano de Moritz. Obraba con sumo cuidado, y gracias a la incisión en espiral, consiguió coser la piel sobre la herida de tal modo que esta quedó cerrada. A continuación, desbridó la herida del muñón de la amputación y escotó los trozos de piel que iban a ser trasplantados. A Martha le impresionaron la rapidez y la seguridad con las que trabajaba el doctor. El resultado saltaba a la vista. Aunque con tantos fragmentos de piel, el muñón de la amputación recordaba a una pelota de cuero, ahora todo había quedado cuidadosamente cubierto de piel sana, y siempre que no hubiera una infección era muy probable que la piel se adhiriera y que, antes de las Navidades, Moritz pudiera empezar a caminar con una prótesis.

Ese día, Martha se quedó en el hospital hasta que Moritz despertó de la anestesia.

—¿Ha salido bien? —fue lo primero que preguntó este.

—Tiene buena pinta —contestó Martha—. El doctor Liebknecht es un cirujano excelente. Ahora solo debemos tener mucho cuidado de que no entren bacterias en la herida. Pero soy optimista. Has tenido que padecer tantas calamidades, que ya va siendo hora de que te pase algo bueno.

—Algo bueno… —Moritz rio con amargura—. No me pasa nada bueno desde que Milli emigró a América. —Suspiró hondo—. Leí el artículo sobre vuestro viaje en el Hamburger Echo. Milli ha salido adelante en la vida porque fue lo bastante sensata como para no casarse conmigo. Ahora tendría como marido a un inválido, y yo ni siquiera podría amedrentar a quien le hiciera insinuaciones indecentes. —Al ver que Martha no contestaba nada, preguntó tras una larga pausa—: ¿Es feliz de verdad?

—Sí —confirmó Martha—. Ha cumplido todos sus sueños y tiene una relación armoniosa con sus dos maridos.

Moritz alzó las cejas.

—¿Con sus dos maridos?

—En fin, ya sabes que aquello fue un matrimonio ficticio.

Moritz asintió con debilidad.

—Pero Milli ha sido una mujer tan valiente como para arreglárselas con su situación, e incluso ha tenido dos hijos con sus maridos. Por supuesto, todo clandestinamente; de puertas afuera es la esposa conservadora, aunque algo extravagante, de Lawrence Darnell. Tan extravagante, que hasta tiene su propio coche y lo conduce de maravilla por las avenidas de Nueva York. Además, sigue hablando sin pelos en la lengua.

—Eso es lo que yo siempre he admirado en ella —dijo Moritz en voz baja—. Que nunca se ha dejado doblegar, ni siquiera cuando la vida la trató tan dura y despiadadamente. Pero ella no se hundió; pudo con todo. No he vuelto a encontrarme con una mujer tan fuerte.

—¿Por eso no te has casado? —preguntó Martha.

—Es muy posible —respondió Moritz—. Todas las otras mujeres empalidecían al lado de Milli. —Luego miró a Martha a los ojos—. ¿Te ha hablado alguna vez de mí?

—No —contestó Martha con sinceridad—. Pero estoy segura de que guarda un buen recuerdo tuyo. Siempre estuviste ahí para ella, y eso no lo olvida. Podría mandarle una carta de tu parte.

—¿Llega todavía el correo a América? —preguntó Moritz extrañado.

—Sí, claro, no estamos en guerra con América. Pero tarda más de lo habitual, y desde el comienzo de la guerra solo he recibido una carta de Milli, en la que decía estar muy preocupada por la situación. Bien, pero dime, ¿quieres que le escriba algo de tu parte?

—No, déjalo. Más vale que me recuerde como era. No quiero agobiarla contándole lo que soy ahora.

—¿Un inválido? ¿Eso quieres decir?

Moritz la miró con tristeza y asintió.

—Eso es solo una verdad a medias. Tu cuerpo puede estar lisiado, pero tú sigues teniendo el alma de un luchador. Y algún día podrás volver a andar; de eso estoy segura. Y hasta entonces haré cuanto esté en mi mano por ayudarte.

25

ENTRETANTO, EL VERANO de 1915 se acercaba a su fin. Martha disfrutaba por la oportunidad de ayudar de nuevo en el quirófano con regularidad, pues seguía siendo la preferida del doctor Liebknecht, como si no hubieran pasado todos esos años desde que se vio obligada a retirarse de la sala de operaciones. Ese día también le tocaba trabajar en el hospital de Eppendorf.

—Enfermera Martha, prepare el quirófano, deprisa —le dijo el doctor Liebknecht en el pasillo—. Hay una urgencia en el puerto.

—¿Un accidente? —preguntó ella.

—No —respondió el doctor—. Su hermano, el capitán Westphal, ha regresado con varios ingleses naufragados a bordo, uno de los cuales está gravemente herido.

—¿Ingleses naufragados? —Martha miró extrañada al médico.

El doctor Liebknecht se encogió de hombros.

—Por lo que sé, ha chocado con un bote salvavidas británico después de que al barco de los ingleses lo atacara un submarino alemán. Uno de los británicos ha sufrido graves lesiones con la explosión. Su hermano nos ha llamado desde el puerto para pedirnos que recojamos cuanto antes al herido y lo operemos.

Martha no siguió preguntando. Ya se enteraría de lo sucedido por boca de Heinrich durante la cena de esa noche. El doctor Liebknecht interpretó correctamente el gesto de Martha.

—Después tiene que contármelo todo con detalle, enfermera. Pero ahora tenemos que ver si salvamos al inglés.

Para desconcierto de Martha, Heinrich no solo había llamado al hospital, sino que incluso había acompañado al accidentado en la ambulancia. Ya desde lejos oyó cómo su hermano hablaba en inglés con el británico herido y se dirigió hacia él.

—¡Heinrich, qué alegría que al fin hayas regresado! Ya estábamos preocupados por ti. —Le dio un abrazo.

—Martha, ¿qué haces tú aquí?

—Si no hubieras estado tanto tiempo en el mar, sabrías que he vuelto a trabajar dos días a la semana como enfermera de quirófano. Y en estos momentos nos hallamos a la espera de tu emergencia. ¿Cómo ocurrió todo?

El inglés herido, que era más o menos de la edad de Heinrich, tenía la frente perlada de sudor mientras miraba al capitán sin entender la conversación.

Heinrich se separó de Martha y le dijo unas palabras al naufragado. Pese a sus rudimentarios conocimientos del idioma, Martha pudo entender que se la presentaba como su hermana. Lo que contestó el herido inglés, sin embargo, no lo entendió. Heinrich habló algo más, le estrechó la mano y enseguida llegaron dos enfermeros que iban a preparar al británico para la operación.

—Una historia bastante tonta —dijo Heinrich, cuando desaparecieron los tres—. Me temo que este es el final de nuestros afortunados viajes de incógnito, aunque los rescatados no puedan delatarnos en un campamento de prisioneros de guerra.

—Pero el inglés parece ser importante para ti, ¿no?

—Vente esta noche con Paul y los niños a cenar a casa y os contaré toda la historia. A tus chicos les gustará.

Martha asintió.

—Bien. Ahora tengo que ir al quirófano para preparar los instrumentos. —Y desapareció al instante.

—ESTO TIENE BASTANTE mala pinta. —El doctor Liebknecht frunció el ceño cuando sondó la herida—. Está lleno de metralla que le entró hace ya tres días. Lo asombroso es que haya sobrevivido tanto tiempo sin haberse desangrado.

El médico tuvo que poner a prueba toda su experiencia como cirujano para extraerle la metralla. Tenía un trocito de metal en el hígado, que por suerte no le había provocado grandes hemorragias, y otros dos pedacitos en el estómago. Era un milagro que el intestino y los grandes vasos sanguíneos permanecieran intactos. No obstante, la operación duró varias horas y no era seguro que el inglés sobreviviera a la enorme pérdida de sangre.

POR LA NOCHE, según lo acordado, Martha y su familia visitaron a Heinrich en su casa. También había ido Karl para ver a su hijo, después de tanto tiempo sin noticias suyas, junto a su monito. Todos deseaban conocer sus nuevas aventuras.

—¿Cómo se encuentra Godric? —fue lo primero que preguntó Heinrich, cuando todos se sentaron a la gran mesa del comedor y Li-

Ming les llevó un plato chino a base de arroz y distintas clases de verduras exóticas que su marido había conseguido durante el viaje. Nadie sabía qué rutas había recorrido, pues Heinrich guardaba un completo silencio al respecto.

—¿Godric? ¿Así se llama el inglés? —preguntó Martha, y añadió—: La operación ha sido un éxito. El resto depende de su constitución. Ha perdido mucha sangre.

—Ojalá lo supere —dijo Heinrich en voz baja.

—¿Vas a contarnos lo que pasó en realidad? Te has ausentado durante mucho tiempo y ya estábamos preocupados.

—Pues sí, es lo que tiene la guerra. —Heinrich bebió agua mineral —. Al principio todo iba como la seda —continuó—, pero más tarde, debido a la gran cantidad de bloqueos marítimos, permanecimos atracados en un puerto neutral durante más tiempo del que teníamos previsto. Habíamos entrado con toda normalidad bajo bandera alemana, con el nombre de Fortuna. Sin embargo, se habían congregado allí tantos británicos, que después de zarpar habríamos tenido problemas para cambiar las banderas y el nombre del barco sin llamar la atención en cuanto hubiéramos entrado en aguas internacionales. Así que tuvimos que quedarnos allí parados, porque no podíamos tomar ninguna otra ruta. Por suerte, al cabo de unas semanas, hubo una ofensiva a gran escala por parte de nuestra flota de submarinos y al fin se despejó el camino.

Rudi, que por lo general tenía siempre tanta hambre, dejó el tenedor a un lado para escuchar embelesado a su tío.

—Ahora viene lo emocionante, ¿a que sí, tío Heinrich? —dijo expectante.

—Como siempre, tienes razón, muchacho. —Heinrich sonrió con complicidad—. Pudimos zarpar y camuflarnos como suecos. —Respiró hondo—. En un momento dado, nos acercamos al punto de control, donde normalmente siempre nos controlan barcos británicos.

—¿No corríais peligro? —intervino Martha.

—En realidad, no. Ya nos conocían, de modo que los controles eran un puro formalismo. A nadie se le habría ocurrido pensar que éramos alemanes. Godric era uno de los inspectores y el que normalmente subía a bordo. Olaf solía invitarlo a una copita de aguardiente mientras miraba los papeles y echaba un vistazo a la carga. —Heinrich se rio en voz baja—. De manera que no teníamos nada que temer, siempre y cuando nos diera tiempo a izar la bandera sueca y a cambiar el nombre de Fortuna por el de Mermaid. Solo que por desgracia la flota alemana de submarinos acababa de pasar por allí. Ya no quedaban puestos de control, tan solo pecios flotando a la

deriva en el agua y un bote salvavidas con siete supervivientes, uno de ellos gravemente herido. —Heinrich se detuvo un momento y Rudi, que hasta entonces se mostraba tan entusiasmado, parecía de repente muy compungido. Los demás también suspiraron—. Nos afectó mucho cuando vimos que era precisamente Godric el que estaba tumbado en el bote, más muerto que vivo. Y alrededor no quedaba ni un solo barco en varias millas a la redonda. Os podéis imaginar cómo se alegraron los británicos al vernos aparecer. Uno de ellos llegó a calificarnos como «un regalo del cielo». Los subimos a bordo enseguida, pero luego nos encontramos con un problema. No podíamos dejarlos en la costa más cercana; Godric necesitaba asistencia médica. Como es natural, tampoco podíamos hacer escala en un puerto inglés. Aunque nuestros papeles suecos están en regla, de ninguna manera queríamos arriesgarnos a ser desenmascarados y caer en manos del enemigo. Así que la única posibilidad de salvarlo sin correr riesgos era poner rumbo a Hamburgo.

—Eso seguro que no les gustó a los ingleses —dijo Paul.

—No, ni pizca —dijo Heinrich con una sonrisa—. Se quedaron atónitos cuando precisamente nosotros, los simpáticos suecos, nos dimos a conocer como alemanes. Pero ¿qué otra alternativa nos quedaba? Al final, ellos mismos tuvieron que reconocerlo y renunciaron a montar un numerito cuando los encerramos bajo cubierta. A todos menos a Godric, claro. De ese nos ocupamos en mi cabina. Estaba gravemente herido, pero después de prestarle los primeros auxilios, se recuperó lo suficiente y comprendió dónde estaba y, sobre todo, quiénes éramos en realidad. Se puso bastante furioso, pero más consigo mismo que con nosotros. Decía que le habíamos tomado el pelo a base de bien y que se arrepentía de no habernos sometido a un control más estricto para desenmascararnos. A eso le respondí que, en tal caso, no habríamos podido rescatarlo y que, en ese sentido, había obrado en su propio interés. Al final se lo tomó con humor y no tuvo más remedio que reconocer lo bien que nos había salido la jugada. De todos modos, me temo que se nos ha terminado el chollo y ya no podremos seguir rompiendo el bloqueo en el mar del Norte y el océano Atlántico. La guerra marítima está cada vez más enconada. Creo que en el futuro nos centraremos en el mar Báltico y solo embarcaremos mercancías procedentes de países neutrales como los escandinavos. Bueno, pues ya conocéis la historia. Espero que Godric sobreviva; de lo contrario, todo habría sido en vano.

DE HECHO, GODRIC se recuperó de un modo asombroso, y

durante el tiempo que estuvo en el hospital, Heinrich lo visitaba con regularidad. También acudió cuando al británico le dieron el alta en el hospital, para despedirse de él antes de que los militares alemanes lo llevaran al campamento de prisioneros de guerra que había cerca de Soltau.

Uno de los soldados que iban a llevar a Godric observó con recelo cómo los dos se intercambiaban las direcciones y se prometían dar señales de vida cuando terminara la guerra.

—¿Considera que en estos tiempos es apropiado semejante hermanamiento? —le recriminó a Heinrich.

—No nos estamos hermanando, sino intercambiando las señas —dijo este—. Cuando acabe la guerra, todos volveremos a ser simples marineros y nuestro deber será ayudarnos unos a otros cuando estemos en apuros, en lugar de ponernos mutuamente en peligro de zozobrar. En lo que a mí respecta, ayudaré siempre a cualquier náufrago, sea cual sea su nacionalidad.

Martha, que estaba a su lado, se enorgulleció de su hermano. Algunos valores humanos no debían ser traicionados, ni siquiera en tiempos de guerra.

26

LLEGARON LAS NAVIDADES de 1915, pero no hubo alegres festejos porque la víspera de Nochebuena Paul recibió la carta que tanto temía cualquier hombre de su edad consciente de la situación en el mundo. Lo llamaron a filas como reservista, y el 15 de enero de 1916 debía presentarse para servir en el frente antes de que lo enviaran a Francia.

Martha estaba destrozada. No había ninguna posibilidad de eludir del llamamiento a filas. Tras recibir la carta, Paul había intentado que le dieran la excedencia remitiéndose tanto a su actividad como ingeniero de un astillero, importante para la guerra, como a su edad. Al fin y al cabo, ya tenía cuarenta y un años, que era la edad máxima a la que todavía podía ser reclutado, pero rechazaron su petición. Ni siquiera su actividad como ingeniero del puerto lo salvó de la guerra. Al contrario; le habían asignado en Francia un batallón encargado de la inspección de material militar. Además, en la carta que acompañaba la negativa apelaban insistentemente a su patriotismo, diciéndole que un ingeniero de cuarenta y un años también podía seguir prestando buenos servicios a la patria con la inspección del material bélico. Rechinando los dientes, Paul arrugó la carta y la tiró al rincón.

El único rayo de luz de esos días fue Moritz, cuyo muñón de la pierna se había curado tan bien después del trasplante de piel, que el doctor Liebknecht pudo ocuparse del tratamiento protésico junto con el ortopeda doctor Marck. Como era de prever, la perspectiva de tener de nuevo movilidad le devolvió a Moritz las ganas de vivir. Después de tanto tiempo tumbado, tenía los músculos de la pierna sana débiles, sin fuerzas, de tal manera que, al principio, no podía permanecer de pie ni con la ayuda de la prótesis. Pero el doctor Marck le prescribió unos ejercicios para fortalecer la pierna que, pese a ser agotadores, reforzaron poco a poco la musculatura. De manera que durante las Navidades Moritz fue capaz de ponerse por primera vez de pie por sí mismo, aunque todavía le faltaba la destreza necesaria para andar con

la prótesis. Con la mano izquierda podía apoyarse en un bastón, pero el primer intento estuvo a punto de acabar en una caída.

Joseph, que se alegró mucho de los progresos de su hermano, mandó por recomendación del doctor Marck que pusieran en la pared un pasamanos que recordaba a la barandilla de unas escaleras. Con la ayuda de este, Moritz pudo ensayar los primeros pasos a lo largo de la pared. Era un trabajo arduo y al principio necesitaba que alguien estuviera siempre a su lado para evitar las caídas. Maldijo más de una vez la falta de su mano derecha, pues de haberla tenido habría podido caminar con un bastón o con muletas. Pero a regañadientes practicaba durante varias horas al día dando pasos con la prótesis.

Por una parte, Martha se alegraba de los progresos de Moritz y lo visitaba con regularidad. Por otra parte, sin embargo, ver a su viejo amigo aumentaba sus temores. ¿Qué pasaría si Paul sufría una lesión igual de grave en los combates o si caía, para mayor desgracia, en el frente? Contemplar a Moritz le recordaba de continuo el horror de la guerra. Su esposo se esforzaba por quitarle de la mente las preocupaciones y le prometía que cuidaría bien de sí mismo.

—Soy ingeniero —dijo el día antes de partir hacia Francia—. Me necesitan para inspeccionar el material militar tras la línea del frente. Sería un despilfarro enviar a un hombre con mi cualificación a la vanguardia; aparte de que ya soy un poco mayor para eso. —La abrazó y la besó con ternura—. No tengas miedo. Moritz era sargento mayor y tenía que ir siempre abriendo paso. En mi caso será diferente.

Martha asintió, aunque no estaba convencida en absoluto. ¿Había algún lugar seguro en el frente cuando las grandes máquinas de la guerra podían lanzar granadas incluso desde varios kilómetros de distancia? ¿Y acaso el enemigo no apuntaría a estas para volverlas inofensivas? Aunque Paul no tuviera que estar en la trinchera, había muchas maneras de morir para un soldado.

AL DÍA SIGUIENTE, toda la familia acompañó a Paul a la estación. Llevaba ya puesto el uniforme, y aunque Lida opinaba que le sentaba de maravilla, Martha era incapaz de mirarlo. Es más, la gorra le parecía ridícula, incluso peor que el casco forrado con una funda protectora de tela y con su pico en el centro.

—Ahora sabemos por qué trae mala suerte sentarse encima de un sombrero —les había dicho Paul jocosamente a sus hijos al enseñarles el casco. Martha, sin embargo, sabía que se trataba de una chanza forzada, para restar tristeza a la despedida.

Cuando Paul se subió al tren, el padre de Martha tocó con el organillo Muss i denn zum Städtele hinaus. Precisamente esa canción,

que le recordaba a uno de los momentos más felices de su vida: el viaje a América. Y, sin poderlo remediar, se le agolparon las lágrimas en los ojos. Pero enseguida pestañeó varias veces para evitar derramarlas. Tenía que ser fuerte; no podía dejar que los niños se dieran cuenta de los temores y las preocupaciones que la asaltaban.

DESPUÉS DE QUE Paul partiera de viaje, Martha soportaba sin cesar la sensación de verse combatiendo un extraño vacío. Era como si estuviera separada del mundo por una gruesa capa de algodón hidrófilo. Aunque le resultaba familiar, pasó un tiempo hasta que recordó cuándo había notado por primera vez esa sensación en su vida. Había sido cuando su madre enfermó de cólera y ella se sintió tan apesadumbrada que no sabía qué hacer. Entonces fue cuando se retiró mentalmente a ese mundo situado más allá de las preocupaciones y los dolores, cuando se le paralizó el pensamiento y, en consecuencia, se le alivió también el miedo.

Y ahí estaba de nuevo aquella sensación punzante que la paralizaba. Durante el día le ayudaba el trabajo y de noche lo mucho que la necesitaban sus hijos. Pero cuando los niños se iban a la cama y llegaba la hora en que acostumbraba a sentarse con su esposo en la sala de estar, la soledad se le hacía insoportable.

A las preocupaciones en torno a Paul se unían las de la vida cotidiana. Debido a la ampliación de la guerra marítima, cada vez se volvía más difícil romper los bloqueos, y de Heinrich no había noticias nuevas. Li-Ming también estaba muy inquieta, y Martha se preguntaba quién corría más peligro: su hermano, que bajo una bandera falsa navegaba con un barco de vela por la zona de guerra llena de minas, o su marido, que tenía que inspeccionar el material bélico en Francia. Por lo menos, Paul podía escribir, mientras que Heinrich desaparecía por completo durante semanas o incluso meses, según la duración del viaje, para poder seguir actuando de incógnito.

Recibió la primera carta de Paul a principios de abril.

Mi querida Martha:

Ya sabes que normalmente no soy hombre de profundas palabras románticas, sino alguien que encara la vida tal y como es y que lucha por lograr los objetivos de la comunidad. Sin embargo, aquí, en medio de esta triste grisura, donde la guerra ha convertido la preciosa campiña y las floridas praderas en un paisaje carbonizado que a todos nos recuerda al apocalipsis del infierno, añoro las bellas imágenes, las palabras románticas y la clara luz que en otro tiempo iluminaban nuestra vida.

Los combates son espantosos. Día tras día mueren hombres de ambos bandos, o bien quedan mutilados o pierden parte de su alma. Unas veces, se convierten en monstruos insensibles que ya no sienten el horror cuando despedazan a los enemigos con las bayonetas o con los cuchillos de trinchera; otras, se retiran temblando y desamparados al rincón más lejano y ya no reaccionan de nuevo, ni siquiera ante la amenaza de los más severos castigos por parte de sus oficiales.

Yo tengo la suerte de no luchar en primera línea del frente, puesto que me encargo del material militar. No obstante, me duele en el alma constatar para qué sirven las armas que cuido e inspecciono. El 7 de marzo tomamos por asalto un pueblo francés que está cerca de Verdún. Aunque parte de la población civil ya había huido, todavía quedaban demasiadas personas inocentes y ajenas a la guerra. El 25 de marzo ardió todo Verdún. Pero ahora no continúa la lucha; los dos bandos se han escondido bajo tierra y están atrincherados el uno frente al otro. Y mientras siguen expuestos al frío, al lodo y a la lluvia, uno se pregunta qué pretenden conseguir los gobernantes con esta lucha cruel.

¿Te acuerdas del desencadenante? Un serbio protagonizó un atentado al asesinar en Sarajevo al sucesor al trono austríaco y a su mujer. ¿Cómo pudo aquello dar lugar a una calamidad de estas dimensiones, que tiene al mundo abocado al abismo? Me gustaría poder alzarme y, a voz en grito, echar pestes contra la guerra, animar a los soldados para que depongan las armas y no sigan disparando a sus congéneres del otro lado. Tal vez llegara a hacerlo si no fuera por ti y por los niños. Pero, si actuara así, me fusilarían con arreglo a la ley marcial, y he prometido regresar a tu lado. Aunque, con toda sinceridad, Martha, ese grito sería la mejor manera de escapar de tanta miseria. Y es que morir como un hombre que se ha rebelado porque no quiere seguir luchando y por eso es fusilado por su propia gente, es más honroso que continuar con esta atroz carnicería que nos roba a todos la dignidad humana. Tanto a los soldados del otro bando como a nosotros.

Pero no te preocupes; sabré contenerme tanto en la lucha como en manifestar mi opinión, de la que solo te hago partícipe a ti.

Te quiere,
Paul

Después de haber leído aquella carta, Martha no sabía si sentir alivio por haber recibido señales de vida de su marido, o si temer por su integridad física. Paul era un hombre que siempre defendía sus ideales, que nunca tenía miedo de expresar sus opiniones. Pero eso a

veces le ponía en peligro, cuando la desesperación era demasiado grande. Como había ocurrido al final de la huelga de los trabajadores del puerto, hacía casi veinte años, cuando intentó calmar en el Scharmarkt a los hombres insatisfechos y, en el alboroto que se armó a continuación, le dispararon.

Estaba segura de que sus palabras respondían a la verdad. Si no existieran ella y los niños, pondría sus ideales por encima de su vida. Pero Paul sabía que esta ya no le pertenecía a él solo. El sentido del deber como esposo y padre era lo que más le protegía de cometer actos imprudentes.

Y, sin embargo…, aún seguía preocupada.

Con Moritz sí podía hablar sobre la vida de los soldados en la contienda, pues conocía todos los horrores del frente por experiencia propia. Y, al mismo tiempo, a él le satisfacía consolar a Martha, devolviéndole la ayuda que la enfermera le había prestado, pues su existencia volvía a tener un sentido.

27

LA INTENSIFICACIÓN DEL bloqueo marítimo no solo tuvo consecuencias para Heinrich, sino también para todo el Reich alemán. Si en 1915 solo habían tenido que apretarse el cinturón, 1916 fue el año del hambre. El número de niños desnutridos aumentaba sin cesar, aunque Martha y su familia, gracias a la ayuda de Joseph, consiguieron aliviar las necesidades básicas. Martha se sentía por ello ante una disyuntiva. ¿Podía aceptar lo que Joseph le enviaba con regularidad a ella y a su familia proveniente del mercado negro, y que llegaba a la ciudad hanseática por dudosos caminos? ¿No les quitaban así una porción de su parte a los demás? Por otro lado, su principal deber como madre era encargarse de que tanto sus propios hijos como su sobrino Arthur estuvieran atendidos. Mientras Li-Ming todavía le daba pecho, este engordó tanto que daba gloria verlo, pero en el segundo año de su vida la fuente se había secado. Martha le tenía un cariño especial al pequeño Arthur, y además de dedicarse al trabajo, se ocupaba a diario de Li-Ming y su hijo para que el pequeño no solo aprendiera el chino, sino también un alemán aceptable. A lo largo de sus dos primeros años de su vida, Heinrich solo había visto a su hijo durante unos meses, y ahora se había marchado de nuevo a un destino desconocido del que nadie sabía cuándo regresaría. Posiblemente no lo supiera ni el propio Heinrich.

Si bien los sentimientos patrióticos y las «vacaciones por victoria» en los colegios todavía eran compartidos y celebrados por muchas personas, cada vez pasaban más hambre tanto los ciudadanos acaudalados como los necesitados del mísero Barrio de los Callejones. La diferencia decisiva era que los ciudadanos bien situados solo tenían que apretarse el cinturón, mientras que los más pobres padecían una verdadera carencia de víveres.

Cada vez se veían más niños harapientos que pedían limosna; no solían llegar a los cinco años, iban descalzos y sus piernas eran flacas como cerillas. A menudo tenían la tripa hinchada por la falta de

nutrientes y los ojos, de un tamaño enorme, ocupaban gran parte de sus escuálidas caras, que recordaban más a la de un anciano que al rostro de un niño.

Martha se preguntaba qué ocurriría cuando llegara el invierno, pues entonces muchas familias se abastecían de sus huertos compartidos. También Martha se había inscrito en la lista de espera de varias colonias de huertos y confiaba en ser aceptada como muy tarde en la siguiente primavera, para tener la oportunidad de cultivar allí fruta y verdura junto a sus hijos.

La Asociación de Mujeres hacía también todo lo posible por abastecer a las familias, en especial a los niños de los barrios pobres de trabajadores. Pronto se creó una amplia red de instituciones privadas y eclesiásticas que trataban de atender a los hambrientos. Bertha Keyser, tan estimada por Martha, en su recién fundada obra misionera de Alter Steinweg, se ocupaba de los intereses de los niños de Altona y St. Pauli.

Al mismo tiempo, la sección infantil del hospital de Eppendorf, bajo la dirección de dinámicas enfermeras de niños como Franziska, vieja amiga de Martha, hizo una recaudación de donativos. Se convocó a las mujeres que se encontraban dando el pecho para que donaran la leche materna que les sobrara a los bebés cuyas madres ya no tenían leche. Se creó un préstamo activo de sacaleches y un lugar de entrega con frigoríficos donde se guardaba la leche materna donada.

Al principio, Martha veía la campaña con escepticismo. ¿Qué madre tenía en esos tiempos de hambre tanta leche como para regalársela a otros niños? Sin embargo, para su sorpresa, hubo muchas madres que en circunstancias tan terribles consideraban que su deber patriótico era ser de ayuda a los demás, y donar leche materna se convirtió en la mayor prueba de amor que podían dispensar a los miembros más jóvenes de la comunidad.

No obstante, eran tiempos duros y Martha se alegraba de poder olvidar por un rato la miseria del barrio ayudando al doctor Liebknecht los días que lo acompañaba en el quirófano. Le resultaba más leve participar en la operación de hombres heridos por la guerra que contemplar niños pequeños que vegetaban por la debilidad y que se encontraban física y anímicamente atrofiados. Había luchado durante años para que los niños tuvieran suficiente aire fresco y luz, y practicaran alguna actividad deportiva, y ahora, en cambio, el raquitismo, que se consideraba superado, hizo de nuevo su entrada triunfal en los barrios más miserables. Y del mismo modo que los hombres con piernas amputadas se convirtieron en símbolo de una

guerra sin sentido, también los niños raquíticos, encorvados, pasaron a ser el símbolo de una época en la que ya no ocupaba el centro el bienestar de la humanidad, sino el ciego orgullo nacional de políticos y generales egoístas de todos los bandos.

Por lo menos, los hijos de Martha conservaban una alegría desbordante, sobre todo Rudi, que sin embargo fue reprendido en el colegio más de una vez porque no mostraba el mismo entusiasmo por la guerra de sus profesores, sino que se quejaba de que un barco tan bonito como el Imperator, a causa de la guerra, llevara ya dos años amarrado en el puerto, sin navegar por el mundo.

Más tarde, a principios de octubre de 1916, llegó el día en que el docente citó a Martha en el colegio porque su hijo, en su opinión, había ido demasiado lejos con sus comentarios críticos sobre la guerra. Primero pensó en comunicarle al profesor, por escrito y con sencillez, que era una mujer muy ocupada y que no tenía tiempo para esos asuntos carentes de importancia, pero luego cambió de idea porque era posible que el profesor, molesto, descargara su ira en el chico. Así que decidió dejar las cosas claras de una buena vez. Ella no castigaba a su hijo por decir la verdad, por muy necesario que fuera inculcarle cierta destreza diplomática.

El tutor del curso de Rudi, el señor Lorenz, figuraba entre los hombres a los que les habría gustado llevar a cabo alguna hazaña en nombre del káiser, pero habían sido demasiado jóvenes para la última guerra, la de 1870-1871, y demasiado mayores para esta. Por eso el señor Lorenz se sentía decepcionado por el bautismo de fuego que, en su opinión, todo hombre debería experimentar una vez en la vida. De eso no hacía ningún secreto en clase, sino que pretendía educar a los chicos que merecían su confianza para que fueran unos soldados llenos de entusiasmo.

—Agradezco que haya sacrificado su valioso tiempo para hablar conmigo sobre la conducta de su hijo —saludó el señor Lorenz a Martha con amabilidad, pero con un tono de severidad que a esta le dejó claro enseguida que se trataba de una simple fórmula de cortesía, cuando en realidad hablaba como si fuera un oficial dando órdenes que una mujer no podía dejar de obedecer.

Martha reaccionó a su manera, tomando asiento junto a la mesa de la habitación del profesor antes de que este la invitara a hacerlo.

—¿Qué tiene usted que contarme, señor Lorenz? —preguntó, lanzándole una mirada como la que se dirige a los niños que merecen una regañina.

El señor Lorenz carraspeó. Como profesor, no estaba acostumbrado a que lo trataran así, pues, al fin y al cabo, era una persona respetable.

La mayor parte de las madres se avergonzaban de sus hijos cuando iban a hablar con él.

—En fin. —El señor Lorenz carraspeó de nuevo; a continuación ocupó su asiento—. Su hijo Rudi no muestra la seriedad necesaria que distingue a un patriota alemán. Su pueril afán de divertirse es superior al sentido del deber de un pequeño soldado.

—En fin —imitó Martha el tono de su interlocutor—, eso se debe a que Rudi es un niño y no un pequeño soldado. ¿Qué reparos pone usted exactamente a su conducta?

Esa vez el señor Lorenz no carraspeó, sino que se limitó a respirar hondo.

—Dijo que estaba harto de la guerra porque preferiría ir con su padre al parque de atracciones de Hugo Haase, pero que ahora su padre estaba en el frente y el parque HH, debido a la guerra y al racionamiento de la electricidad, se encontraba cerrado.

—¿Y qué más? —preguntó Martha.

El señor Lorenz la miró irritado.

—¿Cómo que qué más?

—¿Qué más ha dicho que le haya enfadado tanto?

—Se lo acabo de decir con toda claridad —contestó el señor Lorenz —. Se declara abiertamente en contra de la guerra para poder volver con su padre a un ridículo parque de atracciones. Sé que usted es una socialdemócrata convencida, pero creí que en estos momentos de penuria sabría que, como dice Su Majestad el káiser, solo hay alemanes. Y son esos valores los que debería inculcarle a su hijo. ¿Cómo se atreve Rudi a poner su afán de diversión por encima de la defensa de la patria? ¡Ejerce una influencia nefasta sobre sus compañeros de clase y eso no puedo permitirlo!

Durante un momento, Martha estuvo tentada de contestarle al profesor que Rudi solo poseía los valores que se defendían en su familia, que Paul y ella habían protestado contra la guerra y habían participado en numerosas manifestaciones por la paz… por aquel entonces, cuando todavía tenían la esperanza de poder cambiar algo. Pero se contuvo. El hombre que se hallaba frente a ella no lo entendería; estaba demasiado embriagado por la idea de una guerra honrosa como tormenta purificadora y como bautismo de fuego de toda una generación. Una guerra que a través de una victoria aún mayor aumentaría la fama del Reich alemán.

—Lo único que desea Rudi es que ganemos pronto la guerra para que su padre vuelva a casa y pueda celebrar con él la victoria en el parque de atracciones HH —dijo Martha en tono cortante—. Señor Lorenz, estoy profundamente conmovida. ¿No irá a enfadarse en serio

porque mi hijo quiera que termine pronto el conflicto bélico para celebrar la victoria en el parque HH? ¿Acaso los niños no tienen precisamente por eso las «vacaciones por la victoria»? ¿No son estas una especie de preparativo para cuando sus padres regresen victoriosos del campo de batalla? Sostengo la opinión de que mi hijo demuestra así una actitud claramente patriótica por la que merece ser elogiado, no reprendido.

El profesor miró boquiabierto a Martha e hizo varios movimientos con los labios que recordaban a los de una carpa fuera del agua.

—Usted… Usted está tergiversando mis palabras —resopló.

—¿De verdad lo cree? —preguntó Martha, mirándole directamente a los ojos. El señor Lorenz le sostuvo la mirada para demostrarle su fuerza, pero con eso ya contaba Martha. Se puso cómoda reclinándose en el asiento sin apartar la vista de él.

—Rudolf es a menudo muy impertinente —dijo el señor Lorenz, y ella se dio cuenta de lo difícil que le resultaba no bajar la mirada.

—Sí —confirmó Martha—. Es un chico inteligente y espabilado que aún tiene que aprender a ordenar sus pensamientos para expresarlos de una manera más adecuada y evitar así tales malentendidos.

—Exacto —dijo el señor Lorenz—. Y por eso le pedí que mantuviéramos esta conversación.

—Supongo que ahora querrá hablarme de sus métodos pedagógicos, de cómo piensa fomentar la destreza diplomática de mi hijo. Soy toda oídos.

—Eh… —carraspeó por segunda vez el profesor—. Bueno, efectivamente, Rudolf es un chico muy inteligente y saca muy buenas notas, pero…

—Pero ¿qué? —interrumpió Martha el balbuceo—. Siempre he estado convencida de lo bueno que es este instituto de enseñanza media, señor Lorenz. Este centro tiene fama de convertir a los chicos listos y prometedores en los pilares que algún día sostendrán la sociedad. Mi hijo cumple con esos requisitos, como usted mismo acaba de decir: es inteligente y saca muy buenas notas. Y está capacitado para pensar por sí mismo. Eso es algo que mi marido y yo siempre fomentamos en nuestros hijos, precisamente porque somos socialdemócratas. La obediencia ciega, la que no se plantea las cosas, puede ser digna de encomio para un alumno de una escuela de enseñanza primaria, pero no para uno de enseñanza media. Yo creía que compartía ese punto de vista con el director de este instituto. En caso de que me haya equivocado, dígamelo, por favor, con toda sinceridad. En tal caso, me plantearía enviar a Rudolf a otro instituto.

Una medida que tomaría muy a disgusto, sobre todo porque luego me preguntarían en la Asociación de Mujeres por qué he actuado así, y me vería obligada a decir la verdad. —Martha suspiró—. Y ya sabe usted, señor Lorenz, cuánta influencia tienen las madres en la elección del colegio de los niños precisamente ahora, cuando los hombres están en el campo de batalla, ¿no es cierto?

—¿Qué insinúa usted, señora Studt?

Martha sonrió para sus adentros. Las amenazas subliminales con el poder de la Asociación de Mujeres funcionaban siempre. Los hombres podían reírse de ellas, pero a nadie le interesaba enfrentarse a toda la fuerza femenina que allí se concentraba.

—Creo que lo ha entendido muy bien, señor Lorenz. Espero que cumpla con su deber y transmita a los chicos que se le han confiado los valores que defiende este instituto. En cualquier caso, estoy segura de que puedo fiarme de usted, ¿verdad? Porque preferiría mencionarle en la Asociación de Mujeres con palabras elogiosas. Así pues, ¿cómo tiene pensado fomentar las facultades especiales de mi hijo?

El señor Lorenz inspiró y expiró sonoramente.

—En fin —dijo, repitiendo la fórmula de timidez que a Martha le dio a entender enseguida que había ganado la partida—, creo que a su hijo se le exige demasiado poco. Imagino que, si participara desde ahora en las clases de Latín, les sacaría provecho. El arte de la retórica de los antiguos romanos podría ayudarle a seguir agudizando su inteligencia.

—Qué buena idea —dijo Martha. Estaba segura de que a Rudi no le entusiasmaría demasiado seguir un plan de estudios distinto al de sus compañeros de clase, pero por otro lado era cierto que a menudo se le exigía menos de lo debido y eso estimulaba su arrogancia. Y si asistía a clase de Latín un año antes que todos los demás, también terminaría de estudiarlo con un año de antelación y, en el bachillerato superior, podría centrarse por completo en las otras asignaturas, pero para eso aún quedaba un largo sendero por recorrer.

CUANDO MARTHA LLEGÓ ese día a casa, estaba de muy buen humor. Y aún se puso más contenta cuando vio que había llegado una carta de Milli. Aunque no se hallaban en guerra con América, la comunicación por correo se había visto muy afectada por el bloqueo británico y las cartas recorrían caminos un tanto sinuosos hasta llegar a sus destinatarios.

El sobre grande de Milli contenía dos cartas. Una era para ella y la otra para Moritz. Martha dejó la de Moritz intacta y abrió inmediatamente la suya.

Querida Martha:

No sé cuándo te llegará esta carta, pero lo que me has contado acerca de Moritz me ha dejado muy impresionada. Es sencillo: no se lo merecía, y por primera vez en la vida me pregunto si mi decisión fue la correcta. ¿Habría podido yo evitar su destino si por aquel entonces hubiera aceptado su petición? Por otra parte, fue decisión suya alistarse en el ejército, y pese a todo el sufrimiento que está provocando la Gran Guerra Europea, le habría tocado de todas maneras vivirlo si me hubiera convertido en su mujer y le hubieran llamado a filas. Aquí en América, desde el hundimiento del Lusitania el año pasado, la mayoría de la población ha tomado partido por los británicos. Esto acarrea unas consecuencias alarmantes.

Por ejemplo, muchos americanos con raíces alemanas se cambian de apellido y lo traducen al inglés. Yo misma conozco a un tal Hunter que antes se llamaba Jäger, y algo más curioso: un tal Berger se hace llamar ahora Hiller, como si eso sonara menos alemán. ¿Te acuerdas de la anciana señora Hiller, que solía ayudar con regularidad en la trapería? Reprimí las ganas de decirle que es una tontería, porque yo misma también he de tener mucho cuidado de que mi origen alemán no perjudique a Lawrence. Resulta que circulan unas historias espantosas sobre lo que dicen que ha hecho el ejército alemán en la Bélgica neutral. Mencionan que les quitaron de los brazos a las madres incluso a niños de pecho para quemarlos vivos. Por supuesto, sé que todo eso es propaganda engañosa, pero los ingleses están poniendo todo de su parte para que los EE. UU. entren en la guerra contra el Reich alemán, y en las almas cándidas esa propaganda surte su efecto. Los que se las dan de patriotas han llegado a dar muerte en plena calle a un infeliz perro salchicha porque es una raza de perros alemana.

El mundo se ha vuelto completamente loco, y también aquí amenaza la guerra. Yo confío en que nunca estalle, pero Lawrence opina que la situación es tan tensa, que bastaría una pequeña chispa, un pretexto insignificante, para que la amenaza fuera real, pues muchos hombres de negocios y políticos nacionales están interesados en meter baza en la guerra. A la mayoría les importa sobre todo sacar una buena tajada, y sacrifican los valores humanos por el dinero, aunque siempre bajo pretexto de proteger esos valores humanos que, en el fondo, desprecian. Lawrence figura entre las voces más moderadas e intenta ejercer una influencia apaciguadora entre los más enardecidos belicistas, pero cuando la pasión y el odio se adueñan de todo, hasta las voces más tranquilas y sensatas son declaradas enemigas. De repente, se considera que todo aquel que se opone a la

guerra, apoya al enemigo. Y eso que de momento ni siquiera estamos todavía en guerra; oficialmente, por nuestra parte reina la paz con todos cuantos participan en la guerra europea.

Mi querida Martha, yo no soy una fiel practicante ni figuro entre quienes utilizan como fórmula habitual lo de «rezaré por vosotros», como dicen aquí muchos americanos. Pero creo que en estos tiempos tan disparatados es lo único que pueden hacer las personas razonables: rezar por los seres queridos que viven al otro lado del océano y, al mismo tiempo, orar para que los belicistas entren en razón y reconozcan que una declaración de la guerra solo aumentará la miseria, pero jamás la aliviará.

Con todo cariño,

Tu amiga Milli

P. S.: Anna se encuentra en estado de buena esperanza. Si todo va según lo planeado, en enero de 1917 seré abuela por primera vez.

28

MARTHA NO SE enteró nunca de lo que Milli ponía en la carta que había enviado para Moritz, pues justo la noche del día en que se la había entregado a su destinatario, se le cayó el alma a los pies.

Hacía mucho que no sabía nada de Paul. Aparte de esa primera carta que le había enviado, solo había recibido otra para felicitarla por su trigésimo octavo cumpleaños, que era el 19 de agosto, pero también esa misiva llegó con retraso, a principios de septiembre. Intentó consolarse pensando que en mitad de la batalla sería dificultoso despachar el correo militar, y después recurrió a numerosos argumentos racionales sobre las causas de que su esposo no escribiera con regularidad. Ella le escribía todas las semanas unas cartas larguísimas siempre por la noche, cuando la soledad se le hacía insoportable y la redacción de una nota le proporcionaba la sensación de estar conversando con él. Escribirle era para ella tan importante como para él debía de ser leer sus cartas, si es que llegaban…

Ahora acababa de recibir otra carta, pero no era de Paul; parecía un escrito oficial que le trajo el mal recuerdo de cuando recibieron la notificación del llamamiento a filas. Abrió a toda prisa el sobre, antes de que el pánico se apoderara de ella y viera confirmado el pensamiento que la acompañaba como un negro presagio desde la partida de Paul.

Después de abrirla, exhaló un leve suspiro de alivio. No era la temida carta que hablaba de la muerte heroica, sino la de un médico del campo de batalla que le informaba sobre una lesión de su marido.

Leyó por encima los renglones con la misma premura con la que había abierto el manuscrito.

Estimada señora Studt:

Le escribo con el consentimiento de su esposo para informarle de la grave lesión que ha sufrido. No es habitual que los médicos del campo de batalla escribamos a los allegados, pero en este caso en

particular, y puesto que usted es enfermera, lo he considerado mi deber. En el estado en que se encuentra, su marido tendría grandes dificultades para contarle cómo ocurrió la desgracia. Como ingeniero, su marido solía hallarse muy lejos de la línea del frente. Ese día, sin embargo, por razones de trabajo, estaba en la trinchera para reparar un arma de tiro rápido que está instalada allí. En realidad, era un día tranquilo, nos habíamos librado del fuego nutrido, y aparte del ruido de la artillería que nos acompaña a diario, parecía reinar la paz. Pero luego, inesperadamente, se produjo un ataque con granadas justo donde se encontraba su marido.

Por un lado, tuvo mucha suerte, pues tres camaradas que estaban a su lado murieron, mientras que él sufrió una herida que no pone en peligro su vida. De todas maneras, esa lesión cambiará su existencia para siempre. Los fragmentos de la granada le han causado graves heridas en la cara: la nariz y el labio superior fueron arrancados de cuajo, por lo que en mitad de la cara solo le queda un agujero grande. Estoy seguro de que con las operaciones se podrá mejorar en cierta medida, pero, debido a la herida, tiene el habla muy limitada. También le cuesta comer, aunque ha tenido la suerte de haber conservado los dientes, de modo que, además del cartílago de la nariz, solo ha perdido las partes blandas de la cara. No obstante, se trata de una de las peores heridas que puede padecer una persona, aunque no esté vitalmente amenazada. Al fin y al cabo, la cara no solo es el espejo del alma, sino que también sirve para comunicarse, y la capacidad de comunicación es lo que tiene más mermado.

Mientras le escribo estas líneas, están preparando a su marido para el traslado de vuelta a casa en un trasporte para heridos que he organizado. Espero que en Hamburgo puedan hacer algo más por él; según tengo entendido, varios cirujanos del hospital de Eppendorf se han especializado en el moderno procedimiento del trasplante de piel. Asimismo, cabe considerar un traslado a la Charité berlinesa, donde en la actualidad se trabaja en la reconstrucción de las caras de los mutilados de guerra.

Me veo en la obligación de advertirle de que su marido tiene un aspecto horrible y se encuentra muy melancólico, debatiéndose entre la idea del suicidio y el sentido del deber de seguir con vida por usted y por los niños. Hágase a la idea de lo que le supondrá verlo así y adviértales también a los niños. Es muy importante para su marido que oriente su pensamiento hacia el futuro y que no renuncie a la esperanza.

Atentamente,

Dr. Ludwig Mertins

Martha dejó caer la carta en la mesa como si estuviera anestesiada. Tenía la cabeza vacía. El alivio por saber que seguía con vida fue eclipsado por el miedo al aspecto que tendría ahora y a la vida que le esperaba. La pérdida de un brazo o una pierna —o, como en el caso de Moritz, de ambas extremidades— era terrible, pero no desterraba a una persona de la sociedad. Todo el mundo conocía el aspecto de los mutilados de guerra, pero a nadie se le ocurriría arrugar la nariz ni burlarse de ellos. Sin embargo, ¿qué pasaría con alguien a quien han destrozado la cara, alguien que no puede hablar con claridad porque le falta el labio, y que tampoco puede alimentarse como es debido porque al masticar la comida se le cae de la boca? ¿Y cómo sería eso de no tener nariz? ¿Podría seguir oliendo? ¿Y cómo se acatarraría sin nariz? ¿Le saldrían todos los…? No, prefería no imaginárselo, pero como enfermera que era, sin quererlo pensó enseguida en las consecuencias médicas que, a los ojos de la sociedad, lo convertirían en una extraña anomalía.

Respiró con toda la calma que le fue posible. El doctor Mertins tenía razón; había posibilidades de operar a Paul y recuperar en algún grado la funcionalidad de su rostro. El aspecto que tuviera después daba igual. Ella lo amaría siempre y era preferible que volviera a casa en esas condiciones a que no regresara. Y, sin embargo, tendría que contárselo a los niños con la debida precaución. Sobre todo, a la pequeña Ella, que acababa de empezar el colegio hacía dos meses. Martha recordó cómo se había despedido Paul de Ella el día que se marchó. La había atraído hacia sí y con su nariz había empujado la de la niña. «Hacer naricitas», lo llamaba ella. Nunca más podría «hacer naricitas» con ella.

Una lágrima rodó por la mejilla de Martha, pero se la enjugó a toda prisa. No, nada de lágrimas. Si empezaba a llorar ahora, probablemente ya nunca podría parar. Tenía que hacer de tripas corazón, tenía que seguir siendo fuerte por el bien de todos. Porque si ella también se derrumbaba, toda la familia se hundiría. Demasiado bien recordaba cómo su propio padre, tras la muerte de su mujer y de su hija pequeña, se había refugiado en el alcohol y, debido a su incapacidad, le había cargado a ella con el peso de mantener a la familia. No quería hacerle lo mismo a sus hijos. Permanecería tan fuerte como siempre lo había sido; no habría nada en el mundo que lo cambiara. Se tragó las lágrimas que seguían agolpándosele, y luego leyó otra vez la carta para centrarse en todos los pequeños rayos de esperanza que el doctor Mertins le había transmitido.

Le estaba infinitamente agradecida a ese médico desconocido que

se había tomado la molestia de escribirle una carta tan personal. ¡Lo conseguirían, harían frente a la situación, jamás se darían por vencidos!, se juró Martha en aquel momento, pues ese juramento tácito era lo único que la salvaba de no perder el control.

29

DESPUÉS DE CENAR, Martha les habló a sus hijos sobre lo que el médico del frente explicaba en su carta. Había estado meditando durante un largo rato qué palabras escogería para describir todo el horror que los esperaba, de modo que los niños lo entendieran y, al mismo tiempo, no perdieran la esperanza.

—Papá regresará pronto de la guerra —empezó—. Y necesitará mucho amor y muchos cuidados de vuestra parte, porque está muy herido.

—¿Como el señor Kellermann? —preguntó Rudi con cautela.

Martha negó con un movimiento de cabeza.

—No, lo de papá es diferente. La herida la tiene en la cara.

—¿Está ciego? —Fredi miró a su madre con los ojos muy abiertos. Desde que el padre de un amigo del colegio se había quedado ciego en la guerra, ese era su mayor temor.

—No, no le ha afectado en los ojos —contestó y vio que los niños respiraban aliviados—. Le ha alcanzado una granada —añadió a continuación—, de manera que ha perdido el labio superior y la nariz.

Bueno, ¡al fin lo había soltado! Mientras miraba consternada a los chicos, Ella se echó a llorar. Martha cogió enseguida a la pequeña en brazos.

—Está vivo, eso es lo principal —dijo, mientras abrazaba con fuerza a la niña—. Y mañana hablaré con el doctor para ver cómo se puede recomponer la cara de papá. Debéis saber que el doctor Liebknecht ha hecho ya muchos trasplantes de piel; él sabe cómo hacerlo.

—Pero solo tenemos una nariz y una boca —respondió Ella con un sollozo—. Eso no se puede trasplantar.

Al oír esas palabras, Martha se estremeció, pues aquellas palabras no eran propias de una niña de seis años, sino de una mayor y más madura. Y, además, Ella tenía razón.

—Los médicos están investigando cómo formar una nariz y una

boca a partir de otras partes de la piel —dijo—. Pero eso es muy difícil y vamos a necesitar muchísima paciencia. El que peor lo va a pasar es papá; por eso tenéis que ser todos muy cariñosos con él y demostrarle que no os importa el aspecto que tenga ahora. Sigue siendo vuestro papá y más vale que vuelva así a que no vuelva.

Ella y sus hermanos asintieron con gravedad.

—¿Cuándo lo van a operar? —preguntó Ella.

—Todavía no lo sé. Antes tiene que regresar a casa. Espero que dentro de unos días esté otra vez en Hamburgo. El médico que me ha escrito decía que ya había organizado un transporte de heridos para que traigan a papá.

—Los trenes llegan siempre a la estación central —dijo Rudi—. Fredi y yo fuimos una vez al salir del colegio; en lugar de asientos tienen camas en los trenes.

—Pero papá no necesita una cama, ¿verdad? —preguntó Fredi—. Seguro que le basta con una venda en la cara.

—No lo sé. —Martha suspiró—. A lo mejor necesita unos analgésicos muy fuertes, y esa medicación le dará mucho sueño. Pero, pase lo que pase, todos juntos haremos lo posible para que se recupere, ¿verdad?

—Sí —exclamaron los niños al unísono, y por un momento Martha tuvo la sensación de que la alegría por el regreso del padre superaba al susto que se habían llevado por la descripción de la lesión. Y confió en que las cosas siguieran así.

AL DÍA SIGUIENTE, Martha le enseñó al doctor Liebknecht la carta del médico del campo de batalla. Mientras el cirujano la leía, su rostro se ensombreció a ojos vista.

—La verdad es que es una lesión muy grave —dijo, cuando dejó caer la mano con la carta—. Me temo que no bastará con una sola operación. Tenemos que esperar a ver cómo es la herida y si tiene alguna infección que haya destruido más tejido. —El médico suspiró —. Será laborioso. La piel de la cara es muy diferente a la del resto del cuerpo; es más fina y delicada y a menudo tiene otra coloración. Tenemos que decidir cuál es la prioridad: la funcionalidad o la belleza.

—¿Se atrevería a hacerlo usted? —preguntó Martha, mirándole fijamente a los ojos.

—Ese tipo de heridas de guerra es territorio desconocido para todos los médicos. Y sí, me atrevo, pero sería mi estreno en una cosa así. Si lo hacemos juntos, enfermera Martha, tendremos que experimentar. ¿Se atreve usted? Después de todo, es su marido.

—Ya lo operamos una vez juntos —dijo en voz baja.

—Sí, pero entonces todavía no era su marido.

—Pero era el hombre al que amaba. Y sigue siéndolo. Sí, me atrevo, porque sé que en ese sentido piensa exactamente igual que Moritz Kellermann: quiere que esté yo presente. Y estoy dispuesta a asumir esa responsabilidad.

El doctor se encogió de hombros.

—Entonces reservaré una cama para él. Es preferible que venga directamente al hospital, no a casa.

—¿Por qué? —preguntó Martha—. Ya he preparado a los niños para cuando lo vean.

—Eso está bien, pero para mí tiene más importancia otra cosa. Cuanto antes comprobemos qué se puede hacer desde el punto de vista médico, mejor. Además, también le conviene para su estado de ánimo. Un hospital no equivale a la normalidad, sino que será un estadio intermedio hacia el hogar. Si de repente se ve en su casa, percibirá las limitaciones de una manera mucho más dolorosa.

Martha asintió con la cabeza, pues esas palabras encerraban una gran verdad.

EL TRANSPORTE PARA los heridos llegó dos días después. Martha se sentía inquieta y en tensión. En las noches anteriores había soñado una y otra vez con Paul, con el aspecto que tenía el día de la despedida. Y en esos sueños él repetía siempre que estaba ileso, que todo había sido un error. Pero, en cuanto se despertaba, advertía de inmediato la crudeza de la realidad, una realidad que eclipsaba cualquier pesadilla. Les había hablado a sus amigas de la lesión de Paul y todas habían prometido ayudarla. Era horrible ver el espanto en sus caras. Si ahora se quedaban tan estupefactas solo con oír una breve descripción, ¿cómo mirarían luego a Paul?

Martha esperó la llegada de su esposo en el hospital de Eppendorf. Como ya hiciera con Moritz, el doctor Liebknecht había preparado para él una habitación individual. El seguro médico solo se habría hecho cargo de la gran sala de camas, pero el doctor tranquilizó a Martha en lo relativo a los costes. Al marido de una apreciada colega, que por su inusual lesión serviría además como objeto de estudio, no le cobrarían ningún coste adicional.

Aunque solo tenía herida la cara, Paul iba en una silla de ruedas. Llevaba la cabeza vendada hasta los ojos y a Martha le recordó a una momia egipcia. Tenía los ojos abiertos, pero cuando sus miradas se cruzaron, reconoció que el brillo y la vitalidad de los mismos se habían apagado.

Mientras la enfermera empujaba la silla de ruedas para entrar en la

habitación, Martha se acercó a él y le cogió las manos.

—Te pondrás bien —dijo—. ¡Te quiero! Y siempre te querré.

Él no dijo nada, pero ella notó que le apretaba las manos.

La habitación estaba acondicionada con arreglo a los últimos avances en la medicina y el cuidado de los enfermos ingresados. Además de una cama de hospital cuya cabecera se podía regular, había incluso un lavabo con dos grifos, uno de agua caliente y otro de agua fría. Aparte de eso, contaba con un armarito para la ropa y una mesa con dos sillas. Sobre la mesa había un jarrón con un ramo de flores grande, que había colocado allí la enfermera Carola por encargo de la Asociación de Mujeres.

—¿Quieres tumbarte o prefieres estar sentado? —le preguntó Martha.

Paul hizo un movimiento con la cabeza hacia la mesa y se levantó con cuidado de la silla de ruedas, para luego dirigirse a paso tembloroso hacia las sillas. Por un momento Martha estuvo tentada de cogerlo en brazos, pero temía que esa impetuosa muestra de afecto le hiciera perder el equilibrio.

—Ya te he colgado la ropa en el armario —dijo en su lugar, y se sentó a la mesa junto a él. La enfermera abandonó la habitación con la silla de ruedas.

Paul se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Cómo de grave es? —le preguntó Martha.

—Mucho —respondió Paul—. No fuedo haflar fien. —Hablaba tan despacio como si tuviera que pensarse cada palabra—. No fuedo fronunciar todas las letras.

La voz le sonaba distinta, pero Martha no estaba segura del motivo, pues podía deberse al vendaje o también a que ya no tenía nariz. Le daban ganas de quitarle la venda y ver cómo había quedado, pero ya le llegaría su turno.

—¿Las letras para las que necesitas el labio superior?

—Paul asintió.

—Siemfre suena como efe. Intento efitarlas, pfero no siemfre lo consigo.

—De momento suena bien.

—Intento fuscar falabras sinónifas. For eso las fienso fucho.

—Seguro que te cuesta un esfuerzo, precisamente a ti, que siempre has tenido un pico de oro.

Un destello doloroso en los ojos de Paul hizo que Martha se arrepintiera al momento de sus palabras.

—¿Se lo has dicho a los niños? —preguntó él.

—Sí. Lo saben y lo llevan con serenidad. Como es natural, al

principio se asustaron mucho, pero se alegran de que no estés ciego y de que hayas vuelto con nosotros.

Durante un rato guardaron silencio, pese a que a Martha le habría gustado hacerle un montón de preguntas. Pero al mismo tiempo, se sentía extrañamente cohibida, cosa que con él no le había pasado nunca hasta entonces. No quería causarle turbación con sus interrogantes. No solo por los pormenores sobre los que tal vez no quisiera hablar, sino también por lo que le costaba encontrar las palabras. Se avergonzaba de no poder hablar bien, incluso delante de su esposa, aunque en realidad tenía que saber que a ella no le importaba su dicción en esas circunstancias. Quizá mejorase todo cuando llevara un tiempo en casa. Cuando se convenciera de que el amor de su familia no dependía de su aspecto ni de sus limitaciones.

—He hablado con el doctor Liebknecht —dijo al fin Martha—. Estoy esperando que aparezca en cualquier momento, pero seguramente le hayan retenido en el quirófano. Está convencido de que podrá operarte de modo que recuperes la funcionalidad de la cara.

—Pfero fermaneceré…, quiero decir, seguiré desfigurado.

A Martha casi le dolía físicamente ver cómo se corregía a sí mismo.

—A mí puedes hablarme como te vengan las palabras. Yo te entenderé siempre —dijo.

—Sí, pero frefiero intentar escoger la falabra adecuada.

—Entonces, ¿tengo que acostumbrarme a vivir sin que me digas nunca «Te amo, Martha», porque no suena como antes?

Paul bajó la mirada.

—Ya safes que te afo, Fartha —dijo en voz baja—. Pero no quiero llafar la atención fás de lo necesario por el hafla. Lo entiendes, ¿no?

—Claro que lo entiendo, Paul. —Le cogió la mano—. Pero es algo pasajero. Una vez que te haya operado el doctor Liebknecht, volverás a hablar con normalidad.

Como si hubiera oído su nombre, el cirujano llamó a la puerta y entró. Saludó a Paul estrechándole la mano y a continuación, sin más demora, fue directo al grano, como hacía siempre.

—¿Tiene dolores? En el informe del traslado he leído que está tomando morfina. ¿Es suficiente la dosis?

—Sí, tengo bastante; me va bien.

—¿Podría quitarle la venda para ver la herida?

Paul miró con inquietud a su esposa. Esta sabía que quería ahorrarle la visión.

—Yo también quiero verla, Paul. Tenemos que mirar la verdad a la cara, en el más genuino sentido de la palabra. Solo así podremos ayudarte.

Paul asintió mirándola primero a ella y luego al doctor Liebknecht.

A continuación, el médico empezó a quitarle el vendaje con cuidado. Martha agarró la mano derecha de su marido y se preparó para lo peor. No quería estremecerse ni asustarse. Paul tenía que encontrar en sus ojos el mismo amor de siempre, tuviera el aspecto que tuviera.

Cuando el doctor Liebknecht retiró la última capa del vendaje, Martha contuvo la respiración. Aunque se había imaginado lo peor, lo que vio superaba con creces todos sus temores. Los sanguinolentos y deshilachados bordes de la herida rodeaban lo que antes había sido la nariz y el labio superior. Un triángulo estampado en mitad del rostro. Martha vio con claridad los dientes de delante, y donde antes estaba la nariz, ahora había una oquedad por la que se veía hasta el fondo. Era la mueca de una calavera; solo los ojos de Paul, sus preciosos e intactos ojos, mitigaban en cierto grado la fuerte impresión.

—Tendremos que afrontar un gran desafío —dijo el doctor Liebknecht, mientras palpaba con cuidado los labios de la herida—. El cartílago nasal está destrozado. No basta con una mera dermatoplastia. Por otra parte, tenemos que cubrir el agujero, porque es una puerta de entrada de agentes patógenos.

Esa manera sobria de describir la cara destrozada de Paul como un problema a resolver, no como algo que desfiguraba y trastornaba por completo a alguien, proporcionaba cierto consuelo.

—Así no fuedo estar con la gente —dijo Paul hablando muy bajito. Aun sin el vendaje, su voz seguía sonando distinta.

—Tiene razón. Hasta que le operemos podríamos utilizar un molde de cera. Pero es bastante caro, y esos moldes no duran mucho porque son de un material demasiado inconsistente. De todas maneras, los resultados ópticos son impresionantes.

—Da igual lo que cueste —dijo Martha, antes de que su marido pudiera contestar—. Si sirve para que el tiempo de espera hasta la reconstrucción facial sea más llevadero, merece la pena pagar el precio que sea.

—¿Qué son esas… cosas de cera? —preguntó Paul.

—Moldes de cera —repitió la palabra el doctor Liebknecht, aunque Martha estaba segura de que Paul solo había buscado una perífrasis por la pronunciación—. En realidad, se utilizan con fines instructivos. Tenemos una buena colección de modelos para diferentes enfermedades de la piel, y se parecen tanto que engañan. Tienen cierto parecido a las figuras de un museo de cera. Pero no soportan bien el calor. Podría llevar el molde para salir un rato de casa, pero debido a su elevado peso y a su escasa resistencia no sería apropiado

para usarlo en el lugar de trabajo. Contamos con un moldeador muy capacitado, Ferdinand Brack, que sin duda podrá hacer una reproducción satisfactoria de su cara anterior. Para ello solo necesita una fotografía y tomar las medidas.

—¿Y cuánto cuesta eso? —preguntó Paul.

—Unos cincuenta marcos.

—Nos merece la pena, en cualquier caso —dijo Martha, antes de que su esposo pudiera protestar. Sin embargo, Paul guardó silencio y se limitó a asentir con la cabeza.

El doctor Liebknecht siguió examinando la herida. Tras dar por terminado un primer estudio, volvió a vendar con cuidado la cara de Paul y, a continuación, dejó al matrimonio a solas en la habitación.

—Este desafío también lo superaremos —dijo Martha—. Sigues con vida. Como ahora se te considera gravemente mutilado por la guerra, al menos puedes estar seguro de que nadie volverá a enviarte a ningún frente.

—Cuando enseñe la cara, la gente creerá ver un monstruo.

—Vamos a esperar a ver cómo te sienta esa máscara de cera.

—Que luego se derretirá los días calurosos de agosto —dijo él lentamente. Era asombroso lo bien que se le daba evitar las letras M, B y P. Seguro que lo había ensayado muchas veces antes de que lo llevaran de nuevo a Hamburgo.

—Para cuando llegue el verano ya no la necesitarás. Para entonces ya te habrá operado el doctor Liebknecht.

—Las cicatrices seguirán ahí —dijo Paul—. Y a fucha gente le dará asco.

—Aquellos a quienes les repugne no merecerán nuestra atención. La mayoría verán a un héroe que afronta su destino con valentía. A un hombre que demuestra que uno no debe darse nunca por vencido. Y reconocerán que la medicina es capaz de conseguir unos resultados excelentes.

Oyó que Paul respiraba con dificultad y esperó en vano su conformidad. Hasta ella tuvo que reprimir un suspiro. En lo sucesivo llegarían días de difíciles pruebas, pero confiaba en que su propia fuerza bastara para animar siempre que hiciera falta a Paul cuando este regresara a la vida cotidiana. Claro que su esposo tenía razón. La gente se quedaría mirándolo y murmurando. Ya lo hacían con heridos que presentaban unas heridas faciales mucho menos graves. Alguien que sin la venda parecía la muerte personificada provocaba pesadillas a cualquiera. Eso era indiscutible, y Martha estaba segura de que Ella, tan pronto como lo viera, prorrumpiría en un llanto amargo. ¿Qué pensaría entonces Paul, cuando su querida niñita llorara al verlo, no

del susto, sino de pena? Le destrozaría el corazón.

30

DURANTE LOS DÍAS siguientes, Martha no tuvo fuerzas para ocuparse de su consulta, pues necesitaba poner toda su energía en el cuidado de su familia. Por lo menos, contaba con el apoyo de su entorno.

Katrin Schwenke, que seguía viviendo en casa de Lida Heymann y que gracias a su ayuda asistía ya al instituto femenino, iba después de clase con regularidad a casa de Martha para descargarla un poco de las tareas domésticas cotidianas. Además, Katrin recogía a Ella del colegio y se alegraba de poder devolver algo de la ayuda que le había prestado en otro tiempo a su familia.

No obstante, Martha seguía sintiéndose agobiada. Pocos días después del regreso de Paul, fue a verlo por primera vez con los niños, y tal y como les había enseñado a los tres, estuvieron muy cariñosos con su padre y lo trataron con mucha consideración. Aunque Rudi no pudo evitar decirle lo mismo que pensaba Martha:

—Papá, me da igual cómo hables. No busques tantos sinónimos.

—Eso agudiza el intelecto —dijo Paul, acariciándole la cabeza a su hijo mayor—. Amplía el vocabulario. Deberías probarlo, Rudi.

—El intelecto ya lo agudiza bastante el latín, que es un rollo —gruñó Rudi—. Tengo que aprenderlo porque el profesor opina que debo cultivar el espíritu. Y mientras los demás juegan, a mí no me queda más remedio que empollar esa aburrida lista de palabras.

—Alégrate de… estudiar latín desde ahora —dijo su padre, buscando las palabras—. El léxico… adquirido es algo que nadie te… quitará nunca.

En circunstancias normales, seguro que habría replicado algo, pero en esa ocasión se limitó a asentir con la cabeza.

A continuación, Paul habló con su hijo menor, Fredi, durante otro rato. Pero Ella se mantenía muy callada, en segundo plano.

—¿Qué te ocurre, tesoro? —le preguntó finalmente a su hija.

—Me gustaría saber qué aspecto tiene ahora tu cara. —Jugueteó

con sus trenzas—. Pero mamá dice que no te lo pida porque no quieres que te vea así.

—Y tiene razón. No quiero que luego tengas… —dudó un momento, pero no encontró una perífrasis adecuada— fesadillas.

—¿Te ha dado ya cita el moldeador? —preguntó Martha, para cambiar de tema—. Así Ella podrá verte en cuanto te ponga la máscara.

—Vendrá mañana.

—¿Qué es un moldeador? —preguntó Fredi.

Martha se lo explicó a los niños.

—¿Puedo estar mientras te lo hace? —preguntó Ella.

—No —decidió enseguida Paul—. Solo cuando esté… concluido.

Ella estuvo a punto de pedírselo con insistencia, pero reaccionó pronto, comprendiendo que sería una molestia, ante la mirada severa de su madre.

UNA HORA MÁS tarde, después de que Martha y los niños se despidieran, Paul se quedó inmerso en un estado de ánimo que a él mismo le extrañó. No sentía tristeza ni miedo como al principio, cuando estaba en el lazareto. En su lugar, notaba un vacío, y sus pensamientos se remontaban una y otra vez a los peores momentos de su vida. Todavía recordaba perfectamente el día en que fue herido. El calor de la explosión, el fuerte impacto en la cara, que lo tiró al suelo.

Al principio creía que algo le había alcanzado la nariz y se la había roto, pero cuando fue a tocársela, solo encontró un enorme agujero lleno de sangre. Sin comprender nada, retiró la mano sanguinolenta, la miró y se puso a gritar. No por el dolor, que en ese momento aún no le había llegado a la consciencia, sino ¡por aquel enorme agujero en su rostro! Aquello era imposible, debía de ser una pesadilla, no podía ser verdad. Pero cuando a mano izquierda vio a sus camaradas con los cuerpos despedazados en el cráter de la bomba, reconoció que era un milagro que él solo hubiera recibido ese impacto en la cara.

A su lado, Peter Wiesmann ya no tenía cabeza. A Johann Traub le había alcanzado todo el cuerpo y las tripas estaban repartidas a su alrededor como si al carnicero se le hubiera volcado el carro con las vísceras. Paul volvió a gritar. Entonces sintió el dolor, un dolor tan espantoso que prefería haber muerto.

Las ideas se le agolparon. ¿Cómo podía seguir viviendo con una lesión de tal envergadura? ¿No sería mejor desangrarse allí mismo y ahorrarles a Martha y a los niños verle así? No, no podía hacer eso, pensó enseguida. Martha y los niños lo apoyarían siempre, por muy gravemente herido que estuviera. Del mismo modo que Martha había

luchado por Moritz Kellermann, también lucharía por él. Y al menos aún conservaba los brazos y las piernas; podría seguir ocupándose de la familia. Gracias a esos pensamientos intentó mantenerse con vida. «Lo que no nos mata, nos hace más fuertes», pensó. Pero todavía no se había mirado en el espejo…

La primera vez que se vio sin el vendaje fue horroroso. La enfermera del lazareto le había preguntado antes si se atrevía a mirarse. Mascullando incomprensiblemente, le había contestado que no tenía más remedio. En aquel momento todavía le daba igual cómo sonaban sus palabras y si alguien le entendía. Solo después de haberse visto la cara, empezó a esforzarse por articular las palabras con mayor claridad. ¿La cara? Ya no quedaba nada que pudiera llamarse así. En cualquier otra parte del cuerpo se podían ocultar las cicatrices con facilidad. Pero con su lesión no solo perdía una parte de su personalidad a los ojos de los demás, sino también una parte de sus facultades. Un aspecto espantoso y un lenguaje incomprensible: las dos cosas le convertirían para siempre en un marginado. Así que decidió esmerarse al menos con la pronunciación, y al ver que no lograba el resultado deseado, pasó a evitar determinados sonidos. Como aquello acarreaba una reducción del vocabulario, fue dolorosamente consciente de que había perdido para siempre un elemento importante de su vida.

¿Acaso una operación podía realmente paliar ese defecto? Paul lo ponía en duda, pero no quería quitarles la ilusión a Martha y a los niños.

A LA MAÑANA siguiente llegó el moldeador Ferdinand Brack. Seguramente un hombre que se ganaba la vida disimulando con cera desfiguraciones horripilantes ya había visto todo lo que había que ver, de modo que trató a Paul con toda naturalidad. Solo se desalentó cuando Paul le preguntó si podía hacerle una reproducción de su rostro desfigurado. Por otra parte, así se le ofrecía la oportunidad de conseguir una rebaja del precio de su máscara, accediendo al deseo del moldeador solo a cambio de una rebaja sustancial del precio. De manera que su sentido para los negocios no se había visto afectado por el fuego nutrido de la guerra, pensó al cabo Paul, y se enorgulleció de haber sabido regatear el precio hasta dejarlo en treinta marcos.

—El problema será la sujeción —opinó Brack—. Los moldes en realidad no están concebidos como máscaras faciales, sino como material ilustrativo para las clases. Pesan mucho, porque la cera tiene que ser maciza para que no se derrita enseguida. Tendré que idear algo para que se sujete la máscara sin que los corchetes de fijación se

salgan por el peso de la cera. Esa es la mayor dificultad.

—¿Tiene ya alguna idea acerca de esa… sujeción? —Paul se interrumpió y dijo sencillamente lo primero que le acudió a la cabeza—: ¿Ha fensado ya en algo?

Y al hacerlo se dio cuenta de que se entendía mejor si decía las consonantes impronunciables lo más deprisa posible. Quizá tuvieran razón Martha y los niños, y debería dejar de ponerse límites. A partir de ese momento ya nunca sería el mismo, con independencia de lo que se esforzara por alcanzar la normalidad. Así que no tenía por qué reducir su capacidad de expresión; de lo contrario, podían acabar tomándolo por un retrasado mental.

—Estoy pensando si encajar el molde en un marco de un metal ligero como el aluminio. Aunque hoy en día no es fácil de obtener, he oído que su esposa tiene una buena relación con el señor Kellermann, ¿no es así?

Paul aguzó el oído. ¿Había corrido ya hasta ese punto la voz de las relaciones de Martha con el rey de los bajos fondos? ¿O es que Ferdinand Brack pasaba mucho tiempo en el hospital, donde todo el mundo sabía que Martha había ayudado a Moritz, el hermano de Joseph?

—¿Quiere que se lo pregunte a ella?

—Sí, eso serviría de mucha ayuda. Si tuviera que ocuparme yo mismo del aluminio, no podría mantener ese buen precio por la máscara.

Paul asintió.

Cuando se marchó el moldeador, aguardó unos minutos antes de llamar a la enfermera para que le volviera a vendar la cara. En su lugar se levantó, se puso delante del espejo y se miró. Odiaba aquella visión, pero cuanto más se exponía a ella, menos se asustaba. Empezó a dividir su rostro en cuadrantes y los fue inspeccionando uno a uno. Los dos cuadrantes superiores eran los ojos, que parecían completamente normales si se concentraba solo en ellos. Peor eran los cuadrantes de debajo, el agujero abierto que ocupaba el sitio de la nariz. Le daba la sensación de que cogía aire y respiraba de otra manera. Pero eran solo figuraciones suyas. Todavía podía percibir incluso olores distintos. El doctor Mertins, que se había ocupado de él a conciencia, le había explicado que eso se debía a que las células olfativas se encontraban muy arriba, en las fosas nasales, mientras que el cornete de la nariz únicamente filtraba el aire y lo depuraba de partículas de polvo.

Peor aún que el agujero que antes ocupaba la nariz le resultaba la falta del labio superior. Parecía una calavera con una sonrisa burlona.

Probó a pronunciar las consonantes B, M y P. Una y otra vez. Cuanto más lo intentaba, mejor sonaban. Desde luego, todavía se oía la F como un silbido de fondo, pero tal vez se había equivocado cuando al principio evitaba por completo esas consonantes. También llegó a la conclusión de que había sido un error evitar mirarse en el espejo. De nada servía mantener los ojos cerrados. Atrás quedaba la época del lazareto, donde había llorado su desesperación a escondidas y solo por la noche, porque un hombre al fin y al cabo no podía llorar. Hacía tiempo que había derramado ya todas las lágrimas; con ellas había terminado también lo que sentía al verse el rostro. No del todo, claro está. En el fondo seguía teniendo mucho miedo de lo que le esperaba, de cómo podría reemprender una vida normal. De cómo podría volver a besar a Martha con esa mueca desfigurada…

Ese día habría dado cualquier cosa por poder echar un vistazo al futuro, para saber si se cumplirían las esperanzas que había depositado en la operación. Por otro lado, sin embargo, se alegraba de que el futuro fuera un enigma, pues ¿qué pasaría si supiera que la operación iba a salir mal y que nunca se produciría ningún cambio?

—Te amfo, Mfartha —dijo despacio, alegrándose de que cada vez le salía mejor la pronunciación de las consonantes que se le resistían. No, nunca se daría por vencido, jamás. Y como era un poco supersticioso, cosa que nunca habría confesado ni siquiera a su mujer, decidió apostar por la pronunciación como si fuera un oráculo. Si practicando mucho conseguía decirle que la amaba en la próxima visita sin equivocarse, sería señal de que todo iba a salir bien.

31

A PRIMERA HORA de la tarde Paul recibió otra visita, pero para su sorpresa no era Martha, sino Moritz. Iba acompañado de la enfermera particular que había contratado para él Joseph y que empujaba su silla de ruedas. En cuanto entraron en la habitación, Moritz insistió en que le diera la muleta, que estaba detrás del respaldo, y lo ayudara a levantarse.

—Me gusta más sentarme en una silla de verdad —le dijo Moritz guiñando el ojo a Paul, que para entonces ya llevaba otra vez el vendaje en la cara—. Fíjate en lo aplicado que he sido —dijo luego—. Ya puedo recorrer tramos cortos yo solo. —Sosteniendo la muleta con la mano izquierda, cargó el peso sobre la prótesis y luego, con cuidado, fue dando un paso tras otro. Como llevaba pantalones largos y un par de zapatos completamente normales, una persona ajena no podía reconocer a simple vista que caminaba con una de esas prótesis modernas en la pierna. Naturalmente, sus andares seguían siendo torpes e inseguros, pero Paul consideró que Moritz podría apañarse sin la silla de ruedas si aún conservara el brazo derecho. En comparación con los inicios, impresionaba ver los progresos que había hecho.

—Sophia, puede dejarnos solos durante una hora. Mientras tanto, haga algo bonito.

La enfermera particular asintió y se marchó.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Moritz, después de sentarse en la silla que Paul tenía enfrente.

—Más o menos bien, o regular —respondió Paul, alegrándose de que le hubiera salido bien la pronunciación de la M y la B. Te amo, Martha. No había mejor terapia. De haber podido hacerlo, habría sonreído.— ¿Y a ti qué tal te va?

—Algo mejor que regular. —Moritz esbozó una sonrisa—. En nuestra situación, ¿a partir de cuándo se puede decir que se está «bien»?

—Cuando respfonda a la verdad. —Paul suspiró. Seguía costándole

pronunciar bien la P.

—Ah, pues entonces me va muy bien. Hay que conformarse con lo que se tiene, ¿no crees?

—¿Tú estás conforme?

—Lo de andar se me da cada día mejor. Tengo la gran suerte de que mi hermano posee suficiente dinero como para pagar todos los tratamientos. No pasamos hambre ni frío, y nuestra vida tampoco corre peligro. Eso es más de lo que tienen muchos. Sobre todo, los pobres diablos que están en el frente. —Paul asintió despacio con la cabeza—. Me pregunto quién de nosotros dos lo tiene más crudo —continuó Moritz—. A veces pienso que el destino es un cínico. Tu fuerte ha sido siempre la elocuencia. Y yo siempre lo he resuelto todo con las manos; si era necesario, también con los puños.

—¿Crees que si estuvieras en mi lugar podrías amenazar con el puño a todos los que se rieran de tu aspecto?

—Sí, no estaría mal.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Paul.

Era la amiga de Martha, la enfermera Carola, que ese día tenía turno de noche.

—¡Anda, tiene visita, Paul! —dijo mirando de soslayo a Moritz—. Buenas tardes, señor Kellermann. No les molesto más; solo traigo la dosis de morfina de la tarde.

—Siempre me alegro de verla, enfermera Carola —dijo Moritz. Luego se volvió hacia Paul—. ¿Tú también tomas de eso? Por suerte yo ya apenas la necesito. Te advierto que te espera una dura lucha cuando te van reduciendo la dosis.

—Ya me la están rebajando —contestó Paul, tendiendo el brazo hacia Carola para que le pusiera la inyección.

Desde que llegó a Hamburgo, el doctor Liebknecht le había ido reduciendo la dosis a medida que los labios de la herida se iban cerrando. Pero sin las inyecciones de morfina los dolores eran casi insoportables.

En el lazareto del campo de batalla muchos hombres habían procurado conseguir sus propias jeringuillas para inyectarse ellos mismos la morfina, pero no era una conducta ejemplar. El peligro de la adicción era demasiado grande, porque la morfina no solo ayudaba a combatir el dolor, sino que también proporcionaba paz y tranquilidad. A veces Paul se preguntaba si parte de su vacío interior, que tantas lágrimas a escondidas le había costado, no se debería también a las dosis de morfina que le ponían. Pero nunca había sentido la necesidad de ponerse él mismo las inyecciones. Por muy

bonito que fuera olvidarse por un momento de todo, sabía que esa droga le quitaba también las ganas de batallar por la vuelta a la vida normal.

—¿Vendrá hoy también Martha? —preguntó Carola, mientras presionaba el parche en el émbolo de la jeringuilla. Paul notó enseguida un agradable calor por dentro y, una vez más, comprendió por qué aquello suponía una tentación tan grande.

—Viene todos los días.

Carola aguzó el oído.

—Tu pronunciación ha mejorado muchísimo. —Extrajo la aguja.

—Fpractico mucho.

—Eso está bien.

Paul asintió.

—Como te decía —intervino Moritz—, deberíamos cambiarnos.

—¿Cambiaros? —preguntó Carola desconcertada.

—Sí —confirmó Moritz—. Yo le dejo a Paul mi cara intacta y él a mí el brazo y la pierna.

Carola movió sonriente la cabeza.

—Al menos, ha recuperado el humor. Bueno, les dejo solos.

—La enfermera Carola es una mujer impresionante —dijo Moritz, cuando ya se había ido—. Igual que Milli. ¿Te ha contado Martha que Milli me ha escrito?

Paul negó con un movimiento de cabeza.

—¿Y qué te dice?

—Me ha enviado algunas fotografías de Anna en Nueva York, desde que era pequeña hasta que se casó. Y en la carta pone que durante un tiempo le dio pena haberme dejado en Hamburgo. Al parecer, no se dio cuenta hasta que estuvimos separados por el Atlántico. Pero que lo hizo por Anna y que es feliz con Lawrence. —Moritz suspiró—. Tú que la has visto en Nueva York, ¿es realmente feliz?

—Sí, lleva una vida despreocupada codeándose con la flor y nata de la sociedad, trata con las personalidades más influyentes del país y es una señora muy estimada. Tiene la sensación de estar viviendo un cuento de hadas.

—Me alegro por ella. Se lo merece.

—¿Lamentas no haber ido a América con ella por aquel entonces? —preguntó Paul.

—No lo sé —reconoció Moritz—. De haberlo hecho, ahora no sería un inválido. Pero Anna no pertenecería a la alta sociedad y Milli no viviría como en un cuento. Seríamos gente normal y corriente. Ni siquiera sé si allí hubiéramos vivido mejor que aquí. No he estudiado

nada para prosperar de veras.

—Eres sargento mayor.

—Sí, pero, como te decía, no he estudiado nada razonable. —Moritz se echó a reír con amargura—. Siempre he creído que era útil tener un Reichswehr fuerte, unas fuerzas armadas potentes para proteger la patria, pero lo que está pasando en Bélgica y Francia es inconcebible. Sobre todo, es inútil. Sin embargo, si se proclama tal idea en voz alta, lo toman a uno por un apátrida, y más si eres un suboficial. Antes los soldados protegían al pueblo; hoy solo sirven para destruir. Destruyen incluso a personas como tú, Paul, visto que os obligan a fabricar máquinas que solo están al servicio de la aniquilación. Y luego pasa lo que pasa. La guerra ya no tiene nada de honroso; solo es una carnicería.

—¿Alguna vez ha sido distinta la guerra? —preguntó Paul—. ¿O idealizamos los tiempos pasados solo porque ha transcurrido tanto tiempo desde la última guerra, que los supervivientes que participaron en ella son hoy unos ancianos seniles que se deleitan adornando unos recuerdos que no tienen nada que ver con la realidad?

—Apenas se te nota que tengas dificultades con el habla —dijo Moritz—. Incluso en comparación con tu pronunciación de hace un rato. Deberías charlar el mayor tiempo posible; te viene bien.

—Gracias.

—Y por responder a tu pregunta, Paul: es posible que idealicemos el pasado, pero incluso el trato dentro del ejército ha cambiado en los últimos años. Antes de esta guerra, el ejército era una familia que permanecía unida de un modo incondicional. Si te alistabas en él, pertenecías a una comunidad, y precisamente ese sentimiento comunitario era el que entusiasmaba a los hombres jóvenes como yo. Pero en el frente todo cambió desde el momento en que llegaron los que eran llamados a filas en contra de su voluntad. Como es natural, también ellos luchan por la patria, pero en las trincheras se les arrebata enseguida el espíritu combativo y, a veces, se convierten más bien en un estorbo para los demás. He visto hombres jóvenes y fuertes temblando acurrucados en el suelo y llorando como niños. Algunos incluso llamaban a gritos a su mamá, y yo no sabía si compadecerme o avergonzarme de ellos. La mayoría se avergonzaban por sí solos.

—Yo también he visto temblar a algunos hombres en la guerra —dijo Paul en voz baja—. Gente tan trastornada, que el cuerpo ya no les obedecía, aunque por fuera estuvieran ilesos.

—A menudo me he preguntado qué es mejor —continuó Moritz—, perder la razón o el cuerpo.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Yo no es que sea el más cuerdo, pero no me habría gustado terminar como esos pobres diablos. Mi cuerpo puede estar mutilado, pero al menos estoy capacitado para obligar a obedecer al resto que me queda. —Tocó ostensiblemente la muleta que tenía apoyada en la mesa.

—Entonces ¿ya no piensas que habría sido mejor que te hubieras muerto?

Moritz negó con un movimiento de cabeza.

—Creo que la vida todavía tiene algo que ofrecernos a los hombres como nosotros. Y en ocasiones me pregunto si estas limitaciones no podrían ser también contempladas como una contrariedad que uno debe superar.

—Eso suena un tanto filosófico.

—La verdad es que la enfermera Sophia me ha leído algunos tratados filosóficos. Nunca habría imaginado que esos razonamientos tan rimbombantes pudieran interesarme. Pero algunas frases dan en el clavo. Cuando el cuerpo deja de estar completo, es el intelecto el que debe rellenar el hueco.

Paul miró extrañado a Moritz. ¿Era la misma persona que conocía de antes? ¿Leal y de toda confianza, pero también un poco simple? ¿O era más bien que antes se sentía demasiado cómodo como para ocuparse de búsquedas intelectuales porque no lo necesitaba? Que su hermano Joseph tenía una gran inteligencia lo sabía todo el mundo, pues de lo contrario no habría conseguido llegar a ser uno de los hombres de negocios más influyentes…, aunque también más sospechosos. Era irrelevante.

En cualquier caso, la visita de Moritz le levantó el ánimo. Ciertamente, sus lesiones no se podían comparar y cambiarían por completo la vida de los dos, pero cuando veía así a Moritz, se daba cuenta de que su herida en la cara no significaba en modo alguno el final. Aunque Paul sabía que todavía no había superado del todo la profunda y oscura desesperación que solía adueñarse de él por las noches, decidió contemplar su duro destino como un desafío, pues los lloros y lamentos nunca habían arreglado el mundo. Y, además, a pesar de todo, era un hombre afortunado, porque tenía una mujer y unos hijos que siempre estarían a su lado. Nunca le rechazarían la familia ni los amigos, y esa era al fin y al cabo la mayor riqueza a la que podía aspirar una persona.

32

LA MÁSCARA QUE había hecho Ferdinand Brack era digna de admiración. Parecía casi auténtica, pero por desgracia Paul no la podía llevar mucho tiempo puesta, porque pesaba bastante; además las patillas, que se asemejaban a las de unas gafas, dejaban unas marcas profundas detrás de las orejas que enseguida escocían y se despellejaban. Tampoco servía para nada la cinta protectora que había hecho Brack para que estas no apretaran tanto. Aparte de eso, había que tener mucho cuidado, porque la máscara era sumamente delicada. Ya desde el primer día, cuando se la ajustó, Paul se la quitó mal y dejó la nariz algo abollada, aunque el moldeador la arregló enseguida calentando un poco la cera para poder remodelarla.

Gracias a esa careta, Paul se reconoció por primera vez al mirarse en el espejo. Quien no estuviera al tanto de su situación, no notaría nada. Sin embargo, al mismo tiempo, la máscara le hizo más consciente de su limitación, porque otra vez tenía que adaptar su forma de hablar. Aunque el labio superior artificial estaba bien tallado, lo cierto era que impedía la movilidad de la boca, de modo que la articulación correcta de las palabras le suponía de nuevo un gran desafío. Así que al poco tiempo le preguntó impaciente al doctor Liebknecht cuándo empezaría con la primera operación.

—Me gustaría esperar a que los labios de la herida se hayan curado del todo —contestó el cirujano—. Además, tenemos que planificar con precisión cómo vamos a reconstruir la nariz. —El doctor Liebknecht suspiró—. Estoy en contacto con un antiguo amigo de la carrera, que ahora trabaja como cirujano en la Charité de Berlín. Allí colabora estrechamente con el cirujano Jacques Joseph, está especializado en la reconstrucción de la nariz de los que han resultado heridos en la guerra. Si solo le hubiera afectado a la nariz, todo sería mucho más sencillo. Para eso existen algunos métodos quirúrgicos muy buenos que apenas dejan huellas visibles. Pero como también le falta el labio y del cartílago nasal no queda nada, la operación es muchísimo más

complicada. Mi colega está atendiendo ahora a un joven de veintisiete años que padece una lesión casi idéntica a la suya. Ya lo han operado cuatro veces, pero hasta ahora ninguna ha dado un resultado satisfactorio. En la primera, mi colega cubrió el agujero de la cara con piel del muslo, pero esa piel tenía una consistencia muy distinta de la del cutis facial. Al paciente le quedó una cara completamente aplastada con dos ranuras que ocupaban el lugar de las fosas nasales. Parecía que le habían puesto un parche.

—¿Le ha enviado fotografías su colega?

El doctor Liebknecht asintió.

—¿Puedo verlas?

El cirujano carraspeó.

—No se lo aconsejo. Los resultados son francamente desalentadores.

—¿Y qué pasó en la segunda operación? —preguntó Paul dudoso.

—Mi colega intentó reconstruir una nariz forrando el injerto con tejido muscular. A continuación, sin embargo, se produjo una infección y todo el injerto cutáneo fue rechazado. Después vinieron otras dos revisiones de los labios de la herida y un nuevo recubrimiento provisional. Ahora planea para la siguiente operación obtener tejido cartilaginoso de las costillas para usarlo en la reconstrucción del dorso de la nariz y luego trasplantar un trozo de piel de la frente a la nariz. Por así decirlo, una rinoplastia ósea cubierta con piel auténtica de la cara. Después, en el siguiente paso, quiere formar un labio a base de tejido muscular que tenga parte de la movilidad de un labio auténtico. En febrero me encontraré con mi colega en un congreso y luego veré también al paciente. Creo que más nos vale esperar a ver cómo evoluciona ese caso hasta entonces. Mientras tanto, tendrá que conformarse con la venda y la máscara. Y estaría bien que fuéramos reduciendo poco a poco la morfina.

—¿Significa eso que podría irme ya a casa?

—Sí —afirmó el doctor Liebknecht.

MARTHA Y LOS niños se alegraron cuando por fin le dieron a Paul el alta en el hospital, aunque su vida familiar nada tendría que ver con la que habían llevado hasta antes de la partida hacia el frente. En especial, se notaba cuando comían todos juntos; Paul tenía media cara oculta bajo la venda y le resultaba difícil aparentar que era capaz de comer con total normalidad. No obstante, Martha admiraba lo valiente que era con su horrible desfiguración. «Las cosas son como son —solía decir—. De nada sirve lamentarse.» Martha no estaba del todo segura de si de verdad lo decía plenamente convencido o si era un modo de

protegerse de la completa desesperación, pero se guardaba mucho de manifestar sus dudas.

Su esposo le había hablado de la conversación con el doctor Liebknecht y de las fotos que el médico le había descrito, pero no enseñado. Más tarde, Martha le pidió a este que le enseñara las fotografías del joven berlinés, y el médico accedió con reservas a su deseo. Después de ver las fotos, entendió por qué no se las había querido mostrar a Paul. Eran testimonios de experimentos quirúrgicos faciales fallidos que no tenían la menor semejanza con un rostro humano.

—Tengo la gran esperanza de que podamos aprender algo de estas experiencias —la tranquilizó el doctor Liebknecht, al ver su expresión aterrorizada—. Nadie ha dicho que fuera a ser fácil.

—No, pero hasta ahora tampoco ha dicho nadie que sea completamente imposible —respondió Martha derrotada.

El doctor respiró hondo.

—Aún nos hallamos en los inicios, todos estamos aprendiendo. Esta guerra nos plantea los mayores desafíos. Pero estoy seguro de que obtendremos un resultado mejor que este —dijo tocando la fotografía con el dedo índice.

AL PRINCIPIO, PAUL mantenía la cara cubierta delante de sus hijos, pero una mañana la pequeña Ella lo sorprendió en el cuarto de baño justo cuando estaba cambiándose la venda. Paul se asustó casi más que su hija. No quería que su niñita viera esa horrible mueca. Pero después de que Ella superara el susto, se acercó a él y dijo:

—Papá, yo te sigo queriendo aunque estés feo. —Luego se quedó mirando la cara destrozada con curiosidad e interés, sin poner cara de asco. En ese momento, a Paul se le ocurrió pensar por primera vez que tal vez para los niños era peor tener que imaginar la desfiguración que conocer la terrible verdad—. ¿Todavía te duele muchísimo? —preguntó Ella.

—No tanto como al principio —contestó él.

—¿Cuándo te van a operar?

—En primavera, cuando el doctor Liebknecht haya cambiado impresiones con sus colegas en el congreso de médicos.

—¿Qué es un congreso de médicos, papá?

—Es cuando los médicos de toda Alemania se reúnen en Berlín y hablan sobre los métodos más recientes de los tratamientos. Y el doctor hablará allí con un colega que ya ha acumulado experiencias con operaciones de este tipo. Después decidirá lo que sea mejor para mi caso. Se lo pensará bien.

—Papá, cuando sea mayor quiero estudiar Medicina —dijo Ella—. Entonces podré curarte yo, si el doctor Liebknecht no sabe.

—¿Quieres ser médico?

La niña de seis años asintió muy seria.

—Entonces tienes que ser muy aplicada en el colegio. Las chicas lo tienen más difícil que los chicos si quieren estudiar una carrera.

—¿Por qué?

—Cuando mamá tenía tu edad, a las chicas todavía no las dejaban ni siquiera ir al instituto. Entonces había muchos hombres que opinaban que no era necesario que las muchachas estudiaran nada, porque más tarde se casarían y tendrían hijos.

—¿Y ahora las chicas sí pueden ir al instituto porque las madres también trabajan?

—Sí. Pero si las chicas quieren hacer una carrera, necesitan sacar siempre mejores notas que los chicos.

—Eso es injusto.

—Sí, es injusto. De todas formas, puedes conseguir todo lo que te propongas si de verdad lo quieres. Pero tendrás que luchar por ello y ser muy aplicada.

—Desde luego que sí —dijo la niña, y añadió—: ¿Me das un beso, papá?

Él se echó hacia atrás.

—¿Así? ¿Con esta cara?

—Claro. ¿Cómo si no? —preguntó Ella, y esa naturalidad hizo que al padre le brotaran lágrimas de emoción, que trató de enjugarse antes de que Ella lo notara.

La cogió en brazos y con el labio inferior le dio en la frente algo que recordaba a los besos que le daba antes.

—Eres mi niña fuerte y valiente —dijo luego Paul, y volvió a dejarla en el suelo.

Ese día les enseñó también a Rudi y a Fredi su cara desfigurada, y a partir de entonces ya no se la volvió a tapar en casa.

—EL MUNDO SERÍA un poco mejor si todas las personas fueran tan abiertas y naturales como nuestros hijos —le dijo Martha por la noche, cuando ya estaban en la cama—. ¿Les enseñarás la cara también a mi padre y a Li-Ming?

—A tu padre, sí. A ella, no estoy seguro. Está muy rara últimamente.

—Se preocupa por Heinrich. Llevamos seis meses sin saber nada de él. Espero que no le haya pasado nada.

—Ha estado fuera muchas veces durante tanto tiempo, y ya

conoces a tu hermano: siempre se las apaña para salir adelante. Estoy segurísimo de que, el día menos pensado, aparecerá tan tranquilo por la puerta. —Tomó aire y luego dijo—: Creo que ya va siendo hora de que vuelva al trabajo. En Wolkau seguro que me necesitan. Si me envuelvo la cabeza con una bufanda, ocultando las partes desfiguradas, todo irá bien.

—Pero aún sigues muy debilitado. No podrás soportar una jornada completa de doce horas.

—Mañana me pasaré por la Oficina de Asistencia a los Mutilados de la Guerra y preguntaré si tengo derecho a una pensión de invalidez con la que podamos compensar las pérdidas. Y tú deberías informarte sobre la posibilidad de trabajar a tiempo completo en el hospital. Entonces podríamos seguir viviendo en este piso y ahorrar algo de dinero para la educación de los niños.

—Pero entonces no podría ocuparme de la pobre gente del puerto y apenas sacaría tiempo para atender el consultorio de la Asociación de Mujeres.

—Y eso te importaría mucho, ¿verdad?

Martha se acurrucó en sus brazos.

—Sí —dijo—. Pero, por otra parte, la familia es lo principal. No debemos permitir que esta maldita guerra nos cause aún más pérdidas.

AL DÍA SIGUIENTE, Paul fue a primera hora de la mañana a la Oficina de Asistencia a los Mutilados de la Guerra para presentar una solicitud de la pensión de invalidez. Como se trataba de un recorrido corto, por un momento pensó si debía ponerse la máscara, pero luego optó por el vendaje, con el fin de que su estado fuese más evidente si cabe. Había oído que a los funcionarios de la oficina había que tratarlos con diplomacia. Sabía que hasta Moritz había recibido una pensión de invalidez muy escasa. Sin la ayuda de su rico hermano, habría tenido que vivir por debajo del umbral de la pobreza. Daba la impresión de que la misión de los funcionarios de la Oficina de Asistencia a los Mutilados de la Guerra era quitárselos de en medio y guardar todo el dinero del Estado para la guerra. Por eso Paul quería hacer todo lo posible para evidenciar la gravedad de su lesión.

Aunque llegó muy temprano, ya se había formado una larga cola. Por suerte, no le tocó esperar fuera de la puerta y soportar el húmedo frío de noviembre, como los hombres que llegaron minutos después que él.

En el pasillo escaseaban las sillas y las pocas que había ya estaban ocupadas por hombres a los que les faltaba una pierna. Quienes no podían estar de pie y se habían quedado sin silla se sentaron

resignados en el suelo, a la espera de que los llamaran. Cuando Paul vio tanta miseria, se preguntó por qué obligaban a esos hombres a presentarse ellos mismos. ¿Por qué no se organizaba todo dando más facilidades, de modo que la ayuda partiera directamente de los lazaretos o los hospitales? ¿O es que también formaba parte del plan ahorrar dinero poniéndoles las cosas difíciles a los soldados heridos? Hombres que en parte habían sido llamados a filas en contra de su voluntad y de los que ahora no se apiadaba nadie.

Al cabo de más de una hora, llegó por fin su turno. El hombre que iba a ocuparse de su solicitud era tan delgaducho que casi se le veía el tórax en embudo a través de la sencilla chaqueta del traje, provista de manguitos. En el reconocimiento para el servicio militar, ese hombre no había tenido nada que temer, como lo demostraba no solo su estatura, sino también los gruesos cristales redondos de las gafas, que le hacían unos ojos enormes. Era la viva imagen de un chupatintas.

—¿Qué quiere usted? —le preguntó bruscamente a Paul, sin levantar la vista del documento en el que todavía estaba anotando un par de cosas.

—Presentar la solicitud de una pensión de invalidez.

El hombre alzó la vista y escudriñó a Paul.

—¿A qué se dedicaba usted en la vida civil?

—Ingeniero fmecánico.

—¿Dónde está herido?

—En la cara —dijo Paul, señalando el vendaje.

—Así que todavía le quedan las dos piernas y los dos brazos, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y los dos ojos?

—Sí.

—¿Y puede oír?

—De lo contrario, no podría estar respondiendo a sus preguntas.

—De manera que no tiene ninguna limitación funcional, ¿no?

—Sí, al haflar.

—Habla usted de maravilla.

—Me cuesta fmucho hafblar fbien. Y tengo la cara comfpletafmente desfigurada.

—Como ingeniero mecánico no le hace falta ser guapo. Si fuera cantante de ópera o actor de teatro, sería distinto. Pero, en su caso… Puede estar contento de conservar los dos brazos y las dos piernas.

Paul notó que se iba enfureciendo, tanto que le resultaba difícil concentrarse y hablar de manera comprensible.

—Fme ha camfbiado la fvida por comfpleto —dijo—. No fpuedo

estar norfmalmente con las fpersonas.

—Pues ahora lo está. Lo siento, pero los hombres con pequeñas lesiones, que pueden ganarse la vida por sí mismos, no tienen derecho a una ayuda estatal.

En ese momento Paul estalló y, sin pensárselo dos veces, se quitó la venda de la cara y miró sin pestañear al enano presuntuoso.

—¿Esto le parece una lesión pequeña? —Por primera vez, disfrutó de que alguien se estremeciera asustado al verle la cara.

—¡Eso es repugnante! ¡Cómo se le ocurre!

—¿Le da asco, eh? —preguntó—. ¿Lo entiende ahora? No fpuedo trafbajar toda la jornada. Tomo unos fmedicamentos muy fuertes. Me fvan a ofperar dos fveces. He luchado por la fpatria y he fperdido la salud. Tengo derecho a ser reconocido como fmutilado de guerra.

—¿Le importaría volver a cubrírsela? —dijo el funcionario, mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo blanco—. Por supuesto, podemos reconocerle como mutilado de guerra, pero la percepción de prestaciones sociales solo se da en caso de limitaciones funcionales que impidan valerse por uno mismo. Dado que solo lo han herido en la cara y no necesita una pronunciación perfecta ni buena presencia para el ejercicio de su profesión, no tiene derecho a una pensión.

Sacó una notificación, la selló y se la dio a Paul. En ella ponía que, como damnificado por la guerra, tenía derecho a ir al teatro y a los baños públicos con una rebaja del precio de la entrada.

—¿Y qué quiere que haga con esto?

—Ya lo está viendo: el teatro y los baños públicos le salen más baratos. Por desgracia, no puedo hacer más por usted.

Paul estuvo a punto de hacer una pelotilla con el papelucho y metérsela al chupatintas por el cogote, pero se contuvo y, en su lugar, lo guardó en el bolsillo del abrigo.

A LA MAÑANA siguiente, Paul apareció por primera vez en el astillero de Gustav Wolkau para ponerse de nuevo a trabajar. Llevaba la cara vendada y tapada con una bufanda, y sus compañeros le preguntaron en broma si se había hecho atracador de bancos. Nadie le habló directamente de la lesión que tanto le desfiguraba; todos se esforzaron por hacer como si no hubiera pasado nada, cosa que Paul agradeció. Les contó lo que le había ocurrido en la Oficina de Asistencia a los Mutilados de la Guerra, y tanto la indignación de los compañeros del astillero, como antes la de su familia, le reconfortaron mucho. De todas maneras, apenas era capaz de soportar una jornada completa de doce horas. Además, seguía teniendo que inyectarse

morfina con regularidad para soportar los dolores. Eso hacía que tuviera somnolencia y que no pudiera concentrarse tan bien como debía, pese a que, según lo convenido con el doctor Liebknecht, seguía reduciendo cada vez más la dosis. Aunque su jefe se mostró comprensivo, como Paul solo resistía la mitad de la jornada laboral habitual, también recibía solo la mitad del sueldo. Si Martha no hubiera vuelto a trabajar desde diciembre a tiempo completo como enfermera, no habrían podido seguir pagando el alquiler de la casa.

Al menos, nadie le había puesto a Martha ninguna objeción por estar casada. Ni siquiera su antigua rival Auguste Feldbehn tuvo nada en contra, a pesar de que los estatutos disponían que solo podían ejercer la profesión las mujeres y viudas solteras. Desde que Paul había vuelto tan horriblemente desfigurado, Auguste se había mantenido en un segundo plano. En esos tiempos tan difíciles tal vez quedaba aún un resto de decencia y camaradería. El enemigo contra el que todos tenían que luchar se hallaba a las puertas del Reich. Y si eso servía para que Martha recuperara su querida profesión como enfermera fija de quirófano, Paul estaba dispuesto a contemplar su sacrificio personal como el precio que debía pagar por ello. Se consolaba pensando que, dentro de lo malo, aún era capaz de encontrar cierto alivio. De lo contrario, se habría derrumbado por completo.

33

EL INVIERNO DEL año 1916 al 1917 hizo muchísimo frío y pasó a la historia como el invierno del hambre. En Hamburgo apenas quedaban comestibles y hasta el carbón escaseaba. A menudo hacía tanto frío que la familia de Martha no se quitaba el abrigo ni para comer, pues el carbón estaba muy racionado.

Días antes de las Navidades recibieron la mala noticia. La compañía naviera de Heinrich dio el Fortuna por desaparecido. No había pruebas de que se hubiera hundido. Además de la preocupación por Heinrich y el miedo a que estuviera muerto o, en el mejor de los casos, a que lo hubieran arrestado, este suceso tuvo otras nefastas consecuencias para Li-Ming. A partir de entonces dejaría de recibir el abono del salario y ya no podría pagar el alquiler del piso.

Martha se desesperaba pensando cómo podría ayudar a su cuñada. Paul seguía sin poder trabajar más de seis horas al día, y debían sentirse afortunados por haber conseguido que Wolkau le consintiera esa media jornada laboral. El sueldo de Martha como enfermera compensaba justo lo que perdían del salario de Paul como consecuencia de los daños que había sufrido en la guerra. No sobraba nada para poder ayudar a Li-Ming. Tampoco el padre de Martha podía amparar económicamente a su nuera. A cambio, le ofreció volver a instalarse en su casa, pero Li-Ming lo rechazó.

—Quiero mantener a toda costa el apartamento —dijo—. Así que buscaré un empleo.

—Eso es difícil en estos tiempos —dijo Martha—. ¿Qué labor te imaginas que podrías hacer?

—En Nueva York trabajé como criada.

—Sí, y ahora tienes un niño pequeño y una casa propia. Siendo criada ganarías como mucho treinta marcos al mes y tendrías medio día libre a la semana. Además, estarías obligada a vivir en casa de los señores. Vuestro alquiler cuesta cuarenta marcos, ¿y quién se iba a ocupar de Arthur?

Li-Ming miró desconsolada a Martha.

—Pero tiene que haber algo —insistió—. Tú también trabajas.

—Yo aprendí el oficio de enfermera y tengo muchos años de experiencia profesional. No obstante, sin la guerra, al estar casada, no habría obtenido un empleo.

—¿Y si me pongo a coser en casa?

—Eso no es suficiente, Li-Ming. Solo podrías comprar la comida para Arthur y para ti, pero nunca obtendrías lo suficiente para pagar la renta. Aunque te pusieras a trabajar en una fábrica y Arthur fuera a la guardería, no te llegaría para pagar vuestro bonito piso. Creo que lo más razonable es que anuncies que vas a dejar el piso, que guardes los muebles en un trastero y te mudes a casa de mi padre, antes de que acumules un montón de deudas y el casero te embargue, además, el mobiliario por las deudas del alquiler. Entonces Heinrich, cuando regrese, se encontraría con que no os queda nada.

Li-Ming la miró ojiplática y, en ese mismo instante, rompió a llorar.

—No quiero que pase eso —gimió—. Quiero que todo siga como está. Quiero que él vuelva. Si ahora renuncio a todo, es como si ya no tuviera esperanza. Es como si ya estuviera muerto.

Sollozaba con tanta desesperación que no pudo seguir hablando. Instintivamente, Martha la abrazó y la atrajo con fuerza hacia sí. No lo hizo solo para consolar a Li-Ming, sino también para animarse ella misma. Heinrich llevaba tanto tiempo fuera… ¿En qué podían apoyarse para dar por hecho que aún seguía con vida? Hasta entonces, Martha siempre había apartado de sí ese pensamiento y se había dejado tranquilizar por Paul cuando le decía que Heinrich sabía arreglárselas por sí solo. Pero ¿y si su barco había chocado contra una mina? Ni siquiera sabía en cuál de los mares del mundo se encontraba en ese momento. En teoría había cambiado el mar del Norte por el Báltico desde que los ingleses habían estrechado cada vez más el corredor, y gracias al Canal del Káiser Guillermo, ahora había también una comunicación directa y segura entre Lübeck y Hamburgo. Pero allí también imperaba la guerra, y cuando un barco se hundía, no siempre quedaban supervivientes. Naturalmente, Heinrich no figuraba entre los capitanes que luchaban hasta un amargo final y, en caso de duda, preferían hundirse con su barco. Pero el mar seguía siendo peligroso. Como ya lo era también en tiempos de paz.

Mientras Martha la abrazaba, se fue tranquilizando con lentitud y también las lágrimas de su cuñada fueron cesando poco a poco.

—Tengo que hacer algo —dijo por último esta—. Tiene que haber una manera de conservar la casa. —Luego miró a Martha con una

mezcla de inseguridad y resolución.

—¿Crees que Joseph Kellermann podría ayudarme?

Martha dudó un momento. En realidad, ella también había pensado en pedir ayuda a Joseph; al fin y al cabo, este le había prometido ocuparse de su familia, pero en ese caso se trataba de algo más que un favor. Cuarenta marcos de alquiler eran una cantidad considerable; eso no lo reunía nadie tan fácilmente todos los meses sin una contraprestación a cambio.

—Te aconsejaría que fueras precavida en el trato con Joseph —dijo, por tanto—. Por fuera puede parecer amable y servicial, pero es un hombre de negocios que no se toma muy en serio la ley. Y no da nada sin una contraprestación.

—¿Acaso tengo otra opción si quiero mantener la casa?

Martha guardó silencio.

—¿Lo ves? —dijo Li-Ming—. ¿Crees que el señor Kellermann me recibirá?

—Eres mi cuñada; eso te abrirá todas las puertas —dijo Martha en voz baja—. Pero desearía que no le pidieras ayuda. No creo que de ahí salga nada bueno.

—¿Porque regenta burdeles? —preguntó Li-Ming con tanta franqueza, que Martha se estremeció—. No creerás que yo desearía un empleo así, ¿verdad?

—No, claro que no —dijo enseguida Martha, para calmarla—. Pero los otros negocios de Joseph tampoco son trigo limpio. No me gustaría verte en apuros.

—Sé cuidar de mí misma —resolvió Li-Ming—. He sobrevivido en Chinatown antes de conocer a Heinrich, y allí tampoco se andaban con chiquitas.

Martha estuvo a punto de recordarle a su cuñada la ocasión en que había estado a punto de acabar en la prostitución, de no ser porque conoció a Heinrich. Pero se ahorró el comentario. En Hamburgo, Li-Ming tenía el respaldo de su familia; nadie la obligaría a hacer algo que no quisiera. Y tampoco creía que Joseph se atreviera a proponerle ofertas inmorales a su cuñada.

—Si lo quieres así… —suspiró Martha—. Pero si te da la sensación de que algo va mal, ven a verme de inmediato.

Li-Ming asintió con la cabeza.

—Eso haré.

34

LI-MING SE SENTÍA muy insegura cuando, precisamente la víspera de Nochebuena, se presentó en la elegante villa en la que vivía Joseph Kellermann. Si los ciudadanos hamburgueses ricos también padecían la guerra, desde luego en casa de Joseph no se notaba nada. Después de pedirle el abrigo y el sombrero, la criada le indicó un cómodo sillón de piel que había en el vestíbulo delante de la chimenea.

—¿Quiere tomar un café? —le preguntó luego a Li-Ming.

¡Un café! Desde el estallido de la guerra, el café se había convertido en un lujo casi inalcanzable del que ella solo había podido disfrutar cuando su esposo regresaba de algún viaje coronado por el éxito de haber roto el bloqueo marítimo. Al acordarse de eso, notó un profundo dolor. ¿Dónde estaría ahora Heinrich? ¿Seguiría aún con vida? La incertidumbre era lo peor.

Cuando la chica volvió con el café, Li-Ming guardó sus preocupaciones en el rincón más recóndito de su corazón y se concentró en la humeante taza de auténtico café en grano. Aspiró el aroma antes de dar el primer sorbo, que saboreó y disfrutó con lentitud, de un café verdaderamente excelente.

Acababa de dejar la taza en la mesita cuando apareció el señor de la casa. Li-Ming hizo amago de levantarse, peo Joseph le rogó que permaneciera sentada. Le tendió la mano y luego se sentó en la otra butaca que había delante de la chimenea.

—Siento mucho que se encuentre en una situación tan lamentable —dijo, haciéndole un gesto de asentimiento a la criada, que acababa de servirle a él también una taza de café—. Siento un gran respeto por su marido. El capitán Westphal es una persona tan extraordinaria como su hermana, a la que aprecio desde hace años. Espero de corazón que tenga pronto buenas noticias sobre su paradero.

—Se lo agradezco —dijo en voz baja—. Es muy importante para mí poder conservar nuestra casa, pues ¿qué impresión le causaría a un hombre que regresa al hogar y ya no tiene hogar?

Joseph la miró y tomó un sorbo de café.

—Y por eso busca usted un trabajo con el que poder pagar no solo la manutención diaria, sino también un alquiler alto.

—Sí.

—¿Cuáles son sus facultades, señora Westphal?

Li-Ming notó cómo la sangre le arrebolaba las mejillas. Esa era la pregunta que más temía. Tampoco a Martha había sabido qué contestarle a esa pregunta. Aparte de ser una buena esposa y madre, nunca había estudiado nada.

—No sé mucho acerca de sus negocios —dijo finalmente—. Pero hablo chino no solo como lengua materna, sino que también he tenido el honor de aprender muchos caracteres gráficos, de modo que sé leer la correspondencia china. ¿Le sería de utilidad?

Joseph negó despacio con un movimiento de cabeza.

—No en tiempos de guerra. China está demasiado lejos para eso, y además se ha interrumpido el comercio con Asia oriental. —Su mirada recorrió lentamente el vestido de Li-Ming y se detuvo en sus diminutos pies—. Hay sin embargo algo que usted tiene y con lo que se podría comercializar.

—¿Y eso qué sería?

—Sus pies.

—¿Mis… pies? —preguntó Li-Ming desconcertada—. ¿A qué se refiere?

—Los pies vendados son aquí una rareza. Los coleccionistas pagarían con gusto por el vaciado de esos pies y por las correspondientes fotografías.

—¿Los coleccionistas? —preguntó Li-Ming—. ¿Y qué significa vaciado?

—Un vaciado en yeso de sus pies descalzos, para que los coleccionistas puedan obtenerlos como modelo en su tamaño original. Y el que no se pueda permitir el precio de un vaciado, recibiría una fotografía a un precio más económico.

Li-Ming clavó la mirada en Joseph Kellermann como si este hubiera perdido la razón, pero su interlocutor no se dejó impresionar.

—Yo le daría a usted un porcentaje de la venta de los vaciados y las fotografías. Además, cabría también la posibilidad de que enseñara directamente los pies a los admiradores interesados. Por supuesto, a cambio del pago correspondiente. Y si alguien los quiere tocar, tendría que abonar algo más de dinero.

Li-Ming tragó saliva con dificultad.

—Eso sería como si vendiera una parte de mi cuerpo —dijo—. Soy una mujer casada y decente.

—En Alemania, las mujeres casadas y decentes no se avergüenzan de enseñar los pies desnudos. No se trata de una oferta inmoral, señora Westphal. Dígame una cosa, ¿no ha estado nunca con su cuñada y los niños en la playa del Elba?

—Sí he estado, sí —admitió Li-Ming.

—¿Y metió Martha los pies en el agua con los niños?

Li-Ming asintió.

—¿Aunque hubiera delante hombres desconocidos?

—Sí.

—Pero usted no se atrevió, porque con los pies al aire camina aún con mayor dificultad que cuando los lleva vendados, ¿no es cierto?

Li-Ming asintió de nuevo.

—O sea, que usted habría hecho lo mismo, de no haber estado impedida, ¿no?

Li-Ming se sintió acorralada. ¿Acaso su interlocutor no sabía lo que significaba para una mujer china enseñar los pies descalzos? Era como si le hubiera pedido que posara para un desnudo.

Joseph se dio cuenta de su intranquilidad.

—No me mire como si le exigiera algo inmoral, señora Westphal. Aunque tenga fama de malo, no lo soy hasta ese punto. —La obsequió con una sonrisa alentadora.

—Entonces ¿reconoce que esa propuesta por parte de alguien que regenta varios… establecimientos puede ser interpretada como la he entendido yo? —respondió Li-Ming con una pregunta, aliviada de que la voz no delatara lo mucho que temblaba por dentro.

—En su caso es algo distinto. Se trata de negociar con lo exótico. Usted está capacitada para ofrecer algo que las personas quieren ver. Los hombres pagan mucho dinero por eso. Hombres eruditos que se interesan por la etnología y la antropología. Hombres que desean ampliar sus horizontes mediante vaciados, fotografías y quizá también el roce real. Eso no tiene nada que ver con el sospechoso oficio al que usted alude. En el fondo, usted sería la profesora de esos hombres.

—O una criatura exótica, como un animal en el zoológico. Lo encuentro indigno.

Joseph respiró hondo.

—Puede ser —reconoció—. Pero usted me ha preguntado de qué manera podría ganar una cantidad decente de dinero para seguir viviendo como hasta ahora, después de que su esposo haya desaparecido. El arte consiste en descubrir lo que cada uno tiene de único. Y en este caso son sus pies. Todo lo demás que usted puede ofrecer no la diferencia en nada de las numerosas mujeres que no han aprendido ningún oficio y ahora buscan trabajo desesperadas.

Trabajar en una fábrica no creo que sea lo suyo, precisamente por su constitución, que le impide estar mucho tiempo de pie. Eso sin contar con que allí no ganaría suficiente dinero. Al fin y al cabo, para las mujeres que están en una situación tan apurada como la suya solo existen tres posibilidades. La mejor es ofrecer de una manera honrosa algo que la eleve por encima de todas las demás. Algo que por su carácter único sea muy codiciado y por lo que usted pueda exigir lo que quiera. La segunda posibilidad consiste en reducir sus exigencias, buscarse un empleo normal y perder el piso. Y la tercera posibilidad sería la que usted rechazaría: la profesión más antigua del mundo. Entremedias, mi querida señora Westphal, por desgracia no hay absolutamente nada. Si quiere conservar su vivienda, tiene que hacer algún sacrificio. Y enseñar los pies desnudos sería un mal menor, ¿no le parece? Sobre todo, teniendo en cuenta que aquí, en Alemania, no se considera nada escandaloso.

Li-Ming tragó saliva. Sin quererlo, se veía obligada a darle la razón a Joseph. No había ninguna otra posibilidad. En el fondo, ya lo sabía de antemano, pues de haber existido otra solución, Martha se la habría mencionado. ¿Qué pensaría de ella su cuñada si exhibiera los pies? Era algo depravado y humillante. Porque sin duda no se trataba de una curiosidad para científicos, como Joseph lo había querido adornar. Alguno habría que, en efecto, quisiera verle los pies con el fin de satisfacer su sed de conocimiento, pero Li-Ming sabía que la mayoría de los que pagarían por ello tenían otra cosa en la cabeza. En especial, los que no se conformaban con vaciados y fotografías. Ya había conocido a ese tipo de hombres en Chinatown.

Entre los hombres chinos, hasta los zapatos diminutos de las mujeres se consideraban eróticos, y circulaban historias de hombres que no tenían ningún reparo en rociar tales zapatitos con su semen. Tiempo atrás, cuando Li-Ming aún vivía medio protegida como concubina y escuchaba las historias de las otras mujeres, creía que solo eran habladurías malintencionadas. Ahora, en cambio, ya sabía que respondían a la verdad. De manera que no podía engañarse a sí misma. Aquello sería una forma de prostitución, ya que vendería una parte de su cuerpo. Y, aunque nadie sabría nunca nada, eso no impedía que ella sí tuviera que soportarlo.

¿Qué pensaría Heinrich de ella si alguna vez se enterara? ¿La despreciaría y la repudiaría? ¿O entendería por qué había recurrido a esos medios? Porque no solo se trataba de conservar la casa, sino de mantener viva la esperanza de que él seguía con vida y podía regresar en cualquier momento, cruzar el umbral de la puerta y hacer que todo volviera a estar bien. En cambio, si perdía el piso, tendría que afrontar

que tal vez también había perdido al hombre al que quería por encima de todo.

—Veo que se lo está pensando —la sacaron de sus pensamientos las palabras de Joseph—. ¿Ha tomado ya alguna decisión?

—¿Cuánto ganaría yo? —preguntó.

—¿Cuánto cuesta su piso? —le contestó Joseph con otra pregunta.

—Cuarenta marcos.

—Le daré sesenta marcos al mes si está disponible dos días a la semana.

—¿Y para qué?

—Para hacer fotos, vaciados y, ocasionalmente, recibir visitas de hombres que quieran ver sus pies al natural.

—¿Solo ver?

—Quizá también tocar.

—¿Tocar con qué? —Su mirada taladró a Joseph.

—Con las manos; ¿con qué si no? —Este la miró con ingenuidad.

—No juegue usted conmigo, señor Kellermann. Sabe bien a qué me refiero. Con las manos sí, pero con nada más. Ni con la boca ni con… ya sabe lo que quiero decir.

Joseph alzó asombrado las cejas.

—Tiene usted más experiencia de lo que creía.

—Sé bien qué es lo que le interesa y por qué me ofrece tanto dinero: porque usted ganará con eso mucho más dinero. La ciencia aquí no pinta nada. En fin, está bien; si lo acepto, tendrá que cumplir algunas condiciones.

Joseph sonrió.

—Ahora sale a relucir en usted la mujer de negocios. Eso me gusta. Dígame, ¿cuáles son sus condiciones?

—Nadie de mi familia tiene que enterarse nunca de qué clase de trabajo me ha ofrecido. Invéntese algo, cualquier actividad inofensiva y no comprometedora por la que vengo a su casa dos veces por semana.

—Usted me lleva la correspondencia china delicada, que en la guerra solo puedo mantener en la clandestinidad con mis socios del comercio con Asia oriental. ¿Le parecería bien esa actividad a su familia?

—Sí, muy bien. Mi segunda condición: si un hombre quiere tocar mis pies, tendrá que pagar más por ello. Solo las fotografías, los vaciados y mirar están incluidos en los sesenta marcos que usted me paga. Quien quiera tocarlos, me tiene que pagar cinco marcos.

—Eso es demasiado. Por cinco marcos puede obtener una chica joven que le proporcione lo que desee. Un marco.

—Si quisiera una chica joven, podría encontrarla en cualquier esquina. Pero esto va de clientes con gustos perversos.

Joseph carraspeó.

—Cada vez me sorprende usted más, señora Westphal. No sabía que las mujeres chinas podían ser tan directas.

—Eso lo he aprendido aquí. Los alemanes van al grano, y supongo que con hombres como usted es la mejor manera de entendernos. Un marco me parece poco para lo que tengo que ofrecer.

—Un marco y cincuenta pfennig.

—Dos marcos y acepto.

—Por esa cantidad cualquier hombre puede contratar a una puta vieja que acceda a todo.

—Sí, pero lo que quiere es tocar mis pies. Y eso es más caro. Por lo que cuesta una taza de porcelana podría comprarse cuatros juegos completos de café de loza.

Joseph soltó una carcajada.

—Me gusta usted, señora Westphal. Ahora comprendo por qué le ha impresionado tanto al hermano de Martha.

—¿Dos marcos entonces?

—Hecho —dijo Joseph, y le tendió la mano a Li-Ming para estrechársela—. Cumpliré con sus condiciones. Nadie de su familia sabrá nada de nuestro lucrativo negocio, y hasta el regreso de su marido usted no tendrá que volver a preocuparse por los asuntos económicos.

Li-Ming dudó un momento, luego le estrechó la mano y con ello dejó sellado un negocio que, desde aquel instante, le provocaba ya fuertes dolores de estómago…

35

MARTHA SE QUEDÓ muy sorprendida al enterarse por Li-Ming de que Joseph le había encomendado una tarea tan honrosa como la traducción de una correspondencia importante. Con eso se quitaba un peso de encima, aunque aquel gélido invierno tenía problemas de todo tipo.

En el Barrio de los Callejones se agravó aún más la situación de miseria; el hambre y el frío se cobraron numerosas víctimas. A Martha le provocaba mucho sufrimiento que precisamente ahora, cuando más la necesitaban, no pudiera ocuparse de los más pobres como enfermera del puerto. En su lugar, pasaba varias horas al día asistiendo al doctor Liebknecht en el quirófano. No es que no le gustara, al contrario; le encantaba su trabajo en el hospital, y en el quirófano conseguía olvidarse hasta cierto punto de sus preocupaciones cotidianas, porque veía una y otra vez cómo se podía ayudar a las personas de una forma rápida y eficiente. No le ocurría lo mismo al doctor Schlüter, de Medicina Interna, que aún seguía teniendo que lidiar con las enfermedades infecciosas que, sobre todo en ese frío invierno, llenaban las camas del hospital. Pero la creciente desnutrición también le daba cada vez más trabajo al internista.

—Aquí tenemos numerosos casos de graves anemias y de dolencias prolongadas cuya causa no puede ser otra que la alimentación insuficiente —le contó a Martha, cuando una vez quedaron para almorzar juntos.

No era habitual que las enfermeras y los médicos compartieran mesa; la jerarquía de las clases era estricta en el hospital, de modo que no podían sentarse juntos en los comedores oficiales, pero el doctor Schlüter había encargado que le llevaran la comida a su gran despacho, donde no los molestaba nadie.

Antes, en el viejo hospital de St. Georg, las raciones eran buenas y abundantes, incluso en los difíciles tiempos del cólera. Martha se acordaba de que envolvía una parte de su almuerzo para llevársela a

Heinrich, que entonces todavía era un niño. Heinrich… Cuando pensaba en su hermano sentía una punzada en el corazón, pero apartó de sí ese pensamiento para concentrarse en la escasa cantidad de sopa que antes de la guerra les habrían ofrecido, si acaso, como entrante.

—Sí, la muerte en el frente se puede presentar como un estrangulador que se lleva consigo a hombres jóvenes y fuertes, pero aquí se acerca tan sigilosamente, que ni siquiera se le puede oponer resistencia —dijo Martha, mientras removía la sopa—. ¿Han progresado los intentos de poner en marcha el envío de niños a otros países? —preguntó luego.

El doctor Schlüter asintió.

—Wilhelmina ha conseguido contactar con algunas organizaciones de países neutrales como Suiza y Dinamarca, que acogen a niños alemanes para alimentarlos de modo que se fortalezcan. Sobre todo, a los que ya tienen problemas de salud.

Martha se quedó pensativa. Hacía poco tiempo, le había tocado a ella preseleccionar a los niños más afectados. Ahora le faltaba tiempo, de modo que Wilhelmina colaboraba más a menudo con Bertha Keyser. Lida, sin embargo, se ocupaba de respaldar económicamente las comidas escolares, pero ¿de qué servía el dinero si no había nada que comprar?

—Ahora hemos organizado una serie de reconocimientos médicos para los escolares —siguió contando el doctor Schlüter—. De promedio, los de catorce años han adelgazado dos kilos en comparación con años anteriores, y la altura media ha disminuido dos centímetros con respecto a lo que antes era la norma. Pero en lugar de tomarnos en serio la vigente miseria, nos esforzamos y empeñamos en obtener trenes que lleven a los niños a otros países. Casi todo se requisa para el ejército. Ayer dijo Wilhelmina que ya iba siendo hora de organizar una manifestación contra las pésimas condiciones del envío de los niños al extranjero, pero yo se lo desaconsejé.

—¿Por qué? —preguntó Martha sorprendida.

—Porque en estos tiempos podría ser contemplada como una sublevación. Y si detienen a Wilhelmina y a las mujeres que la ayudan, ya no quedará nadie que auxilie a los más pobres. —Suspiró—. Podría movilizar a una buena cantidad de mujeres, ese no sería el problema, pero en los tiempos que corren, el Gobierno intervendría con dureza.

—Pero tampoco vamos a quedarnos como espectadores, viendo cómo se mueren de hambre nuestros hijos —dijo Martha.

El doctor Schlüter se revolvió el pelo con la mano, pensativo.

—No se trata solo de los niños. Numerosas mujeres que ahora tienen que ocuparse ellas solas de sacar adelante a la familia también

padecen graves enfermedades. En cirugía, es probable que no tengáis demasiados casos. Además, se producen auténticos accidentes como el de la fábrica de municiones.

Martha asintió. No le agradaba el recuerdo. Solo había visto lesiones de extremidades desmembradas con anterioridad entre los soldados que habían ido al frente. El día en que, por primera vez, tuvieron en la mesa de operaciones a una joven en ese estado, estuvo a punto de marearse, pese a que normalmente toleraba la visión de los pacientes más graves.

—Esas fábricas de municiones son temibles —afirmó.

—Sí, pero no solo por el riesgo de accidentes —respondió el doctor Schlüter. Martha lo miró con gesto interrogativo—. Entre las empleadas que trabajan en las fábricas de granadas se han detectado grandes concentraciones de fenol en el cuerpo, así como un aumento del índice de mortalidad. Hace poco he recibido unas estadísticas de Berlín a las que solo pueden acceder los médicos. La mortalidad de las mujeres en edades comprendidas entre los veinticinco y los cuarenta y cinco años ha aumentado desde 1913 hasta el día de hoy en un 33,7 %. Antes de la guerra ascendía a un 7,5 %. Lo mismo cabe decir de la mortandad de los lactantes. ¿Sabes lo que eso significa? —El doctor Schlüter frunció el ceño—. Significa que la mortalidad es tan alta aquí, en casa, como en el frente. Solo que aquí los fallecimientos se ocultan tras la máscara de una muerte natural, aunque se deban a las insalubres condiciones de vida.

—¡Pues justo por eso deberíamos levantarnos y alzar nuestras voces! —dijo Martha—. ¡Wilhelmina tiene toda la razón! ¿Acaso no es nuestro deber defendernos y hacer que el pueblo entero se manifieste?

—Sabes bien que el pueblo jamás se levantará, y resulta más sencillo acallar con la mayor brutalidad posible a los primeros que se alcen. Aunque protesten tantos que no haya sitio para encerrarlos a todos, dejarían que se murieran de hambre interrumpiendo el transporte de alimentos. Y después habría una sublevación que también se quedaría en nada, como sucedió con la huelga de los trabajadores del puerto.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Martha—. ¿Contemplar en silencio cómo la población se muere de frío y de hambre?

—Seguir ayudando en lo poco que podamos, como hemos hecho hasta ahora. Si exigimos demasiado, no podremos hacer ni siquiera eso y entonces morirá más gente todavía.

Martha asintió dubitativa, pues solo se mostraba de acuerdo con el doctor Schlüter desde el punto de vista de la razón; su corazón

hablaba otro idioma. Aún seguía teniendo muy presente la derrota de los trabajadores en la gran huelga del puerto. Aunque de la huelga habían salido algunas mejoras, estas se habían hecho esperar y solo se habían notado al cabo de unos años. Justo después de la huelga se produjo un drástico empeoramiento de las condiciones laborales. En ese sentido, era posible que el doctor Schlüter tuviera razón. No obstante, le daba rabia no tener ninguna posibilidad de hacer más y que su sentido de la precaución la retuviera. A veces echaba de menos a la joven vehemente que fue en su día, que sin pensárselo dos veces daba un discurso acalorado y animaba a los obreros a ponerse en huelga. Ahora tenía más experiencia y era más sensata, pero ¿obraba mejor por ello?

EN EL MES de enero de 1917 hizo un frío helador y el racionamiento continuaba. Martha se contentaba con que los niños recibieran una comida al día en el colegio. Para los más pequeños, los que todavía no iban al colegio, se crearon ofertas similares en la guardería. Además, se inauguraron numerosas «cocinas de la guerra», con el fin de asegurar la manutención. Pero nada era suficiente para evitar el avance del empobrecimiento y la miseria. Cuanto peor vivía la gente, mayor era la falta de seguridad y orden. El Barrio de los Callejones nunca había sido un lugar especialmente seguro; los ciudadanos distinguidos siempre lo habían considerado un feudo de la violencia y el crimen, porque allí vivían y se escondían numerosos criminales. De todos modos, era menos peligroso recorrer por la noche esa zona que los barrios más selectos, donde los atracadores confiaban en conseguir un botín mayor.

El caso más espectacular que en esos días llenaba los periódicos, además de los titulares sobre el transcurso de la guerra, era el robo con homicidio cometido contra un prestamista, que a primera hora de la mañana fue hallado con la garganta degollada por sus dependientes, que encontraron también el escaparate desvalijado y la caja reventada. No había ni rastro del asesino, claro.

Era llamativo ver cómo se había horrorizado la población por ese homicidio, mientras a su alrededor el mundo ardía en llamaradas y a diario morían miles de personas por las consecuencias directas o indirectas de la guerra. Pero era probable que se tratara solo del desvalido intento de centrar el miedo universal en una sola persona: el lúgubre asesino al que ojalá apresara pronto la policía.

De un modo asombroso, el padre de Martha supo aprovecharse de esos horripilantes crímenes. A partir de entonces no solo tocaba el organillo, sino que tomó la costumbre de detallar en sus espectáculos

historias espeluznantes, como si fuera un cantante callejero. Dado que Karl Westphal siempre había sido un hombre que sabía contar al público las historias más emocionantes, los oyentes se arremolinaban los domingos en torno a él y su mono Maximilian junto al Alster o en el distinguido barrio de Blankenese, y escuchaban fascinados las escalofriantes coplas de ciego, sin olvidarse nunca de la propina.

A Li-Ming también le iban mejor las cosas desde el punto de vista económico, aunque seguía estando muy decaída y hablaba más bien poco. Martha lo atribuía a su preocupación por Heinrich. A ella misma le iba costando cada vez más trabajo disimular la angustia que sentía por su hermano. Si hubiera caído prisionero en alguna parte, seguro que habría encontrado la manera de hacerles llegar noticias suyas a través de la Cruz Roja. Pero ese silencio y esa completa ignorancia en la que estaban sumidos era desesperante. Martha se sorprendía preguntándose una y otra vez qué sería más horrible: si tener por fin alguna certidumbre, por muy dolorosa que fuera, o seguir a merced de una esperanza y un temor que amenazaban con destrozarles el alma. Le habría gustado mucho poder respaldar moralmente a Li-Ming, pero no se le ocurría nada. Y por eso se alegraba de que su cuñada al menos tuviera asegurada la manutención a través de su propio empleo.

36

EN FEBRERO DE 1917, el doctor Liebknecht se ausentó unos días del hospital con motivo de su asistencia al congreso de Berlín, y Martha confió en que ese viaje aportara nuevos conocimientos para poder operar por fin a Paul. Este seguía esforzándose por vivir con normalidad e intentaba ser cariñoso y paciente en el trato con los niños, pero Martha advertía lo mucho que le agobiaba la situación. Se iba volviendo más y más irritable e impaciente, se enfadaba a menudo consigo mismo porque no se veía tan capacitado como antes y también porque los tiempos eran cada vez más arduos. Cuando veía en la calle uno de esos carteles con consignas de ánimo que colgaban de todas las columnas de anuncios y paredes de las casas, cerraba los puños dentro de los bolsillos del abrigo y tenía que dominarse para resistir a la tentación de arrancar aquella nefasta publicidad, arrugarla y tirarla a la basura.

Cuando el doctor Liebknecht regresó de Berlín, llevó en el equipaje varias fotografías que aquella ocasión sí enseñó de inmediato tanto a Paul como a Martha. Mientras la enfermera, que recordaba bien las fotografías de las primeras operaciones fallidas, se sorprendió gratamente, Paul se sintió conmocionado tras observar lo que el doctor Liebknecht consideraba un gran avance.

La foto en la que Martha y el cirujano depositaban sus esperanzas mostraba una rinoplastia hecha a base de un trozo de cartílago de las costillas. Por supuesto, no era una nariz perfecta, sino solo un pequeño dorso nasal al que todavía le faltaba el cornete.

—Esta operación debe hacerse en varios pasos —explicó el doctor Liebknecht—. Primero hay que extraer un trozo de las costillas y utilizarlo como base del hueso nasal. Eso, a simple vista, no parece gran cosa, pero si el cartílago se adhiere firmemente, se puede formar un cornete con un trozo de piel de la frente. Y cuando el cornete quede adherido, podemos empezar con la reconstrucción del labio. Tenemos la ventaja de poder aprender de todos los errores cometidos

durante la operación del joven. Por último, hemos de afrontar el gran desafío de la movilidad del labio.

—¿Y cuántas veces me tendrá que operar? —preguntó Paul.

—Como mínimo cuatro, o más bien cinco —dijo el doctor Liebknecht—. Si a ello se añaden problemas con la cicatrización, puede que haga falta someterle al doble de operaciones.

Paul puso los ojos en blanco.

—No me queda otra opción. ¿Cuándo se puede empezar?

—Si está preparado, la semana que viene podemos comenzar con la planificación quirúrgica. Primero extraería un trocito de la duodécima costilla; con él formaría el cartílago de la nariz y lo ajustaría a la cara. Cubriría primero la herida con un fragmento de piel del tórax. La piel de la frente no la utilizaría hasta el momento de la cirugía estética. Va a ser una operación bastante larga y, después, debemos tomar estrictas medidas de higiene. El trasplante de material óseo es especialmente propenso a la necrosis.

—¿Necrosis?

—Tejido necrótico por falta de riego sanguíneo o rechazo. Tengo experiencia con eso, sobre todo cuando he reconstruido muñones de amputaciones y he ajustado prótesis de piernas. —El doctor Liebknecht suspiró—. Por suerte, he conseguido que venga a Hamburgo un colega de primera categoría que me apoyará durante su tratamiento. El doctor Wehmeyer cambiará el 1 de marzo la Charité por nuestro hospital.

—¿Abandona una renombrada clínica universitaria para trabajar en un centro público de Hamburgo? —preguntó Martha extrañada.

—Exacto, así es. Cuando me enteré de que había nacido en nuestra ciudad, lo atraje con un puesto de médico jefe y una atractiva área de actividades. En la Charité compiten demasiados buenos médicos por los casos más interesantes, y también se pueden escribir en Hamburgo tratados científicos sobre operaciones complejas. —El doctor Liebknecht rio por lo bajo.

—Mientras no me traigan un novato… —contestó Paul.

—No se preocupe. El jefe responde por usted. —El doctor Liebknecht le dio una amistosa palmadita en el hombro, y fue precisamente ese trato distendido lo que tranquilizó a Martha. El doctor Liebknecht sabía lo que hacía, y en todos esos años había aprendido a tener confianza en él.

POR LA NOCHE, el matrimonio explicó a los niños cómo iba a ser el tratamiento. De pronto, sonó el timbre de la puerta.

—¿Esperamos visita? —preguntó Paul.

—A lo mejor es mi padre o Li-Ming —contestó Martha, que se levantó y fue hacia la puerta.

Cuando la abrió, se quedó de piedra.

—¡Heinrich! —susurró. Pasó un momento hasta que su mirada recayó en Li-Ming, radiante de felicidad, que llevaba en brazos al pequeño Arthur.

—Sí, soy yo —dijo su hermano, y al instante la abrazó efusivamente.

—¿Dónde has estado tanto tiempo? —preguntó Martha, sin zafarse de su abrazo—. ¿Ha llegado el Fortuna en buenas condiciones?

—Os lo contaré todo —dijo Heinrich, y entonces la soltó—. ¿Podemos entrar antes? Hace frío fuera.

—Sí, desde luego. ¡Dónde tendré yo la cabeza!

—De todos modos, aquí dentro tampoco es que haga mucho más calor —constató Heinrich, después de dejar el abrigo en el vestíbulo.

—Así es, por desgracia. El carbón aún sigue siendo muy escaso, pero enseguida llegará la primavera y estaremos mejor. Hace un tiempo me apunté en la lista de espera para un huerto familiar y por fin he recibido una notificación. A partir de marzo nos darán una parcela para nosotros solos.

—¿Por aquí cerca?

—No, por desgracia tenemos que ir hasta Moorfleet, que era el único sitio en el que hoy por hoy están entregando nuevas parcelas. Li-Ming, ¿no quieres quitarte tú también el abrigo, o tienes frío?

—Heinrich exagera; fuera hace mucho más frío —dijo esta, que dejó al pequeño Arthur y se despojó de su abrigo. Martha lo colgó en el armario y luego los condujo a la sala de estar.

—¡Tío Heinrich! —exclamó Rudi—. ¿Ha vuelto el Fortuna a traer golosinas?

—Cada cosa a su debido tiempo. —Heinrich le guiñó el ojo a su sobrino y luego le estrechó la mano a Paul—. Ya me he enterado de lo que te pasó —dijo, mirando el vendaje—. Mal asunto, pero al menos sigues con vida. Eso es más de lo que puedo decir de la mayor parte de los hombres de mi tripulación.

Ante ese comentario se instaló el silencio.

—Tomad asiento —dijo Paul—. ¿Cómo te ha ido?

—Esperad unos minutos, que estoy poniendo el agua para el té —dijo Martha—. A todos nos sentará bien tomar algo caliente.

Poco después, cuando todos estaban sentados a la mesa con las tazas de té humeantes, incluido el pequeño Arthur, al que le faltaban dos meses para cumplir tres años, Heinrich comenzó a narrar sus últimas experiencias.

EN EL SEGUNDO año del conflicto bélico, debido al recrudecimiento de la guerra de submarinos, Heinrich había trasladado sus viajes de bloqueo del mar del Norte al mar Báltico, donde trabó nuevas relaciones comerciales con los países escandinavos neutrales. De todas maneras, seguía siendo un riesgo, pues la neutralidad de los noruegos era un tanto dudosa. Cada vez había más indicios de que pactaban con los ingleses, de ahí que la flota alemana de submarinos tuviera también por objetivo los barcos noruegos.

Hasta el viernes, día 25 de agosto de 1916, Heinrich creía que solo eran rumores. Tan seguro se sentía en la capital noruega, Cristianía, que el día anterior había acordado varios buenos negocios. Los espacios de carga se hallaban casi llenos, pero antes de emprender el regreso a Hamburgo, querían subir trigo a bordo, en Malmö. Olaf, el suboficial de Heinrich, había hecho para entonces amistad con el guía noruego de un convoy que también deseaba atracar en Malmö. Este le había ofrecido al Fortuna, que oficialmente navegaba con bandera sueca, que se uniera a ellos. Después de pensárselo un poco, Heinrich había aceptado el ofrecimiento. Si en realidad existía un acuerdo clandestino de los noruegos con los ingleses, el Fortuna saldría doblemente beneficiado de ese camuflaje. Heinrich tenía ya ganas de llegar a su puerto de Hamburgo. Desde Malmö navegarían directamente hacia el fiordo de Kiel y allí entrarían en el Canal del Káiser Guillermo, que unía el mar Báltico con la desembocadura del Elba en Brunsbüttel.

En la mañana del 25 de agosto hacía sol y el cielo estaba despejado, y poco después de zarpar, Heinrich disfrutaba haciendo la ronda por el barco y contemplando desde proa cómo el humo blanco de la chimenea del convoy ascendía mezclándose con el azul del cielo. Ese era el mundo que amaba, el mar sosegado y apacible que, por un momento, le hacía olvidar toda la miseria que llevaba consigo la guerra.

Mientras seguía con sus ensoñaciones, oyó un extraño chapoteo que no encajaba con el murmullo habitual de las olas que siempre acompañaba a los barcos. Miró en la dirección de la que procedía el ruido y tuvo la impresión de que algo silbaba bajo el agua al pasar a su lado.

Era demasiado rápido para tratarse de un delfín mular o una marsopa.

Instantes después reventó la popa del Fortuna. El barco viró bruscamente en el agua, y Heinrich cayó al suelo, mientras el barco se levantaba de proa. Heinrich resbaló contra la barandilla de madera e

intentó sujetarse con fuerza. Antes de adquirir conciencia de lo que estaba ocurriendo, otra explosión hizo temblar el aire. El vapor que iba delante de ellos también se inclinó y justo ante sus ojos emergió un submarino… ¡con emblemas nacionales alemanes! ¡Sus propios conciudadanos! Aquella visión lo asustó aún más que el propio impacto.

De todas partes le llegaron gritos, y eran tantos y tan fuertes que no se podían atribuir a ninguna persona en concreto. La cabeza le daba vueltas. Aquello no podía ser verdad, ¡tenía que ser una pesadilla! ¡La marina de guerra alemana no hacía una cosa así! Para entonces el Fortuna había adoptado una manifiesta posición vertical, y sabía que se hundiría en unos minutos. Y después, la resaca del barco llevaría a todos a la ruina. ¿Qué sería entonces de Li-Ming y Arthur? ¡No podía dejarlos solos, tenía que vivir por ellos!

—¡Sálvese quien pueda! —bramó, sin saber si alguien podía oírlo.

Él mismo dejó de aferrarse a la barandilla y saltó al mar Báltico, cuyas aguas, pese a ser verano, estaban tan gélidas que por un momento pensó que se le paraba el corazón. Tan aprisa como pudo, intentó nadar alejándose del Fortuna, lejos del remolino que arrastraría a la nave hacia el fondo. Vio que la tripulación del barco de vapor había conseguido echar al agua un bote salvavidas. De inmediato se dirigió hacia allí. Luego oyó las brazadas de alguien que nadaba a su lado. Era Ludwig, el segundo suboficial. ¿Se habrían salvado más hombres? Oyó una tercera explosión cuando el submarino disparó otra vez a los barcos que quedaban. «Maldito canalla —pensó Heinrich—. ¡Así no actúa ningún marinero honrado! Al capitán del submarino habría que expulsarlo de la marina imperial.»

Alcanzó el bote salvavidas. Varias manos se tendieron hacia él, lo subieron primero a bordo y luego hicieron lo propio con Ludwig. Heinrich tiritaba de frío. No hablaba ni una palabra de noruego y su conocimiento de la lengua sueca era demasiado rudimentario como para pasar por un marino de esa nacionalidad. ¿Y si los hombres se daban cuenta de que era alemán? ¿Lo arrojarían de inmediato por la borda de puro odio por el ultraje cometido por el capitán alemán del submarino?

—¿Ha sobrevivido alguien más? —le susurró Heinrich a Ludwig.

—Me temo que no; estaban demasiado atrás —contestó este con otro susurro.

—No deben enterarse por nada en el mundo de que somos alemanes, ¿entiendes? —Heinrich miró a su suboficial a los ojos—. Si nos preguntan, diremos que somos marineros holandeses; seguro que

no distinguen entre el hamburgués dialectal y el holandés. Yo soy Hendrik Weesten y tú, mi hermano Lodewijk, ¿está claro?

Asintió en silencio y Heinrich se preguntó si Ludwig temblaba de un modo visible solo por la sensación de frío o también debido al miedo.

En el lugar que hasta hacía poco ocupaba el Fortuna solo quedaban escombros. El submarino alemán llevaba ya un rato hundido. Los hombres nadaban en las frías aguas luchando por su vida, y la tripulación del bote salvavidas se esforzaba por recoger a cuantos fuera posible. Entre ellos no había nadie del Fortuna.

Durante las horas siguientes permanecieron callados. No solo porque tenían miedo de ser desenmascarados como alemanes, sino también porque habían enmudecido ante la insospechada desgracia. Poco a poco iban percibiendo la verdadera magnitud de la catástrofe. El Fortuna ya no existía. Todos sus camaradas, con los que habían vivido y trabajado codo con codo durante años, estaban muertos. Unos, despedazados por las explosiones; otros, miserablemente ahogados en el barco hundido, allá en las profundidades. El recuerdo era casi insoportable. A Heinrich le habría gustado ponerse a gritar, pero a cambio se retiró en silencio a un mundo situado más allá de todo dolor; intentaba no pensar mientras continuaba con la mirada clavada en sus zapatos. No quería ver la sinrazón que lo rodeaba. Lo único que importaba en ese momento era sobrevivir. Tenía que volver a Hamburgo. Li-Ming y Arthur le necesitaban.

A ÚLTIMA HORA de la tarde divisaron en el horizonte la estela de humo de un vapor. Mientras muchos de los hombres se pusieron a vociferar y a gesticular para llamar la atención, Heinrich y Ludwig permanecieron sentados. No tenía ningún sentido; el barco estaba demasiado lejos como para verlos. Más les valía ahorrar fuerzas.

Pasó alrededor de una hora hasta que el barco se acercó tanto, dentro de su ruta, que descubrió a los náufragos y los subió a bordo. Heinrich y Ludwig no participaban en las conversaciones, sino que se mantenían aparte. Resultaba demasiado doloroso que un submarino alemán hubiera infringido el derecho marítimo en todo lo que para ellos tenía un significado en alta mar. Esa no era la idea que tenía Heinrich del honor, sino de una deshonra para su pueblo.

Respondían a las preguntas con brevedad y contaban una y otra vez la historia que se habían inventado: que procedían de los Países Bajos y que se encontraban muy apesadumbrados porque todos sus camaradas hubieran muerto. Con eso bastaba para que la mayoría de los hombres comprendieran su mutismo y su tristeza. El barco que los

había acogido iba camino de Cristianía. La mayor parte de los rescatados se alegraban, pues en la capital noruega encontrarían enseguida un empleo y una nueva paga. Heinrich y Ludwig no lo veían tan claro. Sin los conocimientos lingüísticos de Olaf, estaban perdidos.

A SU LLEGADA los esperaban ya numerosos periodistas en el muelle. ¿Se habrían puesto sus rescatadores en contacto con el puerto por radio? En cualquier caso, a Heinrich le disgustó no solo que los registrara la policía del puerto, sino también que los rodearan algunos curiosos reporteros.

—Tenemos que desaparecer de aquí lo más deprisa posible —le murmuró a Ludwig—. Allá al fondo no hay gentío; pasemos como si fuéramos marineros normales y corrientes.

Ludwig hizo un gesto de asentimiento.

Para su sorpresa nadie los retuvo, pues casi todos los rescatados ansiaban que les prestaran atención para desfogarse de su odio al Reich alemán.

—¿Y ahora, qué hacemos? —preguntó Ludwig, después de meterse por una pequeña bocacalle y quedar fuera del alcance de la vista de los congregados en el puerto.

—Ahora vamos a la embajada alemana. En tiempos como estos, el embajador está obligado a ayudarnos.

—¿Tú crees? —Ludwig lo miró inseguro—. No tenemos un aspecto muy distinguido.

—Eso no importa. Tiene que ocuparse de que lleguemos a casa y pasemos desapercibidos, por nuestra seguridad. Ese es su deber. Venga, vamos.

Por desgracia, en la embajada no parecían interesarse demasiado por las preocupaciones de sus paisanos alemanes.

—En estos tiempos, el embajador tiene mucho que hacer —dijo su secretario, un hombre llamado Bollmann—. Ahora mismo hay muchas tensiones entre nuestros países y no podemos descartar que haya espías británicos por todas partes haciendo de las suyas. Nos es imposible facilitarles un pasaje directo a Alemania.

—¿Y entonces qué vamos a hacer ahora?

—Puesto que son marineros, enrólense en alguna parte.

—¿Siendo alemanes? ¿Después de que un submarino alemán acabe de hundir a un convoy mercante noruego? ¡Imagíneselo! Preferirán lincharnos, no ofrecernos un sueldo.

—No tienen por qué decir que son alemanes.

—¿No podría expedirnos al menos unos papeles provisionales?

Hemos perdido todos nuestros documentos en el hundimiento. Teníamos unos pasaportes suecos que parecían auténticos.

—Desde luego que podemos expedirles unos pasaportes provisionales.

—¿Suecos?

—No, claro que no. No somos del servicio secreto, sino la embajada alemana en Noruega. —Bollmann negó con un movimiento de cabeza como si estuviera hablando con unos estúpidos escolares—. Necesito una declaración jurada sobre su estado civil; entonces podré hacerles los documentos provisionales.

—Y en caso de que mintamos y en realidad seamos británicos, podríamos obtener muy fácilmente auténticos papeles alemanes, ¿no es así? —preguntó Heinrich con amargura.

—El riesgo lo asumo yo —dijo el secretario de la embajada—. Con los documentos provisionales no llegarían muy lejos en el Reich alemán, ya que están obligados a presentarlos en cuanto regresen ante la autoridad competente para solicitar nuevos documentos. —Heinrich respiró hondo, pero no dijo nada—. Yo les aconsejaría ir a Suecia —dijo el funcionario, después de sellarles los pasaportes provisionales y proporcionarles también una cantidad de dinero después de que Heinrich se comprometiera a devolverla al Tesoro Público tras su regreso—. Supongo que allí tendrán personas de contacto que les puedan ayudar a encontrar un barco que vaya a Alemania. Y procuren pasar por una zona de la frontera que no cuente con vigilancia; como es natural, no les puedo garantizar que la situación no se tense aún más. Si los detuvieran, no podríamos hacer nada por ustedes.

—¿No tendrán por casualidad un mapa para nosotros? —quiso saber Heinrich.

—¿Y quiere también una brújula? —preguntó Bollmann con las cejas arqueadas.

—Sería de gran ayuda —dijo Heinrich, sin hacer caso del tono irónico.

Irritado, el funcionario expulsó aire por las fosas nasales.

—Capitán Westphal, esta es la embajada alemana. Los mapas los venden en las librerías.

—Por desgracia, no hablamos noruego.

—Está bien, tomen asiento fuera, en la sala de espera. Le pediré al botones que les consiga un mapa y una brújula.

—Muchas gracias. Es usted demasiado indulgente —contestó Heinrich, imitando el tono de Bollmann.

—QUÉ FUNCIONARIO MÁS desagradable —opinó Ludwig cuando

abandonaron la embajada con el mapa y la brújula al cabo de una hora—. Podría habernos atendido con más amabilidad.

—Bueno, tampoco ellos lo tienen fácil en este momento, en que nuestros propios submarinos hunden barcos civiles. —Heinrich suspiró—. Eso es lo peor de todo. ¿Cómo les sentará a los allegados de nuestros camaradas cuando les diga que eran de los nuestros? Si el imbécil del submarino supiera cuántas toneladas brutas de registro ha hecho perder a la patria… —Escupió furioso.

—¿Y ahora qué vamos a hacer, capitán? —preguntó Ludwig, mientras estudiaba el mapa.

—Veamos… Gotemburgo sería el puerto sueco más cercano, donde tal vez podamos encontrar barcos alemanes.

—Está a unos trescientos kilómetros.

—Pues salgamos ya. Si hacemos una buena marcha, llegaremos dentro de ocho a diez días.

—¿A pie? —Ludwig lo miró horrorizado—. ¿Aquí no hay trenes?

—No en dirección a la frontera sueca, que está a unos cien kilómetros, ¿lo ves? Podemos hacerlo perfectamente en tres días.

Ludwig suspiró.

—Y pensar que me enrolé en la marina porque odio las marchas…

Antes de partir compraron dos mochilas, mantas de lana y provisiones. Por suerte, a finales de agosto todavía hacía calor, pero las noches eran bastante frías y tuvieron que padecer la humedad que traspasaba las mantas y la ropa.

—Sigue siendo mejor que lo que tienen que soportar los hombres en las trincheras —opinó Heinrich la noche del segundo día de viaje, mientras Ludwig se arrebujaba tiritando en su manta e intentaba ponerse lo más cerca posible de la pequeña fogata—. Creo que mañana llegaremos a Halden. Desde allí hasta la frontera solo hay unos cuantos kilómetros.

—Ojalá —dijo Ludwig, intentando detener el castañeteo de los dientes. También Heinrich tenía frío, pero al ver así a su amigo, temió que estuviera incubando un fuerte catarro.

A la mañana siguiente, los dos se sentían agotados y también ansiosos por que el sol se asomara de una vez entre las nubes. Por suerte, hasta entonces no había llovido, pero ni la fuerte tos de Ludwig ni los oscuros nubarrones presagiaban nada bueno para la continuación del viaje. Mientras Heinrich contemplaba el cielo, tropezó torpemente con una raíz nudosa y, sin poderlo remediar, se cayó al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Ludwig asustado.

—Qué va… ¡Ay, maldita sea! —Heinrich sintió un fuerte dolor en

el tobillo izquierdo. ¡Lo que le faltaba!

—¿Se te ha dislocado? —preguntó Ludwig, y ayudó a Heinrich a quitarse la bota.

—Ni idea, pero me duele muchísimo.

—Vaya, tiene mala pinta, capitán. Me temo que se ha roto.

Heinrich se palpó el tobillo. Al apretar un poco, le entró un dolor espantoso y notó cómo le crujían los huesos.

—Demonios —maldijo su suerte—. Así no puedo seguir andando. ¡Primero, náufrago, y ahora encallado en algún bosque dejado de la mano de Dios! ¡Maldita sea!

—Ahí delante veo la cerca de una dehesa —dijo Ludwig—. O sea, que tiene que haber un pueblo por aquí, o al menos una granja. ¿Qué te parece si me esperas aquí mientras yo voy a buscar la casa más próxima?

Heinrich asintió con debilidad. Daba igual quién viviera en ese páramo; en cualquier caso, necesitaban ayuda. De lo contrario, estarían perdidos.

AL LLEGAR A ese punto de la historia, Heinrich interrumpió su relato y bebió un sorbo de té. Parecía disfrutar de lo lindo ante las miradas expectantes de su familia, pues quiso tomarse su tiempo saboreando la infusión.

—¡Sigue contando, tío Heinrich! —lo instó Rudi, impaciente—. ¿Cómo sigue la historia? ¿Había alguien que os ayudara?

—Pues sí —respondió—. Al segundo recodo del camino, Ludwig llegó a un pueblecito que solo constaba de cuatro granjas. Sus habitantes solo hablaban noruego, pero enseguida reconocieron que necesitábamos ayuda. Eran buenas gentes. Incluso trajeron a un médico de una aldea cercana que también hablaba inglés. Al final me pusieron una férula de yeso y me aconsejaron que me cuidara la pierna durante varias semanas.

—Qué suerte tuvisteis —intervino Paul—. ¿Ninguno de ellos se dio cuenta de que erais alemanes?

—Ni siquiera intentamos ocultarles nuestra nacionalidad; no habría tenido ningún sentido. Pero, lo creáis o no, nuestra historia despertó sus simpatías. Que siendo alemanes hubiéramos tenido la mala suerte de ser hundidos por uno de nuestros propios submarinos les pareció un terrible revés de la fortuna. Cuando Ludwig se curó de la bronquitis, los ayudó en la cosecha, y los dos nos esforzamos por aprender un poco de noruego. Para cuando se me curó el tobillo, a primeros de noviembre, habíamos hecho ya muchas amistades en el pueblo. Uno de los campesinos nos llevó en su carro de caballos hasta

la frontera no vigilada y, al cabo de un par de días, ya estábamos en Gotemburgo.

—¿Y luego os enrolasteis en un barco alemán, tío Heinrich? —Rudi tenía ya las orejas coloradas de la emoción.

—Por desgracia, no fue tan sencillo, Rudi. Hacía mucho tiempo que los capitanes de barcos mercantes alemanes habían dejado de poner rumbo al puerto de Gotemburgo. La mayoría de los buques que todavía partían de allí iban a Dinamarca o a las Islas Británicas, así que nos enrolamos en un velero de cuatro palos danés. No fue directo a Dinamarca, sino que se detuvo en otros muchos puertos, hasta que por fin desembarcamos en Aarhus poco antes de las Navidades.

—Entonces ya casi estabais en casa —dijo Rudi.

—No del todo —lo contradijo Heinrich—. Todavía nos faltaban recorrer unos doscientos kilómetros. Además, en Aarhus nos pilló un invierno helador, muy crudo. Gastamos casi la totalidad de la última paga en alojarnos en un albergue, porque la nieve le llegaba a uno hasta la cintura y los puertos también se habían congelado. Solo a finales de enero mejoró el tiempo y pudimos hacer la última etapa del viaje. Y ahora estoy otra vez aquí. Ni yo mismo me lo puedo creer.

—¡Vaya historia! —dijo Paul—. Podrías escribir una novela de aventuras.

—Para un libro creo que sería demasiado aburrida —le llevó la contraria Heinrich—. La mayor parte del tiempo estuvimos sin hacer nada, esperando a que se me curaran los huesos y a que mejorase el tiempo. —Luego se puso otra vez serio—. Ahora me pregunto cómo seguiré haciendo lo mismo que antes. Ya no tengo barco, y aunque recibiera un nuevo encargo, casi todas las vías marítimas están cerradas. Los bloqueos en el mar y la guerra de submarinos han paralizado todo el comercio. Incluso los que quieren ser neutrales se encuentran de pronto rodeados de frentes y padecen penurias.

—Menuda suerte que Li-Ming haya encontrado un empleo con el que lleva a casa suficiente dinero —dijo Martha para animarlo—. Ahora trabaja como traductora para Joseph Kellermann.

—¿De verdad? —Heinrich lanzó a su mujer una cariñosa mirada de reconocimiento—. Todavía no me lo habías contado. Estoy orgulloso de ti.

Li-Ming se ruborizó y bajó la vista.

—Pero ahora que ya estás aquí, podré volver a ocuparme solo de Arthur —dijo en voz baja.

—Mientras no me llame a filas la marina… —contestó Heinrich—. He oído que a estas alturas también llaman a los capitanes de barcos mercantes para la marina de guerra, porque se han quedado sin

oficiales con experiencia.

—¡No! —gritó Li-Ming—. No pueden hacer eso. ¡Tú no eres un soldado!

—Paul tampoco lo era —respondió Heinrich—. En estos tiempos basta con ser un hombre sano para que te llamen a filas. Sobre todo, si dominas un oficio que al káiser le parezca importante para la guerra.

—¿De verdad se te ha curado por completo el tobillo? —le preguntó Martha con una mirada de lo más elocuente.

—Sí, ya no tengo molestias. Solo ha sido una rotura —contestó Heinrich, que no había captado la indirecta.

—Eso lo dices tú, que no eres médico. Creo que, si hablo con el doctor Liebknecht, diagnosticará que tienes una movilidad reducida que te limita la aptitud para el servicio militar.

—¿Quieres que exagere a sabiendas?

—¡Haré todo lo posible para que ningún hombre de mi entorno tenga que ir de nuevo a los frentes de esta absurda guerra! —dijo Martha con resolución—. Así que atiende lo que te digo, ¿está claro?

—¿Cómo voy a atreverme a llevar la contraria a mi hermana mayor? —respondió Heinrich guiñando el ojo, y Martha vio que Li-Ming respiraba aliviada.

37

LA PRIMERA OPERACIÓN de Paul estaba programada para la última semana de febrero. De nuevo, el doctor Liebknecht le había preguntado a Martha con insistencia si realmente se atrevía a asistir a esa intervención. Al fin y al cabo, no era lo mismo ver a su propio marido en ese estado que a un amigo.

Pero Martha no le hizo caso.

—Se lo debo a Paul tanto como se lo debía a Moritz —dijo—. Me siento mejor en el quirófano como enfermera que esperando a que salga sin saber en qué ocuparme.

El doctor se limitó a asentir con la cabeza y, tras esa confirmación de la enfermera, dejó de poner en duda su disponibilidad.

Paul, que ya había sido ingresado el día anterior a la operación, pasó la noche muy inquieto. Ante todo, se preguntaba cuánto tiempo tendría que permanecer incapacitado para el trabajo tras salir del quirófano. A fin de cuentas, sus ingresos eran necesarios, ya que el sueldo de Martha no era suficiente para pagar el alquiler y la manutención de la familia.

—No te preocupes por eso —lo había tranquilizado ella—. Si hace falta, echamos mano de los ahorros. Ahora lo más importante es tu salud; ¿para qué queremos si no el dinero que reservamos?

—Pues lo hemos ahorrado para las futuras carreras de nuestros hijos —dijo Paul.

—Sí, pero para entonces ya habremos vuelto a ahorrar esa cantidad de dinero —contestó Martha—. Tenemos que vivir aquí y ahora, y lo primero es que recuperes la salud. Todo lo demás carece de importancia.

La mañana de la operación, Martha estaba mucho más nerviosa de lo acostumbrado ante una intervención quirúrgica. Pero cuando anestesiaron a Paul en la mesa de operaciones, recobró la compostura de la rutina habitual.

En primer lugar, el doctor Liebknecht dejó al descubierto el arco

costal izquierdo inferior para extraer un trozo de la duodécima costilla, con el que quería formar el cartílago nasal. Era un trabajo minucioso y delicado que requería la máxima concentración. Martha vio cómo el cirujano desprendía con una pequeña sierra un trozo del hueso puesto al descubierto. Fue precisamente el ruido del instrumento lo que le recordó que era su marido quien se hallaba encima de la mesa. Ese ruido, similar a cuando se sierra la madera, le resultó insoportable, pero se recompuso y se concentró en la expresión de los ojos del doctor Liebknecht, en los que reconoció la tensión acumulada; también vio que tenía la frente perlada de sudor. Tras unos instantes, lo consiguió al fin. El cirujano dejó caer el trocito de hueso en el pequeño recipiente de metal sostenido por Martha. Antes de cerrar la herida, el doctor extrajo, además, un pequeño fragmento de piel que debía cubrir el cartílago nasal antes de que, más tarde, pudiera modelar una nariz nueva con la piel de la frente.

Luego se volvieron para mirar la cara de Paul. Como solo se le veía la parte destruida de su rostro, Martha pudo en cierto modo olvidar a quién tenía delante. El doctor Liebknecht refrescó primero los labios o bordes de la herida y luego cogió una lima pequeña para obtener del trozo de costilla un cartílago nasal adecuado. Lo más complicado fue perforar dos agujeros para poder fijar el nuevo cartílago con un fino hilo de plata. Cuando por fin lo consiguió, el doctor Liebknecht cubrió el hueso con el injerto cutáneo y lo cosió con cuidado a los bordes de la herida.

—Bueno, el primer paso ya está dado —dijo aliviado, y contempló la obra terminada—. Ahora tenemos que estabilizar el nuevo cartílago mediante una escayola. En cuanto todo esté bien curado, podremos atrevernos a dar el siguiente paso: la reconstrucción de la nariz con la piel de la frente.

Martha respiró hondo.

—¿Y cómo lo va a llevar a cabo?

—Estoy pensando en una rinoplastia con colgajo frontal como las del doctor Joseph —explicó el doctor Liebknecht—. Jacques Joseph, como ya sabrá, es el pionero de la reconstrucción nasal en Berlín. El doctor Wehmeyer ya le ha asistido en algunas operaciones; por eso me alegro de haber podido traerlo aquí.

—¿Y qué significa una rinoplastia con colgajo frontal? —preguntó Martha.

—Recortamos de la frente el modelo de la piel nasal necesaria, pero no lo desprendemos del todo. Es decir, el colgajo de la piel queda unido por encima de la raíz nasal. A continuación, lo estiramos hacia abajo y lo cosemos encima del cartílago nasal. Por último, cosemos

también la piel de la frente, donde quedará solo una pequeña y delgada cicatriz, aunque al principio del proceso de curación la piel cosida tendrá una gran tirantez. La novedad está en que, gracias a este procedimiento, la nariz nueva será provista por los vasos sanguíneos de la piel frontal. —Mientras hablaba, iba señalando con el dedo la frente de Paul, donde se llevarían a cabo las correspondientes incisiones—. De todas maneras, todavía estoy pensando si no deberíamos reconstruir primero el labio y luego la nariz. Las operaciones que se han efectuado hasta ahora han demostrado que cuando mejor han salido este tipo de reconstrucciones ha sido en el caso de hombres que aún tenían labios. Y en lo relativo al labio superior, se me pasa por la cabeza hacer otra reconstrucción con colgajo, pero eso me gustaría hablarlo de nuevo con el doctor Wehmeyer, que ya tiene experiencia en ese terreno.

—Pues me gustaría saber más sobre ese nuevo procedimiento —dijo la enfermera.

Antes de contestar a Martha, el doctor Liebknecht le hizo una seña al anestesista para que llevara a Paul a la sala de reanimación.

—Eso se lo explicaré detalladamente con mucho gusto, si lo desea, en mi despacho. ¿Nos vemos allí dentro de diez minutos?

Martha asintió.

Instantes después, cuando se sentó frente al doctor Liebknecht en su despacho, vio que este acababa de disponer varias fotografías sobre el escritorio.

—Estas las he recibido hace solo dos días —dijo—. Como verá, son lesiones mucho más leves que las que ha sufrido su esposo, pero los resultados son impresionantes, ¿no le parece?

Martha echó un vistazo a las fotos. La primera mostraba a un teniente que había perdido la nariz, si bien el resto de la cara lo mantenía intacto. En la siguiente fotografía se apreciaba cómo en la frente del hombre habían trazado con un lápiz de cera los contornos del colgajo de piel en forma de nariz. En la tercera foto se veía al teniente varias semanas después de la operación. En la frente apenas se reconocían cicatrices, y también la nariz parecía, a simple vista, la suya natural.

—Es increíble —dijo—. Estas fotos tiene que enseñárselas a Paul; eso lo animará.

—En fin, su lesión es bastante más grave y no cabe esperar un resultado tan bueno. En cualquier caso, no si primero reconstruimos la nariz y luego pegamos el labio como quien pone un parche. Tengo aquí otra serie de fotografías sobre la reconstrucción de los labios. —Le enseñó las fotos—. Mire, en esta se realizó una cirugía similar. Le

han quedado los labios algo más pequeños, pero se trata de un labio auténtico, y aquí puede incluso crecer un bigote para tapar las cicatrices.

—El inconveniente es que se trata de una operación muy larga que requiere varios pasos, ¿no es cierto? —preguntó Martha mirando la foto del medio, en la que la boca del paciente estaba casi cerrada del todo y el hombre solo se podía alimentar mediante una sonda—. ¿Cuánto tiempo tuvo que quedarse así el paciente? —preguntó.

—Ocho semanas.

—¡Ocho semanas! —Martha suspiró—. ¿Ocho semanas sin hablar y sin tomar nada más que líquidos? No creo que Paul se prestara a eso. Le da mucha importancia a volver al trabajo cuanto antes para que podamos seguir pagando el piso.

—¿No tienen ahorros que les permitan sortear los gastos de dos meses? —preguntó el doctor Liebknecht—. Párese a pensar: ¿qué son ocho semanas de molestias en comparación con la perspectiva de una vida normal, con una cara reconstruida, al menos en gran parte?

—¿Y qué otras alternativas existen? —preguntó Martha.

—La reconstrucción del labio con una parte del músculo del brazo o del muslo. Sin embargo, con esa solución su marido no tendría sensibilidad en el labio y, seguramente, la articulación quedaría reducida. Sería, por tanto, solo una solución estética. En cambio, si hacemos una reconstrucción labial con colgajo se puede recuperar la plena movilidad de la musculatura del labio… Siempre que todo vaya bien, claro.

—¿Y cómo han sido hasta ahora las experiencias? ¿Con qué frecuencia se han realizado operaciones de ese tipo?

—Yo sé de cuatro casos. El doctor Wehmeyer ha participado en una de esas operaciones.

—Lo mejor es que esperemos a ver cómo se recupera Paul de esta primera operación y luego hablaremos de las demás. —Martha miró fijamente a los ojos del cirujano—. Al fin y al cabo, es él quien tiene que decidirlo; se trata de su vida.

—Desde luego —dijo el doctor—, pero, dado que usted es la única de la familia que tiene conocimientos médicos, él seguirá su consejo, como es natural.

Martha asintió.

—Espero que no le moleste que antes le pida al doctor Wehmeyer que me explique qué experiencias ha tenido en la reconstrucción labial con colgajo.

—¡Al contrario! No existe un especialista mejor que él en ese ámbito. Y créame, nada más lejos de mi intención que utilizar a Paul

como objeto de experimentación. Deseo alcanzar el mejor resultado posible tanto como lo desea usted.

38

EL DOCTOR WEHMEYER, de la Charité berlinesa, empezó a trabajar como médico jefe el jueves, día 1 de marzo de 1917. El doctor Liebknecht le presentó a Martha al nuevo colega, elogiándola como la mejor enfermera de quirófano con la que había colaborado en su larga carrera. Al mismo tiempo, le adelantó que era la esposa del ingeniero cuyo caso ya habían comentado en el congreso de Berlín.

El doctor Wehmeyer le cayó muy simpático a Martha, que aprovechó la oportunidad para preguntarle por el doctor Joseph, especialista en rinoplastias, y este le dio una gran cantidad de información al respecto. Le pareció sensato y competente, tal y como lo había descrito el doctor Liebknecht. Y esa impresión favorable mejoró aún más cuando se mostró dispuesto a detallarle a Paul lo antes posible los siguientes pasos del proceso de intervenciones.

El doctor Liebknecht ya le había explicado al paciente las distintas opciones que existían para la reconstrucción del labio superior. Sin embargo, Paul continuaba indeciso. Por eso agradeció mucho que el doctor Wehmeyer se tomara su tiempo para informarle sobre sus experiencias personales.

—En este tipo de reconstrucción labial con colgajo nos encontramos todavía muy al principio, en una fase de experimentación —le explicó—. No estoy seguro de si su defecto facial es demasiado grande. En caso de que la operación fracase, es posible que pierda parte de la función del labio inferior.

—¿Y cuáles son las alternativas? —preguntó Paul, mientras se tocaba con cuidado la férula de escayola de la nariz. Como la operación no había acarreado complicaciones, estaba deseando que le quitaran el yeso para poder ver el resultado.

—Primero podríamos formar un labio superior a partir del tejido del brazo o del muslo. Luego esperaremos a que se cure. Si todo marcha bien y el resultado es aceptable también desde el punto de vista estético, no necesitaremos hacer ninguna otra operación. Pero si

tuviera algún problema, podríamos aventurarnos a dar el siguiente paso. La ventaja de este procedimiento reside en que siempre nos queda otra opción. Es decir, en primer lugar, la reconstrucción del labio con el tejido de una extremidad y, después, la rinoplastia con la piel de la frente. A lo mejor todo queda de maravilla y, si no, seguiremos pensando en otras posibilidades.

Paul asintió.

—Suena muy razonable. ¿Y cuánto tiempo tardaremos en dar el siguiente paso?

—El doctor Liebknecht opina que le podemos quitar el yeso de la nariz dentro de tres días. Entonces veremos si el resultado es bueno y podremos continuar con la planificación.

PAUL TENÍA TANTAS ganas de que al fin llegara ese día, que nada conseguía tranquilizarlo. Aunque Martha y los niños lo visitaban con regularidad y él, como paciente especial, disfrutaba de un trato especial, se le hacía muy dura la estancia en el hospital. Por eso se alegraba cuando Moritz acudía a su habitación para mostrarle satisfecho los progresos que iba haciendo. Por mucho que lo consolara su familia, conversar con Moritz era muy distinto, porque a él no tenía que explicarle nada. Su amigo sabía cómo se encontraba Paul, porque él mismo había pasado por algo parecido. Además, le servía de ejemplo para no pensar en lo que había perdido, sino en lo que aún conservaba. Paul todavía recordaba bien el día en que Moritz consiguió por primera vez ir al hospital sin la ayuda de su enfermera particular. Le acababan de poner una prótesis en el brazo en forma de unas tenazas con las que era capaz de apoyarse en una muleta. Desde entonces recorría también tramos largos con la prótesis de la pierna y ya no dependía de la silla de ruedas.

Cuando llegó a la habitación de Paul y se desplomó en una de las sillas, resopló con fuerza.

—Me sigue costando mucho esfuerzo —dijo—, pero estoy contento. Verás, tengo la gran suerte de que Joseph me respalde. De lo contrario, lo más probable es que me viera obligado a quedarme en algún hogar de tullidos para que me enseñaran a hacer canastas de mimbre con un solo brazo. ¡Yo, haciendo cestos! Eso es todo lo que se les ofrece a los hombres como yo. ¿Quién necesita tantos cestos? Es algo indignante.

—Sí, lo sé. —Paul suspiró—. A mí solo me ofrecieron entradas a precio reducido en el teatro y en los baños públicos. Como si pudiera ir con esta cara a unos baños públicos… —Rio con amargura.

—Pero algún día a lo mejor sí puedes. ¿Cuándo es la próxima

operación?

—Pasado mañana. Me extraerán un trozo del músculo del brazo y con él formarán un labio superior. Y cuando este quede adherido, le tocará el turno a la nariz.

—Bueno, parece que la cosa va avanzando. Cuando ya no tengas que taparte el agujero, verás que todo habrá merecido la pena.

Paul asintió con debilidad.

—Oye, ahora me gustaría hacerte unas preguntas sobre un asunto distinto —cambió de tema—. Tú conoces un poco mejor a la enfermera Carola, ¿no?

—Es amiga de mi esposa.

—Sí, lo sé. Pero a Martha no se lo quiero preguntar. —Moritz carraspeó—. Carola y yo hemos mantenido un par de conversaciones muy animadas. ¿Crees que sería adecuado si la invito un día a tomar auténtico café en grano en casa de mi hermano?

Paul miró desconcertado a Moritz.

—¿Es que te has enamorado de ella?

—Pues sí… —Moritz carraspeó de nuevo—. Ya sé que es una enfermera de la «Hermandad Erika» y yo… En fin, como artículo defectuoso, no soy precisamente el ejemplar de hombre que pueda causar buena impresión a una mujer capaz e inteligente. Pero tampoco creo que tenga nada en contra de un buen café, ¿no te parece?

—Desde luego.

—Bien, eso me tranquiliza. ¿Cómo podría pedírselo? ¿Cuál sería la manera más elegante? Quiero decir, para no parecer un pesado.

—Pregúntale por su opinión política sobre la evolución de la guerra.

Ahora fue Moritz el que miró desconcertado a Paul.

—¿En serio?

—Sí, lo digo muy en serio. Carola es la mujer más entusiasta de la política que conozco. Cuando se trata de arreglar el mundo, no hay quien le quite la palabra. Escucha lo que dice y cuando exprese una idea que te parezca interesante, elogia su perspicacia.

Moritz frunció el ceño.

—Dime una cosa: ¿No es eso lo que suelen inculcar las madres a sus hijas para tratar a los hombres?

—Puede ser. Pero también funciona con mujeres como Carola. No le eches piropos sobre su aspecto ni nada parecido, porque eso te delataría; admira su perspicacia, su energía y todo lo que se te ocurra en ese aspecto. Entonces te tomará en serio y disfrutará de vuestras citas, porque las considerará inofensivas.

—Sí, pero a la larga no me gustaría que lo fueran.

—A largo plazo será distinto. Ahora solo tienes que actuar valiéndote de una estrategia.

—¿Una estrategia? —Moritz parecía no seguirle bien el hilo a Paul.

—Sí, hombre. En cuanto os conozcáis un poco mejor, puedes mencionar lo injusto que era que Martha antes no pudiera trabajar por estar casada y cuánto te alegra que eso ahora haya cambiado. Y luego tienes que dejarle claro que apoyas el movimiento feminista.

—¿Qué? ¿Te refieres a que debo decirle que estoy a favor del derecho de las mujeres a votar y cosas así? —Se rascó la cabeza.

—Sí, exacto. Eso funciona siempre.

—Bueno, si tú lo dices, haré la prueba.

—Sí, hazlo. Oye, Moritz, ¿por qué Carola? Lo que quiero decir es que, pese a tu estado como herido de guerra, podrías conocer con facilidad a mujeres que no sean tan difíciles.

—Me gusta Carola justo porque no tiene pelos en la lengua. Eso me gustaba también de Milli. Además, me encantan los desafíos.

Paul estuvo a punto de recordarle que con el «desafío de Milli» había fracasado estrepitosamente, pero se contuvo. Si eso lo distraía de sus preocupaciones y lo animaba a seguir viviendo, ¿por qué no? En tiempos tan malos como los que corrían era importante tener una familia o unos amigos en los que poder confiar.

DOS DÍAS DESPUÉS tuvo lugar la siguiente operación. Esa vez, Paul también estaba en tensión, pero se esforzó por que nadie se lo notara. Martha parecía muy tranquila, y Paul se preguntó qué sensación le daría al verle a él en la mesa de operaciones. En cualquier caso, ella lo calmaba sobremanera, pues, aunque confiaba en los médicos, la presencia de su mujer le proporcionaba mayor seguridad.

—Cuando haya terminado esta operación, hablar y comer te resultarán mucho más fácil —dijo ella—. Me alegro de que te hayas decidido en contra de ese largo procedimiento de la reconstrucción con colgajo, que además te habría alterado también el labio inferior. —Le lanzó un beso hacia donde antes tenía la boca, sin llegar a tocarle.

—Eso sería más bien para vanidosos y presumidos, deseosos de que les volviera a crecer el bigote.

—Que tú, de todas maneras, te afeitarías. —Martha le sonrió cariñosa—. Todo saldrá bien, no te preocupes.

Paul asintió con debilidad. En realidad, la operación no le preocupaba demasiado. Pero sí la economía familiar. Ya empezaban a notar cómo se reducían sus ahorros, todo lo que habían guardado para el futuro de los niños. Si se recuperaba y Martha también seguía

empleada, volverían a reunir esa cantidad para cuando sus hijos terminaran el período escolar y podrían pagarles a los tres una carrera. Pero ¿qué ocurriría si, en lo sucesivo, seguía sintiendo ese cansancio? No se debía solo a la morfina, pues había conseguido rebajar considerablemente la dosis diaria con la ayuda del doctor Liebknecht. Sin embargo, seguía sintiendo una debilidad generalizada. Y no le consolaba que el doctor opinara que tal vez se sintiera tan débil como resultado del esfuerzo psíquico que le suponía tener que estar siempre escondiéndose y tan pendiente de su dicción. Según él, todo aquello mejoraría cuando concluyera la reconstrucción facial.

Martha confiaba en ello, pero a Paul le asaltaban las dudas una y otra vez. ¿Y si ya no volvía a ser nunca capaz de ocuparse él solo de su familia? Como otros miles de mutilados de la guerra, a los que habían obligado a servir a la patria y de los que luego se habían olvidado.

En ese momento, se juró a sí mismo que, en cuanto terminara aquella maldita guerra, lucharía con todas sus fuerzas por los derechos de los afectados por la contienda. El Estado no podía librarse tan fácilmente de esa responsabilidad.

Y con ese pensamiento, que de momento le supuso un ligero consuelo, se durmió con el narcótico que le administraron instantes después.

LA OPERACIÓN SALIÓ bien. Los dos médicos trabajaron hombro con hombro, y el doctor Wehmeyer se encargó de formar un labio superior a partir de la musculatura del brazo para cubrir así una parte del defecto facial. Aunque se apreciaba que no era un labio auténtico porque le faltaba la coloración característica, Martha se mostró satisfecha con el resultado. La cara de Paul por fin no parecía una calavera con una risa sarcástica, y los dientes del maxilar superior quedaban tapados de nuevo.

—Si todo se cura bien, el siguiente paso lo dedicaremos a la reconstrucción de la nariz —opinó el doctor Wehmeyer, después de dar por concluida la operación y de que el anestesista hubiera conducido a Paul a la sala de reanimación.

—¿Eso cuándo será? —preguntó Martha.

—Calculo que dentro de dos semanas. Pero antes tenemos que esperar a ver cómo reacciona su marido a la intervención de hoy.

Cuando Paul se despertó, creyó sentir un cuerpo extraño entumecido en la cara. Hablar le costaba más que antes, y la sensación le recordaba a la de llevar puesta la pesada máscara, aunque se parecía un poco más a la que se percibe con un pie dormido. Debía tener cuidado de no morderse el labio nuevo.

—¿Volveré a tener sensibilidad en esa zona? —le preguntó a Martha, que al despertar se hallaba sentada a su lado.

—No lo sé —contestó ella—. Eso es mejor que se lo preguntes al doctor Wehmeyer.

Paul apartó la mirada.

Más tarde, cuando habló con el médico, se sintió terriblemente decepcionado, pues el doctor Wehmeyer le dio pocas esperanzas.

—La sensibilidad la generan las conducciones nerviosas. Pero aquí solo hemos cubierto un defecto con un trozo de músculo, sin que hayamos podido incorporar las terminaciones nerviosas destruidas. Si a la larga sigue resultándole desagradable, tendremos que plantearnos de nuevo la reconstrucción labial con colgajo.

Paul respiró hondo.

—Espero ir acostumbrándome. Por el momento, es más importante la reconstrucción de la nariz.

—Eso es razonable —dijo el doctor Wehmeyer—. Y créame, ahora que hemos hecho tan bien los trabajos preparatorios, el resultado será satisfactorio. Al finalizar, podrá usted mostrar por primera vez, tras su accidente, la cara descubierta en público.

39

MIENTRAS PAUL AVANZABA poco a poco, de operación en operación, hacia un nuevo rostro y, con ello, absorbía toda la atención de Martha, Heinrich luchaba por conseguir un barco nuevo. De todos modos, en tiempos tan difíciles, las perspectivas de la marina civil no eran nada halagüeñas, y el hecho de que hubiera perdido su última embarcación no aumentaba precisamente la confianza de los navieros. Aunque Heinrich no era culpable, se le recriminaba que hubiera corrido un riesgo innecesario al unirse al convoy noruego con una bandera falsa. Esa recriminación lo enfurecía.

—Sencillamente, no lo entiendo —se desahogó con Li-Ming—. Hago todo lo posible por pasar desapercibido en estos tiempos uniéndome al convoy de un país neutral bajo una bandera neutral, y ahora resulta que me tengo que justificar. ¡A ese capitán del submarino que ataca barcos neutrales es al que habría que denunciar, no a mí! ¡Es una vergüenza para todo nuestro país! —Li-Ming se limitó a asentir—. Menos mal que por lo menos tú tienes un trabajo bien pagado —dijo después, en un tono algo más conciliador—. Sin tus ingresos estaríamos perdidos.

—En realidad, yo esperaba poder ocuparme ahora por completo de Arthur —dijo Li-Ming con precaución—. Solo era algo provisional, hasta que tu volvieras.

—En estos tiempos trabajan la mayoría de las mujeres, y pocas tienen la suerte de dedicarse a una actividad tan agradable y apreciada como la de traductora.

Bajó la mirada. Desde la vuelta de Heinrich se sentía la mujer más feliz del mundo. Pero confiaba en poder renunciar por fin a su desagradable trabajo para Joseph Kellermann, pues odiaba tener que exponer sus pies como una rareza. Más aún detestaba que un desconocido le rozara los pies descalzos, aunque apenas lo sentía.

Comenzaron a vendárselos siendo una niña, y pronto dejó de tener sensibilidad. Ahora llevaba ya mucho tiempo sintiendo tan solo un

dolor sordo en los pies, pero solo cuando había caminado demasiado. Ya de pequeña había aprendido de su madre que estos estropeaban el erotismo. Enseñar los pies descalzos era tabú. Los pies pequeños solo eran seductores si permanecían envueltos en unos zapatitos diminutos y primorosamente bordados. Su verdadero aspecto no debía mostrárselo a ningún hombre. Ni siquiera Heinrich se los había visto todavía.

El vendaje de los pies figuraba entre los peores recuerdos de Li-Ming, y lo había enterrado en lo más profundo de su memoria. Desde la infancia le asaltaban las terribles imágenes de una habitación oscura tras una puerta cerrada que no quería volver a abrir jamás. Sin embargo, ahora que los enseñaba con regularidad, esa puerta se iba abriendo poco a poco, como si las manos curiosas que tocaban sus pies fueran la llave del castillo.

De noche, soñaba cada vez más a menudo con el día en que su madre le vendó por primera vez, nada más cumplir cinco años. Así tenía que ser, le había dicho; de lo contrario, nunca encontraría un marido, y una mujer sin marido no tenía hijos, y una mujer sin hijos estaba condenada a vagar después de la muerte como un alma en pena, porque nadie cuidaría de su tumba. La idea de ser un alma en pena hambrienta y desvalida había asustado mucho a la Li-Ming de cinco años, y por eso se había mostrado dispuesta a aguantar cualquier dolor. Dos años había soportado el espantoso procedimiento hasta que sus pies adoptaron la forma del Loto de Oro. Con una longitud de siete centímetros.

Aplastados como pezuñas, caminaba sobre ellos como cuando una cabra del circo intenta andar sobre las patas traseras. Pero ese pensamiento herético se lo guardaba para sí; prefería recrearse en los elogios que le hacían sus padres, que estaban orgullosos de que ella hubiera superado en eso a sus hermanas mayores, las cuales habían tenido que conformarse con una longitud del pie de diez centímetros y, por tanto, con la forma del Loto de Plata.

De ello no había hablado jamás con Heinrich. ¿Cómo iba a contarle ahora la verdad? La consideraría una puta, de eso estaba segura. La repudiaría y entonces ella perdería todo lo que tenía un significado en su vida. ¿Sería aquello el castigo por su desobediencia? Había escapado de su primer marido. Bueno, no era su esposo legal, y ella solo había sido su concubina; además, él la había tratado mal. No obstante, había rehuido el papel de esposa fiel que le había sido asignado y se había arrogado un derecho que no le correspondía.

Heinrich, en cambio, era como un rayo de luz en su vida. Un hombre que la amaba y que lo hacía todo por ella. ¿Y cómo se lo

agradecía? Vendiéndose a hombres desconocidos y mintiéndole. Y además lo hacía de un modo tan convincente que él incluso la animaba a que siguiera trabajando para Joseph Kellermann.

Li-Ming se sentía indefensa y atrapada. ¿Qué podía hacer? No quería seguir viviendo esa mentira, ni despertarse todas las noches atormentada por las pesadillas, ni despachar a Heinrich con pretextos cada vez que le preguntaba por la causa de sus aflicciones.

—Me temo —la sacó Heinrich de sus cavilaciones— que no me va a quedar más remedio que presentarme voluntario en la marina de guerra, antes de que me llamen a filas. Lo más probable es que ya no obtenga nunca un barco civil.

—Pero ¿qué vas a hacer allí? Tú no eres un soldado —respondió ella.

—No, pero tengo una patente de capitán y soy experto en náutica. Desde luego, en ningún barco de guerra me contratarán como capitán. Si acaso como oficial de la marina. Posiblemente en el área de aprovisionamiento o en la náutica.

—Heinrich, yo estoy muy contenta de que por fin hayas vuelto a casa. ¿De verdad vas a presentarte en la marina de guerra? ¿Y cuándo?

Heinrich respiró hondo.

—Mañana mismo me informaré. En Kiel se hallan fondeados muchos de nuestros barcos de guerra. Tal vez deberíamos ver el lado bueno de las cosas. Si empiezo como oficial de la marina en un buque de guerra, después podría comandar un barco de vapor, porque hasta entonces ya habría acumulado suficiente experiencia. Como capitán de un barco de vela se me cerraría esa posibilidad; a duras penas podría imponerme frente a los otros aspirantes. Y nosotros, como familia, también saldríamos beneficiados. En un barco de vapor no te marearías tanto y podrías acompañarme con Arthur en los futuros viajes comerciales. Así podríamos recuperar todo el tiempo perdido.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó Li-Ming, mirándole muy seria a los ojos. Heinrich le sostuvo la mirada.

—Si no lo creyera, no lo diría, cariño.

MIENTRAS HEINRICH SE ponía en contacto con la marina, Li-Ming intentó dar por concluido el acuerdo que tenía con Joseph Kellermann. Así pues, le pidió que le contara a Heinrich que sus negocios chinos habían quedado paralizados debido a la evolución de la guerra y que por esa razón ya no precisaba de sus servicios como traductora.

—Mi querida señora Westphal —contestó Joseph en un tono

demasiado amable—, no tengo ninguna razón para describir mis negocios peor de lo que están.

Li-Ming lo miró desconcertada.

—Pero si usted mismo dijo que no necesitaba una traductora, y por eso me hizo esa otra… oferta.

—Eso es cierto —dijo Joseph, sin abandonar esa amable sonrisa que de repente a Li-Ming le pareció una mueca hipócrita—. De todas maneras, usted ha contado a todo el mundo que trabaja para mí como traductora, de modo que mi fama se vería perjudicada si fingiera haberme quedado sin un importante sector comercial. Mi fama es, en estos momentos, mi mayor capital. No pienso mentir por usted si es en mi propio perjuicio. Si quiere dar por concluido nuestro acuerdo, es muy dueña de hacerlo, pero entonces tendrá que reconocer que actúa así porque ese es su deseo.

—Pero, en ese caso… Mi marido no lo entenderá.

—Es usted muy libre de contarle la verdad. Al fin y al cabo, no ha hecho nada indecente.

Li-Ming tragó saliva.

—Sabe que eso no es verdad. Al menos desde el punto de vista de una mujer china…

—Usted tomó una decisión —la interrumpió Joseph—, y ahora no quiere atenerse a las consecuencias. Yo siempre le he dado muchas facilidades. De no ser por mí, hace tiempo que habría perdido el piso. No estoy seguro de si su marido se tomaría a mal el empleo que usted desempeña. ¿O acaso teme que, dada la grave situación actual, incluso la animara a seguir trabajando? ¿Qué quiere usted? Los únicos que hacen el ridículo son los hombres que pagan por ver los pies desnudos de una mujer. ¿Qué más le da a usted? ¿Conoce el refrán de «Ande yo caliente y ríase la gente»? Significa que a uno le es indiferente lo que piensen de él los demás.

—¿Así que no me quiere ayudar?

—Ya la he ayudado, señora Westphal. Y no la obligo a nada. Incluso he mentido por usted para ponérselo más fácil. Pero no pienso revocar esa primera mentira por una segunda. Usted es la única responsable de sus decisiones.

Li-Ming notó cómo se iba enfureciendo.

—En realidad, lo que pasa es que le fastidiaría mucho que dejara de venir dos veces a la semana, porque gana un buen dinero conmigo.

—El mismo que usted —dijo Joseph—. Sea sincera, señora Westphal. Para los dos ha sido un acuerdo lucrativo. Usted puede darlo por terminado en cualquier momento, pero, como yo, en efecto, no tengo el menor interés, no voy a incurrir en otra mentira. Usted

misma tendrá que responder de ello ante su familia.

Li-Ming se marchó abatida a casa. Y aún se desmoralizó más cuando Heinrich le comunicó que había obtenido un puesto como oficial náutico en el pequeño crucero SMS Regensburg. Al advertir su expresión de susto, la tranquilizó.

—No temas, el barco aún seguirá unas semanas en el astillero de Kiel para la revisión. No zarparé hasta principios del verano, y quién sabe si para entonces ya habrá terminado la guerra.

—Eso no te lo crees ni tú —contestó ella con energía—. Esta guerra comenzó hace tres años y cada vez están peor las cosas. No sé durante cuánto tiempo lo voy a resistir.

Heinrich la abrazó.

—Todo irá bien, cariño. Tú eres fuerte y valiente, y ganas tu propio sueldo. Entre los dos lo conseguiremos.

Li-Ming tragó saliva. Se moría de ganas de contarle la verdad a Heinrich. Pero también temía las consecuencias. El problema no era solo que su esposo no se lo perdonara, sino también lo que ocurriría si él se ausentaba de nuevo durante varios meses y ella se quedaba sin dinero en ese tiempo. Tal vez era una señal del destino que Joseph Kellermann se hubiera negado a mentir por ella, pues ¿quién podía saber la falta que les haría todavía el dinero que ganaba ella? Aunque lo tuviera que pagar con pesadillas.

40

EL LUNES, DÍA 19 de marzo de 1917, operaron una vez más a Paul. En esa ocasión por fin le hicieron la reconstrucción de la nariz que habían planeado a lo largo de meses.

Antes de la operación, trazaron con un lápiz de cera en la frente de Paul la forma de la futura nariz, que constaría de la piel frontal, tal y como Martha había visto en la fotografía. Con anterioridad, el doctor Wehmeyer había medido con precisión qué tamaño tendría, orientándose incluso por las medidas de la máscara de cera. El nuevo hueso nasal hecho a base de la costilla se había curado bien, aunque Paul seguía padeciendo el entumecimiento de la reconstrucción del labio superior. Para entonces ya hablaba mejor, pero comer le daba más problemas que antes, porque no notaba si algo se le salía de la boca por el labio nuevo, o bien porque se lo mordía. Tenía que concentrarse mucho más que antes. No obstante, esperaba con mucho ánimo la próxima operación. Si tenía suerte, sería la última vez que se sometiera al bisturí.

También Martha confiaba en que su vida se normalizara después de aquello. Sin embargo, esa vez le resultó más difícil asistir al quirófano. Es posible que se debiera a que ahora tenía una visión más amplia de la cara de Paul, mientras el doctor Wehmeyer manejaba el escalpelo. A medida que la nueva nariz iba tomando forma, Martha se sentía cada vez más libre del conjunto de las preocupaciones que la habían acuciado en los últimos meses. Sin duda, las cicatrices quedarían a la vista, pero su rostro ya no asustaba tanto como para provocar pesadillas.

Al cabo de dos horas terminó todo, y a Martha le sorprendió la apariencia tan natural que tenía su nueva nariz. Lo que más llamaba la atención en Paul era su labio superior.

El doctor Liebknecht respiró hondo.

—Ha hecho usted un trabajo verdaderamente extraordinario, estimado colega —le dijo al doctor Wehmeyer—. Si se hubiera

quedado en Berlín, seguro que habría tenido buenas perspectivas de suceder al doctor Joseph como especialista en rinoplastias.

—Puede ser —contestó este—. De todas maneras, no me conformaría con limitarme a una sola especialidad. Valoro mucho la variedad de nuestro trabajo. Un día una nariz, al día siguiente un apéndice y al tercer día un quiste óseo. Eso es lo que me estimula, además del amor a mi ciudad natal, Hamburgo, pues esa es también la razón por la que le hice caso y vine a este hospital. En las grandes clínicas universitarias, los médicos y los profesores intentan siempre destacar en sus propias especialidades. A menudo evitan las de sus colegas, porque en ellas estarían en inferioridad de condiciones. Hay que saber lo que uno quiere y lo que a uno le importa realmente.

DOS DÍAS DESPUÉS de la operación, Paul pudo admirar por primera vez su nueva nariz en un espejo de mano.

—¿Y bien? ¿Vuelves a reconocerte? —le preguntó Martha, después de haberle quitado ella misma la venda.

Paul se tocó la nariz con cuidado.

—Es increíble. —Fascinado, contempló su nuevo semblante desde todos los ángulos, se palpó con gran precaución las suturas, cuyos puntos le quitarían al cabo de una semana, e inspiró y expiró con energía—. Está casi igual que antes —dijo al cabo—. Uno solo adquiere conciencia de lo que supone cualquier parte de su cuerpo cuando la pierde. La nariz sirve para calentar el aire, y hasta la voz suena distinta.

Martha asintió. Ella también se había dado cuenta enseguida de lo de la voz. Se le había quitado el extraño soniquete con el que regresó de la guerra y al que ella ya se había acostumbrado durante los meses anteriores.

—Lástima que el labio superior no te haya quedado tan bien como la nariz —opinó—. De haber sido así, tu cara habría quedado perfecta.

—Está mucho mejor de lo que esperaba —dijo Paul—. Poco a poco me iré acostumbrando a las limitaciones del nuevo labio superior. Y si no es estrictamente necesario, no me gustaría someterme a otra operación.

—Lo entiendo. ¿Todavía tienes dolores?

—No es nada en comparación con todo lo que he pasado. —Suspiró—. ¿Cuánto tiempo tengo que quedarme todavía aquí, en la habitación? —preguntó luego.

—Hasta que te quiten los puntos. —Martha comenzó a vendarle de nuevo la cara—. Pero no puedes trabajar hasta que se te hayan curado las heridas por completo. No vamos a arriesgarnos a que pierdas de

nuevo la nariz.

—Tienes razón. Para nosotros, la expresión «pérdida de la imagen pública» tiene ahora un significado muy distinto —contestó Paul, y Martha se alegró de verlo sonreír incluso con el labio superior nuevo.

—Cambiando de tema, ayer tuve por primera vez ocasión de visitar nuestra nueva parcela del huerto familiar en Moorfleet —dijo Martha—. Heinrich me ha prometido ocuparse de la construcción de un cobertizo para el huerto mientras todavía se encuentre en Hamburgo.

—¿Se ha alistado ya en la marina de guerra?

Martha asintió con la cabeza.

—Empezará como oficial náutico en el SMS Regensburg, que de momento todavía está en el astillero de Kiel. Según Heinrich, las reparaciones se prolongarán hasta julio, pero en junio debe presentarse. Hasta entonces intenta echar una mano en lo que puede y tranquilizar a Li-Ming. —Martha suspiró—. Me da la impresión de que las cosas no van muy bien entre los dos. Heinrich me ha contado que Li-Ming no quiere seguir trabajando, que le gustaría volver a dedicarse por completo a su hijo. Y eso que los dos dependen ahora del sueldo de ella.

—Pero si le iba muy bien con su trabajo de traductora, ¿no? —intervino Paul.

—Exacto; por eso mi hermano tampoco comprende por qué su esposa insiste sin cesar en la idea de que un hombre cabal debe hacerse cargo de su mujer e hijos. Él nos ha puesto como ejemplo a nosotros y también a nuestra madre, que hacía labores de costura en casa. Heinrich tiene la sensación de que se ha erigido un muro invisible entre ellos, como si hablaran sin entenderse. Confía en que las cosas se relajen cuando, en las próximas semanas, se ocupe con ella y Arthur de nuestro huerto familiar, donde nos espera un duro trabajo. Las semillas serán difíciles de conseguir.

—¿Y qué quieres plantar? —preguntó Paul—. ¿Patatas, nabos y coles?

—Según la estación del año. Al principio me gustaría tener fresas y rabanitos, luego patatas, y también guisantes y alubias. Pero, como te digo, será complicado conseguir simientes. Menos mal que Heinrich ha prometido organizar todo lo necesario.

—Y yo tengo ganas de recuperarme para echaros una mano.

—Pronto lo conseguirás.

En efecto, durante los días siguientes, a base de mucha práctica, Paul iba controlando cada vez mejor el labio superior nuevo. Martha se preguntaba si eso se debería a que, tras la reconstrucción nasal, su

cara había recobrado la normalidad o a que realmente le habían crecido fibras nerviosas, pero tanto Liebknecht como el doctor Wehmeyer lo consideraban improbable. Además, el labio de Paul seguía entumecido, lo que a su vez iba en contra de dicha posibilidad. Pero en el fondo a Martha le daba igual, pues lo principal era que su marido se encontraba mejor día tras día, e iba recuperando el optimismo que le caracterizaba.

EL MIÉRCOLES, DÍA 28 de marzo, a Paul le dieron por fin el alta en el hospital, aunque, como muy pronto, podría empezar a trabajar el 2 de abril. Ese tiempo lo aprovechó para pasar las tardes en el huerto familiar con los niños y con Heinrich y su familia. Lo peor de la ola de frío ya había pasado, si bien tenían que seguir contando con heladas nocturnas.

Así que mientras serraban y clavaban clavos todos juntos y conocían a los otros pequeños hortelanos, que los ayudaban con entusiasmo, Paul se sintió completo por primera vez desde su regreso a casa. Naturalmente, aún padecía limitaciones, y su ayuda se reducía a sostener tablas que Rudi y Fredi serraban con gran esfuerzo. Las cicatrices, que no pasaban desapercibidas, aparecían todavía enrojecidas, pero era una cara de verdad con la que se atrevía a estar rodeado de gente, prescindiendo del vendaje. La pequeña Ella se mostró especialmente entusiasmada cuando su padre le contó que la nariz nueva estaba hecha con la piel de la frente.

—Cuando sea mayor, yo también quiero saber hacer eso —decía una y otra vez—. Voy a ser médico.

Por un lado, Paul se alegraba de oír aquello, pero por otro se preguntaba si para entonces habrían podido reunir el dinero necesario para una carrera. Todo dependía de su empleo, pues debían volver a contratarlo durante la jornada completa para ahorrar lo suficiente. Era una buena noticia que apenas necesitara ya analgésicos, y mientras se ocupaba del huerto con la familia, a menudo se olvidaba de sus limitaciones. Después de todo, a lo mejor volvían a recuperar la alegría de antes. Y en algún momento tendría que terminar también esa dichosa guerra.

41

EL 6 DE abril de 1917, América le declaró la guerra a Alemania. De todas las noticias sobre el transcurso del conflicto, esa fue la que más profundamente conmovió a Martha. A partir de ahora Milli y ella pertenecían a dos pueblos enemistados, y eso desconsolaba a la enfermera alemana. Llevaba mucho tiempo sin saber nada de su amiga porque, desde que en febrero el vapor de pasajeros Laconia fue torpedeado por un submarino alemán, EE.UU. rompió las relaciones diplomáticas con el Reich alemán. Pero que ahora reinara la guerra entre los dos países era algo muy distinto. Justo ahora, cuando se había cumplido su más anhelado deseo gracias a la reconstrucción de la cara de Paul, el mundo parecía definitivamente despedazado. Había sido solo una fugaz ilusión, un breve período de felicidad, de cuya continuidad nadie podía tener esperanzas. Martha fue consciente de ello cuando vio en el puerto el Imperator, que llevaba allí amarrado desde el estallido de la guerra. El barco ya solo era una reliquia de tiempos remotos, cuando todavía creían que el mundo seguiría creciendo unido y que desaparecerían las fronteras. Cuando se atrevían a soñar que podrían alcanzar cualquier cosa esforzándose lo suficiente y sin perder nunca la esperanza. Ahora en cambio se había impuesto de nuevo la realidad.

Además, día a día iba empeorando la situación del abastecimiento, pese a que el crudo invierno, con sus cientos de muertos, al fin había quedado atrás. Cuando Martha lo recordaba, se le ponían los pelos de punta. Los peores casos los había visto en el hospital, gente demacrada que simplemente moría de debilidad, porque su cuerpo llegaba al punto de carecer de fuerzas para digerir ningún tipo de alimento. Todo eso podría haberse evitado, todos los muertos, si en Hamburgo hubiera habido un mínimo de abastecimiento de alimentos y combustible destinados también para los más pobres. Pero incluso ahora, tras el final del invierno, la gente seguía pasando hambre y muriendo antes de que llegara su hora, pues los mares se habían

convertido en peligrosos campos de batalla, de manera que apenas quedaban ya barcos mercantes que llevaran comestibles a Hamburgo o a otras ciudades portuarias alemanas.

POCOS DÍAS DESPUÉS de la declaración de guerra, Carola interrumpió visiblemente nerviosa la pausa del mediodía de Martha.

—¡En Berlín están en huelga! —exclamó—. Miles de mujeres han dejado de trabajar. Se niegan a seguir fabricando armas y municiones en las empresas importantes para la guerra, mientras no esté asegurado el suministro de pan. Y han convocado a las mujeres de otras ciudades para que se sumen a la huelga. Martha, ha llegado el momento de manifestarnos de nuevo en favor de la paz. ¡No podemos seguir consintiendo esta situación! ¡Tenemos que demostrarles a las autoridades que queremos un armisticio inmediato y negociaciones para lograr el fin de esta barbarie!

Inevitablemente, Martha recordó la conversación que había mantenido con el doctor Schlüter, cuando este les había aconsejado a ella y a Wilhelmina que no hicieran más manifestaciones porque corrían un riesgo evidente. Pero ¿seguiría siendo ahora aplicable ese consejo? Si en Berlín se habían puesto en huelga miles de mujeres, la policía no podría reprimir las manifestaciones derramando sangre. Con ello el Estado solo perdería a sus trabajadoras y se arriesgaría a afrontar una rebelión de gran envergadura. ¿Qué hombre aceptaría que su mujer fuera hostigada en casa mientras él se dejaba la piel por la patria en el frente?

—¿De dónde has sacado esa información? —preguntó Martha.

—Del Hamburger Echo. Es cierto que se declaran en contra de una huelga en tiempos de guerra, y se supone que nosotras, como enfermeras, estamos comprometidas con el cuidado de las personas y no podríamos unirnos a las reivindicaciones. Pero ¿no es precisamente ese compromiso el que nos obliga a manifestarnos por la paz, sin tener en cuenta las consecuencias?

—¿Y qué consecuencias temes, Carola?

—En el peor de los casos, nos detendrían, pero no creo que nos tengan mucho tiempo encerradas; al fin y al cabo, nos necesitan.

—A no ser que te consideren una cabecilla y decidan dar ejemplo contigo. ¿Estarías también dispuesta a acarrear con esa consecuencia? ¿A que te acusen de alta traición?

—¿Puede ser alta traición que las mujeres nos manifestemos por el pan y la paz? ¿Qué menos podemos hacer?

—Carola, tienes razón. Pero ten en cuenta que nos encontramos en guerra. Y en el derecho que rige una contienda mundial a las mujeres

nos recortan aún más las pocas libertades de las que disfrutamos en tiempos de bonanza. Quien se rebela contra las decisiones de la autoridad o incluso está a favor de firmar la paz con el enemigo, mina la moral de lucha y es, por lo tanto, una amenaza.

—Entonces, ¿no vas a participar en una manifestación? —Carola parecía decepcionada.

—No he dicho eso. Solo quería que vieras con claridad lo que te espera si las cosas se ponen feas. Yo estoy dispuesta a soportar las consecuencias, pues quiero para mis hijos un mundo pacífico en el que tengan alimento suficiente y puedan hacer realidad todos sus sueños. A mí la apuesta me merece la pena. Pero ¿te vale también a ti la pena?

Carola miró desconcertada a Martha.

—No te entiendo. Tú pagarías mucho más cara la apuesta porque, si te detienen, ya no podrías ocuparte de tus hijos.

—Es cierto. Pero justo por eso yo podría contar más que tú con la clemencia del tribunal. Soy una madre que lucha por sus hijos. Pero ¿qué eres tú? Una enfermera soltera que, en todo caso, podría ser reemplazada por otra.

Su compañera tardó un rato en contestar a esto.

—¿Sabes una cosa, Martha? Solo una vez en mi vida me he portado como una cobarde. Fue aquel día que no intercedí por ti. No sé si hubiera servido para que no te despidieran o si me habrían despedido a mí, pero durante años me he arrepentido por mi cobardía. Desde entonces me juré no acobardarme nunca más. Quiero hacer lo mismo que exijo de los demás.

Martha asintió. También a ella le había acudido a la memoria aquel día en que Carola no la defendió, pero nunca lo habría mencionado, porque sabía lo mucho que se avergonzaba por haberse portado así.

—Bien. Entonces vamos a manifestarnos juntas. ¿Cuándo y dónde?

—Me informaré y luego te pondré al corriente. Creo que Wilhelmina y toda la Asociación de Mujeres nos apoyarán. Cuantas más seamos, menos represalias habrá.

AL DÍA SIGUIENTE, Carola le dijo que por la tarde se iba a celebrar una manifestación en el Heiligengeistfeld, donde se reunirían.

—Wilhelmina piensa traer incluso a sus hijos, para subrayar el carácter pacífico de las manifestantes y para evitar que nos ataque algún policía que se tome su trabajo demasiado en serio. ¿Qué hay de los tuyos?

Martha se lo pensó un momento. ¿Estaba bien meter a los niños en

eso? Por otra parte, se trataba de su futuro.

—Les preguntaré si les apetece y dejaré que sean ellos los que tomen la decisión —dijo al fin.

—Seguro que Rudi no se lo quiere perder, y Fredi hace siempre lo mismo que Rudi. —Carola esbozó una sonrisa—. Y en cuanto a Ella, es tan curiosa que tampoco lo dudará.

En efecto, los niños se mostraron entusiasmados; solo Paul reaccionó con ciertas reservas. De todos modos, nunca se le habría ocurrido prohibir a Martha que asistiera a la manifestación.

—¿No quieres venir tú también? —le preguntó luego Martha—. Cuanta más gente haya, mejor. Como mutilado de guerra, podrías dar la cara, nunca mejor dicho.

—Quizá me causara problemas con el señor Wolkau —respondió—. Hasta ahora siempre me ha apoyado, y estoy contento de ir atreviéndome, poco a poco, a trabajar durante la jornada completa. Pero si me mostrara políticamente poco fiable, es posible que se viera obligado a prescindir de mí.

—Hace veinte años no te hubieras parado a pensar en eso; habrías hecho lo que consideraras justo.

—Hace veinte años todavía no tenía una familia de la que ocuparme. Y tú eres la primera que ha de reconocer que dependemos de mi sueldo.

Martha suspiró.

—Vaya, hasta ese extremo hemos llegado… Pero llevas toda la razón; a estas alturas tenemos mucho que perder. Creo que en eso se nota que se hace uno mayor.

—O sensato. —Paul esbozó una sonrisa de medio lado, y Martha se alegró de que hubiera aprendido a sonreír de nuevo.

CUANDO SE ENCONTRÓ con sus amigas de la Asociación de Mujeres, junto con los niños, en el Heiligengeistfeld, se quedó admirada por la cantidad de gente que se había reunido allí. No solo eran mujeres, sino también algunos hombres mutilados de guerra. Le extrañó ver a Moritz, sobre todo porque no iba sentado en la silla de ruedas, sino que había hecho el recorrido completo tan solo con la ayuda de las muletas. Más perpleja aún se quedó tras observar el cariñoso saludo de Moritz a Carola, que lo miró radiante de alegría, como si hubiera salido el sol. «¿Me habré perdido algo?», se preguntó Martha. Carola solía contárselo todo. Por otra parte, durante los meses anteriores no le había dedicado mucho tiempo a sus amigas. La convalecencia de Paul y el sustento de la familia habían requerido toda su energía.

—Me cuesta creer que seas capaz de caminar tan bien —dijo Martha al acercarse a Moritz para saludarlo—. Y no esperaba que te atrevieras a venir a esta manifestación. Creía que la política no te interesaba demasiado.

—Me ha venido la inspiración a través de Carola —respondió Moritz, y por primera vez Martha adquirió conciencia de cómo había cambiado su manera de expresarse. Hablaba eligiendo más las palabras, no como alguien que, tras terminar la enseñanza primaria, se había empleado primero como guardaespaldas y más tarde se había hecho suboficial. ¿Guardaría esa transformación alguna relación con Carola? Pero para eso tenían que verse con regularidad…

El razonamiento de Martha se vio interrumpido cuando algunos manifestantes empezaron a vocear consignas de muy diferente índole. Muchas mujeres reclamaban pan; otras, entre las que figuraba Wilhelmina Schlüter, exigían un armisticio inmediato y negociaciones para restablecer la paz. También Carola se puso a gritar: «¡Negociaciones de paz, ya!». Moritz y Lida Heymann se sumaron a la reivindicación, y los niños también voceaban encantados «¡Negociaciones de paz, ya!».

—Esto se pone interesante —le susurró de repente Moritz a Martha —. Por ahí viene una compañía entera de guardias.

—Pues que nos detengan —dijo Carola—. Yo lo consideraré una distinción.

—No nos van a detener —dijo él—. Intentarán disolver la manifestación. Me pregunto si se atreverán a hacer uso de la porra habiendo mujeres y niños. Bueno, yo sí que voy armado y podré defenderos —añadió en broma, levantando una de las muletas.

—¿Y crees de verdad que con eso vas a tirar al suelo a un policía? —preguntó Martha.

—Si la coloco de tal modo que tropiece en ella… Además, luego podría quejarme de que un guardia desaprensivo ha intentado derribar a un lisiado, un pobre veterano de guerra.

—Me encantaría verlo —dijo Rudi.

—Puede ocurrir en cualquier momento —contestó Moritz con una sonrisa de oreja a oreja, pues los guardias ya se habían dispersado.

Wilhelmina cogió a sus dos hijos de la mano y se acercó a Martha y a sus niños.

—Espero que se comporten como unos guardias decentes —le susurró a Martha, que a su vez cogió a Ella de la mano y les dijo a los chicos que no se separaran de ella. Moritz se puso ostensiblemente delante de las mujeres cuando tres policías se dirigieron hacia el pequeño grupo con la porra en ristre.

—Márchense, por favor —dijo el policía de más edad, un agente que lucía un bigote gris con las puntas retorcidas hacia arriba, tal y como dictaba la moda.

—¿Por qué? —preguntó Moritz con fingida ingenuidad—. No hacemos daño a nadie y esta es una plaza pública.

—Están participando en un motín ilegal cuyo objetivo es alterar el orden.

—¿Por reclamar un armisticio y negociaciones de paz? —preguntó Carola, acercándose a Moritz—. Sé que usted aquí solo está cumpliendo con su deber, señor agente. Sé que a usted y a sus compañeros los obligan a arremeter contra las justificadas consignas de las mujeres y los niños. Seguro que usted también tiene una familia que se ha visto afectada por las restricciones de la guerra. ¿Qué se puede alegar contra nuestra reclamación de un armisticio que sirva para buscar de veras y cuanto antes las negociaciones de paz? ¿Puede realmente la razón alterar el orden? ¿Acaso no está más bien encaminada a restablecer una situación por la que valga la pena vivir?

Varias oyentes aplaudieron de manera espontánea, y también Martha se sumó al aplauso.

—Señora, usted subestima la fuerza desmoralizante de la desobediencia civil, que es exactamente lo que aquí está teniendo lugar. Y por eso debo exhortarla por última vez a que desaloje la plaza. De lo contrario, me veré obligado a detenerla.

—¿Con qué justificación?

—Ya se lo he dicho. Alteración del orden público y resistencia a la autoridad.

Martha vio cómo Carola se preparaba para una enérgica réplica, pero antes de que pudiera proferir una sola palabra, Moritz le rozó suavemente el brazo y dijo:

—Creo que hoy me he esforzado demasiado. ¿Serías tan amable de acompañarme a casa?

Carola lo miró extrañada, pero luego vio su mirada implorante y suspiró hondo.

—Sí, por supuesto —dijo entonces.

Martha notó que los tres policías respiraban aliviados, y al cabo de veinte minutos la manifestación se disolvió sin más incidentes.

Mientras Carola acompañaba a Moritz a su casa, Martha fue con Wilhelmina y los niños hacia la estación más próxima del tranvía. Durante el camino, Wilhelmina solo hablaba en monosílabos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Martha a su amiga.

—Estaba pensando si no hemos sido demasiado cobardes —respondió esta—. Si nos hubiéramos quedado todos, entonces tendrían

que habernos detenido a todos. Mujeres y niños incluidos. O habrían tenido que escucharnos.

—Nunca se quedan todos —dijo Martha—. Y ya nos han escuchado. Esos policías no tienen otra opción; solo reciben órdenes. Los únicos que podrían cambiar algo están en Berlín. Pero su orgullo es tan grande que prefieren morir antes que pedir un armisticio. Y el lema es «Muerte o victoria», pero solo atañe al pueblo llano. Los peces gordos temen menos al adversario que a su propia gente. No tienes más que pensar en Rusia. Allí los bolcheviques han depuesto al zar y lo han enviado a prisión junto con su familia.

—¿No creerás en serio que el káiser teme que unos cuantos niños y mujeres vayan a actuar como los bolcheviques? —cuestionó Wilhelmina con escepticismo.

—No sabemos cuáles son sus temores. Pero que en Berlín se pongan en huelga varios miles de mujeres puede resultar una amenaza considerable de veras.

—¿Y qué tenemos que hacer, según tu opinión? —preguntó Wilhelmina—. ¿Seguir manteniendo la boca cerrada aunque veamos cómo el mundo entero se desmorona? —Resopló furiosa—. Yo maldigo mi inutilidad, puedes creerme.

—En la cárcel seríamos mucho más inútiles todavía —respondió Martha—. Tenemos que actuar con perspicacia; a lo mejor encontramos otra vía para hacer que nuestras reivindicaciones lleguen a oídos de todos.

42

EN MAYOR, MEDRABAN los bancales de la verdura cuando terminaron de construir el cobertizo. Heinrich había conseguido encontrar semillas, y hasta el padre de Martha ayudaba con entusiasmo en el huerto familiar. A su monito Maximilian le encantaba el huerto, porque en él había un manzano del que enseguida se apropió como su bastión particular. Lora, el loro de Heinrich, que había tenido que renunciar durante meses a su amo, parecía disfrutar también de los días que pasaban en el campo, y se entretenía burlándose del mono, como en otro tiempo le gastaba bromas a Koko, el anterior compañero de Maximilian. Los niños se divertían de lo lindo con los animales. Se partían de risa cuando Lora, desde el tejado del cobertizo, se ponía de repente a soltar maldiciones como un viejo lobo de mar, o incluso a hablar en chino como Li-Ming y Arthur.

Para todos ellos, el huerto familiar de Moorfleet era un oasis de paz, un lugar donde durante unas horas se olvidaban de la confusión que reinaba en el puerto y del caos de la guerra. En general, pese a la compleja situación mundial, aquel mes de la primavera fue para Martha un período en el que pudo concitar nuevas esperanzas, pues con los días más largos también recobró una nueva energía vital. Además, a Paul se le habían curado bien las cicatrices de la operación, y quitando la sensación de entumecimiento en el labio superior reconstruido, se encontraba de maravilla. La primera vez que notó que le picaba la nariz y se la rascó sin darse cuenta fue como si hubiera recuperado una parte de su antigua vida. Por más que el destino quisiera ponerla a prueba, Martha sabía que su férrea voluntad, unida al acicate de no rendirse nunca, la hacían fuerte.

En esos días, se sentía especialmente orgullosa de su familia y de sus amigos. Era testigo sorprendida y feliz de cómo Moritz y Carola se encontraban inmersos, cada día más, en una bonita relación sentimental. Martha nunca habría imaginado que una mujer como

Carola pudiera interesarse por un hombre como Moritz, que a simple vista le parecía intelectualmente muy inferior. De todos modos, pensándolo bien, Martha tenía que reconocer que este había cambiado mucho desde la grave mutilación sufrida en la guerra. Tras haberse conformado con las limitaciones físicas que lo aquejaban, había empezado a leer mucho. Joseph poseía en la villa una enorme biblioteca que su hermano visitaba con regularidad. Y aunque recurría más a Karl May que a los clásicos, durante el proceso de la convalecencia había ampliado sus nociones de cultura general y empezado a interesarse por la política.

De todas formas, cuando a finales de mayo Carola le comunicó en confianza que Moritz y ella iban a prometerse, Martha se quedó boquiabierta.

—¿Quieres casarte con él? —dijo—. Pero ¿por qué?

—¡Vaya una pregunta! —Carola negó con un movimiento de cabeza sin dar crédito a sus oídos—. Porque le quiero. ¿Por qué si no? Además, tú eres el mejor ejemplo de que también se puede ser una buena enfermera como mujer casada y madre. La guerra nos ha quitado muchas cosas, pero también nos ha mostrado algunas posibilidades nuevas. Mi trabajo no supone ningún problema. Mucho peor es mi familia. —Suspiró.

—¿Se oponen porque Moritz tiene una discapacidad grande? —preguntó Martha, que en cierto modo podía entender que tuvieran reparos por ese motivo. Ningún padre vería con buenos ojos que su hija quisiera unirse a un hombre sin recursos que nunca estaría en disposición de ocuparse de una familia, porque necesitaba asistencia permanente.

—Sí, pero esa no es la única razón y ni siquiera la más importante. —Suspiró de nuevo—. Ya sabes que mi padre es uno de los abogados con más renombre de la ciudad. Y el hermano de Moritz es asimismo el personaje más influyente del mundo del hampa. Aunque hasta ahora no se ha podido demostrar que Joseph haya cometido ningún delito, por todos es conocido que el hijo del dueño de un prostíbulo del Barrio de los Callejones no se ha convertido en un hombre rico que habita una lujosa villa trabajando de un modo honrado. Y los propietarios de burdeles, por lo general, no tienen buena fama. Aunque entre sus clientes figuren los hombres más importantes de la denominada sociedad respetable. Nuestro mundo es sencillamente una locura. En todos los aspectos. —Un tercer suspiro.

—Pero eso no tiene nada que ver con Moritz. Jamás ha participado en los negocios de su hermano.

—Sí, lo sé —respondió Carola—. Pero los abogados son parecidos a

los comerciantes y a las casas comerciales: procuran que los lazos familiares conlleven ventajas, en ningún caso inconvenientes. ¿Qué parecería si la hija del abogado Engelmann se casara con el hermano del tristemente célebre Joseph Kellermann? A eso se añade el hecho de que Moritz haya resultado herido con tanta gravedad en la guerra. Mi padre opinaba que yo debía tener consideración con la familia. Que no podía emparentarme con una dinastía criminal y mucho menos dar el «sí quiero» a un hombre que depende de los turbios negocios de su hermano. Teme que sus clientes puedan pensar que Joseph Kellermann nos haya prometido algunas ventajas a cambio de que yo me case con su hermano inútil.

—¡Qué disparate! —se indignó Martha—. Tú ganas un buen sueldo como enfermera. Podrías incluso manteneos a los dos.

—Sí, eso le he dicho yo también a mi padre, pero en su opinión no es nada seguro que, cuando termine la contienda, sigan permitiendo trabajar a las enfermeras casadas. Dice que los tiempos de guerra son siempre una excepción. Pero créeme, lucharé por conservar los derechos que hemos conseguido. He intentado explicárselo, pero es evidente que duda de que su hija pueda ganar esta batalla. Figúrate, me ha preguntado por qué me quiero casar. Alega una verdadera impertinencia: que para tener hijos es ya un poco tarde.

—¿Te ha amenazado tu padre con alguna consecuencia si te casas con Moritz pese a sus objeciones?

—¿Te refieres a que me desherede o me repudie? —Carola rio amargamente—. No, todavía no hemos llegado tan lejos. Su mayor baza es lograr que me sienta culpable si, debido a mis relaciones, pierde clientes influyentes y, en consecuencia, no puede ocuparse entonces de la familia. ¡Santo cielo, no se va a arruinar! Tiene sesenta y seis años, y no creo que siga ejerciendo durante mucho más tiempo como abogado, pese a que no le faltan fuerzas para competir con letrados mucho más jóvenes. Incluso me he ofrecido para cuidarle en caso de que algún día no goce de buena salud. Pero se echó a reír y me dijo que, si consigo llevar adelante ese aciago enlace matrimonial, ya tendré a un mutilado del que cuidar. ¡De eso nada! Moritz puede hacer casi todo solo, sin ayuda de nadie. Solo tiene dificultades cuando recorre largas distancias. En lugar de admirarlo por cuanto ha conseguido, mi padre enumera sus limitaciones y me reprocha mi supuesta necedad.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Martha—. ¿Casarte con Moritz en contra de la voluntad de tu familia?

Carola bajó la mirada.

—Estoy indecisa. Yo le quiero y tengo muchas ganas de fundar una

familia, igual que tú. Además, tampoco soy tan mayor para quedarme embarazada. Las dos conocemos a muchas mujeres que han vuelto a ser madres cumplidos los cuarenta años. Además, sé que Moritz es una persona de buen corazón que comparte mis ideales y mis objetivos. Y que es un hombre fuerte que ha luchado por volver a la vida a pesar de su grave discapacidad. Sin embargo, tampoco quisiera alejarme de mi familia.

—¿Crees que tu familia rompería contigo? —reformuló Martha las palabras de Carola—. Tú no tienes la menor intención de interrumpir tus relaciones con tus seres queridos. Lo que deseas es que aprueben tu decisión y acojan a Moritz en la familia.

—Sí —dijo Carola en voz baja—. Pero no quiero hacer daño a nadie.

—¿Y a cambio te arriesgas a que te hagan daño a ti? Carola, si estás segura de que Moritz es el hombre con el que quieres pasar el resto de tu vida, pese a todas las dificultades que puedan derivar de ello, entonces deberías hacer caso de lo que te dicte el corazón. Tu familia lo aceptará. Pero no pongas como pretexto sus recelos si no estás tan segura. ¿Es realmente a Moritz a quien quieres, o solo deseas casarte? ¿Será que anhelas tener a alguien a tu lado que te ayude a sobrellevar el peso de la vida?

—¿No es lo mismo?

—No, Carola, y lo sabes muy bien. La vida junto al hombre que amas es el mayor regalo con el que puede obsequiarte el destino. Es el estado ideal al que aspira todo el mundo. Pero tienes que saber si es Moritz la persona con la que quieres vivir, o si te has enamorado de la imagen que has creado de él. ¿Piensas de verdad que puede satisfacer todas tus necesidades? Si es así, ¡adelante!, no le dejes nunca y cásate con él, digan lo que digan los demás. En el caso de que estés convencida, tu familia percibirá que has hecho lo correcto. Pero si tienes dudas y te asusta tomar una decisión, entonces déjalo, pues sería una prueba de que no es Moritz el objeto de tus deseos, sino solo contraer matrimonio. Y sería también un indicio de tu miedo inconsciente a que él no pueda colmar tus expectativas.

Carola tragó saliva.

—Nunca lo había contemplado desde ese punto de vista. Te contestaría que es Moritz el objeto de mis anhelos y que de verdad le quiero. Pero a lo mejor debería meditar sobre lo que me has dicho, antes de decidirme.

—Pero ¿no estás segura entonces?

—No —respondió Carola—. Creo que mi amor es lo bastante fuerte como para que resista los días que voy a dedicar a replanteármelo,

antes de tomar una decisión definitiva.

CUATRO DÍAS DESPUÉS, Martha y Paul recibieron una elegante invitación de papel con caligrafía en tinta con letras doradas; desde que empezó la guerra no habían visto nada tan bonito. Carola Engelmann y Moritz Kellermann los invitaban a su compromiso matrimonial en casa de Joseph Kellermann el sábado, día 27 de mayo de 1917.

—Qué bien que aún conservas los bonitos vestidos que te compraste para el viaje que hicimos a América —dijo Paul.

—Y qué bien que vuelvas a tener una cara tan preciosa. —Martha le dio un beso en la boca. Al principio se le hacía raro besar a Paul, pero a esas alturas ya se había acostumbrado a la diferencia y apenas lo notaba.

Él la tomó en sus brazos.

—No exageres —susurró—. De preciosa ya no tiene nada.

—Para mí has sido siempre el hombre más guapo del mundo y lo seguirás siendo. Eso no lo podrá cambiar nada, Paul. —Lo besó de nuevo.

Heinrich y Li-Ming también habían recibido una invitación. Martha se alegraba de que su hermano tuviera la posibilidad de asistir al casamiento antes de iniciar su servicio en el SMS Regensburg; en cambio, Li-Ming parecía agobiada y retraída.

—¿Tengo obligación de ir? —le preguntó a Martha por la noche, tras haber recibido la invitación.

—Por supuesto —le contestó Martha—. Carola y Moritz son muy buenos amigos; es como si pertenecieran a nuestra familia. Y yo me alegro de corazón por los dos. Sería descortés que mi cuñada no aceptara esa invitación.

—Pero es que yo no puedo bailar. —Li-Ming lanzó una mirada a sus diminutos pies.

—Entonces te encontrarás en muy buena compañía con Moritz —dijo Martha—. Así no se sentirá tan excluido cuando Carola baile con otros caballeros. Le harás compañía y, a cambio, Heinrich sacará a la pista a Carola. Así quedarán todos contentos y se mantendrá la etiqueta.

—Pero es que no tengo nada que ponerme.

—¿Y qué hay de aquel bonito vestido azul de seda que te regaló Heinrich el año pasado en Navidades?

Li-Ming tragó saliva.

—Es que es chino.

—¿Y qué? Precisamente así irás vestida de maravilla, porque realza

tu belleza exótica. No debes esconderla.

Li-Ming solo asintió con la cabeza y no dijo nada más. Le sorprendía que su cuñada tuviera un comportamiento tan reservado. Al fin y al cabo, entraba y salía de casa de los Kellermann casi a diario, y Joseph le había proporcionado un buen trabajo. Posiblemente también la habrían invitado a la fiesta del compromiso matrimonial si no estuviera casada con Heinrich ni fuera cuñada de Martha.

EL MARTES SIGUIENTE, Martha pasó toda la mañana con el doctor Wehmeyer en el quirófano, porque era el día en que el doctor Liebknecht tenía siempre consulta a esa hora. Para entonces, apreciaba mucho al doctor Wehmeyer, sobre todo por su manera de contemplar a las personas como un todo, en lugar de centrarse solo en la parte enferma del cuerpo, que recobraría su funcionalidad gracias al escalpelo. Además, nunca se olvidaba de preguntar qué tal le iba a Paul y se alegraba de que este fuera ya capaz de resistir una jornada completa de trabajo.

—No obstante, espero que sigamos teniéndola a nuestra disposición —le dijo a Martha, mientras cosía la última puntada de la herida—. A usted se le nota la pasión por la cirugía, no trabaja por el mero sentido del deber o por el prestigio de poder llamarse enfermera instrumentista.

Martha sabía con exactitud que se refería a la enfermera Auguste, pero no dijo nada. Desde que conocía su secreto, veía a su colega con otros ojos. A la hija de buena familia la vida la había tratado peor de lo que muchos imaginaban. Eso la había amargado y endurecido. Si Auguste hubiera tenido una vida como la que deseaba cuando era una niña, jamás habría puesto un pie en un hospital, y mucho menos en un quirófano.

Una vez concluido el programa de operaciones de la mañana, Martha se disponía a ir a su unidad cuando una de las jóvenes enfermeras aprendices salió a su encuentro.

—Enfermera Martha —dijo, acelerando el paso—. El doctor Liebknecht la necesita urgentemente en su consulta.

Martha miró desconcertada a la chica. No era algo habitual que el doctor necesitara el apoyo de una enfermera. De las citas se encargaba su secretaria.

—¿De qué se trata?

—Eso no me lo ha dicho. Solo que la viniera a buscar.

—Está bien. —Martha asintió y luego se dirigió al despacho del cirujano.

Al llegar a la puerta, oyó desde fuera unos fuertes gemidos y sollozos. Llamó con los nudillos y esperó a que la voz del doctor le permitiera pasar a la habitación. La escena la dejó boquiabierta.

Li-Ming lloraba con los pies descalzos delante del cirujano. Su llanto era convulsivo, tanto que era incapaz de proferir una sola palabra.

—Menos mal que ha venido. —El doctor Liebknecht miró aliviado a Martha—. A lo mejor usted puede calmar a su cuñada.

—Yo no sabía que ella tuviera intención de venir a verle —respondió Martha, y se volvió hacia Li-Ming. Pero esta no estaba capacitada para contestar.

—¿Qué es lo que ha pasado? —le preguntó Martha al médico.

—Quiere que le opere los pies para que pueda volver a caminar con normalidad. Pero eso es imposible. Nunca he visto una hazaña de esas características, en realidad, tan solo he oído hablar de ello. Pero su cuñada no quiere creerme cuando le explico que una operación sería inútil. Dice que era más difícil la operación del rostro de Paul y, sin embargo, la llevé a cabo. Me he visto obligado a exponerle que una intervención quirúrgica solo empeoraría las cosas y ya no podría andar nunca más. Y entonces se ha puesto así, tal y como la está viendo.

Martha se volvió de nuevo hacia su cuñada y la abrazó con suavidad.

—Pero si ya te dije que tus pies no se pueden operar —le susurró.

Lentamente, Li-Ming se fue tranquilizando.

—¡No puedo seguir viviendo con estos pies! —dijo—. ¡Los odio! ¡Quiero que me los operen para poder caminar como todos los demás!

—Lo entiendo —respondió Martha con paciencia—. Pero llevas toda la vida arreglándotelas con esos pies. ¿Cuál es la razón de que justo hoy hayas venido a ver al doctor Liebknecht con ese deseo? ¿Se trata de la fiesta de compromiso de Carola y del baile que se celebrará allí?

Li-Ming se quedó mirando a su cuñada con una cara inexpresiva, y no respondió a ninguna de sus preguntas.

—Li-Ming, por favor, habla conmigo. ¿Qué pasa?

—¡No puedo seguir viviendo con estos pies! —repitió—. ¡Ya no puedo más!

Martha y el doctor Liebknecht intercambiaron una mirada de desvalimiento.

—¿Tienes dolores? —preguntó Martha al fin—. Para calmarlos seguro que podemos hacer algo. O bien…

—¡No! —gritó Li-Ming, y se zafó del abrazo consolador de Martha

—. No es eso. No lo entiendes. ¡No puedes entenderlo!

—Quizá pueda entenderlo si me lo explicas —le rogó con ternura, pese a que estaba a punto de perder la paciencia.

En lugar de contestar, Li-Ming estalló de nuevo en llanto.

—Creo que así no avanzamos nada —dijo el doctor Liebknecht—. Fuera hay otros pacientes esperando. ¿Qué tal si lleva a su cuñada a casa?

Martha asintió y obligó a Li-Ming, como si fuera una niña pequeña, a que se pusiera otra vez los zapatos. Esta obedeció sin decir nada y con la cara igual de inexpresiva que antes. ¡Santo cielo! ¿Qué estaba pasando? ¿Se lo contaría Li-Ming de camino a casa?

Al principio se mantuvo en silencio al lado de Martha, en dirección a la parada del tranvía.

—No hace falta que me acompañes —dijo por fin su cuñada, mientras Martha miraba el horario en la parada—. Tienes que trabajar.

—Estoy preocupada por ti —respondió—. ¿Qué es lo que te aflige en realidad?

La joven china bajó la mirada.

—Si te lo digo, me despreciarás.

—Bobadas. Nunca te despreciaría. Compartir las penas es una señal de fuerza.

—¿Aunque haya hecho algo vergonzoso?

Martha aguzó el oído.

—¿A qué te refieres?

Li-Ming tragó saliva.

—He mentido —dijo por fin con una voz apenas audible—. Joseph Kellermann no me paga traducciones del chino. —Volvió a tragar saliva—. Me da dinero por enseñar los pies y dejar que me los fotografíen.

—¿Cómo dices?

—Lo sabía; ahora me desprecias.

—No, claro que no —la contradijo Martha de inmediato—. Lo que pasa es que no entiendo por qué te da tanto dinero por eso.

—Porque… Hay hombres que son… Hay hombres que ven los pies descalzos como si la mujer estuviera completamente desnuda. Y tienen pensamientos sucios. Aunque no digan nada y solo miren, yo puedo sentir sus pensamientos. Y no quiero seguir haciendo eso. Pero no tengo otra opción. ¡No se lo puedo contar a Heinrich, porque me echaría de casa!

Martha se quedó petrificada. Recordaba bien la vergüenza que había pasado Li-Ming al enseñarle a ella sus pies desnudos, cuando le

había examinado las piernas hinchadas durante el embarazo. Y ahora Joseph había conseguido que los enseñara a hombres desconocidos. Para Li-Ming, esa ocupación habría sido muy similar a prostituirse. No era, pues, extraño que se avergonzara de aquel modo. Una mujer alemana se reiría de esos estúpidos hombres, pero para una china aquello suponía una auténtica deshonra.

Li-Ming interpretó mal el silencio de Martha.

—¿Lo ves? No me puedes perdonar. Y Heinrich tampoco me perdonará. He manchado su nombre. —De nuevo le rodaron las lágrimas por las mejillas.

—¡Tonterías! —le llevó Martha firmemente la contraria, aunque tampoco estaba tan segura de lo que opinaría su hermano al respecto. Por lo menos, él conocía la cultura china y sabía con exactitud lo que de verdad significaba mostrar los pies. A lo mejor no le hacía demasiada gracia. No obstante, calmó enseguida a Li-Ming—. A Heinrich seguro que le divierte que haya idiotas que paguen mucho dinero por ver unos pies descalzos. No has hecho nada malo; solo estabas en apuros y querías hacer lo que fuera por conservar vuestra vivienda.

Li-Ming miró extrañada a Martha.

—¿No te parece horrible lo que he hecho?

—Sí, Li-Ming. Pero peor que enseñar los pies me parece que tengas tan poca confianza con los miembros de tu familia. Que pienses que te despreciaremos o te expulsaremos de nuestra vida. Li-Ming, tú formas parte de nuestra familia, y los miembros de una familia se prestan siempre ayuda mutua. Si los tiempos te obligan a hacer ese tipo de tareas, es terrible, pero sobre todo lo es porque has hecho algo que no querías hacer. —Luego miró con seriedad a Li-Ming—. ¿De verdad que solo les has enseñado los pies o hay algo más que quieras contarme?

Li-Ming la miró desesperada.

—¿Crees que soy una puta? —replicó—. No, eso no lo habría hecho jamás. Bajo ningún concepto.

Martha se arrepintió de haber formulado esa pregunta.

—Esa es entonces la razón por la que ya no querías seguir trabajando —dijo finalmente—. ¿Es también la causa de que no quieras ir a la fiesta de compromiso? ¿Tienes miedo de encontrarte allí a tus clientes?

Li-Ming asintió en silencio, mientras se enjugaba las lágrimas con un pañuelo.

—¿Acaso crees que iban a presentarse allí? Oh, Li-Ming, ¿de verdad entiendes tan poco a esa clase de hombres? Yo los he conocido a través de los ojos de mi amiga Milli.

—Pero si Milli es una señora respetable en América. Fuisteis allí a verla.

—Sí, pero no siempre lo ha sido. Durante mucho tiempo se vio obligada a ganarse el sustento como prostituta. Y entonces fue cuando conocí esa doble moral. Sus clientes hacían como que no la conocían cuando se encontraban fuera del burdel. No sé si sabrás que siempre ha sido mi mejor amiga; yo nunca la habría repudiado. No era ella la que hacía algo inmoral. Solo son inmorales los que se aprovechan de la situación apurada de una mujer y le ofrecen dinero. Y, al fin y al cabo, Li-Ming, tú solo has enseñado los pies. Cualquier hombre razonable se reiría de tus clientes porque pueden ver pies desnudos en cualquier parte sin pagar nada.

—Pero no unos pies como los míos.

—Claro, y por eso encima lo justifican con la curiosidad científica. Si ni siquiera el doctor Liebknecht ha visto nunca unos pies tan peculiares… Li-Ming, aquí nadie te va a juzgar por eso. Creo que lo único que debes temer es que Heinrich se sienta decepcionado y se enfade porque no le has dicho la verdad. Pero te perdonará porque te quiere, y seguro que se alegra cuando por fin sepa por qué no quieres seguir trabajando para Joseph Kellermann.

—¿Lo crees de verdad?

—Con toda seguridad. Habla con él mientras todavía esté en Hamburgo. No tiene que haber secretos entre vosotros cuando tengáis que separaros de nuevo por un período prolongado. No hay mal que no mejore si se habla con franqueza sobre el mismo. Los secretos devoran nuestra alma y nos distancian de los demás. Las palabras pueden herir, pero las heridas que provocan se acaban curando y luego todo vuelve a la normalidad.

La mujer china respiró aliviada. Luego oyeron el repicar de la campanilla del tranvía, que se acercaba a la parada.

—Se lo contaré a Heinrich —dijo, antes de subir y abrazar de nuevo a la enfermera—. ¡Te lo agradezco!

Martha se quedó en la parada hasta que el tranvía desapareció de su campo visual. Luego respiró hondo. ¿Realmente se lo tomaría Heinrich con esa calma? ¿Y qué pensaría a partir de entonces de Joseph Kellermann, que había llevado a Li-Ming a esa precaria situación? ¿Iría de todos modos al compromiso de Carola y Moritz? Bueno, en cualquier caso, lo único importante era que Li-Ming se desahogara con Heinrich y que salvaran el muro invisible que se había alzado entre ambos a causa del secreto que mantenía ella. Que el matrimonio superaría aquel escollo era una realidad sobre la que Martha no dudaba ni un ápice. Conocía a su hermano demasiado bien.

43

A LI-MING LE palpitaba tan fuerte el corazón, que tenía la sensación de que su esposo lo oiría en cuanto entrara en casa. Realizó dos profundas respiraciones antes de quitarse el abrigo y colgarlo en el armario. Oyó voces alegres que salían de la cocina. Abrió la puerta y miró con nerviosismo. Heinrich y Arthur jugaban con barcos de juguete encima de la mesa de la cocina y, en ese momento, intentaban espantar a Lora, posado en la barra de las cortinas, pues el papagayo acababa de capturar uno de los soldaditos de estaño y había echado a volar con el botín en el pico.

—A eso lo llamo yo una fuerza aérea eficiente —dijo Heinrich riéndose—. ¡Lora, ven aquí! —El papagayo, sin embargo, siguió esforzándose por partir la figurita como si fuera una nuez, aunque sin éxito dado el material del que se componía el juguete—. ¡Lora! —gritó Heinrich en un tono más severo. El lorito dejó caer la figura en el suelo de la cocina, donde se partió en dos trozos; luego voló hacia el hombro de Heinrich mientras Arthur recogía con rapidez los restos—. El soldado ha caído… en el sentido literal de la palabra —dijo Heinrich—. Pero no temas; luego lo fundimos y hacemos un soldadito de estaño nuevo.

Arthur se rio, porque le encantaba fundir soldados de estaño.

A Li-Ming le partía el alma interrumpir esa armonía. Pero sabía que tenía que librarse de ello de inmediato, pues de lo contrario le faltaría valor para hacerlo.

—Necesito hablar contigo, Heinrich —dijo—. A solas.

El marinero alzó la vista sorprendido.

—¿Tan serio es lo que quieres contarme? ¿Qué pasa?

Sin decir una palabra, Li-Ming hizo un gesto en dirección a la sala de estar.

—Juega un rato con Lora —le dijo Heinrich a su hijo, y le puso el papagayo encima del hombro—. Tengo que atender a mamá.

Arthur asintió.

—Pero vuelve enseguida.

—Claro que sí. —El padre pasó a su chico la mano por el pelo y luego acompañó a su mujer a la salita.

—¿Y bien? —preguntó, mientras se desplomaba en el sillón—. ¿Qué es eso tan urgente?

—Yo… eh… —Li-Ming intentó concentrarse. Maldita sea, ¿por qué le resultaba tan difícil encontrar las palabras adecuadas? Heinrich la miró lleno de afecto y paciencia, lo que para ella dificultaba aún más las cosas—. Martha me ha animado a contártelo, pero me cuesta.

—¿Por qué te cuesta tanto? —preguntó él con ternura—. Ya sabes que a mí me lo puedes contar todo y que siempre te ayudaré. Y si Martha te ha animado, más a mi favor.

Li-Ming tragó saliva. ¿Cómo podía empezar, santo cielo? ¿Cómo confesarle su terrible culpa?

—Hoy he ido a ver al doctor Liebknecht —dijo por fin—. Quería que me operara los pies. Pero me ha explicado que no es posible. —Heinrich la miró en silencio, pero con un gesto interrogativo—. ¿Quieres saber por qué quería que mis pies fueran normales? —preguntó.

—¿Para que puedas caminar mejor? Seguro que es muy difícil seguir los pasos de las otras mujeres. Pero yo creía que a estas alturas ya te habías acostumbrado.

—No es eso. —Tragó de nuevo saliva—. Ya no lo soporto porque… Porque… —Una lágrima rodó por su mejilla y enseguida se la quitó con la mano—. No te he dicho la verdad —confesó luego—. Joseph Kellermann… —balbuceó, volvió a coger aire y luego siguió hablando, haciendo pausas dubitativas—: …no tenía ninguna traducción pendiente para mí. La única posibilidad de que yo ganara algo de dinero consistía en… Eran mis pies. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Me ha estado pagando dinero para que me fotografiaran los pies desnudos —susurró—. Como una rareza de feria. Porque nadie más posee unos pies como los míos. Algunos médicos e investigadores incluso hacían moldeados en yeso. Pero también había hombres muy normales que solo sentían curiosidad y me daban dinero para poder verlos e incluso tocarlos. He pasado muchísima vergüenza, pero necesitaba el dinero. De lo contrario, habría perdido nuestra casa. —Entonces prorrumpió en un llanto desgarrador.

Heinrich clavó la vista en ella.

—¿Les has enseñado los pies? —preguntó consternado—. ¿Y has dejado que te los toquen a cambio de dinero? —Li-Ming asintió en silencio—. ¿Y qué más les has enseñado?

Li-Ming se estremeció. Nunca hasta ese momento había oído

hablar a Heinrich con esa frialdad, con una voz tan gélida y chirriante.

—Nada —aseguró ella—. Solo los pies. El señor Kellermann me dijo que eso no era nada malo, porque en Alemania las mujeres van a menudo descalzas. Y no me quedaba otra opción; cuando la compañía naviera dejó de abonar tu salario, estábamos sin blanca. Martha y Paul tampoco nos podían dar dinero, porque necesitaban sus ahorros para las operaciones de Paul. Y eso a pesar de que Martha tiene un empleo como enfermera. Yo quería trabajar en cualquier otra ocupación, pero Joseph Kellermann no me necesitaba como traductora. Y, además, no tengo estudios. De criada o trabajando en una fábrica nunca habría ganado suficiente dinero. Heinrich, estábamos a punto de caer en la indigencia. —Este se limitaba a mirarla sin decir una palabra—. ¿Por qué no dices nada? —preguntó ella temerosa.

—Creo que ya te lo puedes imaginar —respondió él. La frialdad de su voz seguía siendo heladora—. ¡Me has mentido! ¡Me has contado que ganabas un buen sueldo como traductora, pero en realidad te has vendido a otros hombres!

—¡No, solo les he enseñado los pies, nada más!

—¿Igual que en los burdeles de Chinatown, donde se reúnen los perversos para correrse entre los pies desnudos? No disimules, Li-Ming. Los dos sabemos lo que eso significa en realidad. A lo mejor han ido también unos cuantos médicos curiosos, pero a la mayoría tus pies les excitaban sexualmente!

Li-Ming tragó saliva.

—No, no era así.

—¿Cómo era entonces?

La frialdad de su voz resultaba tan insoportable, que Li-Ming estalló de nuevo en un amargo llanto.

—Ahórrate tus lágrimas de cocodrilo —dijo él—. Si hubiera sido todo tan inofensivo como dices, no me habrías mentido.

—¡No estoy diciendo que fuera inofensivo! —gritó ella—. Era espantoso, pero solo dejaba que me miraran los pies y los tocaran con las manos, nada más. Y los hombres iban bien vestidos. ¡No ha habido nada de todas esas porquerías en las que estás pensando! Eso no lo habría hecho nunca. Ni siquiera en Chinatown, cuando me quedé sin nada.

—Porque dio la casualidad de que aparecí yo. Y cuando echo la vista atrás y recuerdo tu ingenuidad, cómo me seguiste hasta el Fortuna… Sabes bien que me podría haber aprovechado de tu situación apurada.

—Yo sabía que tú no eras un hombre común, como los que abundaban allí, y que me podía fiar de ti. Y no me equivoqué contigo.

—¿Igual que te fiaste de Joseph Kellermann y de sus sucias ofertas? ¡A saber dónde estarías hoy, de no haber entrado yo aquella noche en el bar de Chinatown! ¡Quién sabe dónde andarías tú, que incluso siendo una mujer casada y respetable que podría confiar en la ayuda de su familia, vendes partes de tu cuerpo!

En ese momento, Li-Ming cambió de actitud y se levantó de golpe. Miró furiosa a Heinrich.

—Sí, soy una mujer casada y respetable cuyo marido, sin embargo, no pudo ocuparse de ella porque se le dio por desaparecido. ¡Y no he vendido ninguna parte de mi cuerpo! He dejado que unos estúpidos hombres me tocaran los pies, nada más. Si no lo hubiera hecho, ahora ya no vivirías en esta casa. En tal situación de precariedad habría tenido que venderlo todo. Incluso el sillón en el que estás sentado ahora mismo. Porque en el piso de tu padre no había sitio para nuestros muebles. Habríamos perdido todo lo que compramos con el dinero que tanto tiempo nos costó ahorrar. ¡A tu regreso te habrías encontrado con la ruina!

—¡Habría preferido eso antes que ser engañado por mi mujer!

Li-Ming tragó saliva.

—Yo no te he engañado. ¡No según las normas alemanas! Además, ¿te he preguntado yo alguna vez qué hiciste durante todos los meses que no estabas aquí? Sé cómo son los marineros.

—Ah, ¿te crees que voy por ahí visitando prostíbulos? —gritó él—. ¿En tan poca consideración me tienes, o es lo que harías tú si fueras un hombre? ¡Eso te pegaría mucho, a juzgar por lo que te gusta moverte en esos círculos, aunque ocupando el otro lado!

—No grites tanto; piensa en Arthur.

—Si me atribuyes falsamente ese tipo de distracciones, aunque siempre te he sido fiel y he luchado en mi trabajo para que a nuestra familia le vaya bien, ¡no me importa que lo oiga Arthur! —vociferó.

—¡Yo también lo he hecho todo por mi familia! —contestó ella también a voz en grito.

—¡No, tú lo has hecho por ti, porque querías conservar este piso…! ¡Porque no te llevas bien con mi padre!

—Eso no es cierto. ¡Yo quiero a tu padre!

—Entonces podrías haberte mudado a su casa. ¡Eso al menos habría sido decente! ¡A cambio, me has convertido en el hazmerreír de la gente! ¡El esposo que permite que otros hombres toqueteen los pies de su mujer!

En ese momento llegó el pequeño Arthur a la sala de estar.

—Papá, mamá, ¿por qué discutís tanto?

—¡Eso a ti no te importa! —gritó Heinrich—. ¡Vete a tu

habitación!

Arthur se estremeció y desapareció.

—¿Por qué tienes que tratar así también a nuestro hijo? Él no tiene culpa de nada.

—¡Por inmiscuirse!

—No se ha inmiscuido, solo quería saber por qué discutíamos —contestó Li-Ming en voz baja—. Y quizá hayamos llegado al momento en que deberías decirme lo que quieres que haga. ¿Quieres que me marche?

Esa pregunta, formulada con tanta calma, terminó de sacar a Heinrich de sus casillas.

—¿Eso a qué viene ahora? —dijo.

—Así creo que debo interpretar tu ira, ¿o no? He manchado tu nombre y te he convertido en el hazmerreír de la gente.

—¿Es que entre tus ricos fetichistas de los pies has encontrado a alguno que pueda ofrecerte más que yo? ¿Es esa la verdadera razón por la que me restriegas toda esa inmundicia?

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Yo te quiero! Siempre te he amado, Heinrich. Por eso he pasado tanta vergüenza y te he mentido. Por ninguna otra razón. —No pudo seguir hablando porque comenzó a sollozar de nuevo.

Heinrich se quedó mirando a su esposa incapaz de percibir nada que no fuera su propia decepción y la cólera que se había adueñado de él. ¡Aquello no podía ser verdad! Tenía que ser una pesadilla de la que pronto despertaría. Pero nada de eso ocurrió.

—Tengo que salir a tomar el aire —dijo—. ¡Ya no soporto más tu autocompasión ni tus lloriqueos! —A continuación, cogió el abrigo y se marchó de casa.

EL AIRE FRESCO de la primavera no lo tranquilizó demasiado. Todo aquello en lo que creía parecía haberse desmoronado. ¿Y no decía Li-Ming que Martha la había animado a que se lo confesara a él? Le dieron ganas de ir raudo a ver a su hermana, pero a esa hora todavía estaba trabajando en el hospital. El único con el que podría hablar sería su padre. Pero ¿acaso quería hacerlo? ¿Quería realmente compartir con alguien lo que profanaba su paraíso terrenal? ¿Quería de verdad que su padre le diera un consejo? Respiró hondo. En cualquier caso, tenía que hablar con alguien, de manera que sus pasos se dirigieron hacia el piso del Bleichergang, en el que se habían criado Martha y él. Con un poco de suerte, su padre aún no habría salido a hacer su ronda vespertina con el organillo, sino que todavía estaría almorzando.

Tuvo suerte, pues se cruzó con su padre justo cuando salía de casa.

—¿Ha pasado algo? —preguntó.

—¿Tanto se me nota? —Heinrich miró a su padre a la cara—. Sí, ha pasado algo y necesito a alguien con quien hablar enseguida.

—Bueno, pues entonces entremos.

La cocina seguía exactamente igual que durante la infancia de Heinrich. Una mesa grande y una estufa que se podía calentar con carbón, con leña o con turba. Nada que ver con las modernas cocinas de gas que tenían él y Martha en sus casas. Pero ese piso salía barato y tanto la leña como la turba eran más fáciles de conseguir que el carbón, aunque no calentaran tanto.

—¿Quieres que te haga un té? —preguntó su padre, quien, sin esperar la respuesta de Heinrich, puso la tetera en el fuego—. Bueno —dijo, mientras se calentaba el agua—, ¿qué ha ocurrido?

Heinrich se lo contó. Al principio, entrecortadamente, pero luego las palabras le salían a borbotones. Su padre escuchaba con atención, sin que se le notara lo que pensaba.

El pitido de la tetera sonó justo cuando había terminado de referir lo sucedido. Karl se levantó de la mesa de la cocina, introdujo el té en la tetera y la llenó de agua caliente.

—¿Y ahora te sientes engañado? —preguntó, mientras esperaba a que el té reposara lo suficiente.

—¿Tú no te sentirías engañado? —respondió enfadado Heinrich con el fin de que su progenitor se pusiera en su lugar—. Ha permitido que hombres desconocidos le toquen una parte de su cuerpo y ha recibido dinero a cambio.

—Estaba en apuros —contestó, y olfateó la tetera—. Creo que ya está listo. —Sirvió una taza para Heinrich y otra para él.

—¿Y eso lo disculpa todo? —El marinero sopló con cuidado el té hirviendo, antes de dar un sorbo a la taza—. Mucha gente pasa apuros sin que se le ocurra la idea de venderse.

—¡Qué dices, venderse! —Su padre hizo un gesto de rechazo con la mano—. No exageres tanto. Solo eran los pies. Que existan tontainas que a cambio de eso le han dado mucho dinero es más bien un motivo para reírse de esos pobres diablos.

—¿Entonces no te parece mal? —Heinrich lo miró extrañado.

—Si estás seguro de que solo les ha mostrado los pies a esos hombres, entonces no. ¿Te fías de ella?

Heinrich asintió.

—Sí, me fío. Pero ¿sabes lo que eso significa en China? Los pies, en especial los pies vendados, tienen una connotación diferente. Es como si Li-Ming hubiera enseñado los pechos desnudos a unos desconocidos.

—Ya, pero no estamos en China —respondió enérgicamente su padre—. Y hablando de pechos desnudos… ¿Te acuerdas de los dibujos de mujeres africanas que ilustraban en los libros que os leía cuando erais pequeños? Esas también iban vestidas solo con una especie de taparrabos.

—Pero es que eran negras.

—Sí, y entre las negras de África es lo normal. No esconden los pechos. Nadie piensa nada raro al verlas así. Igual nos pasa a nosotros cuando vemos a un hombre en su trabajo con el torso desnudo. O cuando una mujer va descalza.

—¿Quieres decir que eso solo está en mi cabeza?

—No, también en la de Li-Ming. Por eso sufre tanto. Y por eso ha mentido. Porque se avergüenza. Pero eso ya ha pasado, Heinrich. Ella no te ha engañado. Ha intentado conservar tu hogar. Aunque para ello haya alimentado las recónditas fantasías de los perversos o de los curiosos.

Heinrich dejó que las palabras de su padre hicieran su efecto e intentó pensar en lo que le había confesado Li-Ming con un poco más de tranquilidad. Cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que la desesperación de ella era auténtica. Recordó algunos casos de Chinatown, historias de mujeres jóvenes en situaciones igual de apuradas, que por vergüenza se habían quitado la vida. ¿Podía realmente reprocharle a su mujer lo que había hecho? En realidad, desde el punto de vista alemán, aquello no tenía nada que ver con la prostitución. Esa sería posiblemente la razón por la que Joseph Kellermann había conseguido que ella se prestara a hacer lo que había hecho. Y si ya había hablado antes con Martha y esta la había animado a desahogarse con él, entonces era seguro que a su hermana tampoco le parecería tan grave el asunto. Como a su padre. Respiró hondo.

—¿Y ahora qué debo hacer? —le preguntó a su padre, y dio un sorbo a su té—. A Li-Ming la puedo perdonar, claro, pero ¿cómo debo comportarme con Joseph Kellermann? Al fin y al cabo, fue él quien la llevó por ese camino, el muy canalla. Y encima ahora estamos invitados al compromiso de su hermano. Me dan ganas de declinar la invitación.

—No deberías hacer eso —dijo su padre—. Li-Ming no va a trabajar más para él y tú no volverás a sacar el tema. Con eso quedará zanjado el asunto para siempre. Créeme, ninguno de los clientes de Li-Ming se atreverá a fanfarronear o a presumir de eso. Tendrán demasiado miedo de que los consideren impotentes. Estate tranquilo y olvídate de lo que eso significa desde el punto de vista chino; al fin y

al cabo, eres alemán.

—Pero Li-Ming, no.

—¿Es eso lo que te molesta? ¿Que ella supiera que hacía algo reprobable según las normas chinas? Pudiera ser, pero desde una perspectiva alemana, desde luego que no. Como mucho, puedes echarle en cara que te haya mentido.

—¿Y qué me aconsejas?

—Ve a casa y reconcíliate con ella. Tú la necesitas igual que Arthur y ella te necesitan a ti. Solo quería conservar tu hogar, lo cual da testimonio de su gran fortaleza. Y no creo que haya sobrepasado ciertos límites.

—¡Ahí está la cosa, papá! No estoy seguro de si Li-Ming habría sobrepasado el último límite si hubiera sido necesario.

—Eso ni me lo imagino. La he conocido como una mujer virtuosa, y seguro que ha tenido que resultarle muy difícil dar ese paso. Si la amas, tienes que creer lo que te dice y perdonarla.

Heinrich apuró el té.

—Te lo agradezco, papá. No te retengo más tiempo del trabajo. Al fin y al cabo, el organillo no toca solo.

—Claro que no. —Su padre le guiñó un ojo para animarlo antes de acompañarlo a la puerta.

CUANDO MOMENTOS DESPUÉS Heinrich llegó a casa, Arthur le salió al encuentro exaltado.

—¡Papá, mamá se ha encerrado en el dormitorio y no para de llorar! Tienes que hacer algo.

—Sí, eso voy a hacer; no tengas miedo. —Heinrich acarició la cabeza de su hijo y luego llamó con suavidad a la puerta del dormitorio.

—Li-Ming, ya he vuelto —dijo con voz dulce—. Por favor, abre la puerta. Me gustaría hablar contigo.

Li-Ming tardó un rato en reaccionar.

Cuando la vio ante sí tan deshecha, la abrazó espontáneamente.

—Va todo bien —susurró él—. Te perdono que me hayas mentido.

—¿Y lo demás? —preguntó ella entre lágrimas—. Así no puedo seguir viviendo. Para mí ya nada tiene sentido. Te he hecho algo imperdonable. Quizá sea mejor que haga lo que tiene que hacer una mujer honrada cuando pierde la reputación.

Heinrich se estremeció.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó—. ¿Crees de verdad que soy tan débil como para no saber perdonarte? Yo te quiero, y eso no cambiará nunca.

Li-Ming se aproximó a él, pero las lágrimas seguían cayéndole a raudales.

—He ido a ver a mi padre y me ha abierto los ojos. Si yo no supiera tanto sobre tu cultura, no me habría enfurecido de esa manera —dijo, mientras la mecía como a una niña—. La infamia solo está en nuestra cabeza. Ahora he vuelto y pronto ganaré dinero suficiente para nuestro sustento. Y en los días que faltan hasta que cobre el primer sueldo ya nos las arreglaremos. Lástima que a mí no me pague nadie por enseñar los pies. —Se rio por lo bajo.

—¿Entonces ya no estás enfadado conmigo? —preguntó ella temerosa todavía.

Heinrich respiró hondo.

—Entiendo que estabas en apuros, pero ¿por qué no me dijiste la verdad desde el principio? Eso es lo que más me ha dolido.

Li-Ming bajó la mirada.

—Algunas cosas son difíciles de expresar —dijo.

Él asintió con la cabeza.

—Pero eso no puede volver a pasar, Li-Ming. No debes ocultarme nunca más tras una mentira, pues la mentira es mucho más peligrosa para nuestro amor de lo que pueda ser nunca la verdad. Los dos tenemos que ser sinceros el uno con el otro.

—Te lo prometo. —Li-Ming le besó en la mejilla—. ¿Iremos de todas maneras a la fiesta de compromiso de Moritz Kellermann?

—Claro que sí —contestó Heinrich—. Todo el mundo sabe que el hermano de Moritz está metido en negocios un tanto dudosos, pero si ahora le rehúyo, la gente solo se hará más preguntas. Tú no vas a volver a trabajar para él y haremos como si no hubiera pasado nada. Y cuando haya transcurrido un tiempo, así será realmente.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad —aseguró él—. Y ahora tengo que ocuparme de Arthur. Llevabas toda la razón; no debí gritarle así.

44

LA FIESTA DEL compromiso matrimonial de Carola Engelmann y Moritz Kellermann, del 27 de mayo de 1917, iluminó los oscuros días de la guerra con un rayo de esperanza. El padre de Martha ya se había declarado dispuesto a cuidar de sus nietos y a ocuparse de Lora. Dejó que todos pasaran la noche en su casa para que sus padres disfrutaran de la distinguida reunión sin preocuparse de nada.

MARTHA SE SORPRENDIÓ de la cantidad de invitados de la denominada flor y nata de la sociedad se habían congregado allí, a pesar de la mala fama de Joseph. ¿Sería por pura curiosidad o estaban involucrados en los negocios de Joseph más ciudadanos honrados de lo que ella suponía hasta entonces?

Nada más entrar en el vestíbulo de la casa, ya se olvidaba uno de que fuera de los muros se libraba una cruenta guerra. Numerosos criados les quitaban los abrigos a los invitados y servían champán en copas afiligranadas que, sin duda, habían costado una fortuna.

Era impresionante lo que ese hombre, en tiempos de escasez, había mandado servir para el festejo del compromiso matrimonial de su hermano. Y muchos de los invitados se alegraban de volver a tener al fin una razón para lucir sus mejores trajes y poder entregarse plenamente a la vida social.

La mayor sorpresa que se llevó Martha, sin embargo, no fue el elegante y refinado vestido de fiesta de color rojo oscuro que lucía Carola, sino el hecho de que Heinrich apareciera con el uniforme de gala de la marina de guerra. La chaqueta cruzada azul marino con botones dorados y charreteras le llegaba hasta las rodillas. A juego llevaba unos pantalones azul marino con galones de oro en la costura exterior, unos zapatos abotinados negros, un sable de la marina con dragona y un bicornio o sombrero de dos picos de fieltro negro.

—¿Alférez de fragata? —preguntó Paul, echando un vistazo al número de galones dorados de la manga—. Impresionante.

—Ya que voy a entrar en la marina de guerra, lo haré como es debido —respondió Heinrich guiñando el ojo, mientras se quitaba el sombrero y se lo entregaba a uno de los criados—. Tiene ciertas ventajas alistarse voluntariamente en la marina de guerra con una patente de capitán, aunque este uniforme haya costado una pequeña fortuna. Lo único que te dan gratis es el traje de faena para los oficiales y la tripulación.

—La adquisición ha merecido la pena. —Martha miró a su hermano de arriba abajo—. Tienes un aspecto magnífico. ¿Te has fijado en cómo te miran todas las mujeres?

—Sí, y seguro que enseguida se pondrán celosas de la preciosa mujer que llevo a mi lado, ¿no crees? —Le sonrió tan cariñosamente a Li-Ming, que esta se sonrojó. Su vestido de seda chino de color azul marino hacía juego a la perfección con el uniforme de Heinrich.

—La verdad es que hacéis muy buena pareja —dijo Martha.

—Como vosotros —le devolvió Heinrich el cumplido.

Martha llevaba el vestido de color azul regio que se había comprado para el viaje a América. El traje de fiesta verdemar quería guardarlo para el día de la boda. En esos días de escasez, el vendedor que había alquilado el frac a Paul debía estar ganando más que nunca gracias a su negocio, pues ni siquiera los ciudadanos ricos podían permitirse hacérselo a medida.

Moritz también lucía un frac que debía haber alquilado en la misma tienda que Paul. Se hallaba sentado en uno de los suntuosos sillones de piel del salón, y a Martha le llamó enseguida la atención que, en lugar de las tenazas que solía llevar en el brazo derecho, se había atornillado al soporte una mano artificial con un guante blanco. Esa mano carecía por completo de función, pero, de ese modo, a simple vista nadie notaba su minusvalía, puesto que la prótesis de la pierna iba cubierta por el pantalón negro y el zapato derecho a juego. Radiante de felicidad, Carola estaba de pie a su lado con una mano apoyada en el respaldo del sillón, en un gesto significativo que mostraba el vínculo que los unía. Los dos saludaban con gran afecto a sus invitados. El padre de Carola se mantenía un poco apartado, aunque por lo menos parecía satisfecho. Solo quien conociera la historia previa podía notar su malestar. Joseph, por el contrario, era el perfecto anfitrión y disfrutaba recibiendo a sus distinguidos invitados. Muchos de los hombres llevaban uniformes de oficial, lo que otorgaba a la fiesta un aire respetable y, al mismo tiempo, permitía olvidar que este, a los ojos de la élite social, no era más que un sospechoso advenedizo. Si alguien se aprovechaba de la funesta guerra, ese era Joseph Kellermann, pues en tiempos como aquellos más de uno hacía

la vista gorda ante las convenciones sociales. Alguien que, pese a la escasez imperante, podía comprar prácticamente de todo, no tenía por qué seguir avergonzándose de sus orígenes.

En primer lugar, se brindó por los prometidos; luego circularon bandejas con sabrosos canapés y aperitivos y, por último, se puso a tocar una banda de música contratada para el baile.

Martha, encantada de que Paul la sacara a bailar a la pista, se deleitó con viejos recuerdos. Heinrich requirió galantemente a Carola, y Li-Ming tomó asiento en el sillón situado al lado de Moritz. Aunque se esforzaba por seguirle la conversación, Moritz notó enseguida que algo la afligía.

—¿Tiene su melancolía algo que ver con el hecho de que no puede bailar con su esposo como lo está haciendo ahora mi prometida? —le preguntó a su manera directa.

—Es posible —dijo ella—. En cambio, a usted parece que no le molesta.

—No se puede tener todo en la vida —respondió él—. Pero si a usted le entristece ver eso, permítame enseñarle una cosa. —Pese a su grave discapacidad, se levantó con una asombrosa ligereza, cogió su elegante bastón y le tendió a Li-Ming la mano artificial—. ¿Me permite?

Li-Ming dudó un momento antes de agarrar la dura mano de madera oculta por el guante.

—¿Y a dónde me va a llevar? —preguntó.

—Déjese sorprender.

La condujo por el borde de la pista de baile hacia la reluciente puerta de la terraza, abierta de par en par. Esta, embaldosada con placas de terracota, ofrecía una vista del Elba y de los astilleros de la otra orilla que le dejaba a uno sin respiración.

—Me he acostumbrado a venir aquí cuando lucho contra mi destino —dijo Moritz—. Y entonces, aparte de lo que he perdido, contemplo lo que el destino me ha regalado. A veces pienso que mi vida habría transcurrido de otra manera si yo hubiera sido más valiente. Mi hermano tuvo el valor de transformar cosas, aunque uno no tiene por qué aprobar necesariamente la elección de sus métodos. —Li-Ming miró al suelo—. ¿Sabe usted? —continuó Moritz—. En la vida me he encontrado ya varias veces en un punto de inflexión. Hubo una vez una mujer a la que amaba más que a nada en el mundo, pero entonces fui demasiado cobarde como para compartir su sueño. Y al final lo ha cumplido ella sola.

—¿Habla usted de Milli, la amiga de Martha? —preguntó Li-Ming.

Moritz asintió.

—Sí, de Milli. Le he pedido innumerables veces si quería ser mi esposa y ella me ha contestado siempre que solo me daría el «sí, quiero» si me marchaba con ella a América. Pero yo no quería irme. Me sentía a gusto en Hamburgo, pese a que entonces pertenecía a la clase baja. Milli, en cambio, aprovechó la oportunidad de mejorar su vida, y ahora es feliz y carece de las preocupaciones que la guerra trae consigo. Esa pérdida a duras penas pude soportarla, por lo que intenté buscar un nuevo hogar en el ejército, pues no estoy hecho para el tipo de negocios que hace mi hermano, todos ellos coronados por el éxito.

Con la mano artificial golpeó con suavidad la balaustrada de piedra.

—Y después, de pronto, mi vida dejó de tener sentido. O al menos eso creía yo. Pero tanto mi hermano como Martha no se rindieron a la hora de prestarme ayuda. Así aprendí que el amor no solo surge entre un hombre y una mujer, sino que tiene más caras. Aprendí que todo se puede conseguir si se es amado, y que cualquier limitación puede ser incluso un estímulo para superarse. Uno puede ponerse nuevos objetivos en los que antes tal vez ni siquiera creía. Y aquí estoy ahora, el día de mi compromiso matrimonial, en una de las villas más caras de Hamburgo, porque hubo y hay personas que, pese a todo, me han apoyado sin condiciones. De mi hermano se puede pensar lo que se quiera, pero para él la familia es lo más importante. Igual que para Martha lo es su familia y lo son sus amigos. Tiene usted mucha suerte por haber sido acogida en esa familia, Li-Ming.

—Lo sé —dijo ella en voz baja—. Y, sin embargo, aquí estamos los dos en la terraza en lugar de encontrarnos en la pista de baile. —Se quedó escuchando la música con un aire de nostalgia y ensoñación.

—¿Y si lo intentamos? —preguntó Moritz, y de nuevo le tendió la mano.

—Intentar, ¿qué?

—¿Me concedería este baile, señora Westphal? —Ella lo miró insegura—. No tenga miedo. Aquí hay sitio suficiente y nadie chocará con nosotros. —Rio por lo bajo.

—Nunca he bailado este tipo de bailes —dijo Li-Ming, mientras imitaba la postura de una bailarina.

—No importa; yo tampoco soy muy flexible. —Moritz sonrió para animarla, y en ese momento Li-Ming se preguntó cómo podía ser que dos hermanos fueran tan distintos y que, sin embargo, se tuvieran tanto afecto el uno al otro. En lo sucesivo, a Joseph lo miraría siempre con desconfianza; en cambio, Moritz era una persona que la inspiraba de inmediato—. Tenga mucho cuidado —susurró él, mientras se movían muy lentamente al compás de la música—. No vaya a ser que

los dos nos caigamos de bruces y hagamos el ridículo ante el resto de bailarines.

—Eso no va a pasar —dijo Li-Ming—. Soy más estable de lo que creen algunos.

—De eso no me cabe la menor duda. Me fío por completo de usted. —Moritz le guiñó el ojo con un gesto de conspiración.

MIENTRAS LI-MING Y Moritz disfrutaban del baile en la terraza a su propio y vacilante ritmo, Martha y Paul iban ya por el tercer vals.

—Qué extraña es la vida, ¿no te parece? —le susurró Paul a Martha, mientras bailaban al son de la música—. Antes nuestro mundo era bonito y apacible, y así podría haberse quedado; sin embargo, todo ha explotado y hoy solo percibimos un tenue resplandor de lo que fue en su día.

—Yo estoy agradecida por lo que tenemos —contestó ella con otro susurro—. Sé sincero, Paul; cuando regresaste, ¿habrías pensado que algún día podrías volver a mostrarte sin máscara ante la sociedad?

—No —admitió él—. La vida seguirá siendo siempre una caja de sorpresas. Nunca se sabe qué dirección tomará a continuación. ¿Vendrán ahora por fin mejores tiempos o empeorará aún más la situación?

—Por favor, querido, ahora me gustaría no pensar en esas cosas —respondió Martha—. Sencillamente deseo disfrutar de este momento a tu lado y entregarme a la fantasía de que hemos reemprendido el gran viaje a América de entonces, cuando el mundo nos pertenecía y estábamos convencidos de que el viento soplaría siempre a favor.

45

LLEGÓ EL VERANO y con él la situación se volvió algo más soportable. Martha y su familia obtuvieron una cosecha abundante en el huerto familiar, y de Heinrich recibían de vez en cuando cartas del correo militar. El SMS Regensburg había partido en julio en dirección a Finlandia para retirar de allí las minas submarinas. Aunque Heinrich se expresara con cautela y comedimiento en sus cartas, Martha reconocía enseguida que la guerra de los submarinos estaba condenada al fracaso. Era obvio que aún seguían sin romper el bloqueo marítimo británico. Entre la población cundió el desánimo, y también entre los socialdemócratas, a cuyas asambleas volvían a asistir con regularidad Martha y Paul desde el restablecimiento de este. El 23 de julio, uno de los compañeros leyó en una asamblea el texto de la Resolución de Paz, que había sido aprobada por el Reichstag —o Parlamento— el 19 de julio de 1917.

El Reichstag declara lo siguiente:

Al igual que el 4 de agosto de 1914, en el umbral del cuarto año de la guerra también sigue teniendo validez para el pueblo alemán la frase del discurso de la Corona: «No nos mueve la sed de conquista». Alemania ha tomado las armas para defender su libertad y su independencia por la integridad de sus posesiones territoriales. El Reichstag se esfuerza por lograr una paz de entendimiento y reconciliación duradera entre los pueblos. Con esa paz son incompatibles la adquisición forzosa de territorio y las violaciones políticas, económicas o financieras. El Reichstag también rechaza todos los planes basados en el aislamiento económico y en la hostilidad de los pueblos después de la guerra. La libertad de los mares ha de ser garantizada. Solo la paz económica preparará el terreno para una convivencia amistosa entre los pueblos. El Reichstag promoverá enérgicamente la creación de organizaciones

internacionales legales. Sin embargo, mientras los gobiernos hostiles no estén de acuerdo con tal paz, mientras amenacen a Alemania y a sus aliados con la conquista y la violación, el pueblo alemán se mantendrá unido, perseverará con firmeza y luchará hasta que esté asegurado su derecho y el de sus aliados a la vida y al desarrollo. Unido, el pueblo alemán es invencible. El Reichstag apoya de forma incondicional a los hombres que luchan con heroicidad para proteger la patria. Esos hombres tienen asegurado el eterno agradecimiento de todo el pueblo.

Al escuchar aquellas palabras, Martha sintió cómo se le aceleraban los latidos del corazón. Presa de la inquietud, agarró la mano de Paul.

—¿Crees que este es el principio del fin de la guerra? —murmuró—. Parece que ahora se promueve en serio un entendimiento. Ya va siendo hora de entablar negociaciones en pro de la paz.

—Yo no estoy muy seguro —le contestó Paul con otro susurro—. Todo depende de cómo se posicione el nuevo canciller del Reich. Supongo que no querrá compartir el destino de su antecesor.

Martha asintió. Diez días antes, el canciller del Reich Bethmann Hollweg había sido despedido por el káiser, porque era una permanente fuente de disgustos para el Alto Mando Militar. Por lo que sabía Martha acerca de la situación política, estos seguían pensando que podían ganar la guerra e interpretaban toda señal de entendimiento como una muestra de debilidad. El káiser había nombrado nuevo canciller a Georg Michaelis, entregado fielmente a su política.

—Pero a ver cuándo termina de una vez esta absurda carnicería —le susurró Martha a Paul—. Ahora que América ha entrado en la guerra, está claro que las perspectivas de una victoria se han reducido.

—Es cierto, pero explícaselo al Alto Mando Militar. Apostaría cualquier cosa a que Michaelis rechaza la Resolución.

DURANTE LOS DÍAS siguientes, innumerables personas, no solo en Alemania, intercedieron en favor de la Resolución. El punto culminante lo marcó un llamamiento a la paz del papa el 1 de agosto de 1917, que incluso ofrecía su mediación entre las potencias bélicas. Sin embargo, el canciller del Reich, Michaelis, rechazó todas las ofertas para seguir granjeándose las simpatías del káiser.

Y así transcurrió el verano, mientras aumentaba el número de muertos en la guerra. A esas alturas, Martha no conocía a ninguna familia que no se hubiera visto afectada bien por una defunción o por una grave lesión de algún allegado. Eso por no hablar de la pésima

asistencia médica del Reich. La mortalidad entre los lactantes siguió ascendiendo y también los ancianos morían a causa de enfermedades carenciales. El Barrio de los Callejones se convirtió de nuevo en una incubadora de epidemias de todo tipo, muchas que ya se creían superadas.

A Martha tampoco le consoló que el canciller del Reich Michaelis, pese a su línea dura, tuviera que abandonar el cargo en noviembre y lo sustituyera el conde Georg von Hertling, que en modo alguno tenía una actitud más conciliadora, sino todo lo contrario. En esa época, los enemigos de la guerra fueron perseguidos, y había que tener mucho cuidado con lo que se decía en público, ya que los agentes infiltrados de la policía política se camuflaban hasta en las colas de las tiendas de comestibles.

En una ocasión, Martha fue testigo de una detención. Tres mujeres y un hombre guardaban cola delante de ella, cuando se acabó la carne para sopa que estaban esperando. Aunque Martha solo soltó un suspiro, pues ese tipo de cosas las había vivido con bastante frecuencia en las últimas semanas, el hombre que iba delante de ella dijo en un tono desabrido:

—¡Deberíamos hacer lo mismo que los rusos para que aquí también cambien las cosas!

Apenas hubo pronunciado esas palabras, cuando un hombre se le acercó desde más atrás de la cola.

—¡Aquí no queremos discursos agitadores!

—¡Venga ya! ¿Me vas a prohibir que abra la boca? ¡Contra el paredón habría que colocar a esos poderosos y distinguidos señores, para que supieran lo que vale un peine!

Al momento siguiente, el hombre se presentó como agente de la policía política, sacó un silbato, lo sopló con fuerza y, al instante, llegaron guardias desde todas partes.

—¡Queda usted detenido por agitador y por alta traición!

—¿Por alta traición? —gritó el hombre, intentando librarse de los policías que lo sujetaban—. ¿Solo porque digo la verdad?

Siguió bramando y protestando mientras se lo llevaban, y Martha se preguntó en qué mundo vivía. Cuando poco después vio en una columna de anuncios un cartel del recién fundado Partido Alemán de la Patria, que promovía las anexiones y la paz a través de la victoria, el humor se le ensombreció aún más. Los antibelicistas, en el mejor de los casos, eran despreciados como apátridas y, en el peor, eran detenidos por alta traición. Mientras tanto, los belicistas tenían asegurado el respaldo de los gobernantes.

Dado que la situación política mundial era desesperante, Martha

intentó hacer algo por la gente aunque fuera a menor escala. Así, los días que salía del turno de noche se ocupaba de los pobres y de los enfermos del Barrio de los Callejones. Incluso pensó en reducir su jornada laboral en el hospital de Eppendorf, porque para entonces Paul volvía a trabajar a jornada completa y ganaba suficiente dinero. Pero como en tiempos de guerra las enfermeras con experiencia se habían convertido en un artículo escaso, siguió haciendo los turnos completos a petición del doctor Liebknecht. No obstante, reanudó su actividad en el consultorio, aunque solo sacaba tiempo para ir una tarde a la semana.

LA GENTE PASABA cada vez más apuros y el descontento iba en aumento. La escasez de alimentos adquirió unas proporciones alarmantes. Los comedores sociales de la guerra, que al menos aseguraban una comida caliente a los necesitados, eran a ojos de Martha la solución más aceptable. Pero cuando vio por primera vez un letrero del Comité para la Alimentación del Pueblo, no daba crédito a sus ojos. En él se anunciaban las «sesiones sobre la cocina de la guerra», cuyo objetivo era adaptar las recetas a las circunstancias que les acuciaban y presentar a las amas de casa platos menos conocidos.

Así como a Martha aquello solo le resultó ridículo, a Li-Ming le entusiasmó la idea y le pareció una buena oportunidad para ampliar sus conocimientos en torno a la cocina alemana. A partir de entonces pasaba mucho tiempo en las sesiones sobre la cocina de la guerra, donde aprendió a guisar platos como los rollitos de repollo rellenos de carne picada, el puré de ortigas o el pastel de pan de Landsberg, en el que la harina era sustituida por pan negro duro rallado. Con el tiempo, Li-Ming adquirió tal destreza para la improvisación, que los organizadores de esos cursos le pidieron que diera clases y aportara sus propias experiencias sobre la cocina china. Fue precisamente el toque exótico de aquellos platos el que animó a las mujeres, hartas de la guerra, proporcionándoles la sensación de que no solo se trataba de paliar la escasez.

De todos modos, ni los comedores sociales ni los cursos de cocina sirvieron para aliviar las penurias de los pobres de forma duradera. Con el frío del inminente invierno siguió aumentando la miseria. Quienes peor lo pasaban eran las familias numerosas cuyos padres seguían en el frente. Mientras las madres gozaran de salud y fueran capaces de trabajar, a duras penas sacaban adelante a sus familias, y los casos de tuberculosis aguda eran cada vez más frecuentes. Una mujer que tosiera sangre ya no podía trabajar. Si ya en época de paz había sido un problema para Martha encontrar un buen lugar para

niños como los de la señora Schwenke, ahora eso resultaba casi imposible. Los orfanatos estaban llenos, y para chicas que hubieran cumplido los catorce años no quedaba ni un solo sitio. Las ponían a servir o las colocaban en las fábricas para que pudieran encargarse de las actividades importantes para la guerra, en lugar de proporcionarles una formación profesional. A los chicos adolescentes tampoco les iba mucho mejor, pero a menudo tenían la suerte de encontrar un puesto de aprendiz cuando un viejo maestro necesitaba con urgencia reemplazar a sus oficiales, sujetos al servicio militar obligatorio. Otros, por patriotismo o por espíritu aventurero, se hacían pasar por mayores de lo que eran y se presentaban en la oficina de reclutamiento. Como era perentorio para los gobernantes que no mermaran las huestes de soldados, en la oficina hacían a menudo la vista gorda y, de ese modo, enviaban a la muerte a una multitud de soldados adolescentes.

Todas las mejoras del sistema social por las que tanto había luchado Martha se fueron quedando día tras día en la estacada. La guerra devoraba a la humanidad no solo en las trincheras, sino también en los hogares. El número de prostitutas aumentó considerablemente, pues para muchas mujeres era la única salida con la que ganar dinero suficiente para que sobrevivieran sus familias, y en una ciudad portuaria como Hamburgo no faltaba clientela, incluso en tiempos de guerra, entre los marineros. Todo el país se iba descomponiendo lentamente desde dentro, o así lo percibía ella, y toda solidaridad y unidad se extraviaban en la lucha por la propia supervivencia.

LLEGARON LAS NAVIDADES de 1917, pero fueron unas fiestas tristes, porque a Heinrich no le dieron permiso para regresar durante unos días a casa y sus cartas, al mismo tiempo, se volvieron cada vez más escasas. Los barcos cargados de suministros, que también transportaban el correo, eran hundidos con frecuencia, de manera que nadie sabía si la ausencia de noticias se debía a una causa inofensiva o si cabía esperar lo peor. Esos días, Li-Ming iba casi todas las noches con Arthur de visita a casa de los Studt con el fin de hallar tranquilidad y consuelo en el seno de la familia.

También Paul notaba cómo iba en aumento el descontento de los trabajadores de los astilleros. Así no se podía continuar, y los ánimos exaltados que percibía le recordaban a los días previos a la gran huelga de los trabajadores del puerto. En el aire se respiraba la insurrección, solo que en época de guerra eso podía acabar muy mal, por lo que Paul, a diferencia de cómo pensaba veintiún años atrás, confiaba en que esa vez los hombres se contuvieran. Una huelga

durante la guerra no le serviría a nadie de nada. Sin embargo, al mismo tiempo sabía que él mismo, si tuviera veinte años menos, habría hecho todo lo posible por sentar un precedente. Y ese espíritu de lucha era exactamente lo que veía en los ojos de muchos hombres más jóvenes que hasta entonces habían tenido la suerte de no haber sido llamados a filas. Los gobernantes habían cargado la mano con exceso, y el pueblo bullía a borbotones; de nada servían ya las consignas de aliento ni la imagen de un enemigo común. La gente se había hastiado de la situación bélica, todos estaban hartos y furiosos. Y eso era lo que le daba miedo a Paul.

46

EL 28 DE enero de 1918, Paul trabajó, como de costumbre, en el astillero de Wolkau. En días fríos y húmedos como ese, se alegraba de devanarse los sesos con sus dibujos de construcciones en una pequeña barraca hecha a base de tablas que contaba con su propia estufa. Ese año, enero estaba siendo un mes de temperaturas más o menos suaves, que no bajaban de cero grados, aunque llovía casi sin interrupción.

De repente, se abrió la puerta de su espartano despacho e irrumpió su colega Matthias. Paul alzó sorprendido la vista. ¿Acaso no tenía que presentar su compañero ese día sus proyectos más recientes para un novedoso remolcador ante las autoridades portuarias? Matthias, en cambio, tenía la cara enrojecida y respiraba agitado, como si hubiera ido corriendo hasta la barraca.

—¡Paul, no te lo vas a creer! —exclamó, mientras sacudía la humedad de su sombrero—. Los compañeros del astillero Vulcan se han puesto en huelga justo después del descanso de media mañana. ¡Todos ellos, los cuatro mil! He visto a Erich, que se encontraba entre los hombres que iban en dirección a la casa sindical. Desfilaban por las calles completamente serenos e imperturbables. La marcha tenía algo de fantasmal. Le he preguntado a Erich que adónde se dirigían. «¡Basta ya!», me ha dicho luego. Y también que los trabajadores del astillero estaban hasta las narices de las penurias causadas por la guerra, así como de los racionamientos.

—¿Y por qué no has ido con ellos para enterarte de lo que deciden allí? —preguntó Paul.

—Porque antes quería decírtelo a ti. ¿Te vienes?

Paul lo dudó un momento. En realidad, no podía abandonar su puesto de trabajo. Pero, por otra parte, no había nadie allí que se lo pudiera prohibir, y si alguien notaba su ausencia, ya se le ocurriría alguna disculpa creíble. De manera que asintió, cogió el abrigo y el sombrero y siguió a Matthias.

Cuando llegaron a la casa sindical, el cielo se había despejado y en

el aire parecía que se respiraba la primavera. Toda la calle estaba abarrotada de gente; Matthias no había exagerado, ¡había miles de personas! Se hallaban congregadas junto al edificio del sindicato a la espera de las noticias que circulaban de boca en boca.

Paul y Matthias se abrieron paso entre la multitud y buscaron caras conocidas.

—Allí delante está Erich —dijo Matthias, saludando en esa dirección. Su antiguo colega tardó un rato en verlos y devolverles el saludo. Instintivamente, Paul se acordó de la época anterior a la guerra, cuando Erich les mostró con satisfacción a él y a los niños el Imperator. ¿Solo habían transcurrido cuatro años y medio desde aquel día? Habían vivido tantos acontecimientos desde entonces… El mundo ya no era el mismo; había cambiado de cara, igual que él.

—¡Paul! —Erich se abrió también paso a codazos entre la muchedumbre—. ¿Te ha informado Matthias?

Paul asintió y esperó a que Erich se acercara para hacerle preguntas.

—No me lo puedo creer —dijo finalmente—. ¿Es de verdad una manifestación espontánea o es que ha habido un detonante en concreto?

—Llega un momento en que la caldera de vapor estalla cuando la presión es demasiado fuerte —dijo Erich—. Eso nos ha sucedido también a nosotros. Tú mismo sabes cómo siguen subiendo los precios de los comestibles, muy por encima de nuestros salarios. Pero con eso solo no habría sido suficiente. ¡No, la culpa es de ese Partido Alemán de la Patria! Queremos que se les ponga coto a sus miembros.

—¿Te refieres a los carteles?

—Sí, a todos nos ofenden muchísimo —admitió Erich—. También nos molesta que la policía política proteja siempre a esa gentuza. Pero lo peor es que los miembros de ese partido también hacen cola delante de las tiendas de comestibles ¡y les atienden con prioridad en cuanto enseñan el carné de afiliado!

—¿Eso ha pasado de verdad? —preguntó Paul, sin dar crédito a sus oídos.

—Sí, pero no de manera oficial, claro. En realidad, son todos agentes infiltrados de la policía política. Basta con que amenacen al dueño de una tienda con denunciarlo, para que se eche a temblar ante las posibles represalias. Ayer le pasó eso a la mujer de un compañero. Tiene cinco hijos, y después de hacer dos horas de cola, cuando ya le tocaba su turno, un individuo del Partido Alemán de la Patria la empujó para que se apartara y, delante de sus narices, se llevó las últimas patatas y huesos para la sopa. Y cuando la mujer se quejó, la

llamó asquerosa puta roja y amenazó con denunciarla. ¡Paul, esto no puede seguir así! Nos dejamos la piel para conseguir nuestro sueldo, y el trabajo de un empleado de los astilleros es más importante para la guerra que el de esos tipos gandules y soplones del Partido Alemán de la Patria. ¡Alardean de patriotismo, de la paz de la victoria y del honor y la dignidad de los alemanes, y luego van por ahí empujando a las pobres madres y dejando sin pan a las familias alemanas! —Erich escupió con un gesto de desprecio.

—¿Por eso os habéis puesto en huelga?

—Sí, exacto. Y vamos a hacer todo lo posible para que nos secunden todos los demás trabajadores de los astilleros. Un par de compañeros ya han ido a Blohm & Voss para hablar con los camaradas. Y vosotros también deberíais colaborar. Si todos los trabajadores de los astilleros se ponen en huelga, ¡se verán obligados a atender nuestras reivindicaciones! —De pronto se oyó entre la multitud un murmullo que interrumpió a Erich—. Parece ser que hay novedades —le dijo a Paul.

Vieron cómo un hombre se asomaba a la ventana.

—¡Luchamos por todos aquellos que odian la guerra! —gritó desde arriba—. ¡Ya va siendo hora de firmar una paz de entendimiento para que nuestras familias dejen de pasar hambre y nuestros padres, hermanos e hijos no sigan muriendo en las trincheras! ¡Queremos paz, justicia y libertad!

—¡Sí, señor! —voceó alguien cerca de Paul, y añadió—: ¡Alguien tiene que poner de una vez coto a las tropelías de ese maldito Partido Alemán de la Patria!

La multitud estalló en un fuerte aplauso al que también se sumaron Paul, Matthias y Erich. En ese momento, Paul se alegraba de que Matthias hubiera ido a recogerle para poder ser testigo de cómo el pueblo por fin se levantaba y alzaba la voz sin nadie que lo dirigiera, sino por la honda convicción de que sus vidas no podían seguir por ese camino.

Pero al mismo tiempo una voz interior lo amonestaba. Sabía que la autoridad no se quedaría mucho tiempo de brazos cruzados. En esos tiempos de guerra no serían tan magnánimos como durante la gran huelga de hacía más de veinte años. Paul estaba seguro de que entre los allí reunidos había ya numerosos funcionarios civiles de la policía política que registraban ávidos lo que se decía. Y, a diferencia de antes, ahora le faltaba ese valor incondicional para defender, sin tener en cuenta las consecuencias, lo que a sus ojos era justo. Al fin y al cabo, tenía que pensar en el futuro de sus hijos. Claro que, por otra parte, ¿qué era lo mejor para sus hijos? ¿Darles ejemplo de que, en

cualquier circunstancia, había que obrar con arreglo a los propios valores, aunque se corra el riesgo de ser detenido como enemigo del Estado, y dejarlos así a merced de la miseria económica? ¿O era preferible una sensata ponderación de los hechos? Paul optó por lo segundo, aunque eso no le impidió aplaudir a quienes le hablaban desde el corazón.

LA NOTICIA SOBRE la repentina huelga de los trabajadores de los astilleros se propagó por todo Hamburgo a la velocidad del viento. Martha oyó hablar de ella nada más salir del quirófano con el doctor Liebknecht, pues Carola corrió enseguida a su encuentro por el largo pasillo del hospital.

—¡Por fin! —exclamó esta—. ¡Los trabajadores se rebelan contra la guerra y contra el Partido Alemán de la Patria, que con sus absurdas reivindicaciones avergüenza a cualquier ciudadano decente!

—Cuidado, enfermera Carola —advirtió el doctor Liebknecht—. Sabe que aprecio y respeto su compromiso político, pero deje de dar esos discursos aquí. No todos comparten sus puntos de vista.

Su compañera asintió apocada.

—¿Nos vemos en el bar, Martha? —preguntó luego.

—Sí, voy dentro de unos minutos.

Después de marcharse Carola, el doctor Liebknecht opinó:

—Debería convencer a su amiga para que sea más discreta. Es importante dejarle claro que no debería expresar tan abiertamente su opinión política. Podría ponerle en dificultades. Algunos de sus compañeros en el hospital no son honestos ni generosos como ella. Y, si desea casarse en mayo, tendrían un pretexto para declararse en contra de que siga trabajando aquí.

—Yo también trabajo y soy una mujer casada —respondió Martha —. Y al igual que mi marido soy del Partido Socialdemócrata Alemán.

—Sí, pero mientras está trabajando no hace propaganda política. Esa es la diferencia. Si a la enfermera Carola la tachan de agitadora, la enfermera jefa la despedirá después de la boda ateniéndose únicamente a los estatutos. Eso, a su vez, podría tener consecuencias negativas para usted, enfermera Martha. En tales circunstancias, la posición que usted ha alcanzado hasta ahora también correría peligro. La enfermera Auguste se contiene en estos momentos porque usted no le ofrece ningún punto de fricción pero, como es natural, le envidia su puesto de enfermera de quirófano principal.

Martha le dio las gracias por la advertencia y se dirigió pensativa hacia el bar del hospital. Al poco rato, le contó a Carola la conversación que había tenido con el doctor. Escogió a propósito una

mesa un poco apartada para no tener oyentes indeseados.

Carola bajó la mirada.

—¿No es absurdo que en este país uno no pueda expresar sin ambages su opinión? ¿No te parece mal que haya censura en la prensa y que debamos temer por nuestra vida cuando defendemos lo justo?

—Lo justo desde tu punto de vista —contestó Martha—. El Gobierno lo ve de otra manera; de lo contrario, no te taparía la boca.

—¿Y tú que piensas? ¿No te palpita también con más fuerza el corazón cuando ves que el pueblo se alza, cuando la población no quiere seguir siendo reses de matadero, sino que anhela la paz y la libertad y también el derecho a expresar ese deseo abiertamente, en cualquier sitio?

—Carola, ya sabes que pienso igual que tú. Pero durante estos últimos años he aprendido que no siempre conviene ir pregonando cierto tipo de ideas a voz en grito. Tenemos muchos enemigos que solo aguardan el mejor momento para cogernos desprevenidos. Si nos expresamos con demasiada franqueza, les estamos dando la oportunidad de asaltarnos y de acallarnos mientras aún seamos débiles. Es mucho más astuto guardarnos nuestras ideas primero, para declararlas por sorpresa. Dime, ¿qué sabes sobre esa huelga de los trabajadores de los astilleros? ¿La dirige alguien? Paul llevaba ya mucho tiempo notando que cada vez cundía más el descontento entre los trabajadores, pero seguro que ni siquiera él contaba con algo así.

—Solo sé que miles de personas han dejado de trabajar y, desde el astillero Vulcan, han recorrido la ciudad en dirección a la casa sindical.

—Supongo que Paul podrá contarme algo más esta noche.

—¿Crees que Wolkau también se unirá a la huelga?

—Ya veremos —contestó Martha, y no sabía si el estómago revuelto, que casi le quitaba el apetito, se debía a la alegría de que por fin se hubieran rebelado los trabajadores o al miedo por las consecuencias que esas acciones pudieran acarrearles a todos.

47

EN CIERTO MODO, a Martha los días siguientes le recordaron a la mejor época de su juventud, cuando Paul y ella se enamoraron durante la gran huelga de los trabajadores del puerto. Por aquel entonces se habían hecho buenos amigos, pues compartían los mismos objetivos e ideales, pero al cabo de un tiempo notaron que los unía algo más que la mera camaradería política.

Y, sin embargo, ahora todo era diferente. Hacía mucho que había desaparecido la inocencia de la juventud y habían tenido que aprender por medio de dolorosas experiencias que una persona no podía cumplir sus sueños solo porque lo deseara. En aquella época se habían sentido, como la mayor parte de los jóvenes, invencibles. El mundo parecía pertenecerles y estaban convencidos de que, con el esfuerzo suficiente, podrían conseguirlo todo. Entretanto, el idealismo de la juventud había sido reemplazado por el pragmatismo de la madurez. Las derrotas los habían marcado, pero no habían acabado con ellos.

Así, ese 28 de enero, se quedaron discutiendo sobre la situación política del momento hasta mucho después de que los niños se hubieran acostado.

—Después de la manifestación, me ha dado la sensación de que me observaban —dijo Paul—. De todos modos, no hemos dicho nada comprometedor, así que la policía política no puede reprocharnos nada. Y la asamblea tampoco se disolvió con métodos violentos. Pero quién sabe lo que sucederá mañana. Ha corrido la voz de que los compañeros de Blohm & Voss también secundan la huelga. Y Hermann Blohm siempre ha sido un enemigo acérrimo de la socialdemocracia… —Martha asintió. Demasiado bien recordaba la dureza con la que Hermann Blohm había procedido ya en 1896 contra los huelguistas—. Sea como sea, no me pienso esconder como un cobarde. Si los colegas de Wolkau participan, yo estaré con ellos.

—¿Y si pierdes tu empleo?

—Es poco probable. Si todos los trabajadores se ponen en huelga,

desde los auxiliares hasta los ingenieros, estaremos seguros. Porque no nos pueden sustituir tan fácilmente con tantos hombres movilizados en el frente.

A LA MAÑANA siguiente, no solo se sumaron a la huelga los trabajadores de Blohm & Voss, sino todos los empleados de los astilleros. De todos modos, Hermann Blohm no permaneció inactivo, pues, según supo más tarde Paul, el dueño del astillero telefoneó a media mañana del 29 de enero al comandante general en funciones de Altona, Adalbert von Falk, que durante la guerra ostentaba el poder ejecutivo en Hamburgo. Blohm le dijo que ya iba siendo hora de que el ejército interviniera. El general reaccionó de inmediato. Ese mismo día promulgó el «Decreto para asegurar las necesidades del ejército y la marina», que militarizó a los cuatro astilleros más grandes: Blohm & Voss, Vulcan, Reiherstieg y Stülcken und Sohn. Al mismo tiempo, a todos los trabajadores sujetos al servicio militar obligatorio que no se reincorporaran al trabajo antes del 31 de enero, se los amenazó con ser llamados a filas. Además, la comandancia general prohibió todas las asambleas y manifestaciones públicas. Delante de la casa sindical se apostaron funcionarios civiles de la policía política con el fin de disolver de inmediato las posibles concentraciones.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Matthias, una vez dadas a conocer las medidas correspondientes—. ¿Seguir con nuestras reivindicaciones u olvidarnos de ellas? Fíjate, en el Hamburger Nachrichten nos tachan de traidores a la patria. —Le pasó el periódico a Paul—. Según esos periodistas, ponemos en peligro los resultados del enorme esfuerzo del pueblo en el campo de batalla y en los hogares poco antes del éxito final, por lo que el poder estatal intervendrá con toda resolución. Y además han anunciado la implantación de consejos de guerra extrajudiciales en Hamburgo, Altona y Wandsbek.

—Me pregunto si no sería mejor renunciar a la huelga —dijo con desánimo Paul después de leer el artículo—. ¿Qué beneficios obtienen los huelguistas si los llaman a filas y revientan en el frente? Eso no solo prolongará esta guerra tan atroz, sino que además costará más vidas. Y el que abra demasiado la boca acabará ante un consejo de guerra. El viejo Blohm seguro que ya está riéndose para sus adentros por poder actuar al fin como le habría gustado hacerlo hace veinte años. Es decir, aniquilando a todos los que no defienden su opinión. Solo que ahora tiene el poder para actuar de ese modo.

—¡Pero nosotros somos más!

—Sí, pero somos unos padres de familia desarmados que han de

ocuparse de sus allegados. Una huelga es nuestra arma más poderosa, pero si al hacerla nos jugamos la vida, ¿qué conseguimos con ello?

—¿Crees de verdad que llegarían tan lejos? Ya solo en Blohm & Voss trabajan más de diez mil hombres. Y si a esos les sumamos los otros tres astilleros más grandes, nos ponemos en veinte mil. ¿No crees que nos subestiman?

—En fin, si condenan a mil de nosotros en el consejo de guerra y envían a otros mil al frente, los que queden estarán amedrentados y de todas maneras tendrán que seguir haciendo el trabajo en leoninas condiciones de dobles turnos. No, Matthias, creo que deberíamos renunciar.

—Si lo ves así, mañana tienes que acudir a la manifestación de Heiligengeistfeld y, a continuación, hablar en la asamblea general de Sagebiel.

—Pero si las manifestaciones están prohibidas.

—Lo de Sagebiel no; eso lo han autorizado para que los huelguistas puedan entrar en razón. Pero creo que conviene hacernos antes una idea de cómo están los ánimos en el Heiligengeistfeld.

—Entonces, ¿sostienes la opinión de que sería una locura continuar a estas alturas con la huelga?

—Sí, porque sé que no eres un cobarde. En los últimos años casi nadie ha luchado tanto por la causa de los trabajadores sin que lo haya corrompido la política. Me fío de ti. Y espero que también seas capaz de convencer a los trabajadores.

MARTHA ANIMÓ POR la noche a Paul para que asistiera a la asamblea. Y no solo eso; también ella quería acompañarle. Sin embargo, aunque Paul normalmente apreciaba su compañía, esa vez la rechazó con vehemencia.

—Si nos manifestamos, infringimos una orden de muy arriba. En caso de que me detengan a mí solo, siempre podré poner el pretexto de que mi intención era apaciguar a las masas. Y me creerán más si tú no estás allí.

—¿Por qué iban a creerte a ti? —preguntó Martha—. Eres un conocido socialdemócrata.

—Sí, pero también soy uno que en la última huelga defendió una postura moderada. En el Senado todavía hay bastantes hombres que se acuerdan de que, por aquel entonces, me dispararon cuando me disponía a calmar a los huelguistas. Por eso me han designado también para el Comité de Mejora de la Situación de los Trabajadores. Y en caso de que efectivamente no me creyeran, más necesario aún sería que tú no incurrieras en ninguna responsabilidad. Aunque solo

sea por los niños, que entonces te necesitarían más que nunca.

Martha asintió a regañadientes. Pero se dio cuenta de que Paul tenía razón.

48

PESE A TODAS las amenazas con castigos y sanciones, el 30 de enero la huelga alcanzó su punto culminante. Se decía que había unos treinta mil hamburgueses en huelga. No solo habían parado los astilleros, sino que en muchas fábricas también habían dejado de trabajar. Y así fue como, a pesar de la prohibición, se concentraron miles de trabajadores en el Heiligengeistfeld. Paul conversó con todos los que le fue posible, a fin de calibrar cómo estaban los ánimos. Lo que más les importaba a los hombres era demostrar a la autoridad que no se dejaban amedrentar. Eso lo notaron también los policías de seguridad, que eran muy inferiores en número a los manifestantes. Ante ese panorama, se vieron incapaces de disolver la concentración y se quedaron sin saber muy bien qué hacer.

—¡Mirad, nos tienen miedo! —se burló un trabajador, justo a la espalda de Paul—. Dan ganas de atizarles un puñetazo en los morros, para que vean que vamos en serio.

—Déjalo, Kalle —lo apaciguó otro—. Seguro que esperan refuerzos.

—Sí, y lo más probable es que vengan de la guarnición militar de Altona —dijo un tercer trabajador—. Hasta han militarizado los astilleros. Seguro que no les importa disparar a la multitud para asustarnos.

Los murmullos iban en aumento y, efectivamente, poco después corrió el rumor de que el jefe superior de la policía había pedido refuerzos militares.

—Ya son casi las once —les dijo Paul a cuantos lo rodeaban—. Más nos valdría llegar a tiempo a Sagebiel. Así los soldados se quedarán con un palmo de narices al ver que ya no estamos aquí.

Paul respiró aliviado al oír los murmullos de aprobación. Quería evitar a toda costa los enfrentamientos sangrientos con el ejército; era lo último que necesitaban.

Sagebiel era el local de reuniones más grande de Hamburgo. Su

enorme sala podía acoger a varios miles de personas, pero era tal el gentío, que otros miles más se aglomeraron en la calle. En el estrado estaban sentados líderes representantes de los socialdemócratas y de los sindicatos, a algunos de los cuales Paul conocía. A los hombres se les notaba claramente lo mucho que los había sorprendido el ímpetu de la huelga masiva. Paul consiguió abrirse paso a empujones hasta el estrado y reclamar la atención de Otto Stolten, uno de los líderes de la socialdemocracia.

—¡Paul Studt! —gritó Otto Stolten—. ¡Tú por aquí!

Paul asintió.

—Quiero ayudaros a calmar los ánimos y a evitar lo peor.

Otto le dio a entender por señas que se acercara al estrado y mandó traer otra silla.

—He oído decir que te hirieron de gravedad —dijo, mientras observaba la cara de Paul—. Pero me lo imaginaba mucho peor.

Paul se tocó el dorso de la nariz.

—He tenido buenos médicos —dijo escuetamente, mientras tomaba asiento en la silla situada junto a Otto.

Entre los trabajadores, el ambiente seguía muy caldeado y Paul era consciente de que entre los oyentes también había algunos agentes infiltrados de la policía política. Debía, por tanto, tener cuidado con lo que fuera a decir. Sin duda, no podía darles a los trabajadores la impresión de que traicionaba sus ideales, pero tampoco hablaría como un agitador.

En primer lugar tomaron la palabra algunos de los líderes sindicales intentando exhortar a la moderación, pero sus huecos discursos solo sirvieron para enardecer aún más los ánimos. Paul pensó con celeridad para dar con un relato que tranquilizara a los hombres. Tal vez explicándoles lo que él mismo sentía. Se levantó.

—Camaradas, puedo entender vuestro desánimo. Lo mismo que hoy inquieta vuestros corazones me conmovió a mí hace veintidós años. Quizá haya alguno de vosotros que todavía recuerde la gran huelga de 1896, cuando los trabajadores lucharon por primera vez por sus derechos y por un salario humanamente digno. —Algunos hombres se lo confirmaron a gritos. Paul esperó a que se instalara de nuevo el silencio—. Y tal vez algunos me reconozcan, pese a que desde entonces la vida y la guerra han hecho una gran mella en mí. Soy Paul Studt y ya entonces hice mía la causa de los trabajadores.

—¡Sí, es verdad! —gritaron numerosos oyentes.

—He estado y estaré siempre dispuesto a luchar por una causa justa. A diferencia de antes, ahora estamos inmersos en una cruda guerra. Comprendo vuestro deseo de una paz inmediata que nos

conduzca al entendimiento. Creedme; si tuviera la posibilidad, sería el primero en pronunciarme a favor de las negociaciones en pro de esta. Pero no poseo ese poder. Ninguno de nosotros tiene ese poder. Todos habéis oído que los cuatro astilleros más grandes de nuestra ciudad han sido militarizados. A los hombres que de aquí a mañana no se hayan decidido a regresar a sus puestos de trabajo se los amenaza con llamarlos a filas, con la guerra. A lo mejor pensáis que estamos a salvo porque somos muchos, pues sin nosotros no podrían seguir manteniendo los astilleros en funcionamiento.

—¡Sí, así es! —gritaron varios hombres.

—Por desgracia, os equivocáis —respondió Paul—. Suponed que el ejército interviene con dureza. Tanta brutalidad como Hermann Blohm quiso emplear en vano hace veintidós años. ¿Quién de vosotros seguiría en huelga si tuviera que pagarlo con la vida? ¿Qué significaría para vuestras familias que os mataran a tiros o que os llevaran ante un consejo de guerra y os condenaran por alta traición? Hoy la mayoría de vosotros estáis dispuestos a atreveros con todo, pero ¿qué pasará cuando se produzcan las primeras muertes, cuando haya fallecidos a los que los soldados, con los que en realidad se debería luchar hombro con hombro contra el enemigo exterior, disparen? Camaradas, ¿queréis realmente jugaros la vida y nuestra unión? ¿Queréis que los alemanes disparen contra los alemanes?

Un murmullo de inquietud recorrió las filas.

—¿Y por eso vamos a permitir que hagan todo lo que quieran con nosotros? —gritó un hombre.

Griterío de aprobación.

Paul respiró hondo.

—No, no tenéis que permitirlo. ¡Yo solo os pido que escuchéis la voz de la razón! —gritó—. Decís que queréis paz y libertad. ¡Pues entonces actuad también con arreglo a eso! No libréis una guerra innecesaria contra camaradas de uniforme, que están obligados a cumplir órdenes porque, de lo contrario, también ellos se exponen a una muerte segura. Alguien tiene que dar siempre el primer paso en las negociaciones de la paz. ¡Demostrad que actuáis con arreglo a lo que defendéis!

—¡Eso no sería una conclusión de paz, sino una sumisión! —voceó alguien.

—Si queréis poner coto a la propaganda del Partido Alemán de la Patria, no podéis sacar sus argumentos a colación —respondió Paul, y notó que él mismo tenía que esforzarse por estar tranquilo.

La sala se iba llenando de murmullos, y Paul percibió que Otto se ponía de pie a su espalda y le tocaba con cuidado el hombro. Paul

sabía por qué. Era una empresa extremadamente arriesgada. Por otra parte, habría sido una locura no afrontar la verdad. Aquella lucha solo podían perderla. En la guerra la autoridad no conocía la piedad; había demasiado en juego, sobre todo porque estaban al tanto del monitorio ejemplo de Rusia. Para las autoridades los socialdemócratas y los comunistas eran lo mismo, y también para algunos de los trabajadores.

A continuación, tomó la palabra Otto Stolten. Propuso aplazar la sesión para el día siguiente y exhortó a los huelguistas a que reflexionaran con calma acerca de todo lo que habían oído.

CUANDO PAUL ABANDONÓ la sala y se disponía a regresar a casa, fue interceptado por un hombre que vestía de paisano, en compañía de un guardia uniformado.

—¿El señor Paul Studt?

—Así me llamo —respondió Paul, mirando al hombre con desconfianza. Sin duda se trataba de un funcionario civil de la policía política. El hecho de que fuese acompañado con un tipo de uniforme indicaba que no lo paraban para conversar amistosamente.

—Tengo que pedirle que me acompañe a la comisaría.

—¿Y de qué se trata?

—De eso le informarán allí.

Paul odiaba con todas sus fuerzas las poses arrogantes y no recibir respuestas razonables. ¿Querían demandarlo por su discurso? No había incitado a nadie contra la autoridad, sino que había intentado calmar los ánimos. Pero su orgullo le impedía hacerle otra pregunta, de modo que se limitó a asentir con la cabeza y siguió a los dos hombres hacia la comisaría.

Allí aguardaban ya numerosos trabajadores de los astilleros. Por lo menos, no le hicieron esperar, sino que lo condujeron enseguida a uno de los despachos. El guardia se despidió.

—¿Ya no necesita apoyo uniformado? —preguntó Paul con ironía, mientras tomaba asiento en la silla que le acababan de ofrecer.

El funcionario no se alteró lo más mínimo, sino que se recostó cómodamente tras su escritorio.

—Según mi experiencia, a menudo es conveniente que un policía con uniforme apoye en las calles a un funcionario civil que cumple con su tarea —dijo después—. Me llamo Weber.

El hecho de que el hombre se presentara solo con el nombre y prescindiera de toda alusión al rango, desconcertó a Paul. ¿Acaso no estaba allí como imputado?

—¿Me revelará por fin qué quiere de mí? —preguntó.

—Por supuesto. Usted no es un desconocido, señor Studt. Su pertenencia al Partido Socialdemócrata Alemán y su capacidad para la organización sindical nos son bien conocidas.

—Ambas actividades son por completo legales.

—Sí, siempre y cuando no llegue a la instigación al pueblo ni incite a la sublevación.

—¿Me está recriminando eso a mí?

—He oído su discurso en Sagebiel. Ha sido impresionante, pero se podía interpretar de dos maneras.

—¿Ah, sí? —Ahora Paul también se reclinó en el asiento y observó con más atención a su interlocutor—. Eso tendrá que explicármelo, señor Weber.

—Ha argumentado usted con mucha habilidad, pero entre líneas ha intentado sugerir que la autoridad es débil.

—¿Ah, sí? —repitió Paul—. ¿De qué manera?

—Usted ha dicho que los trabajadores deberían estar preparados para lo que ellos mismos reclaman, es decir, para la paz. Pero ¿no podría haber insinuado con eso la sumisión? Por eso la multitud se puso luego tan nerviosa. Nadie se somete sin un motivo. El pueblo alemán no tiene ningún motivo para someterse a nadie; en el campo de batalla somos imbatibles, el Alto Mando Militar sabe lo que hace.

—Si usted lo dice…

—Quiero ser muy sincero con usted, señor Studt. Estoy hablando con un hombre inteligente. Algo pendenciero y socialista, pero lo bastante listo como para saber dónde está el límite que nunca debería ser traspasado. Usted ha estado en el frente; lo lleva escrito en la cara. Sabe lo que les espera a esos pobres diablos si siguen sublevándose.

—Sí, y también sé que entonces sus puestos de trabajo quedarían desocupados.

Weber rio por lo bajo.

—¿Cree de verdad que los trabajadores podrían presionar con eso? No, el señor Hermann Blohm es un zorro. Ha pedido ayuda militar y ha sido el primero en militarizar su astillero para que llamen a los huelguistas a filas y luego los recluten a la fuerza. Al final seguirán trabajando en el puesto que tenían antes, solo que, como soldados, estarán bajo vigilancia militar. Quien se salga del redil ha de contar con duros castigos, incluida la pena de muerte. En la guerra no hay tiempo para ensoñaciones socialistas; en la guerra lo que importa es la supervivencia de todo el pueblo. Y si brota aunque solo sea un germen de sublevación, hay que erradicarlo despiadadamente. Le doy el buen consejo de que tome en consideración esta advertencia, cuando les hable mañana a los trabajadores. Dígales lo que les espera si son

llamados a filas: la jurisdicción militar y, en lugar del salario que tenían hasta ahora, la habitual soldada. Usted mismo sabe mejor que nadie que eso supondría una gran merma. El gobierno no conoce piedad alguna; lo impondrá.

—Entonces, ¿se trata de una advertencia amistosa en lugar de acusarme de haber incitado a la sublevación? —dijo Paul aliviado.

—Es que no lo ha hecho. Pero, si la situación se agrava, harán falta cabezas de turco. Y estas no procederán solo de las filas de los trabajadores de a pie. La autoridad prestará especial atención a lo que se diga y a quién lo diga. Y, como ya le he insinuado, su discurso de apaciguamiento se puede interpretar de una u otra manera. Ocúpese de que nadie tenga un motivo para desearle ningún mal.

Paul tragó saliva.

—¿Hay alguna otra cosa que debería saber, señor Weber?

—No, nada más. Puede irse.

49

EL 31 DE enero era el día decisivo. A todo hombre apto para el servicio militar que ese día también abandonara el trabajo sin autorización le amenazaba la orden de presentarse a filas. La víspera, Paul había estado hablando por extenso con Martha sobre ese tema. Ambos opinaban que los trabajadores tenían mucho que perder si continuaban con la huelga. No cabía pensar que la autoridad fuera a ceder. El Alto Mando Militar, que incluso había tenido el poder de convencer al káiser para que destituyera al canciller del Reich, no se dejaría impresionar por unos trabajadores de los astilleros. Sin embargo, ¿cómo podría explicárselo Paul sin que lo consideraran un traidor a la causa? Porque en el fondo de su corazón se mostraba de acuerdo con los hombres en que eso supondría un sometimiento. Y con esa sumisión seguirían apoyando una guerra que todos ellos desdeñaban profundamente. Por desgracia, también lo harían si permanecían firmes. En tal caso, los obligarían a llevar uniforme y, en el peor de los escenarios, los enviarían al frente, del que hasta entonces se habían librado.

Por más vueltas que le daba, Paul veía que se trataba de una situación desesperada.

AQUELLA MAÑANA, PAUL fue a trabajar con toda normalidad, pero le pidió a su jefe que le dispensara del trabajo para participar en la asamblea del sindicato con el fin de calmar a los huelguistas.

Se enteró por Erich de que la amenaza con el llamamiento a filas había surtido efecto. Así, en Blohm & Voss, el 31 de enero habían vuelto a aparecer en su puesto de trabajo seis mil de los diez mil asalariados, y en el astillero Vulcan dos tercios de la plantilla.

Erich, que a sus cuarenta y tres años era demasiado mayor para servir en el frente, no figuraba entre ellos.

—Me voy a arriesgar —le dijo—. Su espada más afilada a mí no me afecta, de manera que puedo permitirme defender nuestros ideales

sin temor alguno. También tú podrías hacerlo, porque no solo eres demasiado mayor, sino también un mutilado de guerra.

—No. —Paul hizo un enérgico movimiento de negación con la cabeza—. Por una parte, me siento comprometido con Wolkau, que ha hecho mucho por mí cuando no me encontraba en condiciones de trabajar como deseaba. Pero sobre todo quiero convencer a los trabajadores de que no agraven aún más la situación con sus protestas. Si me pusiera yo en huelga, animaría a que se resistieran precisamente aquellos a quienes quiero exhortar a la sensatez.

—Tu lealtad con respecto a Wolkau la entiendo —contestó Erich—. Pero ¿no sería conveniente que todos los hombres no amenazados por el llamamiento a filas permanecieran inflexibles? Entonces esa arma perdería una buena parte de su agudeza.

—O empuñarían una espada más afilada todavía —objetó Paul—. En caso de duda, te denunciarán como traidor a la patria.

—Eso ya lo hacen de todos modos. —Erich escupió con desprecio.

—Sí, con palabras. Pero si las cosas empeoran, pueden llevarte ante un consejo de guerra y, en un juicio sumario, condenarte a unos cuantos años de cárcel por agitar a las masas.

—Ya veo que en eso discrepamos, aunque tengamos un objetivo común. —Erich suspiró.

—Mientras no rompamos nuestra amistad… —Paul le golpeó el hombro en un gesto de camaradería.

—Claro que no. Los auténticos amigos están por encima de eso y de más —contestó Erich, y le devolvió el empujoncito.

Ciertamente, en la última asamblea sindical hubo varios trabajadores que argumentaban como Erich o que se negaban sin más a ceder y preferían arriesgarse a ser llamados a filas. Aunque para sus adentros Paul simpatizaba con aquellos camaradas, llegó una y otra vez a la conclusión de que no se podía permitir ser fiel a sus ideales frente a lo que le dictaba la razón.

Al menos los delegados consiguieron imponerse en la casa sindical, gracias a que los huelguistas se iban desmoralizando cada vez más. Según una declaración concluyente, en las actuales circunstancias, la huelga masiva política no resultaba eficaz ni era oportuna.

Por una parte, Paul se sintió aliviado, pero, por otra, vivió aquello como una derrota. Sobre todo porque, durante los siguientes días, tanto los empresarios como las autoridades se vengaron despiadadamente. A todos los trabajadores sujetos al servicio militar obligatorio que no habían cumplido la orden de reanudar el trabajo antes del 31 de enero, se les envió la anunciada orden militar de presentarse a filas. El 5 de febrero tenían que acudir al astillero

Vulcan, considerado el centro de la huelga, para pasar revista. Tal y como había dicho el funcionario civil Weber, los hombres fueron destinados al trabajo y sometidos a las ordenanzas militares. Además se anunció que quienes, por mal comportamiento y contumaces reivindicaciones en el trabajo, no fueran de utilidad en el astillero, serían enviados a la tropa que estuviera luchando en el frente de inmediato.

LAS AUTORIDADES ACTUARON con mayor crueldad todavía contra los cabecillas de la huelga. Paul se enteró de que el consejo de guerra había impuesto graves penas de reclusión y prisión a cincuenta y dos acusados. Al mismo tiempo, se preguntaba si esas medidas eran acertadas por parte del Gobierno, pues aunque los trabajadores se habían retirado por miedo a las represiones, la llama del descontento seguía ardiendo y el peligro de un incendio de rápida propagación no estaba ni mucho menos conjurado.

50

EN MAYO DE 1918, justo un año después de su compromiso matrimonial, Carola y Moritz se casaron. En esos tiempos convulsos y llenos de penurias se hacía raro volver a celebrar una gran fiesta en casa de Joseph Kellermann. Para entonces la escasez también había influido en sus negocios, pues aunque la lista de invitados seguía siendo distinguida, a Martha le llamó la atención que el vino espumoso no fluía con la misma opulencia que en la fiesta de compromiso. A cambio, la tarta nupcial era una maravilla: tres capas de fino bizcocho adornadas con auténtica nata dulce, un lujo que ya casi nadie podía permitirse.

Li-Ming también recibió una invitación, pero como Heinrich seguía navegando, la declinó y, en su lugar, se ofreció para cuidar a los niños.

Martha tuvo por fin ocasión de ponerse el elegante y caro vestido de fiesta que ya había llevado en la boda de Anna, y atrajo así casi tantas miradas de admiración como la novia. La flor y nata de la sociedad guardaba las apariencias hasta el final, y ella se alegró de haber aprendido a sentirse segura y moverse como pez en el agua en todas las situaciones sociales.

Carola llevaba un vestido de novia blanco con un discreto velo. Sencillo, pero de una tela delicada que en ese momento era muy difícil de obtener en el mercado; el traje resaltaba toda la dignidad y elegancia de Carola. Moritz había ensayado mucho para ser capaz de recorrer el camino hasta el altar de la iglesia hamburguesa de San Miguel solo con el apoyo de un bastón. Martha se enorgullecía de su amigo. Fue una boda bonita, aunque también tuvo un tinte melancólico. Desde el compromiso matrimonial nada había mejorado, la guerra seguía causando estragos y la penuria generalizada era a esas alturas tan grande, que no se detenía ante ninguna casa, por muy rica y distinguida que fuera. Y, no obstante, en grandes carteles se solicitaban infatigablemente más empréstitos de guerra.

—Dan ganas de quemar el dinero —opinaba Paul cada vez que veía uno de esos carteles—. Así por lo menos entraríamos en calor.

LLEGÓ EL VERANO y con él la época en que los niños podían divertirse en el huerto familiar. Entretanto, el cobertizo de Moorfleet se había convertido en una pequeña vivienda. Por su sencillez, a Martha le recordaba a las casas de su infancia. Allí se quedaban durante los fines de semana y las vacaciones del verano. E incluso poseían una cañería de agua, pues Paul había clavado en el suelo, justo al lado del cobertizo, un tubo largo que había comprado por poco dinero en la zona del astillero. Después de haber encontrado aguas subterráneas, Paul había construido una bomba con palanca. Así tenían agua fresca en todo momento y no dependían del bidón para el agua de la lluvia. Paul había repartido varias lámparas de queroseno por el cobertizo y había colocado una estufa sencilla que calentaba con rapidez el espacio.

Li-Ming también iba a menudo con Arthur a la casa de Moorfleet, entre otras cosas, para distraerse de la preocupación que sentía por Heinrich, del que hacía mucho tiempo que no tenía noticias.

En verano, cuando los niños se bañaban en el pequeño afluente del Elba, tras la colonia de los huertos familiares, a veces podía uno olvidarse de que estaban en guerra. Recogían fresas y cerezas, y los chicos aprendieron a pescar gracias a uno de los vecinos, de modo que Martha asaba de vez en cuando pescado en la modesta cocina para enriquecer un poco las escasas raciones que exigían largas colas.

La gente odiaba la guerra, pero se habían acostumbrado de tal modo a las restricciones, que a Martha le daba a menudo la sensación de que esa maldita conflagración no llegaría nunca a su fin.

Por eso le extrañó tanto que el Alto Mando Militar, a finales del verano de 1918, exigiera al Gobierno que llevara a cabo negociaciones en pro de la paz. Aquello resultaba sobre todo llamativo porque precisamente esa institución había elogiado, en mayo de ese mismo año, la exitosa ofensiva de la primavera, en la que había sido conquistada Soissons y, después de mucho tiempo, a los niños les habían vuelto a dar otras «vacaciones por la victoria». Pero algo había cambiado aquel verano. Los periódicos solo informaban de ello de forma un tanto enigmática, pero quien entendiera de política enseguida comprendía lo que decían entre líneas.

El 18 de julio de 1918, la contraofensiva aliada había empezado en Villers-Cotterêts, donde las tropas alemanas fueron expulsadas del río Marne. Y mientras Estados Unidos abastecía de manera regular a las tropas aliadas con generosos suministros de mercancías y armas, en el

Reich alemán seguía imperando una gran penuria. Aunque se luchara con gran valentía, si faltaban armas, municiones y alimentos, una victoria resultaba imposible.

Además, en el campo de batalla había aparecido otro enemigo frente al que los ejércitos de todas las naciones beligerantes eran impotentes. Si en la primavera de 1918 dicho enemigo todavía se limitaba solo al frente, con lentitud, pero con perseverancia, fue abriéndose paso también por todo el Reich.

Los primeros casos de la gripe española se produjeron en Hamburgo a finales del verano. Soldados que regresaban a casa fueron quienes la llevaron a la ciudad. Martha ya había oído hablar de la enfermedad, que desde hacía unos meses acababa con más vidas humanas que las balas de fusil. Solo el hecho de que afectara por igual a todos los ejércitos consiguió mantener el equilibrio de fuerzas y, con ello, la guerra. Pero ahora el Alto Mando Militar ya no veía ninguna perspectiva de éxito, de modo que hizo lo que siempre se le había dado bien: se retiró y puso la responsabilidad de todo lo sucesivo en manos del Gobierno civil. Su objetivo era que los odiados socialdemócratas se ensuciaran las manos y fueran considerados traidores a la patria.

En vista de la nueva calamidad que en ese momento asolaba Hamburgo en forma de la gripe española, la población apenas le dio importancia al repentino cambio de opinión del Alto Mando Militar. ¿Quién seguía con fuerzas para ocuparse de la política cuando la propia vida y también la de los niños estaban tan amenazadas, cuando, además del trabajo diario, había que hacer largas colas para conseguir lo más necesario y dedicarse al cuidado de los enfermos y moribundos allegados?

Como era natural, en años anteriores también se había presentado con regularidad la gripe, y todos los inviernos Martha había tenido que atender a muchos que la padecían. Pero, a diferencia de gripes anteriores, que solo resultaban mortales para los niños pequeños y los ancianos debilitados, la española era mucho más temible, pues mataba en muy poco tiempo a muchos jóvenes robustos y vigorosos en edades comprendidas entre los veinte y los cuarenta años. Desde el estallido de la epidemia, la unidad de enfermedades infecciosas del doctor Schlüter estaba siempre abarrotada, por lo que Martha hacía allí con regularidad suplencias cuando no la necesitaban en el quirófano. Los enfermos ofrecían un aspecto aterrador. No solo sudaban y tenían fiebre, sino que también se transformaban por fuera. En los casos más graves, la piel presentaba un tono azulado y los labios se teñían de un violeta oscuro, casi negro. Un aspecto similar debían de tener los

enfermos de peste en la Edad Media.

El doctor Schlüter le explicó a Martha que la causa de esa coloración era el insuficiente suministro de oxígeno. Los enfermos se quedaban sin aire y perecían ahogados.

El doctor Schlüter estaba firmemente convencido de que la gripe se transmitía a través de las vías respiratorias, por lo que dispuso que en la unidad de enfermedades infecciosas se mantuviera una higiene parecida a la del quirófano y que el personal competente solo entrara llevando puesta una mascarilla. Lo cierto es que no se dieron demasiados contagios entre el personal y sus familias, pero visto que la gripe se había propagado a una velocidad vertiginosa por la ciudad, uno podía enfermar por contacto con el agente patógeno en el transporte público o en las numerosas filas de las tiendas de comestibles. Martha obligaba a sus hijos a que se lavaran siempre las manos con jabón de fenol. También le proporcionaba a cada uno de ellos una dosis para que se las lavaran también en el colegio. Un día, cuando Rudi se mofó de esa costumbre de su madre, Martha se puso muy furiosa y le echó tal bronca delante de sus hermanos, que el chico, por lo común descarado e impertinente, prometió, abochornado, lavarse las manos con regularidad en adelante.

DADO QUE POR el momento no habían descubierto el agente patógeno, el doctor Schlüter intentó cultivarlo en una cápsula de Petri a partir de los esputos de la tos o de otras aguosidades de los enfermos. Pero todos sus intentos fracasaron. Solo en los casos más graves, cuando los pacientes se ahogaban de un modo angustioso en escasos días, fue capaz de reconocer neumococos, que eran conocidos por ser el desencadenante de la pulmonía.

—¿Crees que la gripe podría provocarla una forma especialmente severa de pulmonía?

—No, sospecho que esta se presenta adicionalmente en los pacientes debilitados, pues de lo contrario debería poder cultivar neumococos a partir de cada uno de los esputos, pero eso solo ocurre en una cuarta parte de los casos.

Era horrible contemplar cómo personas jóvenes que hasta el momento habían superado los padecimientos que acarreaba la guerra, morían en una concatenación imparable. Sobre todo porque no existía ningún medicamento eficaz. Lo único que se podía hacer era aliviar el malestar y ayudar a que el cuerpo enfermo se recuperara por sí mismo impidiendo que ardiera de fiebre o sufriera una hipotermia. Pero con demasiada frecuencia eran incapaces de hacer nada por los enfermos, y a Martha le acudían una y otra vez a la memoria los espantosos

tiempos del cólera, solo que ahora no había columnas de desinfección recorriendo las calles. De la gripe se moría uno con discreción. Por supuesto, había fosas comunes para los pobres, pero durante la guerra había habido ya tantas, que a nadie le llamaban la atención. A diferencia del cólera, que había asolado una ciudad sana como si brotara de la nada, la gripe afectó a una sociedad ya de por sí debilitada y depauperada que no contaba con medios para combatirla, y que aceptaba su destino con resignación. Esa apatía era lo que más asustaba a Martha. ¿Hasta qué extremo habían llegado? ¿Qué había sido de la ciudad alegre y moderna en la que se había convertido Hamburgo en los años posteriores al cólera? ¿Acaso la guerra les había robado después toda voluntad de supervivencia?

¿Cuánto tiempo duraría todavía aquello? ¿Qué quedaría del mundo por el que ella siempre había luchado cuando terminara la guerra?

51

PESE A TODAS las preocupaciones que le suscitaban la guerra y la epidemia de gripe, Martha aún sacaba tiempo para encontrarse con regularidad con sus amigas de la Asociación de Mujeres. A veces tenía que obligarse a pensar en otra cosa que no fuera su lucha diaria por la vida de los demás. Entonces le sentaba bien distraerse en su círculo de amistades. Admiraba a Lida Heymann, que no había perdido su espíritu de lucha ni su valor inquebrantable. De manera infatigable, intercedía con la Asociación de Mujeres en favor de la pitanza de los pobres y los comedores sociales, y seguía luchando por el derecho al voto de las mujeres. Y aunque Martha compartía y siempre había apoyado los objetivos de Lida, a veces estaba tan desesperada que se preguntaba para qué servía en realidad el derecho a votar. Mientras el káiser tuviera la última palabra, el Parlamento elegido no tenía mucho valor. Pero no se le ocurría expresar esas ideas heréticas, porque al mismo tiempo se avergonzaba de ello. Si no se aprovechaban todas las posibilidades de participación, por muy pequeñas que fueran, ¿qué valor tenían entonces sus objetivos? De manera que ese maravilloso día de otoño de principios de octubre que pasó en casa de Wilhelmina Schlüter, escuchó con atención las más recientes noticias de Lida.

Wilhelmina había hecho incluso una tarta de pan al estilo del pastel de cerezas de la Selva Negra. En lugar de cerezas, solo llevaba unas cucharaditas de mermelada, pero a las mujeres les supo tan deliciosa que enseguida se pusieron a charlar animadamente.

—No podemos seguir sin tener voz ni voto —dijo Lida Heymann. Luego extrajo un escrito—. Esta es una petición al nuevo canciller del Reich Max von Baden. —Aunque era primo del káiser, se le consideraba un político liberal que defendía las reformas y una rápida conclusión de paz—. Esperemos que preste atención a nuestra causa. —Pasó el escrito a las demás. Martha le echó una ojeada. En el texto, las mujeres pedían una entrevista para dar a conocer sus objetivos. Además de Lida Heymann, también lo habían firmado su compañera

sentimental Anita Augspurg y la conocida socialdemócrata Marie Juchacz. En total, representantes de cincuenta y ocho Asociaciones de Mujeres pedían que el canciller del Reich las escuchara.

—Es fantástico —dijo Martha—. Pero ¿crees que el canciller, que acaba de ser nombrado, va a tener un oído abierto a nuestros intereses? Hasta ahora solo nos han dado largas o se han librado de nosotras. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez?

Lida asintió con un suspiro.

—Ya sé que las perspectivas no son muy alentadoras; al fin y al cabo, tiene otros muchos campos de batalla de los que ocuparse, nunca mejor dicho. Por otra parte, las mujeres nunca hemos sido tan importantes para la política como hoy en día. Sin nosotras ya no funciona casi nada en este Estado. Las mujeres trabajan en las fábricas, en las oficinas, en la limpieza de las calles o como revisoras de billetes; algunas hasta están llevando a cabo trabajos en la vía férrea, porque hay poca mano de obra masculina. Incluso las enfermeras de la «Hermandad Erika» aceptan a estas alturas mujeres casadas, pues de lo contrario no darían abasto para atender a los enfermos. —Lanzó a Martha y a Carola una mirada de reconocimiento—. Esta guerra es la mayor desgracia de nuestra época, ¡y precisamente por eso tenemos el deber de imponer nuestros objetivos aun en las circunstancias más adversas!

Las mujeres aplaudieron.

MARTHA SEGUÍA MOSTRÁNDOSE escéptica, pero deseaba encarecidamente que el optimismo de Lida tuviera un fundamento. Demasiadas veces había fracasado su amiga con esa clase de peticiones en los años anteriores a la guerra. Si entonces no la habían tomado en serio, ¿por qué habrían de hacerlo en mitad de una guerra, que provocaba que toda la política tuviera que afrontar grandes desafíos a diario?

En especial, cuando a finales de octubre llegaron noticias inquietantes de Wilhelmshaven y de Kiel. Se decía que numerosos marineros de la marina de guerra alemana se habían rebelado y se negaban a cumplir las órdenes de atacar de nuevo las Islas Británicas. Martha se preocupó mucho por Heinrich, ya que el SMS Regensburg, según su última carta, iba camino de Wilhelmshaven para unirse a la escuadra de alta mar…, justo donde había empezado la sublevación. ¿Y si Heinrich había participado en la rebelión de los marineros y estaba arriesgando su vida? ¿O figuraría entre quienes hacían un llamamiento a la moderación, porque pensaba en su mujer y su hijo? Las dos reacciones eran posibles. En ese aspecto, Heinrich y Paul se

parecían mucho. El hecho de que no les hiciera llegar ninguna noticia permitía adivinar lo delicada que debía de ser la situación. La comunicación por correo se había interrumpido, y periódicos como el Hamburger Echo, de los que todavía se fiaba, se hallaban sometidos desde la huelga de enero a la censura de la prensa. En todos los demás diarios se calificaba a los marineros de traidores a la patria y se exigían duros castigos.

Martha se debatía sin cesar entre la esperanza y el temor. Y aunque a duras penas podía conciliar el sueño debido a la preocupación por su hermano, cuando estaba con Li-Ming se esforzaba por calmarla.

A principios de noviembre se precipitaron los acontecimientos. El día 4 fue elegido en Kiel el primer Consejo de Trabajadores y Soldados, y por la noche del 5 al 6 de noviembre un grupo de soldados consiguió ganar para la revolución a las tripulaciones de los torpederos amarrados en Hamburgo. A continuación ocuparon el Elbtunnel, la estación central y la casa sindical, que fue declarada sin más demora sede de la revolución. Acto seguido, desfilaron hacia el cuartel del 76.º regimiento de infantería e intentaron liberar a mano armada a los camaradas allí encarcelados.

Martha se enteró de todo ello cuando el 6 de noviembre ingresaron las primeras víctimas de los numerosos tiroteos. Carola le había transmitido la noticia desde urgencias.

—¡Por fin! —dijo Carola, llena de júbilo—. ¡Los soldados y los trabajadores se alzan y ya no se dejan amedrentar! ¡Han ocupado el cuartel de la Bundesstrasse!

—¿Te alegras aunque haya heridos? —preguntó Martha desconcertada.

—Ay, Martha, a veces es preciso que haya víctimas. ¡Esta maldita guerra tiene que acabar, igual que el poder del káiser y de la nobleza!

—No hables tan alto —le advirtió Martha—. Ya sabes que la policía política tiene oídos en todas partes. Incluso aquí, en el hospital.

—¡Ahora ya no! ¡Ahora empieza una nueva era!

Por supuesto, Martha comprendía en cierto modo el entusiasmo de Carola. Le parecía bien no seguir doblegándose al poder de los de arriba, sino defender aquello en lo que se creía. Pero al contemplar a los heridos se le encogía el corazón. Dentro de toda esa miseria, ¿era de verdad necesario que los alemanes se mataran entre sí?

Pasaban tantos heridos por la mesa de operaciones, que a Martha le daba la sensación de hallarse en un lazareto del frente. El doctor Liebknecht, en contra de su costumbre, trabajaba en silencio. Y aunque ella no pudiera verle los labios bajo la mascarilla, estaba

segura de que los tenía apretados para que no se le escapara ninguna palabra inconveniente. Llegó un momento en que Martha se inquietó y rompió el silencio.

—¿Qué opina usted? —preguntó—. ¿Cómo cree que continuará la situación?

El médico respiró con dificultad mientras cosía la herida.

—Espero que no se instale aquí la misma situación que en Rusia. Los bolcheviques también empezaron con una República de los Consejos, antes de que pusieran a los aristócratas contra el paredón.

—Hay una diferencia entre luchar por tus derechos o contra la guerra, y matar aristócratas a tiros —respondió Martha.

—¿Ah, sí? ¿Se le ocurre alguna revolución coronada por el éxito en la que no haya habido asesinatos? —preguntó el doctor—. Ayer vino a verme la policía política y me preguntó si tenía algún parentesco con un tal Karl Liebknecht. Al parecer, ese tipo ha hecho un llamamiento para derrocar al káiser. Menos mal que no se llama Karl Müller o Schmidt, apellidos tan comunes; de lo contrario, la policía política tendría mucho trabajo por delante.

—La policía política es lo primero que habría que eliminar —dijo Martha.

—Antes anularán a la policía de seguridad, créame. Y los jefes de la nueva policía política serán distintos, claro. ¿No ha oído hablar de lo mal que está la situación en Rusia? Allí te juegas la vida si hablas en contra de la revolución.

Martha tragó saliva.

—¿Por qué…? ¿Por qué está tan desilusionado?

—¿Es que usted no lo está, al ver lo que está pasando aquí? La guerra se está librando directamente en nuestras calles. Por si no fuera suficiente con la conflagración de ahí fuera, ¡encima tenemos ahora una guerra civil!

Martha suspiró.

—Pero quizá sea también una posibilidad de renovación, de crear un mundo mejor.

—¿Y cómo sería ese mundo, si en plena guerra se desmorona el viejo orden?

—Tenemos un Parlamento —dijo Martha—. Y la función de ese Parlamento elegido por el pueblo es hacer de intermediario.

—¿Entre el káiser y los revolucionarios? Antes se unirán los rebeldes y los fieles al káiser para matar a tiros a los parlamentarios.

—¿Ha tenido usted un buen día o…?

—¿Acaso lo ha tenido alguno de nosotros? Quiero decir aparte de la enfermera Carola, que celebra la revolución.

Los guiños del doctor Liebknecht le quitaron un poco de hierro a sus palabras, de modo que, sin quererlo, Martha se echó a reír. Aliviada, comprobó que el cirujano se sumaba a su risa. Dentro de lo malo, quizá no estaba todo perdido.

52

POR LA NOCHE, Martha supo por Paul que, en una concentración en el Heiligengeistfeld, se habían reunido unas cuarenta mil personas y habían enarbolado pacíficamente banderas rojas.

—Erich estaba allí —le contó él—. Después de la manifestación se han dirigido a Palmaille, en Altona, donde la Administración militar tiene su sede bajo el general von Falk.

—¿Es ese el general que en enero, por deseo de Hermann Blohm, arremetió tan despiadadamente contra los trabajadores de los astilleros en huelga? —preguntó Martha. Su esposo asintió.

—Sí, pero esta vez los trabajadores no han querido echarse atrás. En el Reeperbahn han disparado tiros; por suerte Erich se encuentra bien.

—Gracias a Dios —dijo Martha—. No te puedes imaginar la cantidad de heridos que teníamos hoy en la mesa de operaciones. ¿Qué más contaba Erich?

—Pues que cuando han llegado a la comandancia general, la han encontrado vacía. El valiente general von Falk, que tan heroico se mostró en la lucha contra los huelguistas desarmados, ya había huido. —Paul se rio con malicia—. Seguro que no contaba con que algún día su conducta le pasaría factura, cuando estallara la ira del pueblo.

—El doctor Liebknecht opina que todo terminará en el caos. ¿Qué crees tú, Paul? ¿Se propagará la revolución por toda Alemania? ¿Y tienen los Consejos de los Soldados efectivamente la intención de derrocar al káiser?

—Tal y como están las cosas, todo es posible —respondió Paul—. Los soldados que han desertado y se han unido a la revolución no tienen ya nada que perder. En caso de que la revuelta sea sofocada, tienen de todas formas asegurada la pena de muerte. Así que pueden atreverse a hacer cualquier cosa. O bien estalla una sangrienta guerra civil con cientos de muertos, o bien nos tocará vivir el fin del Imperio alemán.

Ante aquellas palabras, a Martha se le puso carne de gallina por todo el cuerpo. El fin del Reich del káiser…

—¿Y tú qué esperanzas tienes?

—No lo sé —dijo él—. Desde luego, así no podemos seguir. Pero no me gustaría experimentar la misma situación que en Rusia. Quisiera vivir en una república democrática donde haya libertad de expresión y educación, y donde rijan los mismos derechos para todos. Con el káiser no podemos esperar una cosa así. Todo depende de quién se imponga. Esperemos que sean los parlamentarios elegidos por el pueblo.

LOS SIGUIENTES DÍAS transcurrieron llenos de incertidumbre. Había partes de la ciudad que más valía evitar porque en ellas se libraban batallas, pero Martha no pasaba por esos barrios para ir a la clínica y el camino hasta el colegio de los niños también era seguro.

El viernes, 8 de noviembre, se celebraron en la mayoría de las empresas hamburguesas las elecciones de los delegados, que debían sustituir al Senado de Hamburgo. Martha se preguntaba cómo reaccionarían ante eso los venerables senadores. En fin, por lo menos no hicieron nada cuando se izó la bandera roja en el ayuntamiento hamburgués. A Carola le habría encantado ir ese mismo día con Martha para ser testigo de esa nueva era, pero tenía mucho que hacer en el quirófano. Las consecuencias de los duros enfrentamientos seguían dando demasiado trabajo a los cirujanos. A eso se añadían numerosos enfermos de gripe, que con tantos disturbios casi habían quedado relegados en el olvido, aunque seguían llenando las unidades de enfermedades infecciosas. Pero aparte de a los médicos y a las enfermeras, ¿a quién más le importaban las víctimas de una enfermedad, cuando en todas partes se luchaba por un nuevo futuro?

—Vayamos mañana —le pidió Martha a su amiga—. Mañana solo trabajo hasta la una, y luego podemos ir tranquilamente a admirar la bandera roja del ayuntamiento.

Carola parecía decepcionada, pero al momento se le volvió a iluminar la cara.

—¿Has oído que ya hay postales con la imagen de la fachada? No me lo podía creer, y también han impreso algunas en las que se ve la rebelión de los soldados. Moritz me ha conseguido unas cuantas. ¿Hay novedades de Heinrich?

Martha negó con un movimiento de cabeza.

—No. Pero espero que le vaya bien…

—Seguro que sí. —Carola le acarició suavemente el hombro—. A quien ha sabido ascender como Heinrich desde grumete hasta capitán

de un barco mercante y teniente de la marina imperial de la guerra, no hay nada en el mundo que lo detenga.

Martha asintió, aunque para sus adentros pensó que las balas de fusil habían detenido ya a muchos hombres valientes.

EL 9 DE NOVIEMBRE, Martha estuvo hasta poco antes de la una en el quirófano. Cuando por fin terminó, se extrañó de que Carola no la esperara ya impaciente, pero luego se enteró de que su amiga estaba ayudando en la unidad de enfermedades infecciosas. Martha decidió a su vez echar una mano a Carola para que las dos pudieran acabar con el trabajo cuando todavía fuera de día y hubiera luz, y así poder ir a ver la bandera roja del ayuntamiento.

Encontró a la enfermera en la sala de reanimación bien embozada, con la mascarilla y una bata de protección puesta sobre el traje de enfermera, tal y como el doctor Schlüter les había prescrito a todos los médicos y enfermeras. También Martha se puso ropa protectora y se dirigió a la cama en la que Carola velaba a una joven cuya piel azulada delataba que se encontraba en estado terminal. ¿Creería su amiga que todavía podía hacer algo más por ella? Al momento siguiente, Martha vio que solo sostenía la mano de la moribunda para consolarla.

La joven enferma le resultó conocida, pero no pudo asociar inmediatamente la cara a una persona en concreto, hasta que su mirada recayó en la hoja de la curva de la temperatura, que colgaba de la cama.

Era Agathe Krämling. La chica que soñaba con un futuro mejor y, trabajando de criada, había tenido varios encuentros con el hijo de los señores de la casa. Martha recordaba cómo pasó de compadecerse de Agathe a enojarse con ella, cuando le dio la sensación de que en realidad la chica no quería trabajar. ¿Habría seguido Agathe por aquel entonces su consejo de solicitar trabajo en la fábrica de margarina?

Ahora la joven se hallaba medio inconsciente y apenas se percibía su respiración.

—¿La conoces? —le preguntó Martha a Carola en voz baja.

—No —dijo Carola en un tono igual de bajo—. Pero ¿acaso no figura entre nuestras obligaciones pasar los últimos momentos con quien se está muriendo?

Martha le dio la razón.

—Es uno de nuestros deberes más importantes, y mientras sea posible, debemos sacar tiempo para acompañar al moribundo. —No le contó a Carola que conocía a Agathe porque de eso hacía ya muchos años. Ahora lo que importaba era asistir por última vez a la joven.

¿No era Agathe al fin y al cabo otra víctima de la guerra? ¿Se habría propagado esa horrible epidemia si no hubiera habido ningún tipo de conflicto? Martha suspiró. De la denominada muerte heroica solo morían los hombres en el frente. A las mujeres, en todo caso, se las consideraba víctimas de la guerra si fallecían directamente a causa de ella. Sin embargo, todos los que morían de hambre y debilitamiento, de enfermedades que había traído consigo la situación bélica, no contaban. A esas víctimas jamás les levantaban un monumento.

Ahora que Agathe estaba agonizando, Martha se sintió desvalida de un modo indescriptible. Esa continua espera le recordó de manera absurda a un parto, en el que cada contracción va encaminada al final, solo que un parto, después de la espera, el dolor y el temor, trae una nueva vida al mundo. Agathe, en cambio, iba camino de abandonar definitivamente la suya. Contaron los intervalos cada vez más largos entre las débiles respiraciones, y aunque Martha, en lo más hondo de su ser, estaba convencida de que con la vida no se acababa todo, Agathe le parecía demasiado joven para morir. A saber lo que podría haber hecho todavía con su vida. Después de dos bocanadas más, dejó de respirar y de sus mortecinos ojos desapareció la última luz. Carola soltó un suspiro y luego cerró los párpados de Agathe.

CUANDO SALIERON DEL hospital, ya estaba anocheciendo, aunque todavía eran las cuatro de la tarde.

—¿Cogemos el tranvía o vamos a pie? —preguntó Carola—. Parece que va a llover.

—Vamos a coger el tranvía —le contestó Martha.

De camino hacia la parada se cruzaron con un joven vendedor de periódicos.

—¡Edición extra! —voceó—. ¡El káiser ha abdicado!

Martha se quedó de piedra, pero Carola llamó al chico y se apresuró a comprarle un periódico. Solo tenía una página, la reproducción de un periódico berlinés en la que se citaba al diputado del Parlamento, Philipp Scheidemann.

Hemos vencido en toda regla; lo antiguo ya no existe. Ebert ha sido nombrado canciller del Reich, y al ministro de la guerra le ha sustituido el diputado teniente Göhre. En lo sucesivo hemos de afianzar la victoria lograda; ya nada puede detenernos. Los Hohenzollern han abdicado. Encargaos de que nada manche este glorioso día. Que sea un día memorable para siempre en la historia de Alemania. ¡Viva la República Alemana!

—¡El káiser ha abdicado! —repitió Carola una y otra vez, mientras Martha leía a su lado el resto del artículo.

A las dos de la tarde, tras la abdicación del káiser, Philipp Scheidemann se había asomado al balcón occidental del Reichstag y había proclamado públicamente la República Alemana. Todavía no existía un documento oficial de la abdicación, pero el káiser ya iba camino del exilio a Holanda.

—Eso es incomprensible —dijo Martha—. ¿Abandona el país aunque sigamos en guerra? Huye de su pueblo en lugar de responsabilizarse de él.

—Es presumible que tenga miedo de que le pase lo mismo que a la familia del zar ruso —dijo Carola—. ¡Me parece bien que ahora todos puedan ver lo cobarde que es! Se pasaba el día soltando discursos sobre la resistencia y negándose a una paz de entendimiento. Fue él quien intervino contra los trabajadores en huelga. ¡Y ahora ese tipo se ha ido al carajo!

—Carola, ¿qué vocabulario es ese?

—Oh, perdona. Me lo ha debido de pegar Moritz, que lo dice de vez en cuando. —Carola esbozó una sonrisa maliciosa—. Pero es verdad, ¿no?

—Sí, es verdad. ¡El káiser se ha ido al carajo! ¡Y podemos decirlo bien alto, porque su maldita policía política se ha ido con él también al carajo!

Las dos se echaron a reír de una manera poco apropiada para unas señoritas, y aguardaron hasta que llegó el tranvía.

EN LA PLAZA del ayuntamiento se habían congregado ya numerosas personas que esperaban anhelantes nuevas noticias. ¿Qué pasaría ahora? ¿Qué significaba que a partir de ese momento el país fuera una república? ¿Acordaría la nueva República Alemana un armisticio inmediato? ¿Se había terminado por fin la maldita guerra, o aprovecharían los Gobiernos enemigos la insegura situación política del Reich alemán para imponer unas condiciones inaceptables?

Un hombre repartía octavillas que los congregados le quitaban de las manos. Martha también consiguió hacerse con una. Mucho de lo que ponía lo habían leído ya en la edición extraordinaria del periódico, pero habían añadido algunos requisitos más. Así, por ejemplo, exigían un armisticio inmediato, la supresión de la censura de la prensa y la implantación sin restricciones de la libertad de opinión y de reunión. Mientras Martha leía todavía el libelo, alguien le dio un golpecito por detrás y se volvió.

—¡Heinrich! —exclamó con gran alegría—. ¿Qué haces en Hamburgo?

—Ver cómo se escribe la historia. —Su hermano le dedicó una amplia sonrisa y la abrazó con fuerza—. He venido con unos cuantos camaradas; en realidad, me dirigía a casa, pero de pronto te he visto aquí.

—¿Por qué no nos has avisado antes? Li-Ming y yo estábamos preocupadísimas. ¿Has asistido a las sublevaciones de Kiel?

—Sí, lo he vivido todo desde el principio. El SMS Regensburg estuvo metido en plena rebelión ya desde Wilhelmshaven.

—¡Tienes que contárnoslo todo con pelos y señales! —dijo Carola —. Aquí apenas ha llegado información. He oído que los marineros se negaron a llevar a cabo un último ataque contra las Islas Británicas. Y corren rumores de que los detuvieron por amotinamiento y alta traición. ¿Es cierto todo? ¿Es verdad también que al final sus camaradas los liberaron de la cárcel?

—Sí, es una versión abreviada —confirmó Heinrich—. Pero ahora perdonadme, por favor; quisiera ver lo antes posible a Li-Ming y Arthur. Me gustaría satisfacer vuestra curiosidad mañana por la tarde. Como es natural, Moritz también está invitado —dijo, volviéndose hacia Carola—. ¿Qué tal mañana a las tres en nuestra casa?

—¡Me muero por conocer los detalles! —contestó Carola—. ¡Y hasta entonces disfrutaré de verme presenciando el inicio de una nueva era!

Martha y Heinrich se echaron a reír. Por primera vez desde hacía mucho tiempo podían volver a confiar en un futuro mejor, en que se cumplieran sus sueños con un mundo más justo. De ahora en adelante vivían en una república, aunque todavía no se sabía si Friedrich Ebert, como canciller recién elegido del Reich, tendría la fuerza necesaria para sacar al país de la guerra y conducirlo hacia una nueva época. Al fin daba la sensación de que el siglo XX no solo traía desgracias y miserias, sino también el inicio de un mundo nuevo y mejor. Y Martha sintió la misma esperanza que en la Nochevieja del cambio de siglo. Tenían por delante un futuro al que dar forma. La monarquía de Alemania había sido derrocada, y las ideas sobre la justicia y la igualdad social recibirían un nuevo impulso. En ese sentido, era posible que la guerra, pese a todas sus atrocidades, no hubiera sido del todo en vano. Fuese cual fuese la evolución de los próximos años, Martha estaba dispuesta a mirar hacia adelante llena de optimismo.

53

PAUL TAMBIÉN HABÍA oído las noticias y estaba explicándoles a los niños lo que significaban, cuando Martha llegó a casa. Rudi, a sus trece años, había desarrollado ya un creciente interés por la política, pero también Fredi, de once, y Ella, de ocho, entendían que estaban presenciando un acontecimiento histórico.

—¿Sabéis una cosa? —dijo Martha, feliz—. Ha vuelto Heinrich. Fresco como una lechuga. Me lo he encontrado en la plaza del ayuntamiento. —Les contó que había invitado a toda la familia al día siguiente para informarlos de primera mano sobre los sucesos de las últimas semanas.

—¿Es el tío Heinrich un revolucionario? —preguntó Rudi emocionado.

—Mañana nos enteraremos —dijo Paul, y se volvió hacia Martha —. Habrá vivido los acontecimientos desde muy cerca. —Le brillaban los ojos—. Me muero de ganas de verle.

A Martha le llamó la atención cómo se rascaba el labio superior.

—¿Qué tal tienes el labio? —preguntó insegura.

Paul la miró desconcertado y necesitó un momento para entender a qué se refería Martha. Dejó de rascarse.

—Bien —dijo luego—. Ahora que lo dices, desde hace unos días me pica de vez en cuando.

—¿De verdad? Qué buena señal, Paul. De manera paulatina vas recuperando la sensibilidad en el labio. A lo mejor llega un momento en que la recuperes del todo.

—Quizá —dijo él—. Pero en estos tiempos hay cosas más importantes en las que pensar. —La sonrió cariñosamente.

AL DÍA SIGUIENTE, Paul compró el periódico al tiempo que Martha preparaba el desayuno del domingo. Aunque el káiser se hubiera exiliado, seguía imperando la escasez condicionada por la guerra, y no se sabía a ciencia cierta si realmente se iba a acordar

pronto un armisticio. Por lo menos, Martha tenía suficientes tarros para conservas con mermelada de la cosecha del huerto familiar, que hacía un poco más apetecible el pan de grano grueso de la guerra. Qué a gusto se habría comido Martha un huevo fresco, pero tenían un precio desorbitado. Cuando terminara la guerra, no estaría mal criar gallinas en el huerto. Uno de sus vecinos había tenido varias, pero cuando llegó el frío, una estuvo a punto de estirar la pata, así que todas acabaron en la olla para hacer sopa.

Se informaron a través del periódico de que Friedrich Ebert había tomado oficialmente posesión del Gobierno del Reich. El Alto Mando Militar aseguraba oficialmente el apoyo al nuevo canciller, y los periódicos suponían que con ello se quería evitar una revolución que siguiera el modelo soviético, así como controlar las fuerzas radicales de izquierdas. Martha se sintió aliviada por cómo iban evolucionando los acontecimientos. Si había entendimiento entre el nuevo Gobierno y el Alto Mando Militar, lo más probable era que se ahorraran el caos que tanto temía el doctor Liebknecht.

POR LA TARDE, según lo acordado, se encontraron a las tres en punto en casa de su hermano. Carola y Moritz ya habían llegado.

—De haber sabido que vivís en el segundo piso, os habría invitado a nuestra casa —dijo Moritz.

—De todas maneras, has superado los escalones como un auténtico héroe. —Carola, sentada a su lado en el sofá, le acarició la mano.

—Fijaos en qué mundo vivimos, si subir escaleras se considera ya una hazaña. —Moritz exhaló un suspiro fingido.

—Bueno, puedes estar orgulloso de la movilidad que has recuperado —comentó Heinrich—. Eso solo lo consiguen unos pocos hombres a los que la guerra les ha perjudicado tanto como a ti.

—Tengo la suerte de contar con buenos amigos y con una familia que me cuida con cariño —replicó Moritz—. Y, naturalmente, con la mejor mujer del mundo. —Le guiñó el ojo a Carola—. Pero ahora deja ya de torturarnos y cuéntanos la historia, que nos tienes a todos en vilo.

—Sí, tío Heinrich. Haz el favor de contárnoslo de una vez y sin olvidar ningún detalle —le pidió Rudi.

Heinrich asintió, y después de que Li-Ming hubiera servido té para todos los presentes, empezó a contar la historia con las miradas puestas en él.

HEINRICH SE HABÍA sentido aliviado cuando por fin dejaron atrás las aguas minadas de Escandinavia y recibieron la orden de regresar a

Wilhelmshaven. Con la llegada a la ciudad portuaria alemana la guerra parecía casi terminada, aunque daba la impresión de que allí se había congregado toda la flota de alta mar alemana. Heinrich no había visto tantos barcos de guerra, ni siquiera cuando se enroló en el SMS Regensburg en Kiel, por no hablar de las aguas escandinavas. Se quedó algo extrañado sobre todo desde que corrió la voz de que el Alto Mando Militar aspiraba a un armisticio. Por otra parte, a lo mejor se preocupaba demasiado, ya que una flota reunida podía ser un buen recurso para mostrar fuerza a la hora de las futuras negociaciones del armisticio. La misma opinión sostenía su amigo Otto Greif, uno de los radiotelegrafistas de a bordo que había nacido en Wilhelmshaven. Al igual que Heinrich, Otto procedía de la navegación civil y se había enrolado en la marina de guerra al mismo tiempo que él. Al principio solían bromear sobre para cuál de los dos había supuesto la marina el mayor cambio: para un capitán de un barco de vela o para un telegrafista que había aprendido su oficio en los grandes buques de vapor de pasajeros. Debido a su actividad a bordo de los grandes vapores, Otto se había trasladado hacía años a Bremerhaven, donde vivía con su mujer y sus hijos.

—He conseguido para esta noche unas hojas de permiso para los dos —dijo Heinrich, poco después de haber amarrado—. Yo te invito a una cerveza y, a cambio, tú me enseñas las mejores tabernas.

—Seguro que ha cambiado todo mucho por aquí —dijo Otto—. Llevo tres años sin venir, desde la muerte de mi padre. ¿Quedamos a las seis en la cubierta? A esa hora me sustituirá Joachim.

—Perfecto.

Heinrich apreciaba la formalidad de Otto, así como su lealtad y su humor. Del telegrafista podía fiarse en cualquier situación de la vida. Por eso le extrañó tanto que, a las seis y cuarto, Otto no hubiera llegado todavía a su cita. Cuando ya se disponía a ir en su busca, se cruzó con su amigo, que llegaba apresurado y abrochándose la chaqueta del uniforme de gala mientras andaba.

—Siento que hayas tenido que esperar. —En la cara de Otto brillaban unas manchas rojas, igual que cuando habían ido a parar a una zona minada en Finlandia.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Heinrich inquieto.

—Luego te cuento. Ahora desembarquemos lo más aprisa posible.

La inquietud de Heinrich se tornó en preocupación cuando su amigo no fue derecho al barrio más divertido y animado, sino que lo condujo a un tabernucho apartado de todo.

—¿No querrás entrar aquí en serio? —dijo horrorizado Heinrich, al ver las mesas tan sucias—. Esto es asquero…

—Sí, porque aquí podemos hablar sin que nos moleste nadie —le cortó la palabra Otto. Luego se volvió hacia el dueño del local—. ¿Está libre la trastienda?

—Sí, pero a las nueve está reservada para los hermanos que juegan al skat.

—Para entonces ya nos habremos marchado. De entrada tomaremos dos cervezas.

—Esperemos que los vasos por lo menos estén fregados —farfulló, y siguió a Otto hasta la trastienda. Era tan pequeña, que solo cabía una mesa con cuatro sillas. Por lo menos, la mesa estaba reluciente, y también los vasos que sirvió el dueño estaban más limpios de lo que esperaba.

—Bueno, pues ya me contarás —dijo Heinrich—. Mi primer permiso de tierra después de semanas de espera me lo había imaginado un poco distinto.

—Joachim ha captado un mensaje de radio en cuanto me ha relevado. Entonces he aguzado el oído. El Alto Mando de la Marina de Guerra planea un avance contra Inglaterra el 30 de octubre, con el fin de retar a la flota británica a la batalla decisiva. Y nosotros también tenemos que ir.

—¿Qué dices? —gritó Heinrich—. ¡Pero si eso es una locura! Los ingleses son muy superiores a nosotros. ¿Y por qué pasado mañana? No nos da tiempo de recargar provisiones tan deprisa.

—Seguramente los señores almirantes no quieren que el Alto Mando Militar se les anticipe retransmitiendo por radio un armisticio.

—¿Y qué hacemos ahora? —Heinrich dio un trago a la cerveza—. No tengo ganas de morir heroicamente en una batalla naval sin perspectiva alguna.

—A nadie le apetece. Conociendo a Joachim, seguro que a estas alturas ya se lo ha contado a todo el mundo. No sabe cerrar el pico, y si se lo ha dicho a Kalle y a Fritjof… A esos los creo capaces incluso de instigar a la rebelión. Pero un amotinamiento con todas sus consecuencias me apetece tan poco como una muerte heroica.

—Deberíamos hablar con el capitán Wegener. Es un hombre razonable —propuso Heinrich—. Creo que lo mejor es que le contemos enseguida lo que sabemos. Lo que pensamos al respecto podemos guardárnoslo para nosotros y esperar a ver cómo reacciona.

Otto bajó la mirada.

—¿Puedes encargarte tú de hacerlo? Yo con el capitán me siento siempre tan cohibido…

—Sí, lo haré.

Aunque por fuera Heinrich parecía muy seguro de sí mismo, en

realidad no las tenía todas consigo, sobre todo cuando, al regresar a bordo, vio que reinaba un ambiente extraño, como si media tripulación ya supiera lo que la amenazaba.

Por suerte, el capitán Wegener aún seguía a bordo, pero parecía muy ocupado cuando Heinrich le pidió que sostuvieran una conversación.

—Creía que esta noche tenía permiso de tierra —dijo un poco contrariado.

—Así es, mi capitán. Pero es que… En fin, corren rumores y la tripulación está inquieta.

—¿Rumores? —El capitán Wegener miró fijamente a los ojos de Heinrich—. ¿A qué se refiere con eso?

—El 30 de octubre —se limitó a decir Heinrich.

—Tome asiento, por favor —dijo el capitán, señalando la silla que había delante de su escritorio—. ¿Qué sabe usted acerca del 30 de octubre?

—Corre el rumor de que nos dirigimos hacia Inglaterra, pese a que el Alto Mando Militar está a favor de un armisticio.

—Teniente Westphal, aprecio su franqueza, pero respecto a esos asuntos es preciso guardar un silencio sepulcral. Somos soldados de la marina imperial y tenemos que obedecer órdenes. Si se nos ordena zarpar, tenemos que hacernos a la mar. —El tono de resignación que había en la voz del capitán animó a Heinrich. Si el capitán tampoco estaba conforme con esas órdenes, habría bastante posibilidades de eludirlas.

—Por supuesto —respondió, por tanto—. De todas formas, solo podemos zarpar cuando el barco esté completamente preparado para la guerra, ¿no?

Las pupilas del capitán Wegener se encogieron.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Tenemos que hacer acopio de provisiones y comprobar si las máquinas no han sufrido ningún desperfecto en todos estos meses de navegación. Ya sabe el daño que puede ocasionar el salitre, ¿no es cierto? ¿Cree que a nuestros maquinistas les dará tiempo de hacerlo? Al fin y al cabo, no vamos a librar una batalla con las máquinas averiadas, ¿no?

—¿Tenemos alguna razón para suponer que algo podría fallar en nuestras máquinas? —preguntó el capitán.

—No lo sé, mi capitán. Pero si me permite hablar con sinceridad, ante una batalla decisiva tan importante, en la que nos jugamos la victoria o la derrota, o incluso la propia existencia del Reich alemán, convendría descartar cualquier eventualidad. Nuestros maquinistas

deberían empezar de inmediato con la revisión.

—Por desgracia, también ellos tienen permiso de tierra en este momento. —Una sonrisa se deslizó por el rostro del capitán, cuando continuó—: ¿Qué tal si aprovecha lo que le queda del permiso de tierra para comunicarle al maquinista jefe, tomando una cerveza, lo importante que será verle realizar su trabajo con especial esmero mañana temprano?

—¡Por supuesto, mi capitán! —Heinrich le devolvió la sonrisa, luego se levantó, hizo el saludo militar y abandonó el camarote.

HEINRICH TARDÓ UN rato en encontrar a Fritz Vogt, el jefe de los maquinistas, en una taberna. Ya se había tomado alguna que otra copa, pero tenía la cabeza lo bastante lúcida como para entender lo que Heinrich le comunicó entre líneas.

Por desgracia, se confirmaron las sospechas de Otto Greif acerca de sus compañeros Kalle y Fritjof, pues a la mañana siguiente se produjeron disturbios a bordo del SMS Regensburg. Este último anunció a voz en grito que querían mandarlos a Inglaterra a librar una batalla sin perspectivas, y varios marineros se mostraron dispuestos a ofrecer resistencia. El capitán Wegener intervino con dureza y mandó arrestar a Fritjof y a los tres simpatizantes más alborotadores. Al mismo tiempo, Heinrich recibió la orden no oficial de tranquilizar al resto de la tripulación y difundir el rumor de una avería en las máquinas que tendría ocupados varios días a Fritz Vogt y a su gente.

—Y ASÍ FUE cómo, obedientemente, informamos de una avería en las máquinas —contó Heinrich—. Nada grave, pero la describimos como si ya no pudiéramos navegar por alta mar, y Fritz incluso consiguió identificar una pieza de las máquinas que en Wilhelmshaven no estaba disponible en el almacén. Durante esos días circulaban muchas órdenes no oficiales. Los capitanes sabían quién era de fiar y qué capitán de fragata era un fanfarrón incorregible con ansias de fama, honores y una muerte heroica. Hubo algunos barcos que hicieron algo parecido a nosotros. No un motín en toda regla, sino una resistencia pasiva, orquestada para que fuera indemostrable como tal. Dado que de este modo se ponía en peligro la formación de combate, el jefe de la flota Franz von Hopper ordenó suspender el ataque. Ya creíamos que nos habíamos impuesto, cuando llegó la noticia de que para la noche del 31 de octubre al 1 de noviembre estaba planeado el desembarco de los torpederos alemanes en la costa oriental inglesa.

—¿Y entonces fue cuando os amotinasteis? —preguntó Rudi con los ojos abiertos como platos.

Heinrich dio un sorbo a su taza de té.

—No, el SMS Regensburg tenía un capitán sensato y, además, una avería en el motor. ¿Cómo íbamos a amotinarnos? De todos modos, las tripulaciones de dos torpederos se negaron a cumplir la orden de «listos para zarpar» y se pusieron a hacer actos de sabotaje que fueron capitaneados por esos chiflados fanáticos de la victoria o la derrota. A diferencia de nosotros, a ellos no les quedó más remedio que amotinarse en toda regla. Pero entonces el jefe de la flota no mostró la menor clemencia y amenazó con atacar a los torpederos amotinados con un submarino y dos barcos. Habría tenido su gracia que los barcos de la flota alemana se hubieran hundido unos a otros. Los ingleses se habrían partido de risa. Bueno, pues en vista de la amenaza con el hundimiento, los amotinados de los torpederos se rindieron. Arrestaron a la mayoría de los marineros y toda nuestra escuadra, considerada como el principal nido de discordias, recibió la orden de regresar a Kiel. Nosotros también, porque nuestra máquina todavía servía de un modo oficial para viajes cortos y la pieza supuestamente averiada estaba disponible en el almacén. Esa fue la verdadera obra maestra de Fritz Vogt. —Heinrich rio por lo bajo—. En fin, después llegó la orden para todos los capitanes presumiblemente poco fiables de volver a Kiel en sus barcos. Seguro que el Alto Mando de la Guerra Marítima pensó que eso serviría para dar ejemplo y cortaría de raíz el germen de la rebelión. Pero fue allí donde luego se armó la riña, en especial, cuando detuvieron a otros cuantos camaradas. Esa fue la gota que colmó el vaso. En ese momento, todos los que aún tenían un corazón en el pecho y valor en el alma se unieron e intentaron liberar a los camaradas apresados. Eso fue durante la noche del 3 al 4 de noviembre.

—¿Tú también estuviste? —preguntó Paul.

—No en primera línea del frente. El capitán Wegener nos advirtió de las consecuencias. Dijo que quien tuviera familia debía pensárselo dos y tres veces, pero que a todos los que quisieran participar les proporcionaría hojas de permiso, para que al menos no los pudieran castigar por alejarse sin autorización. Yo me quedé a bordo y entre los dos nos encargamos de restablecer el orden, pues pese a su visión de futuro aquello seguía siendo un asunto peliagudo. ¿Cómo se puede apoyar una causa sin correr directamente peligro? Nuestro capitán fue bastante previsor con la solución que propuso. El permiso lo justificó diciendo que, debido a la avería del motor, no necesitaba apenas hombres, de manera que podían ir a divertirse un rato antes de hacerse a la mar. Bueno, lo que en estos tiempos pueda entenderse por diversión. —Heinrich esbozó una sonrisa—. Nadie tiene la culpa de

que se averíe el motor. Más tarde, el 7 de noviembre, una vez arreglada la supuesta avería, nos ordenaron ir a Glücksburg. Ahí sigue fondeado todavía el barco, esperando nuevas órdenes. Yo aproveché enseguida la oportunidad para pedir un permiso de tierra, puesto que durante los días críticos había permanecido a bordo. Así que estoy aquí de una manera completamente legal. Como padre de familia, tengo al fin y al cabo la obligación de velar por la seguridad de mi mujer y de mi hijo. —Acarició cariñosamente la cabecita de Arthur—. Cuando ayer me apeé en la estación central, oí que el káiser había abdicado y que en la plaza del ayuntamiento se había congregado mucha gente. De manera que di un pequeño rodeo para pasar por allí y la casualidad quiso que me encontrara con mi hermana. ¿Qué otra cosa podía esperar de ti, Martha? Por no hablar de Carola, claro. —Sonrió con picardía.

—¿Entonces no te involucraste directamente en las luchas de Kiel? —preguntó esta última, y Martha creyó percibir cierta desilusión en el tono de voz de su amiga.

—Como ya he dicho, solo las viví de lejos; nuestro capitán nos mantuvo alejados de ellas. Pero debió de armarse la de San Quintín; unos cuantos de los nuestros, que oficialmente tenían permiso de tierra, resultaron heridos. Y lo que contaban era algo tremendo. Aquello fue una verdadera revolución. ¿Sabéis una cosa? Aunque no haya luchado en primera línea del frente, me siento orgulloso de haberlo presenciado. Ya iba siendo hora de que nos opusiéramos a la barbarie. Esos ridículos idiotas del Alto Mando de la Guerra Marítima predicaban la noble muerte heroica como alternativa a una paz vergonzosa. Dios mío, si de verdad buscaban una muerte heroica, podrían haberse metido todos en un barco de guerra y haber librado ellos solos la última batalla. ¡Pero no pueden enviar al naufragio a miles de marineros inocentes de un modo premeditado! Y eso hemos conseguido quitárselo de la cabeza de una vez por todas. Así verán lo que pasa cuando se tensa demasiado el arco.

POR SUERTE, LA posibilidad de un naufragio desapareció por completo del mapa, pues ya al día siguiente, el 11 de noviembre de 1918, se firmó en la ciudad francesa de Compiègne el tan anhelado armisticio. De todas maneras, la firma dejó un regusto amargo. Los Gobiernos de los adversarios aprovecharon despiadadamente la debilidad de la nueva República Alemana y exigieron una capitulación incondicional. Eso a su vez lo utilizaron los nacionalistas y el Partido Alemán de la Patria para atizar el descontento entre la población alemana. Martha veía cada vez más carteles que denunciaban el

armisticio y afirmaban que la capacidad de resistencia alemana se había debilitado por culpa de las maquinaciones pacifistas emparentadas con el bolcheviquismo.

Aquello la sacaba siempre de quicio. No solo porque los nacionalistas atacaban a los socialdemócratas, sino en el fondo también porque le ponían el dedo en la llaga, en su corazón. ¿Por qué los Gobiernos de los adversarios no reconocían el mérito del pueblo alemán, que había obligado a que abdicara el káiser, a quien nadie quería? ¿O es que pretendían colgarse ellos esa medalla en el pecho para lucirla con orgullo? ¿Por qué no se esforzaban por crear una auténtica paz en lugar de fomentar nuevos rencores que no beneficiaban a nadie?

Paul intentó hacerle ver los aspectos positivos, pues ya el 12 de noviembre el Consejo de los Representantes del Pueblo anunció toda una serie de mejoras socio-políticas, por las que durante tanto tiempo habían luchado en vano bajo el mandato del káiser. Así, por ejemplo, se introdujo la jornada laboral de ocho horas con el mismo sueldo, y se reconoció a los sindicatos como los únicos representantes de la clase trabajadora. Además, se obligó a todas las grandes y medianas empresas a introducir delegados de los empleados.

—¿No te alegras de que al fin hayáis conseguido vuestro objetivo? —le preguntó a Martha—. ¡Quién iba a pensar que el derecho a voto de las mujeres se implantaría tan pronto!

Lo cierto era que Martha se había quedado impresionada cuando se enteró de eso. A diferencia de Max von Baden, que previamente no había reaccionado de ninguna manera ante la petición de las cincuenta y ocho Asociaciones de Mujeres, el nuevo canciller socialdemócrata del Reich Friedrich Ebert parecía haber prestado oídos a su deseo. Ya el 12 de noviembre fue reconocido el derecho de voto para todos los alemanes, con independencia de su sexo, y ese mismo mes fue constitucionalmente determinado. La prolongada lucha por la igualdad de derechos de la mujer había dado un paso decisivo hacia adelante.

—Tienes razón, Paul; esto hay que celebrarlo —dijo Martha.

—¿Qué tal si invitamos a casa a tus amigas el primer domingo de Adviento? —preguntó él—. Por supuesto, también a sus maridos —añadió guiñando el ojo—. Porque todo hombre que esté casado con alguna mujer fuerte como cualquiera de vosotras lo verá también como una victoria propia.

Martha le miró a los ojos con intensidad, y en ese momento supo que él seguiría siendo siempre para ella el hombre más irresistible del mundo, aunque tuviera que llevar consigo las cicatrices de las

numerosas operaciones durante toda su vida. Pero nada de eso importaba. Su cara había cambiado, pero seguía siendo la del hombre al que amaba. Un rostro cuyo labio nuevo volvía a sentir un cosquilleo al besarla. Aunque ese detalle lo mantendrían los dos en secreto.

EL PRIMER DOMINGO de Adviento del año 1918, la sala de estar de la familia Studt estaba tan llena, que tuvieron que pedir sillas prestadas a los vecinos. Habían ido todos: Carola y Moritz, el matrimonio de los Schlüter con sus hijos, y Lida Heymann, que se había presentado sin Anita Augspurg. En ese momento, Anita se encontraba en Berlín y, junto con la socialdemócrata Marie Juchacz, intercedía por los intereses de las mujeres en las siguientes elecciones. Se consideraba muy probable que eligieran a Marie Juchacz como una de las primeras mujeres que ocuparían el nuevo Parlamento. Como es natural, también habían sido invitados Heinrich y Li-Ming. El teniente decía que se ocuparía de que a su esposa china le concedieran la nacionalidad alemana lo antes posible.

—Si ahora las mujeres alemanas pueden votar, es más importante que nunca que le concedan este cambio —explicó.

—¿Es tan fácil cambiar de nacionalidad? —preguntó Martha.

—Ya veremos. Pero Li-Ming lleva cinco años siendo mi mujer y madre de un niño alemán. No deberían ponerle ninguna pega.

Del cuarto de los niños oyeron cómo cantaba Rudi a voz en grito:

—«O Tannenbaum, o Tannenbaum, el káiser se largó, una fiambrera se compró y de tornero trabajó. O Tannenbaum…»

—¿De dónde se habrá sacado eso? —preguntó Wilhelmina.

—Del colegio. —Martha suspiró—. Lleva días cantando lo mismo. Me temo que para las Navidades se habrá olvidado de la verdadera letra de O Tannenbaum.

—Pues entonces ya nos podemos ir preparando en casa —dijo el doctor Schlüter—. Seguro que a Zachy y a Beate les entusiasma y se lo aprenden también de memoria.

—Qué bien se han criado los dos, ¿verdad? —dijo Lida—. Quién hubiera pensado que esos niños, que han vivido tantas penalidades, pudieran ir algún día a un colegio completamente normal.

—Pues sí, los niños Schwenke han tenido muchísima suerte. A su hermana mayor incluso le has posibilitado que termine el bachillerato —dijo Carola—. ¿Es cierto que además le vas a pagar una carrera?

Lida asintió con un movimiento de cabeza.

—Katrin tiene mucho talento, y nuestro principal deber es promover a las chicas especialmente dotadas. Parece que Hamburgo planea fundar su propia universidad. Ya veremos si es así.

—Me temo que hasta entonces nos queda un largo camino por recorrer —dijo Moritz—. De momento hay problemas más acuciantes. ¿Habéis oído hablar de esas condiciones tan inaceptables que ponen para hacer las negociaciones de paz? No puede ser cierto.

—¿Sabes una cosa? —dijo Paul—. Por más obstáculos que nos pongan nuestros enemigos en el camino, por más exigencias inaceptables que nos planteen o por mucho que quieran humillarnos, en nuestra mano está que aprovechemos el momento y reconozcamos las nuevas oportunidades que nos ofrecen estos tiempos recién estrenados. De nosotros depende que construyamos una nueva República y la llenemos de vida. Y eso es justo lo que vamos a hacer. Venga lo que venga después, estoy orgulloso de las mejoras sociales que el nuevo Gobierno ha aportado en estos primeros días de su mandato. Y me alegro mucho de que la lucha por el sufragio universal de las mujeres, cuya bandera ha enarbolado Lida como ninguno de los aquí presentes, se vea al fin coronada por el éxito. Me gustaría poder brindar con champán, pero hoy no queda más remedio que hacerlo con té de menta.

Alzó su taza y todos se rieron mientras hacían lo mismo que él.

—Pues yo… —dijo Carola, mirando pícaramente de reojo a su marido— …yo me alegro mucho de que no haya champán, porque no habría podido brindar con vosotros.

—¿Porque es demasiado burgués y decadente? —preguntó Wilhelmina.

—No, porque las que vamos a ser madres debemos evitar el alcohol.

Paul estuvo a punto de atragantarse con el té. Carola ya tenía más de cuarenta años.

Wilhelmina actuó con menos tacto.

—¿No corres un riesgo a tu edad? —preguntó sin rodeos.

—Qué va —respondió Moritz en lugar de Carola—. Estamos en la mitad de la vida y nuestra historia acaba de empezar.

—Solo hay una pizca de amargura en todo esto —dijo Carola—. Que a cambio es probable que tenga que renunciar a mi empleo como enfermera.

—¿Por qué? —preguntó Martha—. Cuando termines con la lactancia, puedes dejar al niño en manos de su padre. Que yo sepa, de momento Moritz no tiene trabajo.

El aludido carraspeó ruidosamente.

—¿O es que al final te han enseñado a hacer cestos? —preguntó Lida con mordacidad—. En tal caso, podrías hacer un moisés de mimbre para el crío.

—De eso nada; no pensamos abandonar al niño en el Nilo —contestó Moritz, y a todos les dio la risa.

—Pues a mí se me ocurre otra idea, Carola —dijo luego Lida, poniéndose mucho más seria—. No trabajarías de enfermera, pero podrías hacer el trabajo desde casa.

—¿Y cómo sería eso? —Carola miró esperanzada a su amiga.

—Anita y yo tenemos previsto editar una revista propia —explicó—. Hasta tenemos un nombre: La mujer en el Estado. ¿Qué os parece? Será una revista feminista que aborde los aspectos esenciales del entendimiento entre los pueblos, la paz duradera y la política de las mujeres. Lo que pretendemos es considerar la vida política desde el punto de vista femenino. Además, no se limitará a una perspectiva nacional o partidista, sino que también tendrá en cuenta los intereses suprapartidistas e internacionales. —Lida le hizo a Carola un gesto de ánimo—. A ti se te daría de maravilla hacer de redactora. ¿Qué opinas?

Durante un rato largo reinó el silencio.

—¿No decís nada? —Lida miró desconcertada a su alrededor.

Carola fue la primera en reaccionar.

—Eso es fantástico, Lida. Una revista política para los intereses y los temas de las mujeres. Siempre he soñado con algo así. ¿Y de veras crees que podría ayudaros como redactora?

—Sí, me lo imagino a la perfección. Hablas bien, sabes cómo formular soluciones y además compartes nuestros objetivos. ¿Quién sino tú?

—Os habéis propuesto algo grande —intervino Martha—. Estoy orgullosa de vosotras y muy feliz de llamaros mis amigas.

—Y nosotras también nos enorgullecemos de ti, Martha, de todo lo que has hecho hasta ahora por nuestros objetivos —respondió Lida—. Y de la amistad de todos vosotros. No va a ser un camino fácil, pero entre todos lo conseguiremos. Hombres y mujeres unidos, lucharemos por un mundo más justo y mejor. ¡De nuevo quisiera brindar por ello alzando mi taza de té!

—Por la amistad y por el futuro —dijo Martha—. Afrontemos con energía todos los desafíos que se nos presenten. Juntos lo lograremos todo y no habrá quien nos detenga.

—¡Por la amistad y por el futuro! —resonó por la sala de estar, y Martha supo que todo iría bien, pues el futuro al fin volvía a estar en sus manos.

Epílogo

COMO EN TODAS las novelas históricas, en este libro también se mezcla la ficción con los hechos verídicos.

Martha y Paul Studt son personajes ficticios, aunque estén inspirados en la vida de mis bisabuelos y lleven sus nombres. De todos modos, mi bisabuelo, el auténtico Paul Studt, no sobrevivió a la Primera Guerra Mundial, sino que murió en 1917 en Francia de una apendicitis. Sin embargo, me pareció muy interesante imaginar lo que significaba para una familia que el padre regresara lesionado de la guerra o, como en este caso, completamente desfigurado. Si los mutilados, que habían perdido los brazos o las piernas, todavía podían contar con la compasión de la sociedad, a los que habían sufrido graves lesiones en el rostro a menudo se los marginaba. Muchos intentaban arreglárselas con máscaras, pero en Alemania ya existía —sobre todo en la Charité con el doctor Jacques Joseph, históricamente documentado— una cirugía facial bastante avanzada. Por cierto, al doctor Joseph lo llamaban popularmente Joseph el Narices, porque ya era conocido desde antes de la guerra por sus correcciones nasales.

Para la lesión facial de Paul he contado asimismo con un modelo histórico, a saber, una fotografía del herido de guerra Otto Dorbritz que aparece reproducida en el libro de Ernst Friedrich ¡Guerra a la guerra! y que muestra su rostro después de haber sufrido doce operaciones.

Muchos de los métodos quirúrgicos que se desarrollaron por aquel entonces siguen siendo utilizados todavía hoy en la cirugía facial plástica.

Por desgracia, al excelente cirujano Jacques Joseph lo discriminaron por su origen judío ya desde el Reich del káiser. Como no quiso convertirse, le denegaron una cátedra, que solo obtendría más tarde, durante la República de Weimar. Con la subida al poder de los nazis perdió su empleo y falleció en 1934 como consecuencia de un infarto de miocardio.

Lida Gustava Heymann, conocida ya desde el volumen I de La enfermera del puerto, intercedió mucho por los derechos de las mujeres a principios del siglo XX y, junto con su compañera sentimental Anita Augspurg, fundó la revista feminista titulada La mujer en el Estado, mencionada en la novela.

La misionera Bertha Keyser, a la que también se menciona, existió en realidad y era conocida en Hamburgo como el Ángel de St. Pauli. Los hechos que rodean a los orfanatos y los hospicios también han sido investigados en profundidad. En los archivos de la Rauhes Haus pude incluso examinar las actas originales de los pupilos tutelados del año 1913.

Las descripciones del Imperator y de su viaje inaugural son históricamente correctas. Es cierto que el káiser alemán insistió en que su barco, contrariamente a lo acostumbrado, adoptara ese nombre masculino. En cuanto al equipamiento, el Imperator superaba con creces al mucho más famoso Titanic, y por aquel entonces se lo consideraba no solo el barco más grande del mundo, sino también el más lujoso. Después de la Primera Guerra Mundial, el barco fue entregado como pago por reparación a la línea británica Cunard, donde siguió navegando hasta 1938 con el nombre de RMS Berengaria. En el Auswanderermuseum BallinStadt auf der Veddel, de Hamburgo, se ha reconstruido un camarote de segunda clase del Imperator idéntico al original, que proporciona una impresión exacta del tamaño y del equipamiento.

Las circunstancias en América responden a hechos históricos, si bien Milli y su familia son ficticias. Efectivamente, durante una exposición del año 1913, los indios pies negros acamparon en la azotea del Hotel McAlpin.

En torno a 1913, Hamburgo era una ciudad próspera y moderna que tenía más puntos en común con la actualidad de lo que se cree. El parque de HH con su montaña rusa eléctrica, que entonces todavía se llamaba «vía en forma de ocho», era un destino muy popular para hacer excursiones. HH provenía de Hugo Haase, el rey del tiovivo, conocido por todos los niños de la época. Muchos barrios tenían entonces pequeños parques de atracciones con tiovivos a los que se llamaba Lunaparks, pero el parque de HH, en Stellingen, era especialmente impresionante y además iba unido al zoológico de Hagenbeck. Debido a la guerra y a la escasez de energía, el parque de atracciones tuvo que cerrar poco tiempo después.

Como telón de fondo de la novela se percibe que en el Reich alemán no solo hubo un entusiasmo lleno de júbilo por la guerra, sino también numerosas manifestaciones antibelicistas principalmente

promovidas por los socialdemócratas. La clase trabajadora sabía que de una guerra solo podía esperar desventajas, pero famosos intelectuales como el joven Thomas Mann anhelaban la guerra como una tormenta depuradora. Las manifestaciones antibelicistas y las huelgas, que se producían una y otra vez, fueron reprimidas por quienes ostentaban el poder, y se sometió a periódicos críticos como el socialdemócrata Hamburger Echo a la censura. Por esa razón, en los medios de comunicación de la época predominaban de tal modo las imágenes del júbilo por la guerra, que los numerosos antibelicistas quedaron relegados al olvido. En realidad, fue la clase trabajadora descontenta y harta de la guerra la que, con sus reiterados disturbios y huelgas, ejerció una presión nada despreciable para terminar con la conflagración. La huelga de los trabajadores de los astilleros en 1918 transcurrió tal y como aparece descrita en el libro.

La rebelión de los marineros de Kiel ocupa poco espacio en la novela, pero fue un importante punto de inflexión en la historia de la Primera Guerra Mundial. La abdicación del káiser solo se entiende con este trasfondo, y resulta curioso preguntarse si el káiser habría huido de no haber tenido ante los ojos la Revolución Rusa y el final de la familia de los zares. El káiser confiaba en una victoria hasta el último momento. Tal y como se ha descrito, las reivindicaciones de los políticos socialdemócratas, planteadas ya en 1917 y encaminadas a una paz de entendimiento, las rechazaron tanto el káiser como el canciller en funciones.

El trato que recibían los mutilados de guerra también está históricamente documentado. Los soldados lisiados apenas obtenían apoyo. La readaptación profesional que solía ofrecerse, la de cestero, era una farsa. Los hombres mutilados se dieron cuenta enseguida de que con eso no se les hacía ningún favor, sino que las readaptaciones profesionales eran un subterfugio de los gobernantes para escabullirse y no verse obligados a proporcionarles una paga, con independencia del dinero que ganaran, o no, con la nueva profesión. Con el fin de la guerra, además, se cerraron muchos hogares para lisiados, lo que dejó a los hombres en la calle. Y el que solo tenía heridas en la cara, como Paul, pero no había perdido los sentidos, no recibía ninguna ayuda. El trato cínico que recibe el protagonista en la novela cuando busca ayuda es muy característico de aquella época.

Hoy en día se olvida con frecuencia la precaria situación doméstica del pueblo. La miseria de la población civil, aquejada por el hambre, la indigencia e incluso las epidemias, era inconmensurable. Por último, la gripe española se llevó consigo a muchas de las personas jóvenes y fuertes que todavía quedaban.

La mayoría desconoce otro detalle histórico, y es que, en Hamburgo, a principios del siglo XX, ya existía una comunidad china, así como lavanderías y restaurantes chinos. Estos eran frecuentados sobre todo por marineros chinos, que a menudo trabajaban de fogoneros en los grandes barcos de vapor, porque entonces se creía que soportaban especialmente bien el calor. El restaurante chino que aparece en la novela existió en la realidad. La comunidad china pervivió en la ciudad hasta la década de los años cuarenta. Más tarde fueron los nazis los que acabaron con ella.

Con la Primera Guerra Mundial concluyó una época, después de que cambiara la faz del mundo para siempre.

Cuando en la actualidad pensamos en el final de la guerra, nos viene a la mente el Tratado de Versalles y el fortalecimiento de los nacionalsocialistas. Pero el fin de la guerra no solo conllevó sufrimiento y humillaciones. Los así llamados «tipos apátridas» de la socialdemocracia hicieron en realidad mucho por su pueblo y por la patria. Todavía hoy seguimos disfrutando de la introducción de la jornada laboral de ocho horas, de la libertad del convenio colectivo y del derecho al voto de las mujeres. Las bases del Estado social moderno, de los derechos del empleado y de todas las libertades que damos por descontadas, se sentaron en los últimos días de la Primera Guerra Mundial, tras la proclamación de la República.

Índice